

ALEJANDRO KHAN

JUSTA VENGANZA

SONOLIBRO
INCLUIDO



JUSTA VENGANZA

ALEJANDRO KHAN

JUSTA VENGANZA

©Alejandro Khan 2015

©Sonolibro editorial

©Ivan Zanetti, por la portada

I.S.B.N. 978-84-16135-80-6

Maquetación: APL

Aviso legal

Reservados todos los derechos. Se permite la reproducción, almacenamiento en sistemas de recuperación de la información y transmisión de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado — electrónico, mecánico, fotocopia, grabación,... - con el permiso previo por escrito del titular de los derechos de propiedad intelectual.

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes, o son producto de la imaginación del autor o han sido usados ficticiamente, por lo que cualquier parecido con la realidad es puramente casual.

Sonolibro en el deseo de mejorar sus publicaciones agradecerá cualquier sugerencia de los lectores u oyentes de esta obra, al departamento editorial. Correo: info@sonolibro.com

Editorial Sonolibro
Calle Churruca Ed Astigi I — Local 1
Fuengirola, Málaga
ESPAÑA
B-92922632



DESCARGA EL SONOLIBRO EN :

www.alejandrokhan.com

Amis amigos y a los tuyos

Índice

[Prólogo - 4 de julio de 2014](#)

[1. Nájla - 14 febrero 2014](#)

[2. Roberto Chantemôn — Unos meses antes](#)

[3. La sentencia](#)

[4. Peter Hockrote - Unos meses antes](#)

[5. Epifanía](#)

[6. “La casa de sus sueños”](#)

[7. Decisiones](#)

[8. Todo bajo control](#)

[9. Negocios](#)

[10. Sentí profundamente](#)

[11. Smith y Oh Mamma mia](#)

[12. Sexo y “computer freaky”](#)

[13. Marbella](#)

[14. Tax saving](#)

[15. Pasaporte, té verde y planes](#)

[16. Katie & Assallah](#)

[17. El Delfín](#)

[18. Primer impulso](#)

[19. Let’s go!](#)

[20. Standby](#)

[21. Bicho](#)

[22. ¡Los tenemos!](#)

[23. Alejandro Torrejón](#)

[24. Arnaitz](#)

[25. Recuerdos](#)

[26. Remote viewing](#)

[27. Esto no es un juego](#)

[28. ¿Qué es esto?](#)

[29. Deducciones](#)

[30. El encargo](#)

[31. Paco y su BMW](#)

[32. Mudanza de seguridad](#)

[33. Safebox](#)

[34. Una chorrada](#)

[35. Smith](#)

[36. Rashid](#)
[37. Flybridge](#)
[38. Key logger](#)
[39. El Sirio](#)
[40. Luis Bedrib](#)
[41. En libertad](#)
[42. Entendimiento](#)
[43. Buenas noticias](#)
[44. Novedades](#)
[45. Demasiado riesgo](#)
[46. Abd el Krim, libre](#)
[47. El abogadillo](#)
[48. Mimitos](#)
[49. El pescador](#)
[50. ¡Vámonos ya!](#)
[51. Es el momento](#)
[52. Explicaciones](#)
[53. Mejor en taxi](#)
[54. Pardini 9 mm](#)
[55. El precio a pagar](#)
[56. Sidi Moumen](#)
[57. La mezcla](#)
[58. Puntualidad](#)
[59. Sabah al Heir](#)
[60. Acton Proris](#)
[61. 140 MHz](#)
[62. El móvil](#)
[63. In love](#)
[64. Una pareja joven](#)
[65. Mafiosos](#)
[66. Puerto Madero](#)
[67. No hay nada como un margarita](#)
[68. Mar del Plata](#)
[69. El Boludo](#)
[70. La fundación](#)
[71. El vigía](#)
[72. Golf temprano](#)
[73. La separación](#)
[74. AB](#)
[75. El agente](#)
[76. 20.000 dólares](#)

77. Punta del Este

78. Dos semanas después

79. Noticias

Prólogo - 4 de julio de 2014

Unos minutos después de dejar a su jefe en el último hoyo, mientras se atusaba el escaso pelo gris, que, como su barba de tres días, hacía juego con sus pantalones y aspecto en general, Antonio disfrutaba en la cafetería del campo de golf, con un abundante desayuno inglés por delante. El bacón, que estaba bastante churruscado, trajo a su memoria los desayunos que todas las mañanas le preparaba Acton durante los tres días que estuvieron juntos en Estados Unidos. Lo mejor era el bacón crujiente. Con una sonrisa en los labios, empezó a recordar su visita del año 2004 a aquel país.

Ya habían pasado más de diez años desde que Antonio Oreja Perdhi viajara como asesor técnico de DARNI la mayor industria armamentística española, proveedora de soluciones tecnológicas para la defensa a países de medio mundo. Se suponía que iba a analizar los mecanismos de implementación de los protocolos más modernos de seguridad, a los que se habían adherido tan- to las oficinas gubernamentales como todos los edificios públicos norteamericanos, después de los atentados del 11 S.

En aquellos momentos, el presidente en Estados Unidos seguía siendo el memo de Bush. El oficial encargado de atender a los españoles durante su estancia fue Acton Proris, uno de los asesores especiales de la Secretaría de Defensa, que estaba adscrito al departamento de asuntos europeos y, en especial, a geopolítica del Mediterráneo. Al frente de la Secretaría de Defensa estaba Donald Rumsfeld, que repetía casi treinta años después de haber ejercido el cargo bajo el mandato presidencial de Gerald Ford.

Acton, acompañado de un servicio de protocolo, recibió a Antonio y al resto de la comisión en el aeropuerto, en nombre del Secretario de Defensa, a quien excusó por tener una reunión urgente en Washington. Para empezar, no era un mal ejemplo de lo muy poco que le importaba al Secretario de Defensa de los Estados Unidos la visita de la comisión española. Pero eso era algo que Antonio Oreja Perdhi ya sabía, y le importaba poco. Nada más ver a Acton sintió un cosquilleo... y una ligera sequedad en la boca que hacía tiempo que no sentía. La mirada que le devolvió, prometía.

Viajaron en coches oficiales hasta el Jefferson Hotel, uno de los más lujosos de Washington D.C. El resto del servicio protocolario, terminada su

función, se marchó hasta el día siguiente. Antonio invitó a Acton a tomar un cocktail en la cafetería del hotel. Se quedó mirándolo durante unos segundos, que fueron más que suficientes. Podría perfectamente haber pasado por un actor de cine: metro ochenta, rubio, ojos azules y una embaucadora sonrisa de la que hizo gala al aceptar la invitación del español. Desde el primer momento hubo química entre los dos.

Al día siguiente estuvieron en Arlington, Virginia, visitando el Pentágono. Fue un día agotador, pero mereció la pena. Esta vez fue Acton el que invitó a Antonio a cenar. Estuvieron en un restaurante italiano muy coqueto, a unos 20 km de Washington DC, en el que cenaron en un reservado. Acton hablaba perfectamente español, por lo que desde el principio, ambos pudieron hablar de todo con soltura. Después de cenar, acompañó a Antonio al hotel, y allí durmieron juntos.

La siguiente jornada también fue bastante ajetreada debido al trabajo, pero aun así, pudieron descansar un poco por la tarde; y, después, Acton invitó a Antonio a cenar en su casa. Cuando llegó, estaba cocinando, con un delantal puesto. Inmediatamente se abalanzaron el uno sobre el otro y, dejándose llevar por la pasión y la excitación que ambos sentían, perdieron la noción del tiempo.

Después de cenar, mientras bebían un bourbon, mantuvieron aquella conversación que tan dramáticas consecuencias iba a tener, tanto para la reelección de Bush que para entonces se consideraba imposible, como para muchas otras personas en distintas partes del mundo.

Acton empezó explicándole la situación por la que estaba pasando la administración Bush:

—Tony, posiblemente dentro de poco te visite en España. Está claro que no vamos a ganar las elecciones, y voy a tener unas vacaciones muy largas.

—Pero, ¿qué pasa? ¿Tan insalvable es el desgaste de Bush?

—Los americanos están hartos. Ya hace casi tres años que fuimos a Afganistán para terminar con los talibanes, y nuestras tropas todavía siguen desplegadas allí. Y lo malo no es eso, sino el tiempo que les queda.

—El coste político está claro, pero el económico debe ser algo increíble, ¿no?

—Son cantidades de dinero bestiales, pero el lobby de los fabricantes de armas presiona constantemente, y el presidente le debe en una parte muy importante su elección. Además, ten en cuenta que ahora se cumple

aproximadamente un año de la invasión de Irak, que es otro frente en el que ha habido que invertir cientos de miles de millones de dólares, y muchas vidas de jóvenes americanos.

—Pero allí vais a recuperar todo lo gastado y bastante más.

Irak tiene petróleo en abundancia. Vosotros no hacéis nada gratis.

—Sí, pero te repito que el pueblo americano está hartado. Siendo, como es, nuestro gasto militar mayor que el del resto del mundo junto, en Estados Unidos todavía sigue habiendo pobreza y desempleo, y más de 50 millones de americanos carecen de acceso a la sanidad pública. Pero aún así, no parecen darse cuenta de que nosotros somos realmente los únicos que solucionamos los conflictos en cualquier parte del mundo. Ahora mismo, la amenaza mundial es el terrorismo islámico. Si entran los demócratas, este país se va a la mierda...

—¿Y qué tenéis planeado para recuperar popularidad?

—Bush ha perdido mucha credibilidad. Todos se acuerdan de cómo salió corriendo el 11 S a esconderse, y ahora que se ha visto que no había armas de destrucción masiva en Irak, se ha abierto la veda para pacifistas y toda la puta izquierda. En la última encuesta de popularidad estaba diecisiete puntos por debajo de su oponente demócrata, John Kerry. Si los republicanos quieren continuar en la Casa Blanca, les hace falta como sea dar un golpe de efecto fulminante, que justifique no ya la continuación, sino el impulso a su visión casi exclusivamente militarista de la política.

Antonio Oreja Perdhi tuvo como un flash que le hizo ver las posibilidades. Era precisamente eso mismo lo que le hacía falta a su partido, en España: un golpe de efecto que diera completamente la vuelta a las encuestas, que, en aquel momento, favorecían claramente a la derecha. Desde ese instante empezó a organizar mentalmente lo que, estaba seguro, podría salvar a las dos administraciones.

—Acton, ¿y si yo tuviera una idea que pudiera llegar a dar ese golpe de efecto?

Al día siguiente, Acton le dijo que había hablado con un estratega militar de defensa, adjunto a la presidencia de Bush, sobre lo que habían estado discutiendo la noche anterior. Aunque no era definitivo e iban a empezar la fase de evaluación de riesgos, en principio la operación les parecía factible y estaban de acuerdo con la valoración que de sus efectos habíamos hecho.

La vuelta a España de Antonio Oreja Perdhi coincidió con la fiesta de

Reyes, pero esa misma tarde empezó a mover los hilos para orquestar la operación.

1. Nájla - 14 febrero 2014

El término viuda siempre ha sonado a negro y anticuado, pero además no tiene sentido llamárselo a una chica que no tendrá más de 24 o 25 años. Detrás de esas gafas de sol tan grandes no se aprecian bien sus rasgos, aunque lo que se ve parece más bien la cara de una adolescente con una coleta de bonito pelo castaño. Sentada casi en la esquina del desvencijado primer banco de la sala de vistas, está nerviosa y parece tener el síndrome de piernas inquietas. No hace mucho que yo también sentía algo parecido, cuando el catedrático dictaba las preguntas de un examen y mis piernas simplemente no podían parar durante los primeros minutos.

El caso había tenido una repercusión social considerable, pero además parecía que todos los asiduos a los juzgados se habían puesto de acuerdo para venir hoy: o el morbo les podía, o tenían poco que hacer, así que la sala estaba llena. Después de una instrucción relativamente rápida, hoy, día de los enamorados se celebraba la última sesión del juicio.

El Juez presidía con el Secretario. A un lado la defensa, al otro el Fiscal y la acusación particular El color negro y el olor a madera vieja, como a banco de iglesia, era el común denominador a todos ellos. Ese color negro de sus togas que a algunos, los menos, les favorece, y a otros, como a mi compañera y tutora de pasantía, pequeña de estatura y con más nariz que cuerpo, les hace parecer un ave de presa con bata negra. Se supone que soy su asistente, aunque yo más bien me veo de estatua muda, al estilo del procurador.

Mi tutora, Ana Belén, parece hincharse dentro de la toga cuando coge aire y empieza con su intervención para presentar sus conclusiones finales como letrada de la acusación particular. Roberto Chantemôn está tan impecablemente vestido, con traje azul oscuro, camisa blanca y corbata de algún colegio profesional, que, si no fuera porque está sentado en el primer banquillo frente al tribunal, podría pasar por un abogado más.

—El caso que hoy nos ocupa es el de Alfonso Marín, un joven de 31 años que, en la flor de la vida, ha encontrado la muerte inesperadamente por la negligencia criminal del acusado Roberto Chantemôn. Alfonso Marín deja viuda a su esposa Nájla, de 27 años de edad.

La mirada de Nájla alterna desde su abogada al Juez, como queriendo adivinar qué pensamientos se ocultan tras la máscara de gravedad del que escucha a la letrada con tan aparente indiferencia.

En un alarde que, sin duda alguna, es mucho más interpretativo que sentido, Roberto Chantemôn se inclina hacia adelante en el mismo momento en que Ana Belén ha terminado la frase, con la clara intención de romper el ritmo de su exposición. En el colmo de la desfachatez, hace una seña a la ayudante de su abogado, que le pasa un paquete de pañuelos de papel. Enseguida lo abre y, tras sonarse silenciosamente con uno, se pasa otro por los lagrimales y coloca la cabeza entre sus manos, en un gesto de desesperación, sin duda, ensayado. Así pretende sugerir al tribunal su desesperación e impotencia ante lo que él ha llamado en su declaración “una cadena de desgraciadas circunstancias y un malentendido involuntario.” No creo que el juez se trague la actuación, pero ahí queda el artistazo.

Tras la explicación de todas las pruebas practicadas, declaraciones y testimonios, que se habían ido celebrando u oyendo a lo largo del juicio, Ana Belén concluyó solicitando al tribunal:

—Es por ello que, como letrada de doña Nájla Sanspino, viuda del difunto don Alfonso Marín, solicitamos al tribunal que el acusado Roberto Chantemôn, administrador único de la empresa HIECON MALAGA SL, sea condenado como autor de un delito contra la seguridad de los trabajadores, previsto en el artículo 316 del Código Penal, en relación con el 318 del mismo, a la pena máxima prevista por la ley, que por muy alta que sea siempre será insuficiente, ya que no le devolverá la vida a Alfonso Marín.

Sorprendentemente, en el mismo momento que el juez pronunció el visto para sentencia y levantó la sesión, incorporándose para salir de la sala, Roberto Chantemôn, pareció haber crecido de repente hasta llegar a su aproximadamente metro ochenta. Empezó andar hacia la salida, completamente seguro de sí mismo, no sin antes hacer un gesto apenas perceptible de asentimiento a su abogado, que estaba todavía recogiendo los papeles. Con el pelo castaño oscuro, un poco largo y algo rizado, que dejaba ver sus entradas, ya considerables, no dejaba de tener un aspecto que claramente aún encandilaba las mujeres. Y es que, a pesar de que tendría cerca de los 50 años, todavía tenía un rostro juvenil, con profundos ojos azules y una sonrisa ligera, pero cautivadora, muy al estilo de George Clooney. Todo ello, en el marco de un cuerpo muy en forma, que, evidentemente ejercitaba bastante a

menudo.

Al bajar las escaleras de salida del juzgado, un grupo de seis u ocho periodistas se acercó a Nájla, y dos o tres se acercaron a Roberto, que venía unos metros por detrás. Cuando empezaron a grabarle, adoptando otra vez su papel mientras daba cabezadas hacia los lados, dijo:

—Les agradezco su interés, pero no hay comentarios. No es el momento.

Ante la negativa, una pelirroja fue la primera en preguntar a Najla:

—Nájla, díganos: ¿qué le ha parecido el juicio?

Nájla, continuó hablando mientras trataba de abrirse paso entre la multitud:

—Ahora le toca a la jueza demostrar a todos los ciudadanos que se equivocan cuando dicen que no hay justicia. Gracias.

Aunque Ana Belén se dirigía a su rescate maletín en mano, bajando las escaleras no todo lo rápido que quería debido a sus altos tacones, no hizo falta. Nájla salió rápidamente del círculo de los periodistas y, ya en la calle, llegó a la fila de coches aparcados y tomó rápidamente el primer taxi de la interminable cola que esperaba frente al juzgado.

2. Roberto Chantemôn — Unos meses antes

Dentro del Audi TT de color rojo brillante, con los cristales tintados, se encontraba sentado Roberto Chantemôn. Mientras probaba el sistema de marcado por voz del móvil, pronunciando el nombre de su socio Peter, se observó con cariño en el amable espejo de su Audi y sonrió satisfecho. Al conectarse el bluetooth, la música new age que se estaba oyendo por los altavoces dejó paso a la señal de llamada. A la tercera, su socio descolgó.

—Peter, soy Roberto. Oye, he estado hablando con Fernando, de Procoinsa. Me ha dicho que está a punto de hincar el pico, y hemos llegado un acuerdo para que nos pague parte de lo que nos debe por la obra que le hicimos en calle Málaga, en efectivo. Nos va a pagar 150.000€ esta semana y otros 150.000€ en 15 días. Por cierto, hablando de quiebras, o concurso de acreedores como se llama ahora. Te lo he dicho varias veces: ¿no deberíamos plantearnos...?

Desde el otro lado del teléfono, Peter le interrumpió:

—Bueno ¿y los 100.000 que faltan?

—Mira, Peter: vamos a coger la pasta ya. Ten en cuenta que en cualquier momento pueden aceptar la solicitud de concurso que le han presentado sus acreedores.

—Vale, tienes razón: 300000 en efectivo, ahora...

—Eso mismo pienso yo. Oye, lo que te estaba diciendo. La sociedad esta que no nos da más que problemas, Hiecon Málaga SL: ¿no deberíamos hacerla quebrar ya?

—Sí; ya ha llegado el momento. Están pendientes de comunicarnos la multa de la inspección de trabajo, por los diez o doce “sin papeles” que pillaron en la obra, y van a ser 720.000 € y a la Seguridad Social le debemos otro pico y, claro, casi un millón de IVA.

—Bueno, pues llama a Joaquín, que tanto se jacta de ser experto en mercantil, y que nos asesore sobre qué nos interesa más: si solicitar nosotros el concurso de acreedores, o dejar que lo pida cualquier acreedor. Siempre podemos pedirle a algún amiguete, que lo solicite él, y le pagamos algo bajo cuerda. ¡Ah!, además, no se te olvide el otro asunto, el del chaval que se mató en la obra el año pasado. La sentencia está al caer. En el aspecto penal, dice

Pascual que no cree que me condenen, pero la responsabilidad económica. Oye, ¿pusimos alguna propiedad a nombre de Hiecon Málaga, para dar imagen frente a proveedores y bancos?

—Nada, una porquería. Escrituramos una parcela de 200.000 m² en un pueblo de interior, e hicimos correr la voz de que estaba pendiente de su recalificación a suelo industrial, pero la verdad es que la parcela es rústica: es un pedregal que no vale más de 3000 €.

—Bueno; pues para cuando llegue el momento, ya tienen los acreedores de la empresa un patrimonio que pueden embargar. Que se lo repartan y, si pueden, que siembren limones.

3. La sentencia

Sábado 12 de julio de 2014 a las 11:00

Unos días después, Nájla, ya sin gafas de sol ni coleta, y un poco extrañada porque la hubieran convocado un sábado, acababa de llegar al despacho. Esperaba sentada en un sofá de cuero color mango, en la recepción del bufete Iglesias y Asociados. A través de los cristales que separaban la recepción de la zona de trabajo, pudo observar que las cinco o seis mesas estaban vacías. No había nadie, aparte de un chico joven, más o menos de su misma edad, con el pelo castaño oscuro, algo rizado, bastante atractivo, que, vestido informalmente, hacía fotocopias; y que, al levantar la mirada y verla, sonrió abiertamente. Tenía un pequeño pendiente que brillaba en la oreja izquierda, y una cara agradable que Nájla recordó del día del juicio: era el ayudante de su abogada, Ana Belén. Transcurridos unos 10 minutos, el joven simpático se acercó y, con una nueva sonrisa, le dio la mano mientras se presentaba.

—Buenos días, Nájla. Mi nombre es Alejandro Novely, y soy el ayudante de Ana Belén, que nos está esperando en su despacho. ¿Me acompañas, por favor?

Nájla empezó andar por delante, algo insegura, a lo largo del pasillo que Alejandro le indicaba con el brazo extendido. Al llegar a la tercera puerta en el lado de la izquierda, oyó desde atrás:

—Esa es la puerta; permíteme.

Cortésmente, Alejandro le abrió la puerta de una forma un tanto tímida, como temiendo golpear algo que estuviera detrás.

Mientras Nájla entraba, pasando muy cerca de él, notó un olor a colonia infantil que la hizo sustituir el rictus de sus labios por el asomo de una casi imperceptible sonrisa.

Sentada en una mesa de despacho dispuesta en L, con el ordenador típicamente colocado en el ala, estaba Ana Belén, que le saludó nada más verla, mientras le indicaba uno de los sillones que tenía enfrente:

—Buenos días, Nájla; sé bienvenida y, por favor, siéntate. Alejandro, quédate tú también. Te apetece beber algo: ¿café, agua?

Mientras rechazaba el ofrecimiento con la cabeza, Nájla se sentó:

—No, gracias. Ana Belén, espero que las noticias que me vas a dar sean buenas, porque después de más de un año esperando.

Ana Belén se movió un tanto incómoda en su sillón, como si no pillara la postura. Parecía como si intentara evitar mirar a los ojos a su cliente. Sin mucha convicción, dijo:

—Sí, son buenas noticias. El juez ha estimado casi todas nuestras pretensiones.

Nájla cerró ligeramente los ojos y, mientras adelantaba el cuerpo en su silla, preguntó, intentando dominar el tono:

—¿Cómo que casi todas? ¿Cuáles son las que no ha estimado?

—Bueno la petición de prisión que habíamos hecho de tres años ha quedado... reducida a dos, pero...

—Pero entonces... — Nájla miraba alternativamente a una y a otro, con una expresión en su rostro que fue pasando del desconcierto a la furia contenida - ¿no va a ingresar en prisión, verdad?

—Bueno, no es exactamente así, pero Najla, entiendo cómo te sientes.

—Ana Belén, no me digas que entiendes lo que siento. Cuando tú llegues esta noche a tu casa, tu marido te estará esperando, y por la noche estará a tu lado, y mañana por la mañana desayunaréis juntos. No me digas que entiendes lo que siento.

Nájla se levantó y salió del despacho.

4. Peter Hockrote - Unos meses antes

En una de las esquinas del salón del Solymar, una de las cafeterías más conocidas del centro de Marbella, un tanto impregnada de ese tufillo característico de croissants o sándwiches tostados con mantequilla, que a unos empalaga y para otros es aroma, estaban sentados dos hombres muy distintos. Uno de ellos, por su indumentaria, parecía empleado de banca o abogado, ya que vestía con el uniforme típico de estas profesiones: traje oscuro, camisa clara y corbata azul marino. Por encima de los 45, de estatura inferior a la media pero fuerte, con apariencia de solidez, y además bastante moreno, ofrecía un marcado contraste con su acompañante, que era casi una cabeza más alto, rubio tirando a castaño claro, de constitución no tan fuerte y, aunque posiblemente mayor que el otro, tenía esa apariencia juvenil de los nórdicos de ojos azules y tez casi permanentemente rosada.

El nórdico se dirigía al otro con un acento marcadamente andaluz que contrastaba de forma cómica con su aspecto:

—Alejandro: como te dije por teléfono, estamos buscando un colaborador, para un nuevo negocio.

—Que os hace falta un pipiolo, ¿no?

—Simplificando un poco, sí, más o menos.

—Macho, no paráis. ¿Qué se os ha ocurrido ahora?

—Pues tenemos dos o tres proyectos en mente, pero para el que necesitamos al pipiolo, es una promoción en la que queremos dominar los dos extremos de la operación.

—A ver, Peter, explícame eso de los dos extremos. ¿Es que ya no podéis ganar dinero con vuestros tejemanejes en una promoción normal?

—No. Esos tiempos han terminado. Ahora solo puedes ganar dinero en una promoción si eres dueño del suelo.

—Bueno, bueno, cuéntame, ¿qué vais a hacer?

—Vamos a crear dos sociedades, A y B. La sociedad A va a comprar un solar en Mijas, calificado en las previsiones del nuevo PGOU cómo urbanizable, para unos cuarenta y cinco chalets unifamiliares.

El abogado le interrumpió sin dejarle terminar

—Vale, está claro: cuando tengáis el 60% cobrado, haréis que quiebre por

alguna chorrada sobrevenida que se os ocurra, ¿no?

Peter se limitó a levantar las palmas de las manos hacia arriba, como dándose por vencido.

—Vale, ya tengo la idea clara. Entonces, va a hacer falta un pipiolo que cargue con el muerto.

—Correcto. Ya tenemos un hombre de paja para la otra sociedad.

—Sería preferible que fuera un abogado, para dar imagen. Creo que tengo a la persona idónea.

Mientras hablaba, Alejandro escribió en una servilleta el nombre del abogado aspirante a pipiolo, y se lo pasó a Peter.

—Llámale y pídele una cita para un asunto mercantil. Este es lo bastante idiota y ambicioso para picar.

Después de hacer la cita con el despacho de Fuengirola que le acababa de indicar Alejandro, Peter llamó a su socio, Roberto, y le puso al día.

Al día siguiente por la tarde, sentado en una salita de espera del bufete Heras Abogados, en el centro de Fuengirola, Peter pasaba rápidamente las hojas de la aburrida revista del Colegio de Abogados de Málaga. Está claro que, como decía ayer Alejandro, este despacho se había montado con pasta: los cuadros que decoraban la salita parecían originales, de nadie muy conocido, pero, aunque sólo fuera por el tamaño y el colorido, podían perfectamente valer varios miles de euros cada uno. Sofás de piel de calidad, y una iluminación pastel proyectada por lámparas de diseño de estilo danés, corroboraban su impresión.

—Señor Hockrote, ya puede pasar al despacho. El Sr. De las Heras le espera.

La rubita estaba como un queso, pero se lo tenía muy creído y parecía un poco tontita. Se sabía mona y, con un contoneo ligeramente provocador, que realizaba sus bonitas piernas ya morenas bajo una faldita corta, taconeando por delante de Peter, le abrió una puerta para que pasara; pero no la abrió del todo, para que a Peter no le quedase más remedio que pasar muy cerca de ella al entrar. Peter se rió para sus adentros al pasar, tras comprobar que se había excitado, entre el olor del perfume y el ligero roce con la cadera de la secretaria. Ella, con una sonrisa de boca entreabierta, le dio a entender que no era tan bobita.

No había dado todavía un paso dentro del despacho, cuando se oyó una voz demasiado aguda para resultar agradable en un hombre. Éste, a la vez que

hablaba, salía de detrás de una bonita mesa de diseño, con una sudorosa mano extendida y una amplia sonrisa, muy ensayada. En un tono jovial que confirmaba su afán por agradar al cliente, dijo:

—Señor Hockrote, pase, por favor, y tome asiento. Disculpe que le haya hecho esperar, pero es que me acababa de llamar el Notario, y ya sabe: cuando los abogados nos ponemos a hablar, no sabemos cuándo parar.

—Sí, ya sé, ya sé. Bueno; si le parece, señor De las Heras,

—Cristóbal, por favor; para mis amigos soy Cristóbal, y viniendo usted recomendado por Alejandro.

Para ser un chico tan joven, que andaría por los veintisiete o veintiocho, estaba excesivamente gordo y con apariencia fofa. La doble papada y el rostro sudoroso, que parecían querer ocultarse detrás de unas gafas de pseudointelectual, denotaban una falta considerable de respeto hacia sí mismo. La dejadez del aspecto físico siempre fue algo contra lo que Peter tuvo que luchar desde que era un niño, por su tendencia a engordar; combatirla le parecía una buena forma de disciplinar el cuerpo.

—Bien, Cristóbal, ya que nos vamos a tutear, puedes llamarme Peter.

—Estupendo, Peter; tú me dirás en que puedo ayudarte.

—Pues si te parece, vamos directamente al asunto que me trae. Lógicamente, a partir de ahora, cualquier cosa que te diga queda amparado por el deber de confidencialidad abogado-cliente.

—Por supuesto, Peter, por supuesto.

—Represento a un grupo de inversores extranjeros que están interesados en hacer una promoción en el término de Mijas, y están buscando un representante legal que se ocupe de todos sus asuntos.

Por un momento, a Peter le pareció ver un destello que los ojillos del abogado no pudieron controlar. Mientras tanto, con los codos sobre la mesa y los hombros echados hacia delante, se iba congestionando por momentos: la camisa y chaqueta le estaban algo pequeñas, y parecía que iba hacerlas estallar de un momento a otro. Levantó las manos, que tenía entrelazadas encima de la mesa, y sacó su sonrisa para clientes, al tiempo que decía:

—Pues me pongo a vuestra entera disposición.

—Bien, lo primero que hay que hacer es constituir una sociedad limitada española.

—Si me pasas los nombres, puedo hacer la solicitud al Registro Mercantil Central hoy mismo. Tengo acceso directo a través de internet. Ya sabes, a mí

me preparan el certificado en un par de días. Hay que tener amigos en todos los sitios.

Lo dijo mientras se reía intentando dar a entender que el acceso al RMC era algo de privilegiados. “Idiota”, pensó Peter. Cualquiera que tuviera una tarjeta de crédito podía acceder a través de internet.

—Queremos dar a la sociedad un nombre un tanto romántico: “La casa de tus sueños, SL.”

Con sendos cabezazos, el «pipiolo» intentó hacer patente su conformidad con el nombre.

—Me gusta, me gusta. Suena bien.

—Vamos a firmar la constitución de la sociedad, como únicos socios, tú y yo. Por cierto: la empresa quiere que el administrador sea un abogado de prestigio, que de alguna forma le dé más empaque a la sociedad, la idea es que el abogado que la represente tenga plenos poderes sobre la sociedad, y la total confianza de los inversores. Me pregunto si tú estarías dispuesto.

Cristóbal de las Heras hizo un giro un tanto brusco en su silla para acomodarse, y cruzó las piernas mientras el destello reaparecía, seguramente acompañado de toda clase de cálculos mentales.

—Por supuesto, Peter, por supuesto. Me pillas un poco liado de trabajo, pero viniendo de la mano de Alejandro, sin problema de ninguna clase. Como ya comprenderás el ser administrador de la sociedad implica ya otros honorarios distintos: hay responsabilidades y obligaciones para el administrador que, claro...

—Estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo en cuanto los honorarios se refiere. De momento, se me ha autorizado para entregarte una provisión de fondos de 3.000 €, para que empieces con tus gestiones.

Ajustándose las gafas y girando de nuevo la silla para colocarse de frente, Cristóbal de las Heras sacó una pluma Mont Blanc del bolsillo de la chaqueta. Ya iba a empezar a preparar un recibo, cuándo se lo pensó mejor y, cogiendo el teléfono, presionó una tecla y dijo:

—Andrea, prepare por favor, un recibo por los 3000€ que entrega el Sr. Hockrote, como provisión de fondos para la constitución de una sociedad.

Peter, antes de que el abogado terminara de dar instrucciones a la secretaria, le había puesto encima de la mesa los seis billetes de 500 €.

—Ahí tienes. El recibo me lo haces a nombre de otra sociedad: Euroreal Estates Inc.

—Que es ¿una sociedad americana?

—Sí, una sociedad panameña.

Unos minutos después, la rubita entró en el despacho y, en vez de dar la vuelta a la mesa para acercarse a su jefe, se acercó a Peter, no quedándole más remedio que inclinarse ligeramente para colocar el recibo en la mesa. Peter sintió un cierto cosquilleo genital, pensando en las posibilidades.

5. Epifanía

Sábado 12 de julio a las 11:30

Minutos después de haber salido Nájla del despacho de Ana Belén, sentí cómo una especie de epifanía, similar a la que experimentó el Stephen Dédalus de Joyce en la playa; pero no era de felicidad, como la que tuvo éste ante la visión de lo que quería para su futuro, sino de cierta tristeza. Había caído el velo que hasta entonces tuve delante de los ojos, y ahora empezaba a ver la diferencia que había entre los ideales de justicia que me motivaron para elegir mi profesión, y la realidad.

Bajé a la cafetería de enfrente a tomar un café. Durante unos segundos, me quedé mirando a ninguna parte, hasta que unos rasgos conocidos entraron en el rango de mi visión periférica. Al identificar a Nájla, que estaba sentada en el extremo opuesto, no pude por menos de exclamar en voz alta a la vez que me levantaba:

—¡Nájla!

Me acerqué a su mesa, y ella me recibió con una sonrisa triste en los labios, que no sé si era de puro compromiso, pero que de cualquier forma daba un brillo especial a su cara. Le pregunté:

—¿Puedo sentarme?

—Sí, claro, siéntate, pero me temo que no voy a ser muy buena compañía.

Sin levantar la mirada, concentrada en la rodaja de limón que bailoteaba entre las burbujas de su copa de agua con gas, me dijo:

—Todavía tenía esperanzas, pero cada vez estoy más convencida que la ley protege más a los delincuentes que a los que la cumplimos.

—Nájla, yo me colegí cómo abogado hace unos seis meses. Ese tiempo ha sido suficiente como para darme cuenta que aquella visión tan idealizada que yo tenía de cómo conseguir la justicia por medio de la aplicación de la ley, no tiene nada que ver con esta sociedad.

Con lágrimas de frustración asomando a sus ojos, Nájla reaccionó de nuevo con un genio que no me esperaba. Los clientes de un par de mesas que teníamos cerca se quedaron mirando, más de uno probablemente con una idea errónea de lo que estaba pasando.

—Entonces ¿para qué demonios sirve la ley? ¿Para garantizar a los

sinvergüenzas que van a poder seguir siéndolo, sin que ni la justicia ni nadie haga nada contra ellos?

Creo que fue un movimiento reflejo, pero, extendiendo mi mano la puse encima de la de Nájla, mientras le decía:

—Te prometo que voy intentar encontrar una forma para pillar a Roberto Chantemôn, y así demostrarte que a través de la ley se puede llegar a conseguir la justicia.

Antes de soltarse de mi mano, ella giró la suya, y estuvimos unos segundos con las manos entrelazadas.

6. “La casa de sus sueños”

Sábado 12 de julio de 2014 a las 11:00

—Roberto, he estado hablando con...

Con el móvil pegado a la oreja, Roberto le hizo un gesto de silencio. Unos segundos después, mientras salían del portal del Edificio Marqués de Salamanca, en pleno centro de Marbella, y se guardaba el móvil, empezó a esbozar una amplia sonrisa que rompió para decir:

—Acaba de llamarme Pascual. Ya tenemos sentencia: dos años de prisión y 72.000 € de multa en vía penal, con lo que se dejará en suspenso la ejecución de la pena. Los antecedentes, al ser por penas menos graves, ya están prescritos y no cuentan.

—Chorradas. Con el as en la manga que tenemos guardado, no entrarías nunca en prisión.

—Vale, vale, tío; pero siempre es mejor no tener que llamar al cabrón de Marc.

Mientras iban andando en silencio, tras el breve intercambio anterior, por la avenida Ricardo Soriano, la arteria principal de Marbella, Peter al fin decidió retomar lo que quería decir cuando Roberto le interrumpió.

—Me ha llamado la chica que está en ventas de “La Casa de tus sueños”. Dice que han llegado dos compradores, de los irlandeses, que han venido unos días de vacaciones y están en la puerta de la caravana, esperando que les dé una explicación de por qué no han empezado las obras. Le han dicho que han estado en el ayuntamiento, y se han enterado de que ni siquiera tenemos la licencia de obra, y quieren que les expliquemos qué es lo que está pasando.

Roberto se paró delante de un escaparate de Adolfo Domínguez y dio la impresión de estar mirando una chaqueta teóricamente de diseño exclusivo, pero lo que realmente le interesaba era darle el visto bueno a su reflejo, un tanto oscurecido por el juego de luz. Lo comparaba con el de su socio Peter, al que, aunque también estaba bastante en forma, se le empezaba a notar que le entraban más calorías de las que gastaba. Al fin, le contestó con una pregunta:

—En el contrato se incluiría la cláusula de “razones de índole técnica urbanística” como justificación de incumplimiento, ¿no?

—Sí, claro; ya sabes que sí.

—Pues nada: para ganar tiempo hasta que se resuelva el contrato de compra del solar y salte la liebre, prepara un escrito dirigido a todos los compradores de la promoción, informándoles que el Ayuntamiento, en una manifestación más de su absoluta negligencia, consentida por otro lado por el gobierno de la Junta de Andalucía, es incapaz de tramitar el plan General de ordenación urbana del municipio, dentro los plazos previstos. Por esta razón, de momento nos quedamos sin instrumento urbanístico que ampare la concesión de licencia de obra para nuestra promoción, a pesar de todas las promesas que nos habían hecho los políticos de turno del ayuntamiento, bla, bla, bla. Vamos a ganar algo de tiempo. Oye, ¿quién hinca el pico en esta operación?

—Un pipiolo de Fuengirola, al que le pagamos 3.000€ al mes.

—Está claro que estamos a punto de tener que largarnos, pero cuantas menos querellas nos llevemos a costas, mejor, ¿no? Que paguen el pato los putos abogaduchos, que para eso están cobrando por calentar el sillón.

A Peter no le dio a tiempo a contestar, ya que en ese momento se oyó una voz femenina que les llamó, desde unos metros más atrás:

—¡Roberto!, ¡Peter!

Dos chicas de unos 25 ó 26 años, cortadas casi por el mismo patrón: rubias, sin ser muy evidente si aclaradas o naturales, ojos azules y dientes de anuncio, tipos casi de modelo embutidos en mini falditas que dejaban ver largas y sugerentes piernas, se pararon junto a los socios. La más alta, agarrando ligeramente a Roberto de un brazo, con una sonrisa preguntó:

—¿Qué pasa con vosotros? ¿Es que ya no saludáis a las amigas?

Roberto fue el primero en reaccionar. No tenía ni puñetera idea de cómo se llamaban las dos muchachitas, pero sí recordaba que estuvieron con ellas la semana anterior. Una noche, en Olivia Valère. Sí, claro: ya se acuerda cómo una de ellas, la más tetona, por hacer la gracia le echó un poco de agua de la fuente que replica la del patio de los leones de la Alhambra, y él estuvo a punto de meterla dentro de la fuente, a ver si se seguía riendo. Se limitó a estamparle un par de besos a cada una de ellas, como siempre hacía: cerca de la base de la oreja, zona especialmente sensible que casi siempre le había facilitado el camino. Peter, saliendo un poco del aturdimiento inicial, hizo lo mismo. Fue Roberto, como siempre, el que tomó la iniciativa.

—Chicas, ¿cómo estáis? Precisamente estábamos hablando de vosotras, ¿verdad, Peter?

—Sí, sí, parece que nos habéis leído el pensamiento, porque habíamos pensado pasarnos esta noche por Olivia a ver si teníamos suerte y os veíamos otra vez.

Inmediatamente una de las chicas gorjeó:

—Vale; pues, si queréis, esta noche nos vemos allí.

Roberto miró a Peter, con cara de circunstancias, al tiempo que hacía un gesto de aparente enojo.

—Nos encantaría poder pasar la noche con vosotras, chicas, pero nos tenemos que quedar en el despacho, preparando una inspección de hacienda para mañana. ¿No te acuerdas, Peter? Pero, si queréis, el viernes salimos a probar el nuevo yate que nos hemos comprado; se llama el Delfín. Nos podemos ver a las cuatro en el muelle Benabola en Puerto Banús, y navegamos un rato. Y si os portáis bien, a lo mejor, os invitamos a comer marisco.

Las chicas se miraron entre ellas con un cierto brillo en los ojos, mientras sonreían coquetamente. Luego, echándose ambas el bolso hacia atrás, se dieron la vuelta, y a título de despedida, una de ellas dijo lentamente:

—Nosotras llevaremos el champagne.

7. Decisiones

Domingo 13 julio a las 19:30

Al día siguiente, sentada en la terracita de su casa, Nájla miraba el horizonte, esa línea en la que se confunden cielo y mar, mientras saboreaba un mojito con poco ron y quizás un poco más lima de la cuenta. Intentaba olvidarse de todas las cosas malas vividas desde la muerte de Alfonso, y en su lugar, traer a su memoria los buenos momentos que vivieron durante el tiempo que estuvieron juntos.

Cuando decidieron comprar la casa, tres años atrás, sólo hacía unos meses que ella se había vuelto a vivir definitivamente a España. Aunque había estudiado en Granada su carrera de traductora e intérprete de inglés y de árabe, nada más terminar empezó a trabajar en Harrods, los almacenes más emblemáticos de Londres, y, en principio, no tenía ninguna intención de moverse de allí. Pero los hados del destino tenían otras intenciones para ella. Hizo un viaje de vacaciones a Fuengirola, donde pasó quince días con unas amigas del trabajo; conoció entonces a Alfonso, y su historia de amor fue un flechazo, tópico que nunca había pensado que pudiera sucederle a ella, pero que sin embargo, sucedió. Se enamoró de él porque tenían muchas cosas en común. A pesar de su trabajo de carácter puramente manual y un tanto embrutecedor, Alfonso era la antítesis del típico obrero: cortés, educado, apasionado lector, y además hablaba inglés perfectamente, porque había estado varios años viviendo en Malta. Aceptó el trabajo en la obra de forma provisional, porque el gran boom de la construcción se había instalado en la Costa del Sol, y se podía ganar mucho dinero trabajando subcontratado en cualquier oficio relacionado con él. Para Alfonso, ese trabajo no era más que un medio para conseguir su objetivo: reunir suficiente dinero antes de llegar el mes de mayo. Entonces dejaría de trabajar por unos meses y se concentraría en preparar los exámenes para su licenciatura en filología inglesa, que estaba terminando a distancia a través de la UNED. Tenía la ilusión de presentarse a oposiciones en un futuro cercano, y así llegar a ser profesor de inglés.

Nájla sólo regresó a Inglaterra a recoger sus cosas, con el fin de volverse enseguida a España. A su regreso, ambos decidieron vivir juntos. Tras varios meses, en los que pasaron la prueba de fuego de la convivencia, pensaron en

alquilar una casa algo más grande; pero les surgió una oportunidad, y se animaron a comprarla.

Cuando llegó el momento, Nájla, con prudencia femenina, se sintió algo asustada y nerviosa. Iban a comprometerse con un Banco en una deuda de cerca de 300.000 €, que es lo que valía la casa, más los gastos de compraventa, e incluso algunos muebles que tenían que comprar. El más pequeño de los dos coches que tenían, el Opel Astra de Alfonso, estaba pagado; de su Renault Clío sólo quedaban seis meses para liquidarlo. Pero, aunque Alfonso ganaba bastante dinero, no tenía una garantía de continuidad en el trabajo, ya que trabajaba a destajo: es decir, cobraba por trabajo encargado y hecho, que facturaba generalmente a la empresa subcontratada por el constructor. Ella, por su parte, acababa de empezar como colaboradora en el departamento de extranjeros en una asesoría fiscal de Fuengirola, que trabajaba mucho con árabes e ingleses.

Aun así, conseguir la financiación que necesitaban no les fue demasiado difícil, pese a la escasa garantía que entre los dos podían ofrecer. El padre de Nájla accedió a avalar a su hija, y fue a partir de ese momento cuando la prudencia de Nájla cedió ante la ilusión de comprar aquella casita, de la que no pudieron menos que enamorarse a primera vista cuando se la enseñó el amigo de Alfonso, diciéndoles que era una ganga que vendía un extranjero que tenía que volver a su país. Era una casita semiadosada, pero tenía unas bonitas vistas al mar, del que sólo la separaban unos 250 metros y la carretera nacional. Con 3 dormitorios en 120 m² tenían más que suficiente para los dos; incluso para los niños de los que a veces medio en broma medio en serio, hablaban.

El rincón que más les gustaba en verano era la terraza, que de casi 20 m² era otro salón. Era un placer desayunar allí bajo el sol de la mañana, y tomar una copa por la noche cuando refrescaba. Para el invierno, tenían un rinconcito al lado de la chimenea que les gustaba especialmente, por lo acogedor y agradable que era, y allí se sentaban sobre la alfombra a ver la televisión.

Enderezándose en su sillón, Nájla endureció ligeramente el rostro, mientras pensaba en que todo aquello había acabado, y que ya no quería seguir viviendo en esa casa, en la que todo le recordaba a él y los felices momentos que juntos habían vivido.

Ya lo había decidido, y por eso aceptó la oferta de la inmobiliaria. El comercial la había estado llamando desde hacía quince días. Era curioso: la

casa llevaba en venta casi ocho meses, y nadie se había interesado por ella. Ahora, de repente, había un comprador que la quería, y además la quería de forma inmediata. Hacía un par de días que habían firmado ya la escritura, y el nuevo propietario tomaría posesión esta misma semana.

¿Por qué no? La vida, tal y como Nájla la había vivido en el último año, había terminado, pero ella tenía que continuar con la suya, ya que eso es lo que él habría querido.

8. Todo bajo control

Lunes 14 de julio a las 09:00

Sentado en la cómoda cafetería del centro de Marbella, mientras tomaba su zumo de naranja recién exprimido para acompañar una tostada de pan integral con jamón ibérico y tomate, Roberto esperaba a su socio Peter a la vez que disfrutaba de los agradables olores de la pastelería, Roberto sintió un ligero escalofrío al recordar su estancia en la cárcel. El olor era lo que menos soportaba. Roberto siempre había tenido una sensibilidad especial para los olores, y en la cárcel parecían mezclarse el olor constante a sudor, a hombres, a rancio, con la habitual sensación de tristeza, desesperación y desconsuelo. Parecía como si la cárcel impregnara a los hombres que allí estaban con un olor especial a miseria, pobreza y miedo. Salvando las distancias, era algo parecido a lo que pasaba con los hospitales: los protocolos de limpieza serán magníficos, pero cuando vas de visita siempre sales oliendo “a hospital”.

Roberto había conocido a Peter, que ahora era su socio, unos cuatro años antes de entrar en prisión, en una galería de tiro olímpico en Valladolid, donde los dos practicaban un par de veces a la semana. Peter, aunque era de origen inglés por parte de padre y tenía la apariencia clásica de guiri, había vivido con sus padres en Málaga desde que era un bebé, así que era español en todo, menos en el aspecto. A raíz de sus sesiones de tiro semanales, empezaron a hacerse amigos y a estar cada vez más tiempo juntos, hasta que decidieron unir fuerzas para navegar por las procelosas aguas del mundo empresarial, formando una sociedad de consultoría inmobiliaria.

Peter y Roberto afianzaron aún más su amistad en el penal de Villanubla, donde ambos cumplieron condena por haber estafado a los que iban a ser unos ilusionados compradores de chalets pareados en una urbanización de Valladolid. Por entonces llevaban ya cuatro años siendo socios; habían hecho algún negocio legal, pero los beneficios tardaban en llegar. Ambos se dieron cuenta de que el dinero rápido sólo podía hacerse de forma “irregular” y, lógicamente, pagaron la novatada con su primer intento. Organizaron y llevaron a cabo una estafa inmobiliaria en una urbanización de lujo, con la mala suerte de que uno de los compradores era el hijo de un juez, que dedicó al asunto el tiempo suficiente para conseguir que les declararan culpables en

un plazo récord para los tribunales de Valladolid. Les condenaron a dos años y seis meses y, tras una apelación tramitada a toda velocidad por algún impulso procesal oculto que, según su abogado, no estaba nada claro, se confirmó la sentencia y tuvieron que entrar en prisión.

Allí fue donde conocieron a Arnaitz.

Roberto salió de su ensoñación al sentarse a la mesa Peter, como siempre con más ruido del necesario, como si quisiera hacerse notar. Enseguida empezó a hablar atropelladamente:

—Ya está todo absolutamente bajo control. Tenemos un total de 47 unidades vendidas de la “Casa de tus sueños” y ya las tenemos cobradas al 60%.

—Vale, pero, ¿cuánta pasta hemos cogido?

—Aproximadamente unos cuatro millones y medio de euros.

—¿Ha habido ya alguna reclamación?

—Sí, ya están empezando las reclamaciones.

—Pues, macho, hay que transferir la pasta a nuestra cuenta, ya sabes. ¿Cómo lo vas a hacer?

Mirándole con esos ojos azules inexpresivos tan típicos en los nórdicos, le contestó

—Dentro de unos días te lo digo.

Lunes 14 julio a las 09:00

A la mañana siguiente, sentada al otro lado de una mesa, bastante fea por cierto, Nájla escuchaba con paciencia a Juan Luis, director de la sucursal del banco donde su marido y ella habían tenido una cuenta conjunta. Ella quedaba como única titular, al ser la heredera de Alfonso, que parecía haber tenido una premonición cuando compraron la casa, ya que insistió en que hicieran testamento dejándose todo el uno al otro: él no tenía familia, y Nájla sólo tenía a su padre que vivía en Inglaterra y tenía suficiente dinero como para no necesitar una casita en la Costa del sol. Sin mostrar mucho interés en lo que le contaba el banquero, se entretuvo observándole: estaba claro que había dormido poco, y además se había cortado afeitándose. Nájla siempre había pensado que la vida de un trabajador de banca, incluso la de un director, no era algo para envidiar: era aburrida y repetitiva, todos los días durante 40

años levantándose a las 7 de la mañana y trabajando de 8 a 3; y además, siempre había que dar una imagen perfecta, en representación del banco.

—Nájla, como sabes, la compañía con la que suscribisteis el seguro obligatorio de vida, como una de las condiciones que os impuso el banco para daros la hipoteca, ha pagado hace ya unos meses al banco el principal y los intereses devengados a la fecha del fallecimiento. Ahora ya tienes tu casita completamente pagada, y libre de cargas. Por cierto, hace unos días me pidieron de un despacho de abogados un certificado de cancelación de la hipoteca, y les dije que tenías que venir tú a pedirlo. Ya me ha dicho el interventor que viniste a llevártelo. ¿Para qué lo querías, si me permites la pregunta?

—Pues sí, te permito la pregunta. He decidido vender la casa y marcharme a Inglaterra a vivir cerca de mi padre, al menos durante un tiempo.

—Pero, ¿estás segura de que es eso lo que quieres hacer? Mira que estamos en un mercado de compradores, no de vendedores, con lo que seguramente...

Sin dejarle terminar, Najla le interrumpió :

—Te agradezco el consejo, pero me temo que ya está todo hecho. La semana pasada me dieron un depósito de 3.000 € para la compra, y ayer firmamos la escritura de compraventa. La he vendido en el mismo precio que nos costó, más los gastos que invertimos en ella. Lo único que voy a perder va a ser la comisión de la inmobiliaria. No quería seguir viviendo allí, ya te imaginarás por qué. Y considero que con la venta de la casa ha terminado una etapa de mi vida y empieza otra.

Un nuevo brillo pareció surgir de los hasta entonces inexpresivos y aburridos ojos del director que automáticamente empezó a frotarse las manos. Al darse cuenta de su error, se controló y paró inmediatamente, al tiempo que preguntaba:

—Entonces, te habrán dado por la casa unos 300.000€ más o menos ¿no? Bueno, bueno, bueno. Y ¿qué piensas hacer con ese dinero? Yo te puedo ofrecer una buena rentabilidad.

Nájla abrió su bolso y sacando un sobre extrajo del mismo un cheque bancario, que entregó directamente a Juan Luis.

—Aquí tienes; como puedes comprobar, casualmente el cheque bancario es de tu mismo banco, aunque sea de distinta sucursal, por lo que puedes abonar el dinero en mi cuenta de forma inmediata, sin necesidad de esperar

absolutamente nada.

El director, un poco pillado por sorpresa, pareció amilanarse ante la seguridad con que le hablaba Nájla, mientras comprobaba la bondad del cheque, primero físicamente, y después tecleando su numeración en el ordenador, para verificar la existencia de saldo suficiente en la cuenta de cliente.

—Dame un recibo, y el dinero se queda en la cuenta corriente, para que esté disponible en cualquier momento, hasta nuevo aviso. Ah, se me olvidaba decirte que, como voy a recoger mis cosas y me voy mañana mismo a Inglaterra, a pasar una temporada larga con mi familia, he dado un poder tan amplio como ha sido posible a Alejandro Novely, del bufete Iglesias & Asociados, para que pueda disponer de mi dinero, transferirlo siguiendo mis instrucciones, en definitiva, representarme en cualquier ámbito, y especialmente ante el banco. Necesito que me des una clave de internet para poder operar a través de la red, sin valor máximo de operación. Autonomía de disposición ilimitada.

—Si esperas cinco minutos, te lo hago sobre la marcha. Dame tu número de móvil.

En menos de cinco minutos, salió por la impresora un sobrecito cerrado, que Juan Luis le entregó junto con otro contrato para que lo firmara.

—Ahí tienes: tu número secreto, y el contrato. Mira: una vez que hayas entrado en la página del Banco, puedes cambiar la clave por la que te parezca. La disposición de cantidades mayores de 6.000 € necesitará de una clave o número más, que se genera de forma aleatoria y se te enviará al móvil, a fin de que la teclees en pantalla, para mayor seguridad de la operación. ¿Te hace falta algo más?

—No, gracias; de momento, eso es todo. Es posible que nos veamos dentro de unos meses.

Juan Luis, ya sin sonrisa, se le quedó mirando por encima de las gafas, viéndola primero salir del despacho, y luego en su pantalla de seguridad. La siguió hasta la salida, con cierta admiración por lo claras que tenía las ideas, y por su determinación. Era una chica muy atractiva.

9. Negocios

Lunes 14 de julio a las 13:00

Tras una agotadora sesión de spinning, que le venía fenomenal para liberarse un poco de la tensión que tenía acumulada, Nájla notó que su móvil emitía la vibración clásica de un mensaje. Al desbloquearlo y comprobar la pantalla, vio que el SMS era de Alejandro:

—“Nájla, Alej d Iglesias noved en caso. Si qres, llama y te explico. 656980000”

Sin esperar, llamó:

—¿Sí?

—Alejandro, soy Nájla.

—Oye, si quieres nos podemos ver, y te explico la situación.

—Vale, pero nos tendremos que ver mañana por la noche. Si quieres, aprovechamos y te invito a cenar en “Oh mamma mia”. Tengo que encontrar hoy mismo un apartamento pequeño.

—¿Un apartamento? ¿Para qué? ¿No tenías tu casa?

—Sí, pero acabo de venderla, y tengo que dejarla prácticamente ya....

—Joder, sí que es casualidad —dijo Alejandro mientras se sacaba un llavero con varias llaves del bolsillo, haciéndolo tintinear, para que Nájla lo oyera—. No hace ni media hora que un cliente que se vuelve a su país me ha dado un juego de llaves. Son de un apartamento de un dormitorio, en un edificio completamente nuevo. No tiene pérdida: es el último bloque del paseo marítimo de Fuengirola, en la punta este. Me ha encargado que lo gestione yo personalmente. Te dejo las llaves en la recepción del despacho, en un sobre a tu nombre. Vete a echar un vistazo y, si te gusta, me lo dices cuando nos veamos, y lo organizamos para que te lo quedes.

—Oye, pues te lo agradezco mucho, Alex. Luego me paso por el despacho, y mañana por la noche ya me cuentas.

Lunes 14 de julio a las 14:30

Foie de pato en láminas con manzana y balsámico de Módena, y un solomillo de ciervo en salsa de castañas —probablemente, no controlado por Sanidad. Todo ello regado con un Pedro Moro, y ambientado con una

conversación de mera cortesía sobre cuestiones intrascendentes —fútbol, mujeres y la crisis que parecía avecinarse—. Ya encarando los postres, Roberto se metió directamente en faena con Urías Brerbi, el concejal de urbanismo al que había invitado a comer para asegurarse un par de plantas más en la nueva promoción.

—Urías, me imagino que sabrás que estamos interesados en comprar uno de los solares que hay en la zona de expansión de vuestro municipio. Uno que tiene 1300 metros. Sabes el solar al que me refiero.

En ese momento, el concejal metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, que había colgado en la silla en la que estaba sentado, y sacó un pequeño aparatito que puso en la mesa, presionando el interruptor de encendido, con lo que empezó a parpadear una pequeña luz verde. Frunciendo el ceño, Roberto preguntó

—¿Qué coño es eso?

Sonriente el concejal le contestó:

—No es más que un scrambler.

—Y ¿para qué sirve?

—Desde el mayor de los cariños, y con la confianza total que en ti tengo, te pido que me disculpes, pero en los tiempos que corren... no me queda más remedio que tomar algunas precauciones. Este aparatejo actúa como una especie de inhibidor, y sirve para crear una interferencia para cualquier fuente de audio que esté cerca grabando. Te repito: no es por desconfianza hacia ti, pero habrás visto los periódicos de hace unas semanas. La fiscalía ha actuado contra varios concejales en otro municipio, basándose precisamente en unas grabaciones de audio que ha conseguido alguien en connivencia con la policía.

—Hay gente que se consideraría insultada, pero yo soy mucho más práctico que todo eso, y además entiendo el planteamiento. Bueno, pues... ya que podemos hablar con libertad, iré directamente al grano: queremos comprar el solar de calle Malvaloca, pero, como tú bien sabes, en el plan general de ordenación urbana vigente sólo se le asigna una edificabilidad de dos plantas más retranqueo, con una ocupación en superficie del 50% del solar.

—¿Cuántos apartamentos salen por planta?

—Pueden salir unos ocho buenos apartamentos por planta, más cuatro en retranqueo, y en este caso los locales comerciales no existen.

—¿Qué precio tiene el solar?

—Están pidiendo 600.000 euros. Teniendo en cuenta que en el mercado

actual un dos dormitorios no se puede vender en esa zona en más de 150.000 €, no sería un negocio rentable. A no ser que...

—A no ser que consiguierais, por ejemplo, una e incluso dos plantas más, ¿no?

—Exactamente. Nosotros, por supuesto, estaremos dispuestos a hacer una contribución especial, ya sea para poner farolas o para terminar la guardería municipal, en definitiva, apoyar al partido, que creemos que está trabajando bien. Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo beneficioso para las dos partes.

—Sí, sí, Roberto; pero no se trata solamente del partido. Tenemos que contar con el visto bueno del técnico municipal.

Roberto dio un sorbito a su café, y se quedó en silencio durante unos segundos como si estuviera concentrado, haciendo un cálculo mental.

—Te voy a ser claro, Urías: lo que se le pague al técnico, es dinero de menos que podemos aportar al partido.

—Sí, ya, pero el problema es que el técnico es un poco especial, y si no da su visto bueno, no nos quedaría más remedio que daros la licencia de obra a través de decreto, y tal cómo está la oposición ahora mismo, le estaríamos dando armas para que nos lleven al juzgado.

—¿Por qué no hacemos una cosa, Urías? Tantea al técnico, y en caso de que dijera que no, la pelota estaría en vuestro lado del campo y os tocaría jugar.

A la vez que recogía su aparatito, Urías se levantó y mientras daba por terminada la conversación con Roberto con un apretón de manos le dijo:

—Lláname dentro de una semana y hablamos. Ah, por cierto: muy buena la comida.

10. Sentí profundamente

Martes 15 de julio a las 19:00

—Queridos telespectadores, soy Elena Paredes y les doy de nuevo la bienvenida a nuestro programa, que hoy tiene un título un tanto triste: “Viudas por negligencia empresarial”.

—Hoy vamos a hablar de esos empresarios, afortunadamente pocos, que son responsables de la muerte de uno o más trabajadores, que para ellos parecen ser solamente herramientas para conseguir más beneficios, no teniendo su vida demasiada importancia. Para hablar en primera persona de este tema, se encuentra con nosotros Nájla Sanspino, de 27 años, que perdió a su joven marido Alfonso, de sólo 31, hace ya más de un año, cuando estaba trabajando en una obra sin ningún tipo de medida de seguridad.

Mientras levantaba la vista de sus papeles, Elena Paredes esbozó una sonrisa poco alegre y siguió hablando:

—Nájla, aunque sabemos que es doloroso, ¿quieres contarnos, por favor, cómo murió tu marido?

Todos los asistentes al directo, sentados en las gradas que formaban un semicírculo alrededor de la mesa de entrevistas, se habían quedado en un absoluto silencio, expectantes, hasta que Nájla, tras un leve carraspeo comenzó a hablar, y explicó en menos de cinco minutos cómo había muerto Alfonso y cuál había sido la sentencia.

—Pero, ¿cómo es posible que sólo hayan condenado a este sinvergüenza a dos años de prisión? Es una pena absolutamente ridícula.

Aplauso generalizado del público presente, que parecía estar en total acuerdo con la presentadora.

—Y la pena de multa es más que nada simbólica, porque 72.000€ para un empresario de la envergadura del Sr. Chantemon del que hemos procurado documentarnos, no es absolutamente nada. ¿Qué indemnización, en vía de responsabilidad civil, tendría que pagarte aproximadamente?

—La indemnización, con todas las partidas de que está compuesta, suma, según mi abogada, alrededor de 600.000.

—Lógicamente la vida de un hombre, de un esposo, no puede valorarse en ninguna cantidad de dinero, pero al menos ese tipo indemnización parece más

razonable.

Nada más haberlo dicho, Elena Paredes, la presentadora, se dio cuenta de su error, pero no le dio tiempo a rectificar, ya que Nájla se volvió y la miró fijamente a los ojos al tiempo que decía:

—Elena, ¿de verdad crees que se puede poner precio a la vida de una persona? Del hombre al que has amado, de tu compañero, un hombre joven que no había cumplido todavía los 31 años, con toda una vida por delante, llena de proyectos e ilusiones que quería compartir contigo, de hijos que ya no vendrán.

Nuevo aplauso de quienes opinaban igual, mientras Elena carraspeaba ligeramente.

—Perdóname, Nájla; tienes toda la razón. Está claro que es imposible compensar a nadie por la pérdida de un ser querido, pero vivimos en una sociedad en la que se tienen que establecer convenciones determinadas, aun con respecto a situaciones tan tristes como esta: eso era lo único a lo que me refería cuando hablaba de “razonable”.

—Acepto tus disculpas, pero me amarga pensar que este cabrón, además de no pisar la cárcel, no va a pagar ni un céntimo.

Gritos de indignación recorrieron las gradas:

—Pero ¿cómo? ¿Es que encima se niega a pagar?

—Por supuesto que no lo va a decir nunca de forma expresa. Es mucho más listo que todo eso. Este hombre tiene multitud de negocios, y está muy bien aconsejado por varios abogados y asesores. Incluso es socio de una asesoría en el centro de Marbella llamada Tax saving, que gestiona todos sus negocios. Este individuo ha conseguido colocar a la sociedad que contrató a Alfonso en situación de insolvencia, para después poder llevarla a la quiebra, o concurso de acreedores como se llama ahora.

—Bueno, pero si la sociedad no tiene bienes para pagar, responderá el administrador de la sociedad, ¿no?

—Aunque en este caso Roberto Chantemôn es incluso administrador de derecho, es decir, había aceptado la responsabilidad que implicaba ser administrador, no va a pagar nada. Como está tan acostumbrado a que le intenten embargar, no tiene absolutamente nada de valor a su nombre: solamente han encontrado en los Registros de la Propiedad, una parcela rústica que no vale ni para criar cabras, y un almacén en un polígono que va ser derribado. Y además, cada una de estas propiedades tiene más de cinco

embargos, con lo que bastante poco se va a sacar de ellas aunque se embarguen y después subasten.

Nueva protesta generalizada desde las gradas. Tras unos diez segundos de silencio, que Elena usó para incrementar la tensión del ambiente, volvió a hablar:

—Queridos telespectadores, como han podido ustedes comprobar tras oír el escalofriante relato de Nájla, el problema de fondo al que nos enfrentamos es un código penal excesivamente blando con este tipo de delincuentes, como Roberto Chantemôn... que saben perfectamente lo que hacen, y así campan a sus anchas. Pero, disculpen; creo que tenemos una llamada.

La presentadora comprueba el asentimiento desde la cabina de realización, y añade:

—Acabamos de recibir una llamada de Roberto Chantemôn, que quiere decirnos algo. Lógicamente, después de todo lo que de él hemos dicho esta noche, que, eso sí, quiero dejar constancia, es exclusivamente una visión personal de Elena Paredes, esta presentadora, y no de la cadena, tenemos que darle paso. Buenas noches, señor Chantemôn.

—Las buenas noches, señorita, probablemente lo sean para usted y para su cadena, que a base de descalificar e insultar a una persona pretenden subir su índice de audiencia.

—¿Cómo se atreve?

—Mire usted: llevan ustedes hablando sobre mí más de 10 minutos, sin haber tenido ni siquiera la delicadeza de contrastar datos, lo que entre otras cosas dice muy poco de su profesionalidad. Haga usted el favor de dejarme hablar, si quiere, y cuando termine, diga usted lo que quiera.

Con el rostro ligeramente desencajado, Elena le contestó:

—Usted no es nadie para decirme cuándo tengo que hablar; yo presento este programa, y decido cuándo tengo que intervenir yo y cuándo interviene un contertulio. Pero aquí no le negamos la palabra a nadie. Diga lo que quiera.

—Lo primero que quiero decir, que quizás sea lo más importante, va dirigido a la joven que se sienta su derecha.

—Se llama Nájla.

—Muy bien. Nájla, simplemente quiero que sepas que sentí profundamente la muerte de tu marido, y que he aceptado, sin discusión, mi responsabilidad ante el juzgado, tanto penal como civil, como bien sabes.

Tras un abucheo generalizado del público, Nájla se colocó bien el micro y,

mirando fijamente a la cámara, se lanzó a contestar:

—No sé cómo tienes la caradura y la poca vergüenza de intentar hacernos creer que has sentido algo por la muerte de mi marido, tú que ni siquiera le conocías. ¿Habías tomado alguna vez un café con él? ¿Habías hablado aunque fuera unos minutos con él? Tú lo que eres es un hijo de puta, sin más.

Un estallido de aplausos inundó el estudio; durante casi un minuto fue imposible acallar a la gente, que quería así demostrar a Nájla su apoyo incondicional. Cuando la presentadora consiguió calmar a los espectadores, intervino de nuevo el aludido, que, en tono conciliador, pero un tanto paternalista, dijo:

—Nájla, ya sé que todo lo que me estás diciendo es consecuencia de tu pena y frustración, por lo que no le doy ninguna importancia. Ya te he dicho lo que quería, y espero poder algún día demostrarte que todo fue un desgraciado accidente.

Los ojos de la presentadora parecen haberse empequeñecido de repente, al tiempo que sus labios se habían contraído, pero cuando se abrieron, soltaron todo lo que habían estado conteniendo:

—Pero ¿cómo demonios puede usted tener el poquísimo pudor de intentar todavía quedar bien? Es usted un sinvergüenza sin escrúpulos de ninguna clase, y son tipejos como usted los que hacen que los ciudadanos de a pie ya no crean en la justicia.

Chantemôn recogió el guante y contestó, con mucha tranquilidad:

—Señorita, ya veo que le gusta tirarse a la piscina. Tenga cuidado, no vaya a ser que no tenga agua.

—¿Me está usted amenazando? Pues sepa usted que no me dan miedo sus amenazas. Si es usted un hombre, venga al programa y dé la cara delante del público.

Aplausos y vítores inundaron el plató de nuevo, hasta que Roberto siguió:

—Señorita, le voy a hacer un favor y no le voy a dejar que siga hablando, ya que necesita usted que le enseñen modales: dentro de unos días, los que tarde mi abogado en prepararla y mi procurador en presentar el escrito en el juzgado, recibirá la primera querrela criminal contra usted y su cadena. Luego seguirán otras.

De nuevo se creó un pandemónium generalizado en el estudio, pero ahora en vez de aplausos, todo el mundo empezó a gritar toda clase de epítetos e insultos a Roberto Chantemôn, que ya había colgado el teléfono.

Peter Hockrote, que estaba tranquilamente sentado comiendo una tapa de ensaladilla rusa en el Bar Central, junto a la Plaza de los Naranjos de Marbella, casi se atraganta cuando oyó la voz de Roberto, que salía de la pequeña televisión que el propietario del bar tenía colgada en una de las esquinas. Dejando el vaso en la mesa, se acercó hasta la esquina para escuchar lo que estaba diciendo su socio. Llegó justo a tiempo para ver y oír la reacción del público al final de la conversación telefónica entre Roberto y Elena Paredes, la entrevistadora del “*talk show*”, que estaba de moda.

Un par de minutos después, tras terminar rápidamente su consumición y pagar, tuvo que esperar, móvil en mano en medio de la plaza, hasta el cuarto tono de llamada para que Roberto le contestara.

—¿Qué pasa, amigo Peter? No me digas que estabas escuchando el programa de la pedorra esa.

—Macho, ¿tú estás loco, o qué? Sólo he llegado a oír el final, y por lo que he visto y oído, si llegas estar en el plató, el público te lincha.

—Peter, Peter, amigo mío, relájate. La llamada solamente pretendía tener un efecto psicológico. Se trataba de demostrar a todo el mundo, y en especial a la viuda, que por cierto está buenísima, que estamos tan convencidos de que aquello fue un simple accidente en el que no tuvimos culpa alguna, que somos capaces de llamar a la televisión para expresarle públicamente a la viuda nuestro profundo sentimiento.

—Pero ¿tú crees que alguien se va a creer lo del sentimiento? La galería no es tonta, y ahora, con tanto *reality show* de estos, los periodistas han encontrado un filón en los empresarios como nosotros y en nuestra forma de hacer las cosas.

—Lo que me ha jodido es cómo me ha tratado la entrevistadora esta. ¿Quién coño se habrá creído que es?

—¿Qué querías?, ¿que encima te hiciera la ola? Lo único que ha hecho es intentar ganar audiencia, y como tenía claro que tomar partido por la viuda era lo que el público aplaudiría, lo ha hecho, y seguro que ha subido el share de la cadena, a tu costa.

—Cada vez entiendo menos a las mujeres. Mi ex se tira todo el puñetero día tragándose toda esa porquería de programas, en los que contratan a cuatro

inútiles para ver quién grita más sobre la novia del último famosete de turno. Y luego, cuando les explicas las cosas como son, no las entienden. Tiene cojones la cosa.

—Yo tampoco lo entiendo; no sé, parece como si quisieran ver cómo viven los demás, como si no tuvieran suficiente con sus propias vidas, o como si éstas fueran tan aburridas, que necesitaran vivir la de otros. Y cuando les enseñas la realidad...

—Sí, pero la Elena Paredes ésta ha tomado partido de una forma muy poco profesional en mi contra. La muy zorra me ha llamado de todo, y te aseguro que lo va a sentir.

—No jodas, que no tenemos tiempo para historias.

—Llama a Smith, y dile que nos vemos en media hora en la cafetería del Corte Inglés.

11. Smith y Oh Mamma mia

Martes 15 de julio a las 19:45

Sentado en una mesa de rincón está un hombre de estatura media, mediana edad, casi calvo, cara redonda pero sin papada, con chaqueta sport, con unas gafas de montura negra a través de las cuales brillan unos ojos penetrantes de un azul intenso. Esos ojos acaban de ver llegar a Roberto Chantemôn, pero, sin embargo, desvían la mirada, como si su dueño no estuviera interesado en el que llega, que se encamina directamente a su mesa.

Todos sus clientes consideraban a Smith la persona idónea para hacer ciertos trabajos con discreción, ya que su apariencia en nada llamaba la atención, y su presencia ni se notaba ni se recordaba.

—Buenos días, Smith. ¿Cómo va la vida?

—Buenas tardes; no creo que tenga usted mucho interés en mi vida, pero si lo quiere saber, me va bien, muy bien.

—Desde luego, cualquier día le dan el premio a la simpatía.

—El de la simpatía se lo dejo a usted. Yo prefiero que me den el de la eficacia, que tanto brilla por su ausencia entre los profesionales de hoy.

—Bueno; hechas las cortesías, pasemos al negocio. Tengo un trabajillo para usted, que me corre cierta prisa.

—Siempre corren prisa.

—Sí, pero en este caso quiero que me dé la información mientras esté todavía caliente, y tenga en mi recuerdo a un par de personas, porque quiero reaccionar con fuerza.

—Si está dentro de mis posibilidades, lo haré encantado.

—Seguro que no tendrá ningún problema. Quiero un informe completo sobre una tal Elena Paredes; no sé si la conoce, la entrevistadora.

—Sí, a la que llamó usted por teléfono el otro día, casi al final de la emisión del programa sobre viudas.

—Joder, ¿es que todo mundo ve esa mierda de programa?

—Tiene un share de audiencia del 23%: no está nada mal.

—Ni que fueras accionista de la emisora. Bueno, a lo que vamos: hazme cuanto antes un informe completo sobre esa Elena Paredes.

—Tardaré unos días; quizás, una semana.

—Si lo tienes en dos días, te pagaré un 20% más de tu minuta habitual.

—Lo intentaré, pero no puedo asegurar nada.

—Ok. Ah, se me olvidaba: también quiero que averigües todo lo que puedas sobre esta chica.

Roberto le alargó el móvil con el nombre y la dirección de Nájla, que le acababa de enviar Pascual, su abogado. Antes de levantarse de la mesa, el señor Smith le preguntó:

—Tu número ¿ha cambiado?

—No.

El señor Smith se levantó la mesa y se despidió con un escueto:

—Te mandaré un sms para decirte la fecha y hora en que te informaré del resultado de mi investigación.

Roberto ni contestó, limitándose a mirar cómo se alejaba el señor Smith.

No sabía por qué, por alguna rara asociación de ideas, de repente le había venido a la cabeza la imagen de Arnaitz. La verdad es que no podía ser más diferente del señor Smith. Aquél era todo lo contrario de éste: alto y más bien delgado, de unos treinta y pocos años, pero ya con el pelo más gris que negro, y grandes ojos oscuros que siempre estaban tristes. Cuando se conocieron en el penal de Villanubla, Arnaitz era como una especie de fantasma. Deambulaba por todas las zonas de libre circulación en la cárcel: el patio, las zonas de recreo, siempre solo.

Cuando Peter y Roberto entraron en prisión lo hicieron como dos gallos de pelea, actitud que en el fondo ocultaba una cierta aprensión por la publicidad peliculera de las palizas, abusos sexuales y demás lindezas que todo el mundo da por habituales en la cárcel. Por eso iban siempre juntos, fueran adonde fueran: para protegerse el uno al otro. Solamente en una ocasión tuvieron que parar los pies en las duchas a tres maricones viejos, con pocos reflejos y menos cojones, lo cual fue su perdición. En aquella época estaban los dos bastante en forma y Roberto hizo buen uso de su agresividad y a medida que iba tumbando en el suelo a los maricas, Peter les iba maceando la cabeza a patadas. El encuentro tuvo el efecto que buscaban, y les sirvió para darse a conocer entre los reclusos, que, desde entonces, les dejaron en paz. Incluso se ganaron las simpatías de un cierto sector de los internos, que empezaron a considerar que eran “«legales»”.

Por las tardes solían jugar a las cartas en la sala social, con otros dos presos con los que se llevaban bien. Al estar un día uno de los compañeros de

juego indispuerto en enfermería, y faltar uno para la partida por parejas, Roberto invitó al hombre joven, triste y solitario, que siempre estaba sentado en una esquina, a que se sentara para formar pareja de juego. Su nombre era Arnaitz.

Martes 15 de julio a las 21:00

Cuando salí del despacho por la tarde, mientras volvía andando a mi pequeño apartamento a escasos 200 m de Iglesias & Asociados, iba pensando en si tenía alguna camisa limpia. Llevaba ya casi dos semanas sin ir a la lavandería, y en un fondo de armario tan escaso como el mío, eso se nota. Justo en el momento en que iba a meter la llave en la puerta de mi apartamento, llegó Marta, la vecinita de al lado, con una bolsa de la compra, y me saludó, como siempre, sonriendo.

—Qué, ¿has ganado hoy algún juicio importante? —preguntó con tono de voz entre irónico y burlón, que dejó inmediatamente paso a una actitud coqueta y sugerente, mientras se apoyaba en el quicio de la puerta de su piso—. Cuando lo ganes, no se te vaya olvidar que me debes una cena, pero tienes que cocinar tú.

Haciéndome el sorprendido, me di un golpe en la frente, como si se me hubiera olvidado algo importante, mientras le decía, sonriendo:

—Ya sabía yo que se me olvidaba algo. Ahora mismo voy a apuntarlo en la agenda.

Mientras Marta se metía en su piso con un insinuante contoneo de caderas, al abrir el mío y notar el olor, me di cuenta de que se me había olvidado tirar la basura la noche anterior.

Después de casi diez minutos bajo el chorro caliente de la psicodélica alcachofa nueva que la semana pasada me había puesto el propietario después de mucho pedírselo, me enfundé en mi camisa nueva de Emidio Tucci medio planchada, me puse un pantalón vaquero y, debidamente perfumado, a las 9:15 me puse en camino hacia mi cita con Nájla. Me sentía incómodo por la duda de si tendría que haberle comprado unas flores. No quería estropear nada, por intentar ir demasiado deprisa.

Peter hizo que una de las chicas del despacho llamara al bufete de Cristóbal de las Heras, para asegurarse de que el abogado no estaría en el despacho. Una vez confirmado, cogió el maletín con su portátil, y menos de veinticinco minutos, después había recorrido los 30 km que separan Marbella de Fuengirola y llamado al timbre del despacho de De las Heras.

La rubita, Andrea creía recordar que se llamaba, que le había atendido en su visita anterior, se había oscurecido ligeramente el pelo, lo que le daba un aire mucho más atractivo. Sonrió abiertamente al ver a Peter:

—Sr. Hockrote, es un verdadero placer que vuelva a visitarnos - le dijo mientras extendía la mano para saludarle.

—Me alegro de verte, Andrea; mis amigos me llaman Peter.

La rubita no dudó un instante, y se acercó a Peter para saludarle más amistosamente. Peter notó cómo se le erizaba ligeramente el vello al besar a Andrea cerca de la base de su menuda orejita. Ella tardó un par de segundos en reaccionar, y, cuando lo hizo, le dijo:

—Peter, me temo que don Cristóbal no está en el despacho, y no creo que vuelva hasta última hora de la tarde.

—No te preocupes, Andrea: he llamado a Cristóbal y me ha dicho que le espere aquí. Me ha dicho que tardará unos cuarenta minutos. Dijo también que me pasaras directamente a su despacho y que esperara allí. Que me pusiera cómodo. Ah... y que me cuidaras bien....

La secretaria sonrió y, sin mediar palabra le mostró el camino al despacho de su jefe.

—¿Te apetece un café, Peter?

—Pues sí, gracias; con leche y azúcar.

Cinco minutos después, estando Peter sentado en el sofá del despacho de Cristóbal, oyó que Andrea llegaba con el café, y se levantó, como buen caballero, para coger el platillo con la taza. Andrea le dio las gracias y dijo:

—Peter, el caso es que tengo que salir un momento. No serán más de diez minutos, pero tengo que ir a la Notaría a llevar un poder, para preparar una compraventa que se firma mañana. ¿Te importa quedarte solo y cuidarme el despacho? —terminó con una sonrisa.

—No te preocupes; yo me quedo aquí, haciendo unas cuantas llamadas.

Al tiempo que se lo decía, Peter le había cogido ligeramente el brazo. Andrea se sorprendió, más que nada, por su propia reacción ante el contacto de Peter: había sentido un ligero estremecimiento que, la verdad, hacía mucho

tiempo que no notaba al acercársele un hombre.

—¿Seguro que no te importa?

—En absoluto.

Andrea salió apresuradamente del despacho, contoneándose con la bandejita vacía, después de dejarle un café con dos galletas. Al poco rato volvió a pasar por allí con un portafolios bajo el brazo, despidiéndose con un escueto:

—Ahora vengo; y si te hace falta algo más no dudes en llamarme. He dejado mi móvil apuntado en la servilleta.

En el mismo momento que Andrea salió, Peter se sentó en la mesa de Cristóbal. Sacó inmediatamente su portátil y el cable de 3 metros que había traído para conectar en el multienchufe que, cómo en su última visita había observado, estaba a metro y medio de la mesa. Mientras se iniciaba Windows, Peter encendió un teléfono móvil de tarjeta que no había sido utilizado nunca, y que no volvería ser usado después de aquel día.

Concentrado en lo que había venido a hacer, entró en la página del banco en el que Cristóbal de Las Heras, siguiendo sus instrucciones, había abierto la cuenta de la sociedad La Casa de tus Sueños SL, para ingresar en ella los depósitos y pagos a cuenta de los clientes que tenían en otras cuentas, y realizar los pagos pequeños a proveedores de la promoción, evitando así sospechas. Entre las condiciones de apertura de la cuenta —que Peter había negociado telefónicamente con el banco, aunque él no aparecía por ningún sitio—, estaba la de la libre transmisión de fondos sin límite de cantidad, lógicamente con un incremento considerable de las medidas de seguridad. La cuenta la había abierto Cristóbal de las Heras, flamante administrador de la sociedad La Casa de sus sueños SL, y había entregado a Peter las claves de acceso y las dos tarjetas de coordenadas.

Una vez dentro de la cuenta, tras introducir usuario y clave, Peter comprobó el saldo de la cuenta ligeramente por encima de los cuatro millones y medio de euros. Es el momento perfecto, pensó. Entró en el apartado de transferencia internacional, y tecleó todos los datos de la primera cuenta beneficiaria que iba a servir exclusivamente de puente hasta llegar a la cuenta de destino final. El primer banco al que iba a ir el dinero estaba en Liechtenstein. La cuenta estaba a nombre de una sociedad de Delaware.

Una vez introducidos todos los datos, incluidos el código swift, el IBAN, al darle al INTRO, empezaron las comprobaciones de seguridad: primero, la

aplicación le pidió dos claves de la tarjeta de coordenadas; una vez puestas, se oyó el zumbido de mensaje en el teléfono móvil que sólo iba a tener este uso, donde apareció el mensaje informándole de la transferencia que se iba a hacer, y dándole una clave de seis dígitos para ser introducidos en la aplicación. Hecho esto, la aplicación le presentó un panel, y le pidió la introducción de cuatro caracteres de ocho. Peter miró en su móvil habitual, donde tenía registrados los datos, y los introdujo con cuidado, ya que se alternaban mayúsculas con minúsculas. Finalmente, la aplicación le informó que todo era correcto, y que la transferencia estaba hecha. El siguiente paso sería ordenar al banco de Liechtenstein que el dinero fuera transferido a Panamá, a una cuenta numerada, donde también tenían depositado el dinero que les pagaron los políticos, años atrás, a través de Marc.

Hecha la operación, Peter guardó el portátil, y se acercó a una estantería que Cristóbal de las Heras tenía de exposición con multitud de textos jurídicos, escondiendo el teléfono detrás de un anuario mercantil del año 2006, que tenía vocación de no ir a ser usado nunca.

A todos los efectos la transferencia se había hecho desde la IP del despacho de Cristóbal de las Heras, y si había registro policial, a lo mejor encontraban el teléfono que había recibido la clave.

Ellos estarían limpios y con la pasta segura.

La pizzería “Oh Mamma mia” no será, según los puristas pizzeros, la mejor de la Costa del Sol, pero sí es de las más famosas, y yo ya llevaba tiempo queriendo ir. Al entrar me quedé de pie en la mini barra, tomando una cerveza y esperando a que Nájla llegara. Miraba a la puerta sin prestar demasiada atención a la gente que estaba sentada en las mesas: dos grupos de extranjeros, varias parejas y una chica rubia sentada en la mesa más alejada.

Tras unos cinco minutos de espera, y atacando ya la segunda cerveza, la impaciencia empezó a inquietarme. Para no estar fijándome en el camarero ni en la puerta, volví a dirigir la mirada hacia las mesas. Esta vez, cuando la chica rubia se dio cuenta que había detenido la mirada un par de segundos en ella, me hizo un gesto con la mano. Yo no sabía si me estaría increpando por estar mirándola, pero, como no había nadie a su alrededor, y el único posible destinatario del gesto era yo, la miré de nuevo al tiempo que, subiendo

ligeramente los hombros y poniendo la palma de la mano que tenía libre hacia arriba, le hacía un ademán con el que pretendía preguntarle qué es lo que quería. Ella, sorprendentemente, me hizo señas para que me acercara. Miré de nuevo hacía la puerta: Nájla seguía sin llegar, así que me acerqué a paso rápido a la mesa de la rubita, cerveza en mano. Ella iba sonriendo más y más, a medida que yo me acercaba. Me pareció entonces conocerla de algo: no sabía si de la facultad, del despacho o de algún otro sitio. Sí, su cara me resultaba familiar; seguramente, ella me habría reconocido, y por eso me habría llamado.

Pero, cuando llegué a la mesa, ella me recibió con una pregunta:

—¿Llevas mucho esperando?

Sólo en algunas ocasiones en la vida, nos llevamos una sorpresa que, por ser totalmente inesperada, nos causa una sensación de idiotez momentánea. Esa sensación que nos deja paralizados unos segundos y va acompañada de una sonrisa bobalicona, o de una expresión difícilmente descriptible es para la que, sin duda, se acuñó el término “«sorprendido»”. Creo que se me debió quedar una cara de idiota antológica, con la boca abierta. Superado ese primer momento en el que no reaccioné, empecé a procesar la información, aunque de forma lenta: sin duda era la voz de Nájla; y allí, a un metro escaso de ella, distancia que cual miope inconscientemente acorté para examinarla mejor, estaba claro que era ella. Llegué a la conclusión por la voz, pero no porque la hubiera reconocido. Me eché hacia atrás en la silla y no pude por menos de decirle, en un tono que era de todo menos amable, pero también contenido para no llamar la atención de nadie:

—¡Pero qué demonios has hecho con tu preciosa melena!

Riéndose de mi reacción, al tiempo que ponía el dedo índice en sus labios, Nájla dijo, bajando la voz:

—Perdona que no te dijera nada, pero la idea era justamente esa: quería comprobar si me reconocías o no. Me he sentado en esta mesa porque es la más discreta de todo el restaurante y, como hoy está casi vacío, difícilmente nos va a escuchar nadie.

Una vez superada la sorpresa inicial, eché el cuerpo ligeramente hacia atrás en la silla, para coger perspectiva y verla mejor, y así poder ir apreciando los cambios. El precioso pelo color castaño, que antes le llegaba casi hasta la mitad de la espalda, había pasado a ser una melena rubia con un corte moderno un tanto *punkie*. Los ojos, que antes eran color miel, ahora eran

entre azul y verde, no sé, parecía que le había cambiado hasta la cara: estaba como más estilizada, más blanca.

—¿Qué es lo que has hecho, que hasta tu cara parece distinta?

—Nada grave. Sólo he cambiado cuatro detalles: he afinado las cejas y he adaptado el maquillaje, contorno de ojos, pintura y brillo de labios a mi nuevo look mezcla de gótica con pija de Zara. Por hobby, hice un curso de caracterización en la Escuela de Arte Dramático.

—¿Y la forma de vestir?

—He intentado conseguir un aspecto más juvenil, así que tenía que vestirme en consonancia: vestido más corto y ajustado de color negro, y un par de piercings a juego con el nuevo look; eso sí, sin hacer ningún agujero. ¿Te gusta o no?

Mientras se reía al verme, Najla siguió hablando:

—Es la primera vez en mucho tiempo que me río con ganas.

Por mi parte, empecé a pensar si la razón de este cambio tan tajante de aspecto no sería más que un intento de establecer una barrera definitiva entre su vida anterior, que consideraba terminada, y la que quería que empezara. Lo único a lo que no le acababa de ver sentido, era la opción medio *punkie* que había escogido.

—Muy bien, Nájla; muy divertido el cambio de look, aunque un tanto radical para mi gusto. Y que conste que estás mucho más guapa tal y como tú eres; pero, ¿todo esto ha sido sólo para ver la cara de tonto que se me quedaba? ¿O hay alguna otra razón que se me escapa?

—Calla, que viene el camarero.

Después de servirnos un par de jarras de cerveza, recibir el pedido de una ensalada y un par de pizzas, y marcharse, yo retomé mi interrogatorio.

—Bueno ¿quieres decirme qué es lo que pasa? ¿A qué viene todo esto?

—Alex, me he propuesto conseguir lo que la ley no va a hacer: meter en la cárcel a Chantemôn y, si puedo, quitarle lo que más quiere: su dinero.

Se me fue la voz sin querer :

-¿Cóoomo? Tú estás loca, ¿o qué? ¿Pero qué crees que vas a poder hacer tú?

Nájla me hizo una indicación con la mano para que bajase el tono y, sin dejarme seguir, contestó:

—Precisamente, todo aquello que vosotros no podéis hacer. Antes de seguir, quiero que me confirmes que cualquier cosa que yo te diga está

protegida por la confidencialidad de la relación abogado - cliente.

—Por supuesto; sabes que sí.

—A partir de ahora, mi nueva identidad es Katie Archrein.

—¿De verdad pretendes empezar a jugar a ser detective privado, o algo parecido? Nájla, yo entiendo perfectamente tu frustración, pero el convertirse en vengador justiciero sólo funciona bien en las películas. Sobre todo, en las americanas.

La nueva Nájla frunció el ceño y, levantando el índice, dijo:

—Te voy a explicar qué es lo que me propongo hacer.

En ese momento volvió el camarero con la comida, y Nájla calló hasta que se marchó de nuevo. Mientras comíamos, hablamos poco. Ella se limitó a decir:

—Una vez que hayamos terminado de comer, tendrás una idea de cuáles son mis propósitos. Si no quieres colaborar conmigo, lo entenderé perfectamente; en ese caso, a partir de entonces seguiríamos por caminos distintos y tú no podrías repetir nada de lo que hubieras oído esta noche, ya que estarías sujeto a tu obligación de confidencialidad entre abogado y cliente. ¿Estás de acuerdo?

—Muy bien. Venga, dispara.

—Como te he dicho antes, voy a meter a Roberto Chantemôn en la cárcel, y voy a intentar arruinarle de la forma que pueda, pero necesito ayuda: alguien que sepa andar por el filo de la navaja legal que nos vamos a mover. ¿Me ayudarás?

A pesar de las lentillas, creí poder atisbar un brillo, que era, sin duda, de los ojos de Nájla.

—Sabes que puedes contar conmigo.

—Para hacer creíble esta nueva identidad, para todos sus conocidos y amigos, Nájla se ha marchado de España: en el muro en Facebook y en otras redes sociales ya he anunciado que me voy con mi padre a Londres, para intentar olvidar el último año, y empezar una nueva vida. Al director del banco le he dicho que te he dejado un poder notarial para mover dinero en mi nombre. Incluí mi coche en la venta de la casa, que esta mañana han entrado a ocupar los nuevos propietarios. Ah, se me olvidaba: también he mandado una carta a tu despacho comunicando que me marchaba del país, y que más adelante les daría instrucciones de cómo ponerse en contacto conmigo.

—Entonces, ¿ya te has ido definitivamente tu casa?

—Sí, y espero que no te moleste, pero me he tomado la libertad de aceptar tu ofrecimiento del piso en el paseo marítimo. Ya he llevado algunas cosas más allí. La verdad es que no tengo demasiado equipaje: sólo un par de maletas con ropa, y algunos recuerdos. No quería llevarme nada más de la casa.

Sacó de su bolso un documento encuadernado con cartulina, que reconocí como el típico documento notarial, un tanto doblado, y me lo pasó mientras aclaraba, con una sonrisa:

—Esta es una copia del poder que te he otorgado. A ver si te portas bien....

—¿Y si Ana Belén necesita hablar personalmente contigo para algo del caso?

—Tengo que buscar la forma de hacerme un correo con extensión .co.uk , y así me comunicaré con ella.

Estoy seguro de que mis ojos sonreían cuando contesté:

—Probablemente yo te pueda ayudar con eso.

—Estupendo. El siguiente paso sería conseguir...

Una pareja se sentaba en esos momentos en una mesa a un par de metros de la nuestra. Nájla calló enseguida, y me hizo una seña con los ojos, mirando al exterior. Yo levanté ligeramente el brazo, y cuando el camarero me miró, escribí en el aire, indicándole que trajera la cuenta.

—Si te parece, podemos seguir con la conversación en mi casa, y ya puedo ir creándote el correo inglés.

—Vale; pero luego tengo que ir a subir las cosas al apartamento porque yo ya me quedo a dormir allí esta noche.

Una vez en la calle, tras pagar la cuenta, empezamos a andar hacia mi casa.

12. Sexo y “computer freaky”

Miércoles 16 de julio a las 15:00

—¡Pedro!, tráenos una botellita de Moët Chandon..., que tenemos algo importante que celebrar.

Roberto estaba sentado con Peter y con Pascual Llamas, su abogado para temas penales, en la marisquería de moda en Fuengirola. Celebraban cómo les había ido el último juicio. A los postres, Roberto recibió una llamada al móvil y, tras comprobar el número en la pantalla, esbozó una sonrisa y contestó:

—¿Está todo listo? Bien; estamos allí en diez minutos.

Fue colgar el teléfono y pareció invadirle una ola de energía. Al tiempo que apuraba la copa y apagaba el cigarrillo, pidió la cuenta al camarero que, en menos de dos minutos, le trajo la factura de 480 €. Mientras se levantaba de la mesa y se colocaba la chaqueta, Roberto se sacó del bolsillo interior un billete de 500 € que dejó encima del platillo, al tiempo que decía:

—Venga, chicos, que nos vamos a por el segundo postre.

Procurando hacer poco ruido, para evitar que Marta, la vecina de al lado, se asomara a la mirilla para curiosear, abrí la puerta y dejé entrar a Nájla. No es que todavía me resistiera, es que no creía que me acostumbrara nunca a llamarla Katie; me parecía una horterada de nombre. Mientras ella inspeccionaba de un vistazo el pequeño apartamento en el que la verdad, no había mucho que inspeccionar, yo ejercí de anfitrión:

—¿Que te apetece beber: té, café o una copa?

—La verdad es que me quedado con ganas de tomarme un té en el restaurante.

—Pues tengo un té verde con menta que estoy seguro que te va a gustar.

Mientras el agua alcanzaba el punto de ebullición, preparé la bolita de té y menta y, justo antes de que empezara a hervir el agua, la vertí despacio en la tetera marroquí típica, de metal bruñido, y la dejé tapada con un paño de cocina, para que el té fuera haciéndose en reposo.

—¿Vives solo aquí?

—Sí, llevo ya unos siete meses en este apartamento. Lo alquilé porque está muy cerca del despacho, y como, de momento, no tengo coche

—Bueno; pues, ahora que estamos tranquilos, podemos seguir con la conversación que cortamos. Lo que te quería decir en el restaurante cuando nos interrumpieron es que el siguiente paso, en realidad el primero, es conseguir lo antes posible documentación de mi nueva identidad como Katie Archrein, para poder empezar.

—¿Documentación falsa?

—Pues sí: exactamente, eso.

—Vale, y ¿cuál es exactamente tu plan?

—Para serte sincera, no estoy segura. Tengo un objetivo final claro, aunque no sé cómo conseguirlo; pero, haga lo que haga, lo haré bajo la nueva identidad cuyo aspecto físico ya tienes delante. Estoy segura de que tú me vas a poder ayudar, si quieres.

Su mirada más bien parecía una confirmación que un ruego.

—Sabes que te voy a ayudar en todo lo que pueda. Además, puede que sepa cómo conseguir esa documentación falsa. Hay una habilidad mía, sobre la que no le he contado nada a nadie, que creo nos podrá ayudar.

Nájla, sonriente, me preguntó:

—Bueno, ¿y cuál es esa habilidad tan secreta?

El té ya había reposado suficiente, por lo que preparé dos tazas grandes, casi como las de desayuno, pero de porcelana fina, que son en las que mejor se aprecia el té.

—¿Azúcar o edulcorante?

—Si tienes, prefiero sacarina. Al menos, nos haremos la ilusión de que le metemos menos calorías al cuerpo.

Al tiempo que le pasaba la taza y una servilleta, le hice una seña para que me siguiera, mientras no podía por menos de decirle, sobre su último comentario:

—A primera vista, no parece que tú tengas muchos problemas con las calorías. Anda, ven, que te voy a enseñar algo.

En el pasillo del apartamento había dos puertas. Una daba al dormitorio, y la otra a una pequeña habitación, prácticamente inservible como dormitorio, pero que la dueña me había vendido muy bien como tal. Dejé a Nájla que pasara por delante de mí:

—Abre la puerta, por favor.

Con un cierto recelo que se le notaba en los ojos, a la vez que giraba la manilla y abría la puerta, ella preguntó:

—¿Ésta?

Nada más abrir encendí la luz y, por su cara, vi que Nájla se quedaba algo sorprendida.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que tienes montado aquí?

—Pues mis juguetes preferidos. Todo lo que me queda después de pagar gastos, lo empleo en mi hobby: PC con el último procesador intel I7 del mercado y 5 TB de disco duro, dos pantallas Phillips light frame de 22”, para descansar la vista, buenos altavoces conectados a través de la mesa de mezclas a una buena tarjeta de sonido externa, un rack de auriculares y por supuesto, al lado, mi superportátil de 13.3”.

—No dejas de sorprenderme. O sea, que, además de abogado, eres un “«computer freaky»”.

Le señalé el sillón que, junto con una silla y una mesa alargada que ocupaba todo el lateral de la habitación, eran los únicos muebles. El sillón lo había comprado en un rastro y, aunque estaba ya un poco viejo, me encantaba sentarme en él a leer cuando estaba cansado de mirar a la pantalla.

—Anda, ponte cómoda y siéntate. Lo que te voy a contar acerca de una etapa de mi vida no se lo he contado a nadie todavía, pero, no sé por qué, me apetece contártelo a ti.

Si esperaba que Nájla hubiera dicho que no tenía que contarle nada, o algo por el estilo, me equivoqué. Parecía que el intercambio de confianzas había espoleado su curiosidad:

—Soy toda oídos.

—Me imagino que te habrás dado cuenta de que, para ser un licenciado en Derecho reciente, soy algo más mayor que alguien que acaba de terminar la carrera. Y es cierto, porque ahora mismo tengo casi 30 años, y normalmente la carrera de Derecho se suele terminar hacia los 23 o 24. La razón es que Derecho no ha sido mi primera carrera; de hecho, no era mi vocación original. Cuando hice la selectividad, tenía muy claro que lo que quería estudiar era Informática. Me matriculé en la Escuela Superior de Informática de la Universidad Politécnica de Madrid, ya que por un lado tenía casi segura la concesión de una beca, y por otro mi madre podía ayudarme económicamente, si me hacía falta. Y los tres primeros años los hice sin ningún tipo de problema, a año por curso y sacando unas notas bastante aceptables para el

tipo de carrera, que no es fácil. Pero cuando llegué al cuarto curso, todo cambió.

—Antes de que el té se quedara frío, di un par de sorbitos y continué.

—Me enamoré, me enamoré perdidamente de una chica que estudiaba Bellas Artes. Los dos entramos a la relación de forma apasionada, como si no hubiera nada más en la vida que estar juntos, dejando todo lo demás en segundo plano. El problema principal fue que Ana, que así se llamaba, era de una familia bien, de una familia con dinero, y para ella el estudio era algo secundario: sólo se trataba de conseguir un título que justificara un poco su forma de vida. Para mí, en cambio, los estudios debían ser algo fundamental y primario, pues se trataba de conseguir un medio de vida para el futuro; sin embargo, la pasión me cegó y dejé de darles importancia para concentrarme sólo en nuestra historia de amor. Nos lo pasamos genial; me fui a vivir a su apartamento; siempre estábamos por ahí de viaje, viajes que, por supuesto, casi siempre pagaba ella. Y los estudios quedaron prácticamente abandonados hasta que, en el mes de mayo, Ana me dejó. En una nota escueta, me dijo que se había enamorado perdidamente de un profesor nuevo que acababa de llegar de Francia a su facultad.

—Pues vaya con Anita, lo enamorada que estaba.

—Ana estaba enamorada, sobre todo, de sí misma. A pesar que estuve varios días desanimado, no llegue a caer en ninguna depresión por el abandono. Cuando sí que me deprimí fue cuando empecé a darme cuenta de que tenía los exámenes finales en unos dos meses, y no tenía ni idea. Me puse a estudiar como un loco día y noche y conseguí aprobar tres asignaturas, pero me hacía falta aprobar cómo mínimo otra para que me mantuvieran la beca. Me decidí por una asignatura que era teoría pura, que no tenía dificultad, pero que exigía saber una serie de reglamentos. Y como no me daba tiempo para estudiarlos, me organicé con otro compañero con un emisor de radio, me coloqué un mini auricular en el oído y fui al examen.

—Y, claro, te pillaron.

—Sí. Dio la casualidad que uno de los vigilantes de seguridad del centro acababa su turno y mientras estaba oyendo la radio en su coche, esperando a su mujer, que era limpiadora, le dio por buscar sintonías. Y entró en la frecuencia en la que mi amigo estaba radiándome el examen. Informó al conserje; éste, al profesor que vigilaba el examen, que en cinco minutos detectó quién era el que estaba recibiendo la inspiración por radio. El decano

de la escuela me ofreció dos posibilidades: o me marchaba yo, aceptando que en mi expediente se mencionara lo que había ocurrido, o me echaban directamente.

—Y tú, lógicamente, decidiste marcharte. Pero, ¿por qué no seguiste con la informática?

—Pues porque ya estaba marcado, y entonces sí que me desanimé, hasta el punto de entrar en una pequeña depresión. Decidí que no quería dedicar mi vida a la informática; que, en adelante, la practicaría exclusivamente por placer. Unos días después, coincidí con un amigo del Instituto que también había dejado su carrera por amor y se iba a matricular en Derecho. Estuvimos toda la tarde bebiendo y me convenció. A la semana siguiente nos matriculamos los dos.

—Gracias por contármelo. En definitiva, tampoco es tan grave: has hecho otra carrera, y estás trabajando, y se supone que te gusta lo que haces, ¿no?

—Sí, sí, me gustaba y mucho. Pero ahora que empiezo a despertar a la realidad de la aplicación de la ley y su funcionamiento... es un tanto desilusionante....

—Vale. Olvidémonos por un momento de la justicia: vamos a ser prácticos. Entonces, resulta que eres un *freaky* de los ordenadores ¿crees que podremos encontrar documentación?

—No sé si un *freaky*, pero el caso es que me comunico bien con ellos. Espera que te traiga una silla del salón.

Mientras yo iba por la silla y volvía, se estaban iniciando tanto el PC de sobremesa como el portátil. Nájla se sentó a mi lado. Empecé diciendo:

—Bueno, vamos a ver si encontramos en la red alguien que nos pueda ayudar a conseguir documentación falsa.

—¡Qué tontería! Como si alguien fuera a anunciar en Internet que vende documentación falsa. La policía lo tendría localizado inmediatamente, ¿no?

—Te sorprenderías. En Internet hay gente que puede hacer de todo, ofrecer de todo y que incluso se dan publicidad.

—Bueno, ¿y no les pillan?

—A menos del 1%. Antes de nada, para hacer una búsqueda de este tipo, lo primero es conseguir que tu ordenador navegue de forma anónima por la red, para que tu equipo no pueda ser detectado.

—Y eso, ¿cómo se hace?

—Cómo imagino que sabes, cada ordenador tiene una identificación, lo

que se llama IP.

—Sí. Lo he oído, pero no sé cómo funciona.

—Es simplemente una cadena numérica. Cada ordenador en el mundo está identificado por una IP, que en definitiva no es más que un conjunto de cuatro grupos de cifras, que van del cero al 255, separados por guiones. Cualquiera que conozca mi IP podrá saber el sitio exacto del mundo en el que estoy, además de saber quién es mi proveedor de Internet, en mi caso, Jazztel; con lo cual, estaría localizado.

—Vale, lo entiendo: está claro. ¿Y cómo consigues que no se vea tu IP?

—Lo primero que hay que hacer es usar un programa que oculta mi IP, y después, para más seguridad, navegar a través de un proxy.

—Proxy, en inglés, es una especie de representante o apoderado.

—Sí; más o menos, esa es la idea. En vez de navegar directamente desde tu ordenador, lo que se hace es utilizar un ordenador intermedio, cuya IP será la que se vea en el caso de que alguien quiera saber quién hace la consulta.

—Bueno, ¿y eso cómo se hace?

Mientras iba pasando por los distintos servidores hasta conseguir el anonimato, le conté a Nájla:

—Es posible que tengamos suerte. Me consta que hace un par de meses desaparecieron del Ministerio del Interior británico cerca de tres mil pasaportes visados, sin número, y seguro que alguien está comerciando con ellos. Vamos a gulear. A ver: tecleo *I need false British Passport* y salen cerca de 2 millones de resultados. Si te fijas, la mayor parte se refieren a noticias que se leen el periódico sobre redadas de falsificadores de pasaportes, sobre utilización de pasaportes falsos en España. Pero, si vamos más allá de las primeras páginas, posiblemente encontremos algo que puede interesarnos. ¡Mira!, mira esta entrada: *EO OE Costa del Sol. We can offer you anything you need.*

Nájla se me quedó mirando y, mientras se encogía de hombros, preguntó:

—¿Qué es lo que tiene especial esta entrada? Parece una tienda que vende algo en la Costa del Sol. Será de viajes, o de hoteles, o una inmobiliaria.

—Fíjate en las cuatro letras del principio.

—¿EO OE? ¿Y qué?

—¿Tú viste la película 2001 odisea del espacio?

—Sí. ¿A qué viene eso ahora?

—¿Te acuerdas cómo se llamaba el ordenador de la nave?

—Sí, creo que se llamaba HAL.

—Sustituye cada letra por la que le sigue en el abecedario.

—IBM ¡joder, esto es publicidad subliminal y lo demás son rollos!
Entonces, ¿quieres decir que a esas letras?

—Sustitúyelas por las respectivas siguientes en el abecedario.

— ¿FP PF?

—FP, en inglés serían las iniciales de «*fake o false Passport*», que coincide con el significado de PF en español: “pasaporte falso“. Puede que sea una casualidad, pero no lo creo.

Mientras Nájla se quedaba callada, sin saber muy bien qué decir, nada más pinchar en el vínculo se abrió una página web en la que aparecía solamente una frase: *Need a new way of life?*

Al pinchar en la frase, apareció en la pantalla una nueva línea de texto: *Are you secure?*

—¿Lo ves? está claro que quiere que le aseguremos que estamos poniéndonos en contacto con él a través de un servidor seguro, que no pueda ser rastreado, y por eso redacta de esta manera. Estamos listos: le vamos a decir que sí, lo que queremos exactamente y nuestra zona.

—Alejandro, ¿estás seguro? No quiero que por mi culpa te puedas meter en ningún lío.

A los dos minutos aproximadamente de haber enviado el correo, recibimos uno de vuelta:

—*Tomorrow 1000 3000 Coffee shop small CI Marbella red glasses. Bring pers info.*

Nájla se me quedó mirando, y se rió mientras decía:

—«Mañana a las diez de la mañana, en la cafetería del Corte Inglés pequeño que hay en Marbella, y el precio son 3000 €. Llevad información personal, y él llevará gafas rojas». Facilón, ¿no?

—Correcto. Voy a mandar correo a Ana Belén para decirle que mañana no voy a ir al despacho, y nos vamos a llevar tus cosas al nuevo apartamento de Katie Archrein.

Diez minutos después, y ya en una urbanización exclusiva frente al Casino Torrequebrada, alguien desde dentro abrió la verja de entrada de una elegante

villa, para que Roberto pudiera aparcar el coche a la puerta.

Tuvieron que andar unos 40 m hasta la entrada de la casa, a la que se accedía subiendo una ancha escalinata de cinco o seis escalones. En la entrada de la villa esperaba, sonriente, una mujer rubia de unos 35 años, atractiva, aunque un poco delgada, y bastante maquillada. Enseguida tomó a Roberto por los hombros mientras le estampaba tres sonoros besos en las mejillas y le daba la bienvenida con acento francés:

—Mi querido Roberto, qué caro te haces de ver. Ya no me acuerdo cuándo fue la última vez que nos vimos.

—Pues sí, Gabriela, sí; hace tiempo que no me sacas la pasta. Por lo menos, desde que entregamos la última promoción hace un año. ¿No, Peter?

Peter, que estaba observando los detalles de la villa y, como siempre, haciendo cálculos mentales de costos y valor de mercado de la misma, un poco pillado por sorpresa respondió:

—Sí, sí; hace unos meses.

Gabriela se agarró del brazo de Roberto, al tiempo que decía:

—Pero, por favor, no os quedéis en la entrada; pasad.

—¿Nos has preparado lo que te pedí?

—Por supuesto, Roberto; estoy segura que no saldréis decepcionados.

Se soltó por un momento del brazo de Roberto para acercarse a una mesita debajo de un espejo, de cuyo cajoncito sacó tres llaves con etiquetas de colores en forma de corazón. Las fue entregando a cada uno de los tres, explicándoles:

—Hoy la villa está cerrada exclusivamente para vosotros. En la primera planta hay tres habitaciones; sabréis cuál es la vuestra por el color de la puerta, que será el mismo del corazón. Veréis que las habitaciones están colocadas como en un círculo. Ahora cada uno puede ir a su habitación, quitarse la ropa y darse una ducha si le apetece. Encontraréis una bata muy agradable en el baño, y podéis poneros cómodos y tomar una copita en el bar central. En quince minutos subiré, a ver si tenéis todo lo que os hace falta.

De los tres que subían la escalera, Pascual, el abogado, era el que iba más cortado, pero al mismo tiempo era el más excitado, ya que era su primera vez. Enseguida Roberto le animó:

—Venga, Pascual. Nos pegamos una buena ducha, y en quince o veinte minutos nos vemos.

abitación era lo más parecido a una suite de hotel, con una cama de 2x2,

colocada justo debajo de un espejo de tonos amables. El suelo, de parquet, para poder ir descalzo, y en uno de los lados de la habitación un par de butacas grandes con una mesita en medio; enfrente, una pantalla plana de 40 pulgadas. En el otro ángulo de la habitación, una barrita de madera, con un pequeño frigorífico bien surtido de bebidas. Roberto se dio una ducha rápida, y, justo cuando estaba colocándose el batín de cortesía, llamó, a la vez que entraba, Gabriela.

—Vamos a ver si tus amigos están listos para pasárselo bien. Tomó a Roberto de la mano y le llevó hasta una puerta que estaba en el otro lado de la habitación y que, al abrirla, daba paso a un salón cómo de unos 35-40 m² en el centro del cual había un enorme jacuzzi. Otro bar en una esquina, unos bonitos sillones, pero de plástico, con toallas colgadas, un equipo de música y otra pantalla plana eran todos los muebles que había en la habitación; bueno, además de dos mesas de masaje. Gabriela abrió primero la puerta que daba a la habitación de Peter, y luego la de Pascual, dejándoles que entraran y fueran descubriendo el salón por sí mismos, mientras ella ponía una música suave.

Pascual se quedó durante unos segundos con la boca abierta, con cierta expresión bobalicona, al ver el gran jacuzzi. Gabriela, sonriendo, les dijo:

—¿Qué os parece? Si queréis, podéis ir os metiendo en el jacuzzi; enseguida vendrán las camareras para poner os algo de beber y ayudar os a que os relajéis. No tenéis más que encender la pantalla y empezará una película que creo os gustará. Si os hace falta algo, o necesitáis alguna cosa, podéis tocar alguno de los timbres de colores que hay alrededor del jacuzzi. Roberto, tú ya sabes dónde está el botón de arranque, ¿no?

Con la sonrisa de superioridad del que se sabe conocedor de algo que los demás ignoran, Roberto, mientras le guiñaba un ojo, le dijo:

—Por supuesto, Gaby; con ese color tan discreto, no se puede olvidar.

Señalaba un timbre grande de color rosa, de unos 5 cms de diámetro, en uno de los bordes del jacuzzi. Sin pensárselo dos veces, empezó a meterse en el agua.

—¡Venga, chicos!, meteos ya, que os vais a quedar fríos.

Peter entró primero, y Pascual le siguió con una cierta cautela, mientras Roberto, ya cómodamente instalado, les decía:

—Una cosa os digo: que sepáis que la mulata culoncilla es mía, así que vosotros coged cualquiera de las otras dos.

Nada más terminar de hablar Roberto, de una forma teatral y claramente

ensayada, se abrieron a la vez las tres puertas que daban a las habitaciones, y por cada una de ellas entró una chica, a cuál más espectacular. Por la puerta de Roberto entró una mulata con un picardías color crema medio transparente, que dejaba entrever la estrecha cinta de un tanga blanco. Tendría unos 25 años y un cuerpo escultural, aunque quizás un poco más rellenita de lo que los cánones actuales de belleza considerarían correcto. Con una sonrisa que descubrió unos dientes perfectos le dijo, en voz melosa, a Roberto:

—¿Te apetece beber algo, mi amor?

—Anda, vente aquí conmigo y hazme compañía; ya beberemos luego lo que haga falta.

Dicho y hecho: la mulatita se metió lentamente, por la pequeña escalera, en el jacuzzi, y se acurrucó bajo el brazo de Roberto, empezando a hacerle carantoñas mientras éste la atraía hacia sí y le decía al oído:

—Si te portas bien conmigo, luego te haré un regalito; pero quiero que seas dulce y cariñosa, que estoy muy estresado del trabajo, ¿vale? Y vosotras dos, ¿qué esperáis para meteros en el agua? Venga, venga, que mis amigos están tristes y faltos de cariño.

Inmediatamente, las otras dos muchachas, que parecían de origen eslavo, quizás ucranianas, se metieron en el jacuzzi con Peter y Pascual. Durante unos diez minutos estuvieron tanteándose, hasta que las dos rubias, como movidas por un mecanismo sincronizado, se colocaron a horcajadas sobre cada uno de ellos, guiándolos hábilmente para que las penetraran. Empezaron a cabalgar con lentitud entre las burbujeantes aguas del jacuzzi. Pascual, primerizo en tales lides, enseguida empezó a gemir y, después de unos débiles estertores, dejó caer la cabeza sobre su rubia pareja, que a los pocos segundos se separó de él y empezó a acariciarle de forma relajada.

Roberto y Meli, que así se llamaba la mulata, se habían quedado mirando las evoluciones de los otros sin animarse a entrar en faena. Los otros dos terminaron con su acuática cabalgada, y tras unos minutos de relax en el agua, salieron del jacuzzi para secarse. Roberto, apoyando el cuello en el borde de la bañera, puso el resto de su cuerpo horizontal, apoyando ligeramente en el fondo las piernas dobladas en ángulo recto, de modo que sobresalían del agua solamente sus rodillas y su pene erecto. Inmediatamente se hizo cargo de éste Meli, arrodillada entre las piernas de Roberto, y rodeada de calientes burbujas.

Diez minutos más tarde, ya todos estaban fuera, enfundados en las

agradables batas de baño y fumando el cigarrillo de después, mientras bebían una copita de Moët Chandon. Meli, la mulatita a la que le gustaba hablar, estuvo contestando a unas cuantas preguntas que le hizo Pascual, hasta que Roberto le dijo:

—Anda, Meli, vente conmigo a la habitación, que vamos a descansar un ratito y luego ya veremos.

Tras desaparecer Roberto y la mulata, a los dos minutos hicieron lo propio Peter y Pascual con sus respectivas chicas.

Una hora y media después, tras pagar Roberto a Gabriela 1500 € por la tarde, que todos coincidieron en que había merecido la pena, se encaminaron de vuelta al restaurante, donde estaban los coches de Peter y Pascual. Roberto, a modo de despedida, dijo a su abogado:

—Si no te has duchado bien, hazlo nada más llegar a casa, porque, por si no lo sabes, una mujer huele inmediatamente el rastro de otra. Ese olfato que tienen las ha ayudado a sobrevivir a lo largo de la historia.

13. Marbella

Jueves 17 de julio a las 09:00

Anoche, después de la cena en “Oh Mamma mia” y las casi dos horas que estuvimos en mi casa, acompañé en taxi a Nájla al apartamento de la playa, porque quería comprobar que todo funcionaba bien antes de dejarla sola.

A las 9:15 de la mañana, después de recogerla en el coche recién alquilado, nos pusimos en camino, y tardamos poco más de 30 minutos en llegar a Marbella.

Aparcamos el coche en la primera planta de sótano de los grandes almacenes, y subimos a la segunda planta. Como todavía teníamos quince o veinte minutos de espera hasta nuestra cita, empezamos a dar un paseo, viendo la interminable exposición de artículos. Nájla, que no se había dado cuenta que yo me había quedado un poco atrás, se agachó para ver algo que había en una mesa, no sé si una lámpara o algo parecido; y se volvió bruscamente con el objeto en la mano, sin ver a un hombre que estaba justo detrás y que iba hacia ella, al tiempo que decía:

—Mira, Alex, ¿qué te parece ésta...?

La primera sorpresa la tuvo al volverse: en vez de encontrarse conmigo, se dio de bruces con un hombre que venía mirando hacia abajo, totalmente concentrado en el móvil, tecleando algo mientras andaba. Lógicamente, él no pudo reaccionar ante la chica que se había parado justo delante: el choque fue inevitable y, al volverse Nájla, sin querer, le dio un golpe con el brazo, tirando al suelo su teléfono móvil.

La segunda sorpresa se la llevó al darse cuenta que el hombre no era otro que Roberto Chantemôn.

Pero Nájla reaccionó bien: inmediatamente se disculpó como lo habría hecho cualquiera, pero muy metida en el papel de su nueva identidad. Consiguió credibilidad absoluta al hacerlo en un inglés sin acento.

—*Oh, excuse me, I am really sorry; is your cell phone OK?*

Roberto recogió el móvil del suelo y comprobó que seguía funcionando. Mientras se levantaba y miraba a la bonita rubia con la que había chocado, decía, sonriendo:

—*Don't worry. Yeah, the phone is OK. Maybe you should take it easy.*

Nájla, se quedó un par de segundos cortada, porque no esperaba que Roberto le contestara en inglés; pero enseguida se rehízo y volvió a hablar con naturalidad:

—*Yeah, maybe you're right. I was rushing; next time I'll be more careful. Sorry again. Cheers!*

Yo acudí rápidamente al rescate: cuando Roberto hizo el amago de decir algo más, me metí entre los dos y, agarrando del brazo a Katie, tiré de ella en dirección a la cafetería. Él se quedó mirando dos o tres segundos, hasta que volvió la cara con un gesto despectivo, como diciendo: No merece la pena.

Procuramos ralentizar el paso para que pareciera más normal, pero cruzamos demasiado rápidamente por delante de una exposición de muebles de bambú, hasta que llegamos a la cafetería.

Nos sentamos en una mesa en una de las esquinas, precisamente la que permite tener el mayor ángulo de visión posible. Nájla parecía estar bastante nerviosa, y, la verdad, a mí me sorprendía no estarlo yo, ni un poco. No nos habíamos sentado todavía cuando Katie, recuperada la compostura, dijo:

—No te puedes imaginar la taquicardia cuando me di de bruces con Roberto Chantemôn. Durante el primer segundo, no me acordaba de que ahora era Katie.

—Lo hiciste muy bien, y reaccionaste rápido. No nos ha venido mal este pequeño accidente: nos ha permitido comprobar si alguien que conocía a Nájla, la reconocía en Katie.

—Sí, pero cuando me contestó en inglés, no me lo esperaba...

En ese momento llegó una simpática camarera, a la que pedimos un par de desayunos y, ya más relajados, empezamos a mirar a nuestro alrededor.

—Todavía es temprano; choque con Roberto y todo, hemos llegado casi un cuarto de hora antes a nuestra cita.

—¿Crees que será alguno de los que están aquí?

Era difícil contestar, ya que había unas siete u ocho mesas, ocupadas cuatro de ellas por hombres solos, tres de ellos con un portátil por delante y el otro con un periódico; en otras dos, dos parejas, y en otras dos, las que parecían dependientas de algún departamento o comercio cercano, porque iban todas vestidas igual, y estaban desayunando entre risas, pero mirando el reloj. Por supuesto, nadie llevaba unas gafas rojas puestas.

Esperamos unos diez minutos, y ya empezaba a creer que todo había sido una broma de alguien que nos había seguido el juego, cuando, justo en el

momento en que sonaba la música de las noticias de las 10 en la televisión de la cafetería, se volvió hacia la pantalla un hombre gordo y calvo, que estaba sentado junto a una mujer en una mesa a cinco o seis metros de la nuestra. Sacando unas gafas del bolsillo de la chaqueta, se las colocó. Eran unas gafas rojas.

Hicimos el intento de levantarnos los dos, pero el hombre nos hizo señas para que sólo uno de nosotros se acercara.

—Nájla, déjame que me acerque a hablar con él primero, y ahora vengo.

—Vale.

Cuando había dado los cinco ó seis pasos que nos separaban de la mesa, el hombre se levantó y me hizo un gesto con la cabeza para que le siguiera. Se dirigió a la zona de la barra donde estaba la cafetera. Me acerqué y adopté su misma postura, apoyando los codos sobre la barra. Estábamos los dos mirando a la cafetera, mientras nuestras caras se reflejaban en el cromado de la misma. Estaba claro por qué me había pedido que me acercara allí. El hombre esperó hasta que la camarera empezó a calentar la jarra de leche con ese pitorrito de vapor que tienen las cafeteras, que hace un ruido de mil demonios; sólo entonces se acercó, y me dijo, muy cerca del oído

—¿Tiene la fotografía, los datos y el dinero?

—Sí, sí, los tengo. Necesito el pasaporte urgentemente, y expedido al nombre que le voy a dar.

Sin pestañear y mientras se rascaba una oreja, el gordo musitó:

—Deme la foto, el dinero y el nombre. El pasaporte puede estar listo en unas tres horas. Ah, por cierto: el número es de un fallecido reciente, que nunca estuvo en España, así que si quiere pedir NIE, no habrá ningún problema.

Me marché de la barra sin contestarle, y volví a nuestra mesa y le dije a Nájla:

—Escríbeme el nombre detrás de la foto, y dame la mitad del dinero.

Nájla me pasó la foto con el nombre escrito y los 1.500 euros sin decir palabra. Yo volví directamente a donde estaba el hombre, frente a la cafetera, pero justo cuando fui a hablarle, él me hizo una seña para que guardara silencio.

Hubo que esperar a que la camarera fuese de nuevo a calentar otra jarra de leche. Entonces, al tiempo que me pasaba un papelito con algo escrito, el hombre me dijo:

—Estén ustedes a la una en punto en la oficina 325 del edificio que se menciona en la tarjeta, para firmar el pasaporte y recogerlo.

Le pasé el nombre, la foto y el dinero, a lo que lógicamente reaccionó:

—Aquí sólo hay 1.500 €.

—Los otros 1.500 €, al entregar el trabajo; y no cabe ninguna discusión al respecto.

Aunque iba de farol, y por dentro no estaba muy seguro de cómo reaccionaría si el individuo me exigía todo el dinero, se ve que no lo exterioricé demasiado, porque el hombre se me quedó mirando unos segundos y, sin decir nada más, se dio la vuelta y se marchó directamente hacia la salida, siguiéndole la mujer que estaba sentada con él.

Volví a la mesa con Nájla, que, un poco nerviosa, me preguntó:

—¿Qué ha pasado?

Le expliqué lo poco que habíamos hablado y cómo se había producido el intercambio, enseñándole la tarjeta que me había entregado el hombre calvo de cara rubicunda y rojas gafas.

—¿No crees que todo esto tiene toda la pinta de ser un timo?

—Pues no lo sé. Está claro que si este individuo no está en la oficina que ha dicho a la una, no vamos a poder reclamar a nadie, y habrás perdido tus 1.500 euros. Pero, no sé por qué, tengo la sensación de que sí va a estar allí.

—Bueno, pues tenemos casi tres horas por delante de espera. Yo voy aprovechar para comprar un maletín de maquillaje y unas cosillas.

—¿Nos vemos a las 12:30 en la cafetería?

*****.

—¿Roberto? Buenos días, te habla Urías desde el Ayuntamiento. ¿Cómo estás?

Roberto Chantemôn, estaba sentado ante la mesa del pequeño despacho que se había reservado en la asesoría que dirigía su socio Peter, dando pequeños sorbos a un té mientras contemplaba a las chicas que trabajaban en el despacho en sus paseítos de un lado para otro.

—Buenos días Urías, yo estoy muy bien. Creía que me ibas a llamar en una semana; debe ser buena señal el que me llames tan pronto. ¿Cómo va todo?

—Perfecto; y para tu tranquilidad, te digo que mi teléfono está conectado al codificador del scrambler, con lo que por mi parte podemos hablar con total

libertad.

Roberto, después de la comida con Urías, inmediatamente se había ido a una de esas nuevas tiendas de artículos para espías que se habían puesto tan de moda y había comprado uno de esos aparatitos de codificación/descodificación de audio, igual que el del concejal; más que nada, porque le gustaban esas pijadas.

—Por mi parte, también. ¿Qué ha pasado con el técnico?

—El técnico no se atreve a emitir informe positivo.

—Entonces, ¿qué vais a hacer?

—El partido ha tenido una serie de problemillas y le hace falta tapar un par de agujeros urgentemente, por lo que no nos queda más remedio que aprobarlo por decreto. Te vamos a dar una planta más.

—Una planta más es poco. ¿Cuál sería la contribución al partido?

—Cien mil.

—Solo nos interesa con dos plantas más, y os podríamos dar 130.000.

—Nos ponéis en un compromiso, Roberto.

—No es cuestión de compromisos, Urías; simplemente, son números: si los números cuadran hacemos el negocio, si no nos parece interesante no perdemos el tiempo, ni te lo hacemos perder a ti.

—¿Para cuándo querríais la licencia?

—Calculo que para dentro de un mes. Dale vacaciones al técnico, y que dé el visto bueno al sustituto que, me imagino, será alguno de tu cuerda.

—Vale, pero serán 150.000. Avísame cuando vayas a dar registro de entrada al escrito solicitando la modificación.

—OK; así lo haré.

—Ya te llamaré para una próxima reunión.

Roberto, teléfono en mano, se quedó pensando a quien le iban a dar el pase del solar una vez que tuvieran la licencia de construcción. Serviría cualquier empresa de Jaén o Córdoba, que necesitara lavar dinero urgentemente.

Nada más irse Nájla, presioné el número 4, donde tenía programado el despacho en el móvil.

—Bego, soy Alejandro; ¿está Ana Belén por ahí?

—Espera, te la paso.

Tras un leve carraspeo, ya que no había manera de que dejara de fumar, Ana Belén me contestó en tono medio jocoso:

—Bueno; ¿qué pasa contigo? ¿Hoy te has tomado el día de vacaciones, o qué?

—No, no te creas, es que estoy arreglando esas cosas que se suelen ir dejando, y no queda más remedio que hacerlas algún día. Oye, ¿cómo se llamaba la Asesoría de la que Roberto Chantemôn es socio? Estoy haciendo unas averiguaciones en Hacienda a través de un amigo mío, a ver si saco algo en claro que nos pueda ayudar.

—Creo que se llamaba Tax Saving, y está en la avenida Ricardo Soriano en Marbella. Bueno, ¿entonces, qué?, ¿vienes mañana a trabajar? Tengo una clienta iraní monísima, que necesita abogado.

—Anda, anda, déjame de líos, Ana Belén. Te quería plantear que si realmente puedo ser útil en estos tres días que quedan de semana en el despacho, mañana estoy allí a primera hora a trabajar sin problema; pero, si podéis pasar sin mí el resto de la semana, me vendría muy bien coger ahora unos días de vacaciones, para resolver unas cuantas cosillas.

Se oyeron unas risas al otro lado del teléfono.

—Pasar sin ti el resto de la semana. No sé si podremos, don importante. ¡Pero qué cara tienes! Bueno, bueno; se lo diré a los jefes y a la recepcionista. No te preocupes, venga, yo te lo arreglo, que te descuenten los días de las vacaciones y en paz. Pero que sepas que me debes una. Un besito.

—Queda apuntado; está claro que tengo la jefa más guapa del mundo. ¡Un beso grande!

—Anda, no seas pelota. Ya nos veremos la semana que viene, y... diviértete... con esas cositas que tienes que hacer.

14. Tax saving

Jueves 17 de Julio a las 11:15

Cuando salí del centro comercial entré en una pequeña papelería, en la que vi que tenían teléfonos de tarjeta. Compré el más barato a una dependienta india muy guapa, y le pedí que colocara la tarjeta para dejarlo operativo y que, si no le importaba, me pegara el número en una etiquetita en la parte de atrás. Desde la misma tienda llamamos a un taxi que me recogió a los cinco minutos. Mientras el taxi me llevaba al centro de Marbella, marqué el número del móvil que acababa de comprar en el mío, para que quedara registrada la llamada, y en caso de que me hiciera falta, solamente tuviera que darle al botón de rellamada.

Diez minutos después, y tras toda una serie de impropiedades del taxista contra la decisión del Ayuntamiento de crear diez nuevas plazas de taxi, me encontré justamente enfrente de la entrada de la Asesoría Tax saving. Ocupa la primera planta completa de un edificio donde se concentran toda clase de profesionales: abogados, procuradores, asesores, notarios, etc.

El local de Tax saving parece estar formado por dos pisos grandes que han sido unidos. La entrada desde el pasillo es bastante espectacular, con grandes puertas de cristal automáticas. Preparé el móvil en modo vídeo, por si podía grabar algo, y entré. Tienen dos mostradores de atención al público: uno de ellos estaba vacío, y en el otro había una chica que parecía sudamericana. Ésta, con una sonrisa de dientes perfectos, me dio la bienvenida.

—Buenos días, señor; bienvenido a Tax Saving. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Gracias; buenos días. Quisiera que me asesoraran. Estoy pensando en abrir un negocio en Marbella.

—Ajá. ¿En qué clase de negocio estaba usted pensando, señor?

—Una cafetería.

—Un momentito, por favor, que le voy a pasar con el asesor de negocios de hostelería, siéntese si es tan amable.

—Gracias, pero prefiero estar de pie.

Por la línea interna del teléfono la chica llamó a alguien, y a los treinta segundos apareció un joven más o menos de mi edad, con traje y corbata, que,

sonriendo, me dio la mano y se presentó como Alberto Samboni. Me pidió que le siguiera, y juntos entramos a una sala de trabajo en la que había siete u ocho mesas, de las cuales sólo tres estaban ocupadas. Dos de las chicas que se sentaban tras ellas parecían estar embarazadas, o al menos una, que se veía debía estar a punto: tenía una barriga enorme, de hecho, de las más grandes que he visto nunca. El letrero que tenía encima de su mesa decía: British legal assistant. Alberto, el asesor, me ofreció asiento en la mesa que estaba en una de las esquinas, a la vez que empezaba la conversación.

—Ya me han dicho en recepción que está usted posiblemente interesado en abrir una cafetería en Marbella.

—Sí, me lo he estoy pensando.

—¿Por qué zona, si me permite preguntárselo?

Mientras hablábamos, observé de forma discreta cómo estaba colocada la torre del ordenador del asesor. Estaba como la de casi todos los administrativos: en el suelo, ofreciendo fácil acceso por la parte delantera al botón de encendido y a los lectores de CD y DVD. Pero la parte que a mí me interesaba era la posterior. En este caso, ya que la mesa de diseño del asesor no tenía más que un pequeño faldoncito de cristal por la parte donde se sentaba el cliente, iba a poder acceder muy fácilmente a cualquiera de los puertos USB de la parte trasera de aquella torre

—¿Va a tener la cafetería alguna especialidad?

De un segundo vistazo comprobé que había un puerto USB libre, pero seguí con la conversación:

—La idea es hacer una cafetería librería en la que los clientes puedan curiosear entre los libros, sentarse tranquilamente con un café, e incluso hacer una lectura light.

Mientras yo hablaba el asesor daba cabezazos de asentimiento, aunque su rostro denotaba más bien la falta de interés de quien ha recibido ya a muchos clientes que no tienen ninguna experiencia en hostelería, con ideas de negocio sin viso alguno de poder prosperar, pero a los que necesariamente hay que sacarles la pasta: primero, con el asesoramiento en la compra o traspaso, y después, con la gestión del negocio, independientemente de que éste no vaya a tener, con toda probabilidad, más de un año de vida.

Alberto se arrancó con un discurso que dominaba bien, sobre la bondad del clima en la zona y la masiva afluencia de turistas deseosos de gastar dinero. En ese momento, metí la mano en el bolsillo derecho del pantalón y

presioné el botón de rellamada de mi móvil. A los pocos segundos, empezó a sonar el terminal que acababa de comprar en el bolsillo del lado izquierdo, y sacándolo, comencé una conversación conmigo mismo, intentando darle el mayor realismo posible.

—*Ciao Giuseppe, come vai!* ¿Qué pasa por ahí? Ah, bueno; si quieres, no vemos, y tomamos un café y hablamos un poco del tema.

El asesor, en un alarde de discreción que le honraba —y con el que yo contaba— se levantó de la mesa para no dar la impresión de estar escuchando mi conversación, y en voz baja, pero mirándome a los ojos, me dijo:

—Voy a ir a buscar un plano de Marbella para que me localice exactamente la calle, y estoy aquí en dos o tres minutos.

Yo asentí con la cabeza y agradecido por el detalle, tuve el teléfono pegado a la oreja hasta que el asesor se dio la vuelta. Entonces, giré en la silla y miré disimuladamente alrededor, para ver si alguien podría darse cuenta de lo que iba a hacer. Los tres administrativos estaban trabajando, y parecían concentrados cada uno en lo suyo, así que dejé un momento el teléfono sobre la mesa, haciendo gala de coger un bolígrafo y un trocito de papel como si fuera a anotar algo, mientras con la otra mano saqué un minúsculo pendrive gris de 16 gigabytes.

Tiré el boli justamente al lado de la torre del ordenador del asesor, y en el momento que me agaché para recogerlo, a la vez que comprobaba que nadie me estaba mirando, conecté el USB al único puerto que quedaba libre en la torre. Mirando desde donde estaba sentado, apenas se veía el pendrive, por mimetizarse casi completamente con el color gris acerado de la parte trasera de la torre.

Cuando volvió el asesor, y tras una conversación de unos minutos en la que le hice creer que me había abierto los ojos, le agradecí sus explicaciones y le dije que seguiría buscando.

Ya fuera del edificio, y como todavía quedaba casi una hora para volver a reunirme con Nájla en la cafetería de El Corte Inglés, decidí ir hacia allí dándome un paseo. Pero justo a unos diez metros de la entrada del bloque, cuando estaba empezando a andar en dirección al oeste, vi que se acercaba hacia mí Roberto Chantemôn, con paso decidido, trajeado y con un maletín. Volví la cara cuando pasó por mi lado, aunque estoy seguro que no llegó a fijarse en mí cuando tuvo lugar el incidente del móvil con Nájla en los almacenes. Al pasarme, anduvo unos metros, y luego giró a la izquierda,

metiéndose en el portal.

15. Pasaporte, té verde y planes

Jueves 17 de julio a las 11:30

Roberto salió de su despacho y se asomó al de Peter, que estaba sólo a unos metros. Como no había nadie, entró, y, tras cerrar la puerta, se sentó en uno de los grandes confidentes enfrente de la mesa, puso el iphone en modo altavoz, lo apoyó en un atril, y empezó a hablar:

—Peter, la operación del solar de la calle Malvaloca sigue adelante. Ya he llegado a un acuerdo con el concejal: nos dan dos plantas más. Llama al propietario y ofrécele 350.000 al contado. En cuanto se firme el contrato de compra, que el arquitecto presente el mismo proyecto que hicimos en Nerja, y nos darán la licencia sin problemas. Ya puedes ir llamando a Pablo, para que ofrezca la promoción con licencia a sus contactos. La podemos largar barata: un millón cuatrocientos, o un millón trescientos. Cuando le demos el pase, nos largamos.

—En principio no suena mal. Me pongo a ello.

Cuando llegamos al centro de Marbella, enseguida encontramos el edificio al que nos había dirigido el hombre de las gafas rojas. Una vez dentro, y siguiendo las indicaciones de una amable recepcionista sentada en la entrada, nos dirigimos a la tercera planta, en busca de la oficina 325 en la que estamos citados. Andando por un pasillo bien iluminado, la encontramos: era la tercera puerta a la derecha. Llamé, pero tras unos diez segundos dije en voz alta:

—Esto está abierto, vamos a pasar.

Pasé yo primero, y Nájla detrás. En el despacho no había nadie. Sólo se veía una pequeña mesa de reuniones en el centro, con un sobre encima.

—A ver qué es lo que hay dentro del sobre — dijo Nájla.

Lo abrí, y saqué de él un pasaporte británico nuevo. Leí el nombre del titular y dije mientras sonreía:

—*Miss Katie Archrein, ! congratulations for your new passport!*

—Mira a ver si hay algo más en el pasaporte, alguna nota.... ¡Algo!

—Efectivamente, aquí hay una nota.

—¿Qué dice?

—“«Que firme la titular el pasaporte con la firma que vaya a utilizar habitualmente, dejen lo que falta dentro del pasaporte, y vuelvan a ponerlo encima de la mesa. Esperen en la recepción, les avisaran en 10 o 15 minutos. Se va a dar fecha de hace dos años al pasaporte. Si quieren otra fecha, escríbanla.»” Nájla, deberías practicar tu nueva firma unas cuantas veces, antes de ponerla en el pasaporte.

—No te preocupes, anoche estuve un buen rato con eso.

Tras practicar de nuevo durante unos minutos su nueva firma, Nájla dejó el pasaporte firmado y el dinero. Bajamos a la recepción, donde esperamos diez minutos aproximadamente. Nada más sonar el teléfono, la joven recepcionista se dirigió a nosotros:

—Puede subir uno solo de ustedes otra vez a la oficina 325, les están esperando.

Subí yo solo y tal como me imaginaba, no había nadie, pero el pasaporte ya tenía la hoja de la firma debidamente plastificada, y aunque yo no era un experto en pasaportes, por mi trabajo en el despacho sí había visto bastantes, y la verdad era que aquel podría ser cualquiera de ellos.

Fue imposible evitar que mi vecina Marta nos viera, pues coincidimos en la escalera de mi casa cuando, de vuelta de Marbella, fuimos a mi apartamento para empezar a comprobar si los comienzos de nuestra investigación daban su fruto o no.

Subimos deprisa la escalera, sintiendo casi físicamente la mirada de Marta, que se paró unos segundos en el portal, con un aire de sorpresa que en ningún momento intentó disimular. Parecía más molesta que extrañada de ver subir a otra mujer a mi piso, al que ella tenía esperanzas de entrar pronto. Por fin llegamos, y cerré la puerta de mi apartamento.

—Anda, ¿por qué no haces un poco de ese té verde con menta tan bueno que me diste el otro día? ¿Verdad que no te importa que me quite los zapatos? Oye: a tu vecinita no le ha hecho mucha gracia verme por aquí; te habrás dado cuenta, ¿no? —me dijo Nájla, mientras, descalza, se tumbaba en el sofá.

Sin poder evitarlo se me habían subido los colores.

—Qué va, qué va. Imaginaciones tuyas... Considera mi casa tu casa:

puedes hacer lo que quieras —contesté, interesado en dejar de hablar de Marta.

—Shukran. ¿Sabes que eso suena muy árabe?

—Siempre he admirado el sentido árabe de la hospitalidad, pero ahora tenemos mucho trabajo.

Mientras hablaba, y tras tapar la tetera grande con un paño para que el té se fuera haciendo, fui directamente a mi despacho, inicié los ordenadores y llamé a Nájla.

—Lo primero que vamos a hacer es pedirte por internet una cita, para, mañana mismo, ir a la comisaría de la policía y sacarte un NIE o número de identificación de extranjero.

—Mira, pues precisamente en eso quizás pueda yo enseñarte algo. Cuando trabajaba en la asesoría, me encargaba precisamente de la obtención de los NIEs y de las solicitudes de residencia, tanto de clientes comunitarios, que en mi caso eran ingleses, como de los no comunitarios, que solían ser árabes. Deja lo del NIE y la residencia de mi cuenta. Por la mañana, temprano, iré a la comisaría. Será la prueba de fuego del pasaporte nuevo.

—Bueno: pues, entonces, vamos a comprobar si el pendrive que instalé en el ordenador del asesor nos da alguna información.

Cuando, en el camino de vuelta, expliqué a Nájla lo que había hecho en el despacho de Peter y Roberto, no se lo creía.

—Y, ¿cómo funciona el sistema? Me refiero a lo que has hecho suena muy “profi”.

Mientras empezaba a navegar a través de dos proxies sucesivos, contesté a Nájla:

—El pendrive que instalé tiene un archivo ejecutable, que, automáticamente, me va a devolver un correo con la IP del ordenador donde está instalado. También tiene otro archivo, que se tiene que ejecutar exactamente a las quince horas de hoy de su reloj interno.

—¿A las 3?

—Sí porque me fijé en que tienen el turno partido, de 9:30 a 14:00 y de 16:30 a 19:30, con lo que, normalmente, no habrá nadie a las tres, y es casi seguro que todo el mundo se deja los ordenadores encendidos. Por eso es el momento ideal para acceder.

—Y ¿qué es lo que se supone que hace ese otro programita?

—Me permite controlar de forma remota el ordenador del asesor.

—¿Cómo?

Intentando controlar una inevitable sonrisa de satisfacción por haber impresionado a Nájla, le contesto: pues sí, podré navegar por su ordenador como si lo tuviera delante. Y como, seguramente, todos los equipos estarán conectados en red y habrá un servidor central, intentaré encontrar información sobre Roberto y su socio.

Al tiempo que asentía, quiero creer que con cierta admiración, Nájla me preguntó:

—¿Siguiente paso, Sherlockhacker?

—O mucho me equivoco, o me temo que cuando consiga entrar en el ordenador del asesor no voy a encontrar absolutamente nada de información ni de Roberto Chantemôn ni de su socio. Es lógico pensar que la tendrán mucho mejor escondida, por lo que lo siguiente a hacer, si tú estás de acuerdo, es preparar tu curriculum vitae para mandarlo hoy mismo a Tax saving, la asesoría de Peter Hockrote.

Nájla se quedó mirándole con expresión de extrañeza, desconcierto, o algo parecido. Con el ceño fruncido y la boca interrogante, unos decibelios arriba, le espetó:

—¿Cómo? ¿Tú estás loco, o te ha dado un aire? ¿Me estás tomando el pelo?

Dejé que pasaran unos segundos sin contestar nada, para ver cómo la expresión del rostro de Nájla pasaba, en unos segundos, de la sorpresa y desconcierto a estar adornado por una pequeña sonrisa y los ojos ligeramente cerrados, no sé si en expresión que pretendía ser de malicia o algo por el estilo. Finalmente me preguntó, sin abandonar la sonrisa un tanto gatuna:

—¿De verdad crees que me voy meter directamente en la boca del lobo?

—¡Nájla, creía que estabas dispuesta a todo! Si queremos averiguar algo que nos pueda servir para ir contra Roberto Chantemôn, tenemos que ir a su asesor, que además en este caso es su socio. Por supuesto que vas a meterte en la boca del lobo, pero no tienes por qué temer nada. Piensa que si yo mismo, que he estado a tu lado en varias ocasiones a medio metro de distancia, no te reconocí cuando apareciste en la pizzería, mucho menos te va a reconocer alguien que te ha visto al pasar en una sala de vistas del juzgado.

—Pero es que acabo de chocar con Roberto, y le he tirado el móvil al suelo, hace escasamente un par de horas... y seguro que él va habitualmente por la asesoría.

—Precisamente por eso.

—Precisamente por eso, ¿qué?

—Vamos a ver, Nájla: ¿quién ha sido la que ha tenido el choque con Roberto?

—Pues....

—¿Lo ves?, la que ha tenido el choque ha sido Katie. ¿O es que ya no te acuerdas de que Nájla se ha marchado a Inglaterra?

—Pero...

—Lo que ha conseguido ese choque en el Corte Inglés es, precisamente, darle naturalidad al personaje de Katie: está vivo, es normal, y de lo único que se podrá acordar Roberto, si entras en la asesoría, es que eres la rubita con la que quiso ligar después de chocar con ella.

Tras unos segundos de reflexión en silencio por parte de Nájla, que quizá le sirvieron para entender la lógica de mi razonamiento, volvió a la carga.

—Bueno, y si presentamos el currículum, ¿se puede saber por qué crees que van a llamarme?

—Por varias razones. En primer lugar, tienen una empleada de extranjería que está a punto de dar a luz; en segundo lugar, tú has trabajado precisamente en una asesoría en ese tipo de departamento y hablas inglés a la perfección, con lo cual eres la candidata ideal. Así que, anda, sé una buena chica y prepara un currículum medianamente historiado, poniendo una dirección falsa para la asesoría donde se supone que adquiriste experiencia, y se lo mandamos desde un correo electrónico que te voy a crear exprofeso. Debo tener la tarjeta del asesor por ahí.

—Vale, voy a hacerlo, pero la verdad es que me gustaría tener tu seguridad. Parece como si quien estuviera promoviendo esta cruzada, realmente, fueras tú.

—Creo que, una vez que se decide uno a hacer algo, tiene que poner toda su energía y conocimiento para conseguirlo.

—Cuando termine con el currículum, tengo que hacer unas compras para mi casa nueva, ¿te importa?

Me gustó que me preguntara.

—No te preocupes, yo esperaré para entrar en el ordenador del asesor, y luego te cuento.

16. Katie & Assallah

Jueves 17 de julio a las 21:00

Nájla, sentada en el pequeño balcón de su nuevo apartamento al final del paseo marítimo de Fuengirola, tuvo un ligero sobresalto cuando el cristal de la puerta le devolvió la imagen de una joven rubia con media melena. A veces se olvidaba de que ahora era Katie. Mientras movía la cabeza para apreciar mejor los detalles de su nuevo look, se felicitó por el buen resultado conseguido, ya que en las últimas veinticuatro horas dos personas que la conocían —y, al menos una de ellas, bastante bien-, no la habían llegado a reconocer. Echándose hacia atrás en la silla, disfrutó del susurro de las olas bajo el resplandor de la luna llena; sin saber por qué, hoy especialmente echaba de menos a alguien con quien compartir ese momento. Como no podía ser de otro modo, empezó a pensar en Alex. La verdad es que le gustaba: era un chico guapo, se daba un cierto aire a Keanu Reeves, pero con el pelo rizado y no tan moreno. Tenía una agradable sonrisa y el pendiente le sentaba bien porque seguía siendo muy varonil y estaba claro que sentía algo por ella. Decididamente, a Nájla también le gustaba.

El clip que tenía como tono de llamada en el móvil la sacó de su ensimismamiento, interrumpiendo ese momento de placer y quietud. En la pantalla parpadeaba el nombre de Alejandro.

—Bueno, Katie, ¿qué tal la primera noche en tu casa nueva? Oye: volviendo a nuestro proyecto, creo que te interesará saber que ha pasado exactamente como preveíamos. Conseguí entrar en el ordenador del asesor, y a partir de ahí empecé a comprobar dentro de las copias de seguridad del servidor central, aquella información que nos pudiera interesar. Se trata de una serie de bases de datos generadas por aplicaciones de gestión administrativa: contabilidades, gestión de nóminas y seguros sociales. He mirado las contabilidades de los clientes, y no hay absolutamente nada que tenga que ver con Roberto Chantemôn ni con Peter Hockrote. En los procesadores de texto tampoco hay carpetas a nombre de ninguno de los dos. Pero hay un ordenador, que probablemente no está en la misma oficina, pero sí está en la misma red, al que hay que acceder mediante una clave. Es una clave de 12 dígitos.

—Entonces...

—Yo tengo un programa que puede generar claves, pero el problema es que, con ese número de dígitos, nos llevaría demasiado tiempo averiguarla. Así que, para poder tener acceso a la información que nos pueda servir para nuestros propósitos, no nos queda más remedio que acudir al plan B: es decir, que tú entres a trabajar en la asesoría.

—Bueno; pues habrá que esperar, a ver si hay suerte y me llaman.

—Pues ahora viene la sorpresa. No vas a tener que esperar mucho. A las siete de la tarde recibí un correo electrónico en la cuenta de Google que te creé para incluirla en tu currículum y poder comunicarte con la asesoría. Decían que habían leído tu C.V. y que querían tener una entrevista contigo, mañana viernes, por la mañana, a las diez.

—¿Qué? ¿Ya?, no te estarás quedando conmigo, ¿no?, y además mañana es ¡viernes!

A Alejandro no le quedó más remedio que reír, pensando en la cara de sorpresa que estaría poniendo Nájla, por otra parte completamente justificada.

—Te aseguro que no es ninguna broma. Yo, la verdad, estaba casi seguro de que te iban a llamar.

—¿Cómo? ¿No te parece demasiada casualidad que, nada más mandar el currículum, nos hayan contestado?

—Hombre, puede que también a ellos les parezca a ellos una casualidad recibir el currículum de una persona que tiene justamente la formación que necesitan, en el mismo momento en que su trabajadora se va a dar de baja. Pero la vida está llena de casualidades. Y además, en la Costa del Sol, el 50% de los administrativos hablan inglés: si no, no estarían aquí. No te preocupes; mañana iré contigo a Marbella. Pero tendrás que buscar la forma, antes o después de la entrevista, de retirar el pendrive que coloqué.

Viernes 18 de julio a las 10:30

—*Congratulations Katie, the job is yours.* Puedes empezar ya a familiarizarte con en el departamento de extranjería de Tax saving.

Con una gran sonrisa que enseñaba más dientes de la cuenta y que pretendía ser cordial, Peter Hockrote, después de una entrevista de quince minutos en su calidad de director de la asesoría Tax saving, dio su beneplácito para que Katie Archrein empezara a trabajar allí inmediatamente. Aunque a lo largo de toda la entrevista no parecía estar muy interesado en las respuestas de la aspirante, ya que se limitaba a asentir de forma automática cada vez que ella

contestaba a alguna de sus preguntas en inglés, sin embargo sí se mostró descaradamente interesado en sus piernas. La silla que Peter le ofreció estaba separada casi un metro de su mesa, y estaba claro que ésa era la postura en la que Peter quería ver a todas las candidatas, para poder examinarlas a su gusto de cuerpo entero.

Salió de su despacho detrás de ella y le presentó a las compañeras que iba a tener en la oficina:

—Esta es Sandra, que, como puedes ver está a punto de tener un bebé, y nos va a dejar por una larga temporada. Ella te pondrá al día del sistema que seguimos para acompañar a los clientes, abrirles carpeta, etc... Si tienes alguna duda, no actúes: pregunta primero, a no ser que estés sola, en cuyo caso deberás demostrar iniciativa. Si te hace falta algo más, sólo tienes que llamarme o entrar en mi despacho. Bienvenida.

Nájla procuró que su “gracias” sonara lo menos efusivo posible, para evitar posibles malentendidos. Sandra, tirando de su enorme embarazo, con esos andares patunos que en tales circunstancias parecen hacer avanzar a las mujeres lateralmente en vez de de frente, la llevó de un lado para otro el despacho, enseñándole los distintos archivadores: los correspondientes a los NIEs, residencias y traducciones. A pesar del ofrecimiento de Sandra para acompañarla a la policía, Nájla prefirió ir sola en su primer día de trabajo, y como era algo que ya había hecho anteriormente, aseguró a su nueva compañera que no iba a tener ningún problema, y así fue.

A media mañana entró en el despacho una chica muy morena, de aspecto árabe, de una belleza excepcional, ya que aunque se veía claramente que no estaba maquillada ni tenía pintados los ojos, no le hacía falta. Su rostro ovalado enmarcaba dos enormes ojos color miel oscura, labios perfectamente delineados y su cabello parecía muy bonito, aunque lo traía recogido en una coleta. Miró a Nerea, que se ocupaba de la atención al público, y ésta asintió mientras le decía:

—Pasa, pasa. Peter está libre.

Sin muchas ganas, o al menos eso se desprendía del mohín que hizo, la recién llegada entró en el despacho de Peter, saliendo aproximadamente 10 minutos después. Sus ojos, que reflejaban cierta tristeza, se detuvieron por un momento en los de Katie, que le sonrió. Despidiéndose únicamente de Nerea, la mujer salió rápidamente de la asesoría.

La curiosidad de Nájla, que había seguido a la joven árabe con la mirada,

tanto a su entrada en el despacho como en su silenciosa salida, hizo que Sandra, que se había percatado, le aclarara:

—Esa es Assallah, y es la encargada de la limpieza del piso de arriba.

—¿Del piso de arriba?

—Sí. Lo utilizan Peter y su socio Roberto, no sabemos muy bien para qué, aunque nos lo imaginamos.

— O sea, que tienen un pisito de soltero, donde se montan sus juergas y traen....

—Shhh.

Sandra le hizo un gesto con los ojos hacia el despacho de Peter, a la vez que chistaba para que no siguiera hablando. Nájla retomó entonces su trabajo, comenzando a preparar una traducción que había que entregar en un par de días.

Cuando Sandra volvió de hacerse su última eco 3D, un rato después, ya era la una y media: hora de comer algo. Nájla bajó a tomar un café y un sandwich vegetal, ya que no tenía sentido regresar a Fuengirola para una hora. Pero, en vez de ir a la cafetería que estaba justo debajo del despacho, prefirió dar la vuelta al edificio y buscar algún sitio más tranquilo y discreto. Una calle más arriba, en la parte de atrás, encontró una pequeña cafetería, pequeña hasta en el nombre, pues se llamaba “El cafetín”. Una vez dentro, vio que en la esquina más alejada de la barra estaba sentada la chica de rasgos árabes que había estado en el despacho hacía un rato.

Katie se acercó a ella. Los ojos de la muchacha reflejaron inmediatamente el reconocimiento, al tiempo que le decía:

—Tú estabas en el despacho, ¿no? ¿Eres nueva?

—Sí, yo también te he visto en el despacho. Hoy es mi primer día de trabajo, ¿te importa si me siento contigo?

—No, no, por favor, siéntate. Yo me llamo Assallah.

Katie se inclinó y se dieron dos besos.

—Yo soy Katie.

—Ese nombre no parece español.

—No, no, no soy española; nací en Inglaterra. Mi padre es inglés.

—Yo soy de un pequeño pueblo, en la zona de Ksar es Seguir, en Marruecos.

—¿Llevas mucho tiempo en España? Hablas muy bien español.

—Llevo viviendo en Marbella sólo un año, pero he estudiado español casi

cinco años.

—Y ¿cómo empezaste a trabajar con Peter?

Assallah se quedó callada durante unos segundos, a lo que Katie enseguida reaccionó sonrojándose ligeramente, a la vez que levantaba las manos y decía:

—Perdona; siempre me pasa, soy demasiado inquisitiva; discúlpame.

—No, no te preocupes, no me importa contártelo, si a ti no te importa. Necesito hablar con alguien y, nada más verte, tú me has inspirado confianza.

—No tienes por qué si no quieres, pero, si te puedo ayudar en algo, estaré encantada.

Katie apoyó sus codos en la mesa para acercarse un poco más a Assallah, que empezó a contarle su historia. Fue como el grifo que, tras gotear, se abre del todo y deja salir el agua a la máxima presión; Assallah, en un torrente de palabras que fluían sin parar, le explicó:

—Abd el Krim, mi novio, es un chico muy trabajador y, hace ya casi dos años, en Marruecos, estaba desesperado porque no había nada de trabajo. Empezó a ir con compañías que sólo le podían traer problemas. Yo quería que, como fuera, emigrara a España y se alejara de esas amistades que no le iban a traer nada bueno. Al fin se vino para acá, y enseguida encontró trabajo. Estaba contento, y me pedía constantemente que me viniera a vivir con él.

—Ya te he dicho que somos de un pueblo pequeño, pero, a pesar de eso, mi madre tiene una mentalidad muy abierta, y no puso ningún reparo cuando le dije que me venía a España, aunque sabía perfectamente que iba a vivir con Abd el Krim. Cuando llegué, él llevaba ya casi un año trabajando de camarero en Fuengirola, y entonces le ofrecieron un trabajo mejor en Marbella, ganando bastante dinero.

—Nos vinimos para acá y conseguimos alquilar un pequeño apartamento, en una de las callecitas que están cerca del mercado; allí éramos felices. Era una vida totalmente diferente a la que llevábamos en Marruecos. Yo estaba haciendo un curso de informática, aprendiendo inglés y perfeccionando mi español, para poder empezar a trabajar.

Tras detenerse un momento en su narración, Assallah, que por la soltura con la que hablaba realmente parecía que necesitaba contar a alguien sus problemas, sonrió antes de seguir:

—Pero llegó la crisis, y Abd el Krim se quedó sin trabajo; empezaron a cerrar empresas y, aunque él tenía derecho a cobrar el desempleo, se fue poniendo cada vez más nervioso. Salía todos los días a buscar trabajo y, a

medida que le iban diciendo que no había, se iba poniendo peor. Empezó a decir algo que nunca había dicho: que a él le discriminaban por ser marroquí, que para los españoles sí había trabajo, que mi hermano tenía razón.

—¿Tu hermano?

—Sí. —Assallah se quedó callada unos instantes y enseguida continuó—: Sí, una de las principales razones por las que yo quería que Abd el Krim se viniera a España, como te decía antes, era para que se alejara de las nuevas amistades que había hecho, entre las que estaba mi hermano.

—¿Por qué? Si no te importa que te lo pregunte.

—Mi hermano pequeño, Samir, llevaba varios años metido con el movimiento integrista y cada día era más intransigente. Sus convicciones religiosas le cegaban por completo y no veía más que lo que le decían sus compañeros. Se fue generando en él un odio hacia todo lo occidental que crecía por días y me daba miedo, yo no quería que Abd el Krim fuera por ese camino. Por eso estaba tan contenta cuando él se vino a España, aunque lo pasé mal durante el tiempo que me quedé en casa hasta que pude venir yo también, porque Samir estaba inaguantable. Desde que Ahmed se fue, lo único que quería era sustituirle como el hombre de la casa.

—¿Ahmed?

—Es otro de mis hermanos, el mayor. Se marchó hace casi seis años a Siria, y no hemos vuelto a saber nada de él. Samir se arrogó el papel de hermano mayor sin serlo.

—Bueno, ¿y qué pasó con Abd el Krim?

—Yo intentaba tranquilizarle. Conseguí encontrar un trabajo en una tienda de bisutería, justo cuando se le acababa el desempleo a Abd el Krim. Así respiramos un poco, aunque a él le costaba mucho abstraerse de su educación machista. Hacía esfuerzos para que no se le notara que no le gustaba nada que yo trabajara mientras él se quedaba en casa, pero, ¡era tan transparente!

—Como todos los hombres —ratificó Katie.

—Pero, cuando llegó el momento, no me pagaron y, después de seguir trabajando unos quince días, Abd el Krim no pudo más, y fue a hablar con el dueño de la tienda.

—Tuvieron más que palabras, ¿no?

—Pues sí. Generalmente él siempre había sido bastante pacífico, pero estaba demasiado alterado, y hasta había empezado a beber. Cosa que, si hubiera estado bien, nunca habría hecho, porque, aunque no era musulmán

practicante, no le gustaba el alcohol.

Assallah paró durante unos segundos, como cogiendo aire para seguir,

—¿Se pelearon?

—Sí, bueno, realmente, no llegaron a pelearse. Abd el Krim, enfurecido, le dio un empujón a Boghos, el dueño de la tienda; y éste, para no caerse encima de un juego de té, hizo un quiebro con tan mala suerte que se cayó de espaldas, dándose un golpe tremendo en la cabeza con una mesa de forja.

—¿Lo mató? —preguntó con cara de espanto Nájla—. Pero, de cualquier forma, está claro que fue un accidente.

—En aquel momento, Abd el Krim no sabía si Boghos estaba muerto o no. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho y de las implicaciones que iba a tener se asustó terriblemente y salió corriendo de la tienda.

—¿Lo detuvo la policía?

—No; cuando llegó a nuestro apartamento, muy nervioso, y casi llorando me contó lo que había pasado, conseguí convencerle de que teníamos que ir a una comisaría y explicar lo que había pasado, pues el huir sería dejar rienda suelta a la imaginación de la policía. ¡No había habido testigos...! Y, desgraciadamente, como tú sabes, acusar a un “moro violento” de un asesinato, o en el mejor de los casos de un intento de asesinato, se podría considerar casi lo normal en esa situación.

La cara de Katie reflejaba su concentración en lo que Assallah le estaba contando.

—Bueno, y, ¿qué es lo que hicisteis?

—Yo había estado en la asesoría de Peter un par de veces, ya que allí llevaban todos los papeles de la tienda de Boghos, y conocía a Nerea, la recepcionista, que también estaba casada con un marroquí. Ella se lo dijo a Peter y la verdad que éste se portó cómo un caballero: dejó lo que estaba haciendo, salió a la recepción y en el momento que Nerea nos presentó, cogió el teléfono y llamó a un abogado de los que trabajaban habitualmente con él. A los diez minutos estábamos con Manuel Montilla, un chico joven que se dedicaba al derecho penal. Le explicamos lo que había pasado y fuimos con él a la comisaría. Nos dijo que la historia de Ab del Krim parecía un accidente y que debía mantener siempre la misma historia.

—Ab del Krim se enfadó con él, porque estaba dando a entender que se había inventado la historia. Pero en nuestro caso, que no era inventado, lo que pedía el abogado era lo más fácil, ya que no era más que decir la verdad.

Assallah hizo otra pausa, terminó de un sorbo el café y bebió un poco de agua, antes de seguir.

—Cuando nos presentamos al oficial de guardia, el abogado explicó la situación y pidió comparecer enseguida ante del juez, ya que no queríamos declarar en comisaría. Leyeron sus derechos a Abd el Krim y lo hicieron pasar a una habitación donde le dejaron solo, esposado. Nosotros nos quedamos fuera, en la sala de espera, donde le habían dicho al abogado que le informarían cuando fuera a ser llevado al Juzgado. Una hora y media después, se llevaron a Abd el Krim en el furgón policial, mientras nosotros fuimos al Juzgado en el coche del abogado. Allí tuvimos que esperar otra media hora hasta que Abd el Krim fue llevado ante el juez. Y ahí es donde empezaron los problemas. El juez pidió que averiguaran el estado del dueño de la tienda, y el médico que le atendió en el hospital llamó al juzgado para decir que Boghos había sufrido un traumatismo craneoencefálico importante y que había caído en coma.

—El juez escuchó el relato de Abd el Krim, estuvo haciéndole preguntas durante más de una hora, y luego nos hizo esperar otra hora, hasta que entregó al abogado un Auto de ingreso en prisión: había decidido que Abd el Krim debía entrar en la cárcel, si bien podría eludirla mediante una fianza de 25.000 €, hasta ver la evolución del estado de Boghos.

—¡Ingresar en prisión!, pero, ¿por qué? ¿Cómo iba a pagar una fianza así un desempleado?

—Todas esas preguntas y algunas más se las hice yo al abogado, que me dijo que no me preocupara: que Abd el Krim, de momento, iba a ingresar en prisión, pero que él iba a recurrir el auto del juez.

—Pero ¿qué es lo que dijo el juez exactamente?

—El juez, mejor dicho, jueza, consideró que había claros indicios de un posible intento de homicidio, que no estaba claro que no pudiera convertirse en intento de asesinato. Iba a empezar la investigación para averiguar exactamente lo que pasó, y además seguir la evolución de Boghos. Mientras tanto, Abd el Krim estaría en prisión, porque había posibilidades de que eludiera la acción de la justicia.

—Bueno, y ¿qué es lo que pasó con el recurso?

—Desgraciadamente, la jueza lo denegó, pero el abogado ha vuelto a recurrir ante una instancia superior. Eso sí, me ha dicho que este segundo recurso va a tardar bastante más en ser resuelto, y mientras tanto, Abd el Krim

sigue en la cárcel. Intenté conseguir el dinero de la fianza, pero la cantidad es demasiado grande y no puedo ofrecer ninguna garantía a un banco. De todas formas, el abogado me ha asegurado que vamos a ganar este nuevo recurso, porque el auto de ingreso en prisión que dictó la jueza no está suficientemente motivado.

Katie se quedó pensativa unos segundos antes de decir:

—Assallah, yo no tengo mucho dinero, pero puedo hablar con mi banco a ver cuál es la posibilidad de conseguir un préstamo para la fianza, y si hace falta, te lo puedo prestar yo.

Los bonitos ojos de Assallah se velaron ligeramente cuando, con la voz entrecortada, contestó a Katie:

—Te lo agradezco mucho, pero Abd el Krim me ha dicho, en la única visita que le he podido hacer hasta ahora, que no me preocupe. Que vamos a esperar a la resolución de este segundo recurso, y después ya veremos.

Pasó casi un minuto sin que ninguna de las dos dijera nada, hasta que Katie tomó la iniciativa:

—Y ¿qué hiciste después? ¿Cómo terminaste trabajando para Peter?

—Pues te puedes imaginar: no tenía nada de dinero, no podía pagar ni el alquiler ni los gastos del piso, y tenía que buscar una solución. No quería volverme a Marruecos mientras Abd el Krim estuviera en la cárcel, y me fui a hablar con Peter, que tan amablemente nos había ayudado desde el primer momento. Le expliqué la situación, y él enseguida me ofreció quedarme en el piso de encima de la asesoría, que ellos no utilizaban apenas, más que para dormir la siesta de vez en cuando y poco más. A cambio, tendría que encargarme de la limpieza tanto de la asesoría como del piso y de algunos otros pisos, cuyo arrendamiento también se gestionaba desde la oficina. Me aseguró un salario de 600 euros, así que acepté, y esa misma tarde traje algunas de mis cosas personales, y el resto las guardé en un almacén. Ya llevo cerca de dos meses.

Katie se movió un tanto incómoda en su silla, cuando preguntó:

—Y Peter, ¿se porta bien contigo, o quiere algo más que tu trabajo?

Assallah se ruborizó ligeramente al decir:

—Te entiendo, pero no. De momento, no, aunque creo que está haciendo esfuerzos por contenerse. De hecho, tengo la sensación de que le gusta bastante... y no sé hasta cuándo aguantará esa “caballerosidad” a la que tan poco acostumbrado está, porque he podido comprobar durante este tiempo que

llevo en su apartamento, y conviviendo en cierta medida con los dos socios, que son dos sinvergüenzas. Pero Peter se porta bien conmigo; y, de momento, no ha habido ningún intento de nada.

Katie sonrió mientras decía:

—A lo mejor se ha enamorado de ti.

Levantando las manos con las palmas hacia arriba, la chica parecía que iba a decir con cierta resignación “Masallah”, pero en el último momento pareció cambiar de idea y contestó:

—Espero que no, porque se iba a llevar una decepción.

—Lógicamente espero que no pase, pero... ¿qué vas a hacer si el recurso no prospera, y Abd el Krim tiene que seguir en prisión?

—Entonces sí que llegará el momento de encontrar el dinero para la fianza, ya que Peter me ha informado que, con los retrasos que hay en los juzgados, el tiempo que pueden tardar en que haya un juicio puede ser de dos años, y no quiero que Abd el Krim se quede en prisión.

Los ojos de Katie buscaron los de Assallah cuando le dijo:

—Si llegado el momento el recurso se pierde, no te preocupes, que yo te ayudaré.

Mientras ponía su mano sobre la de Assallah, como confirmando su apoyo, Katie pensó durante unos segundos si era prudente lo que iba a hacer, pero tanto su corazón como los ojos de Assallah decían que sí. Se decidió y, cogiendo aire, le dijo:

—Assallah, yo también tengo algo que decirte: creo que eres una buena chica y confío en ti. Estoy segura de que nos podemos ayudar mutuamente. Mi nombre no es Katie, sino Nájla.

17. El Delfín

Viernes 18 de julio a las 16:00

Sentados en el coche, a la entrada del muelle Benabola de Puerto Banús, donde tienen atracado el pequeño yate, los socios contemplan a las dos jóvenes que, sentadas en la cafetería a unos 50 m, están bebiendo algo, relajadas. Cada una tiene a su lado un pequeño neceser de viaje, los dos exactamente iguales. El comentario de Roberto no se hizo esperar:

—¿No te lo dije? Estaba claro que las dos zorritas iban a estar aquí. Estas van buscando maduritos que les den estabilidad, pero les vamos a dar algo mejor.

—Yo tengo que estar de vuelta mañana antes de mediodía: cojo el AVE a Valladolid a las 12:30. El sábado voy con mi hijo al cine, y después a McDonald's, y el domingo tenemos entradas para ir a ver un partido del Fórum.

Antes de entrar en prisión, cuando vivían en Valladolid, Peter había tenido un hijo con Elena, una camarera muy atractiva con la que estuvo viviendo durante un año y medio, hasta poco antes de entrar en el penal de Villanubla. Ella insistía para que se casaran, pero Peter — algo de lo que se arrepentía todos los días — decidió abandonarla. Realmente le gustaba Elena, pero también tenía claro que el tipo de vida que llevaba no era el mejor para una relación, y que a ella le iría mucho mejor sin él. De todo aquello tuvo mucha culpa su amistad con Roberto, a quien Elena responsabilizaba de la ruptura. Ella se tuvo que mudar con sus padres, para poder seguir trabajando y atender a su hijo. Desde entonces, las relaciones con Peter habían sido sólo telefónicas y escasas. Fue una separación un tanto traumática, sobre todo para ella que estaba muy enamorada, pero cuando los socios entraron en la cárcel, ella ya había asumido la situación y se había concentrado en su hijo y en su trabajo.

Peter, sin necesidad de abogados ni juzgado, asumió su responsabilidad económica como padre, y desde que nació el niño ingresaba mil quinientos euros al mes en la cuenta de Elena. Cuando el niño cumplió los 3 años, pidió a su madre poder verlo aunque fuera una vez al mes y, no importa dónde estuviera, siempre iba un fin de semana completo para estar con su hijo. Al

principio, la madre no permitía que pernoctara con él, pero cuando el niño tuvo seis años de edad, ya dormía con él la noche del viernes y el sábado, y Peter lo devolvía a su madre los domingos después de cenar. Para que su ex pareja aceptara la pernoctación, Peter tuvo que alquilar en Valladolid un pequeño apartamento, que estaba muy céntrico, aunque solo lo utilizaba cuatro días al mes, a excepción de algún viaje esporádico. Llamaba a la portera del edificio el día antes de ir a Valladolid, para que dejara limpio el piso y con la nevera provista de lo esencial. El sistema funcionaba bien, y él disfrutaba viendo crecer a su hijo.

—No te preocupes, que mañana a esas horas estamos ya aquí. Vete subiendo al barco, que yo voy por las niñas.

El barco era una verdadera virguería: un Aicon 56 italiano de 17 m de eslora y unos 4 m de manga, con dos motores de 800 caballos, que le permitían una velocidad punta de cerca de 28 nudos. Con un camarote principal y dos para invitados, perfectamente podía acomodar a seis personas. Los dos socios, que, entre sus muchas actividades, también prestaban dinero a detenidos necesitados de fianza para su puesta en libertad, no se lo pensaron dos veces cuando el abogado del constructor les contactó y les pidió que pusieran 100.000 € para la fianza de su cliente, a cambio de quedarse con el barco en garantía. El barco había costado 475.000 €, pero su precio original rozaba el millón de euros. Desde que se abrió la veda judicial de caza a la corrupción en Marbella, muchos constructores y promotores habían sido empitonados, y les hacía falta dinero urgente para las fianzas.

Mientras Peter se afanaba en quitar las lonas de protección, llegó Roberto con las dos chicas, que iban, muy propias ellas, con sendos pantaloncitos cortos blancos, que dejaban ver unas piernas morenitas y atractivas. Gafas Christian Dior —probablemente, falsas— y unas minúsculas camisetas, de las que parecía que se iban a salir sus pechos, completaban su atuendo. Peter, más para evitar caídas que por galantería, dio una mano a cada una de ellas para ayudarlas a subir a bordo, mientras Roberto se quedaba con las dos maletitas iguales, una colgando de cada brazo, ofreciendo una imagen un tanto cómica. Después de soltar amarras, Peter subió de un salto al Delfín y se metió directamente en la cabina, sentándose en el magnífico sillón de cuero azul, justo enfrente de una réplica de timón antiguo, que contrastaba con el tablero de mandos electrónicos de la consola y comenzó la maniobra de salida del puerto. Roberto entró con las chicas al acogedor salón, con suelos y paredes

forrados de teca, y no sin cierto orgullo les dijo:

—Bueno, chicas, ¿qué os parece nuestro pisito de solteros flotante?

Una de ellas le dirigió a la otra una rápida mirada que, aunque fue solo un destello, era suficiente para dejar entrever una cierta intelección conspirativa, que inmediatamente intentó disimular; pero fue demasiado lenta para Roberto. Éste, experto en lides similares, sonriendo para sí mismo por haberlas pillado, dijo:

—Anda, ponéos cómodas, mientras voy metiendo el marisco y la carne en la nevera.

La más intrépida de las dos enseguida hizo su primera aportación, mientras abría su maletita:

—Mira, Roberto, hemos traído cuatro botellas de champagne, así que ponlas a enfriar para que esta noche estén en su punto.

—Estupendo. Anda, poneos los bikinis y vamos a subir a cubierta, para ver cómo hace el patrón la salida del puerto.

Cinco minutos después se acomodaron las dos con Roberto en el blanco sofá de poliéster de forma semicircular, que se encontraba en el flybridge, disfrutando de la ligera brisa del mar según se iban alejando del puerto, mar adentro. La idea era alejarse por lo menos un kilómetro y medio, para luego seguir navegando de forma paralela a la costa.

Peter asomó la cabeza por la puerta de la cabina y preguntó casi gritando:

—¿Chicos, vamos al este o al oeste? ¿Puerto de Estepona, o Puerto Marina en Benalmádena?

Las chicas a dúo gritaron:

—¡A Puerto Marina!

Peter, tocándose ligeramente la gorra de capitán de marina mercante que se había agenciado en un mercadillo, contestó:

—A sus órdenes; el Delfin pone rumbo al este.

En el sofá, Roberto, mientras rodeaba con sus brazos a las dos chicas y las atraía ligeramente hacia sí, para ganar intimidad, sin que ellas ofrecieran resistencia alguna, les dijo con voz cálida:

—A ver qué os parecen los planes para esta tarde: cuando estemos a 500 m más o menos de la playa que hay justo antes del puerto, paramos motores y echamos el ancla, para que podamos darnos un bañito tranquilos: no hay nada como bañarse sin gente alrededor; la sensación de libertad es genial. Después comeremos algo bueno en el barco, y nos echaremos una siestecita.

Roberto se acercó al oído de una de las rubitas y continuó:

—O lo que nos apetezca. Después de coger fuerzas, cuando nos levantemos, podemos tomar un poco el sol, darnos otro baño y prepararnos para bajar a tierra. Ya tenemos reservado un restaurante que seguro que os va a gustar; y esta noche, a quemar las discotecas de Puerto Marina bailando.

18. Primer impulso

Viernes 18 de julio a las 13:30

Assallah no pareció extrañarse mucho, aunque estuvo varios segundos callada. Después, mirando a Nájla, le dijo:

—De Katie a Nájla hay bastante diferencia. Me imagino que tendrás una buena razón para utilizar otro nombre.

—Sí, sí la tengo. Assallah, lo que voy a contarte tiene que quedar entre nosotras dos; es totalmente confidencial.

—No te preocupes; soy muy discreta. No contaré a nadie lo que me digas. Será un secreto entre amigas, ya que al confiar en mí has dado el primer paso para que podamos llegar a serlo.

Nájla le cogió la mano en señal de agradecimiento, y, tras comprobar que estaban prácticamente solas en la cafetería, se inclinó ligeramente hacia adelante en su silla y empezó a contarle a Assallah todo lo que había pasado. Cuando llegó al punto en que le explicó que necesitaba entrar en el apartamento de Peter y Roberto, Assallah, sin un atisbo de duda, le dijo inmediatamente:

—Pues esta tarde es un buen momento, porque hace un rato los dos socios se han marchado a pasearse en su juguete nuevo, un barco que tienen en Puerto Banús. No volverán, por lo menos, hasta mañana por la tarde.

—Assallah, ¿dónde crees que puede estar lo que estamos buscando?

—Sólo hay un sitio donde puede estar: una habitación que suelen tener casi siempre cerrada, y que Peter me abre una vez a la semana para que la limpie.

—Entonces, ¿está cerrada?

—Sí, pero yo sé dónde está la llave.

—¿Qué hay en esa habitación?

—Hay una mesa grande, con un ordenador fijo y otro portátil.

—Assallah, tengo que entrar ahí. Sólo así podré encontrar pruebas con las que conseguir meter en la cárcel a Roberto Chantemôn. Sé que no me conoces, y que te estoy pidiendo mucho; pero, ¿estás dispuesta a ayudarnos?

—Hasta ahora nadie se había ofrecido a ayudarme con la fianza de Abd el Krim, y tampoco quiero que tú tengas que hacerlo, pero solo el hecho de haberte ofrecido, para mí, ya es bastante. Sí, te voy ayudar, pero tenemos que

hacerlo esta misma tarde, mientras ellos están navegando. Hoy es viernes y no se trabaja por la tarde: el mejor momento es después de que cerréis la asesoría, a las 16:00. Y la verdad es que me estoy planteando marcharme del piso: no me gusta la actitud de los socios, y prefiero evitar situaciones que puedan ser violentas.

—Entonces, lo hacemos esta tarde.

Nájla tuvo un momento de indecisión pero inmediatamente reaccionó y dijo:

—Voy a llamar a Alejandro, para que esté listo y venga rápido. Ah y no te preocupes, si quieres marcharte, te vienes directamente a mi piso en Fuengirola.

Unos segundos después, tras marcar Nájla en su móvil el número 2, donde había programado para la llamada rápida el número de Alejandro, éste contestó:

—Nájla, ¿dónde estás?, ¿cómo va ese trabajo nuevo?

—A las cuatro vamos a entrar en el apartamento de Peter y Roberto.

—¿Pero cómo demonios has conseguido la llave en tan poco tiempo?

—Cuando llegues te presentaré a alguien, y te lo explicaré.

—No le habrás dicho nada a nadie, ¿no?

—No te preocupes.

Nájla le dio la dirección del café en donde estaban, y le pidió que fuera puntual.

—Venga, chicas, ¡al agua!

Antes de tirarse al mar, Roberto echó un pequeño bote neumático que estaba atado al Delfín. Era una magnífica tarde de verano, bastante calurosa; había que nadar a levante, hacia Málaga, de espaldas al sol, para evitar que los destellos de éste, reflejándose en el agua calma, te deslumbraran.

Las chicas, mostrando un relativo pudor, se tiraron al agua en top less, tal y como habían estado tomando el sol toda la tarde, luciendo la firmeza de sus bonitos pechos bronceados, que sólo la edad y algún arreglito podían mantener en ese plano de cuasi perpendicularidad al cuerpo.

—Vamos, Peter, ¿a qué esperas?

—Un minuto; estoy asegurando el ancla.

Peter no tardó en zambullirse y se dirigió al bote salvavidas, al que una de las chicas se había agarrado, dejándose mecer por el suave oleaje. Roberto, que se había alejado del barco, dio la vuelta y, muy al estilo del macho que en el cortejo muestra su fuerza a la hembra, hizo un sprint de unos 50 mts con brazadas rápidas y poderosas. Así llegó hasta donde estaba la otra chica, que flotaba agarrada a la plataforma de madera sujeta a la escalera del Delfín.

Durante diez o quince minutos, las dos parejas estuvieron jugueteando, persiguiéndose. Peter fue el primero que subió al Delfín de nuevo, seguido de Laura, mientras Roberto y Vanessa, que se habían subido al bote, estaban todavía ocupados.

19. Let's go!

Viernes 18 de julio a las 16:30

Casi veinte minutos después de haber cerrado la asesoría para el fin de semana, y tras haber hecho en El Cafetín las presentaciones entre Alejandro y Assallah, ésta se fue directamente al piso. Ellos siguieron unos minutos más tarde.

Cuando Assallah les dio un toque al móvil, Alejandro llamó al interfono, y subió rápidamente a la segunda planta, mientras Nájla se quedaba al otro lado de la calle en misión de vigilancia para prevenir un posible regreso inesperado de los socios.

Assallah, que le estaba esperando en la puerta, un poco nerviosa, dijo a Alejandro:

—Pasa, pasa rápido y toma la llave de la habitación. Se me había olvidado decirles que creo que hay una cámara que está mirando al ordenador.

—Vale, vale; no te preocupes. Era lógico que tuvieran algún sistema de seguridad.

Alejandro abrió su maletín y sacó un paño negro. Asomándose por el resquicio de la puerta lo suficiente para poder pasar, localizó inmediatamente la cámara; con dos zancadas, se puso debajo, y con un movimiento rápido colocó el paño tapando el objetivo.

—No nos queda más remedio que tapparla. Espero que sea una cámara de movimiento, que se activa a través de una célula fotoeléctrica; si tenemos suerte, lo podremos disfrazar cómo una desconexión fortuita del USB del receptor de onda de la cámara. Aun así, es posible que se den cuenta de que han tenido visita, pero al menos no van a saber quién ha sido porque nos vean directamente.

Después, Alejandro sacó su cámara digital e hizo una foto desde la puerta de cómo estaba todo colocado, para intentar dejarlo todo igual al salir. Tras éstas pequeñas maniobras previas, y ya de forma más tranquila, echó un vistazo a la habitación. No había gran cosa: una mesa de madera grande, con un PC de sobremesa que al menos en apariencia era de gama alta, con un SAI bastante potente, o por lo menos grande, así como un par de periféricos.

Lo primero que hizo Alejandro fue desconectar el cable del puerto USB

que emitía por infrarrojos a la cámara de seguridad. Menos de diez minutos después ya se estaba volcando la imagen del disco de Peter en el disco duro externo que había conectado. Procurando dejar todo en su sitio, aunque sabía que tenía que volver, preguntó a Assallah:

—Entonces, ¿qué haces? ¿Te vienes definitivamente con nosotros, como me ha dicho Nájla?

Assallah movió la cabeza afirmativamente, aunque se encontraba en un estado de duda importante, y no estaba segura de si tomaba la decisión adecuada. Pero, si se quedaba, en cuanto Peter se diera cuenta de que su ordenador había sido manipulado por alguien, sabría que ella había ayudado. No quería quedarse allí para ver la reacción de Peter, o de su socio.

—Sí, tardo cinco minutos en hacer la maleta. Si queréis, bajad, y me esperáis.

—Vale, te esperamos en la calle de atrás; pero no tardes.

Assallah salió diez minutos después, con una pequeña maleta con lo estrictamente necesario para un par de días, y una copia de llaves que sabía no usaban nunca por lo que no las echarían de menos. Para no despertar demasiadas sospechas dejó una nota a Peter:

“Peter, me voy a Sevilla, a casa de una amiga, para ver a Abd el Krim mañana en un vis a vis que me han concedido. Estaré de vuelta el lunes. Assallah”

Viernes 18 de julio a las 20:30

Después de toda la tarde vagueando en el barco, se arreglaron, bajaron a tierra los cuatro y entraron en uno de los pubs de moda en Puerto Marina, para tomar un par de cervezas antes de ir a cenar.

Después de la cena en el restaurante indio de moda que a todos gustó, cuando estaban dando un pequeño paseo por el puerto, en busca de algún local que estuviera animado, sonó en el móvil de Vanessa un clip ya un poco pasado de moda,

—Vane, soy Piti. Oye, tía: ¿vais esta noche al Olivia?

Vane orgullosa contestó:

—Estamos en Puerto Marina con unos amigos; ¿qué es lo que hay hoy?

—No os lo podéis perder, tía. Está la fiesta del verano, y hay concurso de la danza del vientre más erótica; el premio son 3.000 euritos, no sé, pensé en vosotras.

Vane y Elena eran buenas bailarinas de danza árabe. Más que nada, porque las mantenía en forma, y a los hombres les gustaban sus movimientos de caderas. Ya llevaban casi dos años practicando y eran las mejores de la academia.

—Vale, Piti. Gracias por llamar, tía. Nos lo pensamos, y si acaso nos vemos allí.

Como no eran más que las 12:30, todavía no había demasiado ambiente en el puerto, con lo que Vane vio su oportunidad.

—Chicos, ya veis que esto está muerto. ¿Por qué no subimos al yate y nos volvemos a Marbella? Esta noche en el Olivia Valère se celebra la primera fiesta del verano, y a lo mejor os damos una sorpresa —acompañó la propuesta de una risueña mirada a Roberto.

Peter era el más interesado en volver a Marbella, porque así podría descansar un rato en su casa antes de madrugar, al día siguiente, para tomar el tren a Madrid. Ante el silencio de Roberto, decidió tomar la iniciativa:

—Me parece una buena idea: el ambiente aquí no empieza hasta las dos o las tres de la mañana, y no vamos a estar por aquí dando vueltas como cuatro capullos. ¿Tú qué dices, Roberto?

—Pues que donde manda patrón, no manda marinero. Vámonos todos de vuelta al yate, y en menos de dos horas estamos en Olivia Valère.

Cuarenta y cinco minutos después, ya de vuelta en Fuengirola, tras haber comprado unas hamburguesas en el Mc Auto y dejado a las chicas en el apartamento de Nájla, Alejandro entró rápidamente en su casa y cerró la puerta sin hacer ruido. No tenía ninguna gana de relaciones sociales con su vecinita. En el camino desde Marbella, acordaron que en unas horas él volvería al piso de Peter y Roberto, usando las llaves que le había dado Assallah, para retirar el disco duro en el que se habría clonado la imagen del de Peter. Por lo que nada más llegar a casa, tras comerse la hamburguesa con patatas rápidamente y darse una ducha caliente para relajarse, Alejandro se metió directamente la cama, poniendo el despertador a las cuatro de la mañana, aunque lógicamente no se pudo dormir.

A las 3 de la madrugada, Peter ya no pudo aguantar más. Llevaban solo media hora en el Olivia Valère; las chicas se habían lucido bailando la danza del vientre, y la verdad es que lo habían hecho bien, pero no se cansaban nunca.

—Roberto, mira, chato: ¿No habías dicho que tenías ganas de montarte un trío con un par de niñas monas? Pues te voy a dejar solo, para que te lo pases bien con las chicas: yo ya estoy hartito, y me voy a casa. Quiero dormir un rato antes de coger el tren. Mañana te llamo desde Pucela.

Con una sonrisa un tanto alcohólica, Roberto le contestó:

—Peter, tío, te estás haciendo mayor. Pero, bueno; tú te lo pierdes.

20. Standby

Sábado 19 de julio a las 04:30

Antes de amanecer, de vuelta en Marbella dejé el coche aparcado en una paralela a Ricardo Soriano, y entré en el bloque sin cruzarme con nadie. Cerrando la puerta del apartamento detrás de mí, lo primero que hice fue dar una pequeña vuelta de inspección y, enseguida, encontré la nota que Assallah le había dejado a Peter.

En el despacho, retiré el disco duro, donde se había grabado por completo la imagen del disco de Peter, y dejando el ordenador en standby, como estaba antes, comprobé desde la puerta de la habitación, cámara digital en mano, que todas las cosas estaban igual que su dueño las había dejado.

Una vez cerrada la puerta de la habitación y guardada la llave en la jarrita que Assallah me dijo, salí del apartamento, unos segundos antes de las 07:30.

Para salir del edificio, era necesario abrir el portón de entrada con un interruptor que se encontraba dentro del portal, a medio metro a la izquierda de la puerta. Mientras asía el pomo con la mano derecha, pulsé el interruptor con la izquierda, y tiré. En ese momento, alguien impulsó la puerta desde fuera y la terminó de abrir. Era Peter, el socio de Roberto.

Tardé más de la cuenta en reaccionar al saludo de “buenos días” que me hizo Peter. Éste me miró entonces con un atisbo de intelección y aunque no dejó de caminar hacia las escaleras, sin duda estaría pensando que mi cara le era conocida.

—Esa cara me suena: la he visto en algún sitio, pero ahora mismo no caigo dónde.

Conforme con su razonamiento, Peter llegó al apartamento y, nada más abrir la puerta, preguntó en voz alta:

—Assallah, ¿dónde andas? ¿Estás levantada?

Extrañado de no oír nada, Peter se dirigió al salón, donde lo primero que vio fue la nota que le había dejado Assallah sobre la mesa. Tras leerla de un vistazo, con el ceño fruncido pensó en voz alta:

—Ya la pillaré cuando vuelva. ¡A ver si se cree que se va a poder ir cuando le parezca a acostarse con el morito!

Mirando el reloj, cogió la llave y entró rápidamente en su despacho privado. Al sentarse frente a la pantalla observó algo que, de alguna manera, le pareció fuera de lugar, en la pantalla se veía una especie de cuadrado negro en una de las esquinas que no tenía mucho sentido. Mirándolo bien, se dio cuenta que no era más que un reflejo. Al volverse para ver qué lo estaba causando, vio un paño negro, casi cuadrado, que estaba tapando el objetivo de la cámara de seguridad que enfocaba hacia el ordenador.

De vuelta en mi coche, todavía nervioso por el encuentro con Peter, pero más nervioso aún al darme cuenta que había olvidado quitar el trapito negro de la cámara, llamé a Nájla y le conté lo que había pasado.

—Nájla, Peter ya sabe que alguien ha entrado en su PC, porque he cometido un error. Empezará a atar cabos, y está claro que yo voy a ser el principal sospechoso.

—No te preocupes; estoy segura que no te ha podido reconocer. En realidad no te ha visto más que una vez, en el juicio.

—Pero, ¿qué cojones?

Peter se echó hacia atrás con tanto ímpetu, que casi tiró la silla. En dos zancadas se plantó debajo de la cámara y cogió el trapo que tapaba el objetivo. Parecía el típico paño que suelen llevar los portátiles entre el teclado y la pantalla. A Peter le empezó a entrar más calor del que hacía en la calle.

Inmediatamente después de dejar un mensaje a Roberto para que viniera a toda leche, empezó buscar en su agenda de contactos hasta que encontró: Agustín informático. Al tercer tono de llamada contestó una voz un tanto adormilada:

—¿Quién es?

—Agus, soy Peter, de Tax saving. Necesito que me hagas un favor urgente. Tienes que venir al despacho ahora mismo. Ha habido una emergencia. Te lo

pagaré bien.

—Peter, macho, ¿tú no duermes nunca? Si no son ni las 11. Bueno, anda: dame 20 minutos, que me pegue una ducha, y nos vemos.

—Estoy en el piso de arriba del despacho: 1º E.

—Ok.

El informático entró directamente al despacho unos quince minutos después

—Creo que alguien ha entrado en el ordenador. ¿Puedes averiguar qué es lo que han hecho?

Peter no le comentó nada sobre el paño que tapaba la cámara. Agustín sacó un pendrive que insertó en el puerto USB que quedaba libre, y copió una aplicación al ordenador de Peter. A los pocos segundos le dijo:

—Con esta aplicación consigo reproducir la secuencia de las últimas teclas que se han pulsado en el teclado del ordenador. Está muy claro lo que han hecho: alguien ha copiado una imagen completa de todo tu disco duro, y probablemente lo habrá volcado a un disco duro externo.

—¿Hay algo que me puedas decir que me ayude a identificar al que lo ha hecho?

—Hombre, para poder duplicar un disco duro como el tuyo, que contiene cerca de 600 Gb de información, han tenido que tener conectado el disco duro externo a tu ordenador, como mínimo, dos o tres horas.

—Esa zorra ...

—¿Cómo dices?

—Nada, nada. Bueno, pues en principio, ya no puedes hacer nada más ¿no?

En ese momento se oyó la llave de la puerta de entrada del apartamento, y a los cinco segundos entró en el despacho Roberto.

De vuelta en mi apartamento, empecé a comprobar el contenido del disco duro de Peter. Además de todas las aplicaciones normales de un usuario de tipo administrativo, tenía un paquete de contabilidad que debía contener muchos datos, ya que ocupaba cerca de 80 Gb; y una aplicación de edición profesional de audio no muy usual, cuyo contenido en datos debía ser también alto, pues eran otros 30 Gb.

En la aplicación de contabilidad aparecían unas 15 ó 20 empresas, entre las que se encontraban las que ya había localizado antes en el despacho. Pero como la contabilidad era un mundo totalmente desconocido para mí, decidí llamar al que había sido mi compañero y mejor amigo en la Escuela Superior de Informática. Tenía entendido que se había vuelto un freaky solitario, y que vivía no muy lejos de allí, en la zona de Benalmádena. Marqué con la duda de si todavía tendría el mismo móvil.

—Bicho, ¿cómo andas? ¿Sigues vivo, o ya te has convertido en zombi?

—¡Alex!, coño, ¡Pero si es el guaperas traidor!, ¿Qué es de tu vida, chaval? Desde que te hiciste abogado, ya no quieres saber nada de nosotros. ¿Dónde andas?

En un tono serio, que nada tenía que ver con el que podría esperarse de un compañero que te llama por primera vez en varios años, le dije:

—Estoy en Fuengirola, y te llamo porque necesito tu ayuda. Sé que no te he llamado en mucho tiempo, pero tú sabes cómo son estas cosas. Hazme este favor, y ten en cuenta que siempre te puede hacer falta un abogado.

—Espero no tener que recurrir nunca a una sanguijuela de tu profesión, pero venga; yo vivo cerca. Dame tu dirección, prepárate para invitarme a comer, y me cuentas todo lo que has hecho los últimos cinco años.

Roberto llegó a tiempo para ver cómo Peter le entregaba 200€ a Agustín. Una vez que el informático se hubo marchado, los dos socios se sentaron a la mesa del ordenador, uno a cada lado del mismo, y durante unos segundos simplemente se miraron, sin hablar. Roberto rompió el silencio:

—Entonces, ¿es seguro que han entrado en el ordenador?

—Sí, y han clonado el disco duro.

—Me imagino que tienes claro quién ha podido ser.

—No sé, no tiene mucho sentido. ¿De verdad crees que los políticos iban a ser tan gilipollas como para pensar que íbamos a tener información comprometida en un ordenador así, a lo loco, sin ningún tipo de protección? Además, parece un tanto chapucero.

—Pues si no han sido ellos, ya me dirás quién ha podido ser.

—No lo sé, pero Assallah ha desaparecido también.

Al oírlo, Roberto se levantó. Fue corriendo a la habitación de Assallah y

abrió los armarios; vio que parte de su ropa todavía estaba allí, y contestó a Peter:

—Se ha llevado la mayor parte de sus cosas, pero simplemente me niego a creer que la morita tenga cojones como para hacernos una putada, y además, ¿qué es lo que iba a ganar?

—Bueno pues llama a tu cuñado Marc, a ver qué nos cuenta.

—¿Qué hora es? Sí, es buena hora para pillarle.

Tras marcar con tecla rápida un teléfono, Roberto casi de forma inmediata, saludó:

—Buenos días, cuñado, ¿cómo va tu *swing*? ¿Estáis todos bien?

—Hombre, Roberto, ya era hora que te dignaras llamar a la familia.

—Marc, ¿puedes hablar?

—Si es algo importante, prefiero llamarte yo dentro de una media hora.

—Entonces, espero tu llamada; es importante.

21. Bicho

Sábado 19 de julio a las 13.30

Bicho, cómo todos le llamábamos en la facultad, realmente se llama Belisario, pero como ya entonces pesaba cerca de 130 kilos, hubo una especie de consenso generalizado en cuanto a que el sobrenombre de Bicho le iba mucho mejor que su propio nombre.

Casi no cabía por la puerta de mi apartamento, cuando me envolvió en un abrazo de oso. En estos últimos años parece que ha adelgazado algunos kilos y se le ve con muy buen aspecto; parece feliz.

—Mariquita, cada día estás más canijo. Está visto que rodearse de leguleyos le hace uno adelgazar. Voy a tener que probarlo.

—De hecho, he engordado cinco kilos desde que dejé la facultad.

—Sí, sí, entonces tenías demasiado desgaste.

—Bueno, Bicho; antes de recordar viejos tiempos, perdóname, pero me hace falta ir a la cuestión por la que te he llamado. Ven conmigo.

No muy convencido, le ofrezco mi sillón para que se coloque delante del ordenador:

—¿Tú entiendes algo de contabilidad?

Una sonrisa le recorre el rostro mientras dice:

—No, pero sí sé quién puede echar un vistazo y encontrar lo que sea jugoso: Sofía.

Intento recordar, y tras unos segundos acude a mi mente la imagen una chica pequeña, con gafas, siempre en la esquina del grupo, muy tímida.

—Sí, me acuerdo. La de las coletas, que siempre estaba en la esquina, ¿no?

—Correcto. Llevamos viviendo juntos dos años, y nos va bastante bien. Cada uno respeta la libertad del otro, y tenemos cosas en común.

—No sabes cuánto me alegro. Y, ¿podrá echar un vistazo y darme una conclusión urgente?

—Sin problema. Para eso, te voy instalar un programita que nos permitirá establecer un control remoto de tu ordenador desde el mío. Cuando Sofía termine de ver las contabilidades esta tarde, no tienes más que desinstalar el programa. ¿Ok?

—De acuerdo.

—Marc, ¿a dónde vas?

Marc no se esperaba a nadie levantado. A sus hijos, desde luego que no, y su mujer últimamente estaba muy remolona; pero hoy, con tal de llevarle la contraria, ya estaba desayunando cuando Marc iba a salir por la cocina para coger el coche.

—Tengo que ir un momento al despacho. He recibido un mensaje en el móvil y quiero recoger un fax que acaba de llegar. Es importante.

—A la vuelta, pásate por el súper.

—Vale, vale —dijo Marc, saliendo a toda velocidad.

Veinticinco minutos después estaba entrando en las oficinas del KA3, donde desde el año 2004 trabajaba dentro del subgrupo A2, lo que le daba un salario excelente y algunos privilegios en dietas y otros ingresos. Por su edad, había dejado la operativa a los más jóvenes, y se había concentrado en el análisis de situaciones complicadas. Oficialmente lo hacía como apoyo logístico del grupo operativo, pero en realidad todo aquello no era más que la cobertura que necesitaba para estar siempre preparado, por si era necesario realizar alguna operación del DST, departamento inexistente a todos los efectos en el Ministerio del Interior.

Ya en su despacho, nada más presionar la tecla de blindaje de línea, que aseguraba la privacidad y seguridad de la misma sin dejar huella de la llamada en ningún sitio, marcó el móvil de Roberto Chantemôn.

—Bueno, cuñado, cuéntame. ¿Qué es eso tan importante?

—Marc, ¿habéis mandado alguien a tocar los cojones?

—¿Qué ha pasado?

Teniendo en cuenta la forma de pensar de su interlocutor, Roberto dudó antes de contestar:

—Alguien ha entrado en el piso que tenemos encima de la asesoría, donde tenemos un despacho privado, y creemos que han estado husmeando en nuestro ordenador..

—¿Estáis seguros?

—Sí.

—Pero de todas formas no tendríais allí ninguna información delicada,

¿no?

El segundo y medio que tardó Roberto en contestar fue más que suficiente para que Marc supiera que su ex cuñado le estaba engañando, o, al menos, no le estaba diciendo toda la verdad.

—No, solamente documentación contable. Pero te llamo para decirte que lo estamos investigando, y si averiguamos que habéis tenido algo que ver, ya sabes lo que puede pasar. Los periódicos están fritos por pillar algo jugoso

—Para, para. Aunque no es en absoluto necesario, porque sé con certeza que no hemos podido ser nosotros, déjame hacer una llamada y te lo confirmo. Habrá sido un raterillo.

—Espero tu llamada.

22. ¡Los tenemos!

Sábado 19 de julio a las 14:50

—Venga, chicas, pasad, que os he dejado la puerta abierta.

Después de la reunión con Bicho, cuando entraron las chicas y Alejandro se levantó para saludarlas, Nájla le echó los brazos al cuello, le dio un beso y, cogiéndole por los hombros, le dijo desde muy cerca:

—Estaba preocupada por ti.

Ligeramente sorprendido Alejandro sonrió bobamente mientras respondía:

—Todo ha salido bien. Pero, sentaos. Sofía nos va a explicar si en las contabilidades de Peter y Roberto hay algo que podamos usar para ir a por ellos.

Les contó quién era Sofía, y cómo había llamado a su antiguo amigo Bicho.

—Pero, aparte de las contabilidades, hay varias decenas de archivos de audio en formato MP3. He escuchado algunos, y estoy seguro de que la fiscalía anticorrupción verá el cielo abierto gracias a ellos. Todos están clasificados por el nombre de la persona a la que se estaba grabando. Y todos tienen varios aspectos en común: son conversaciones mantenidas por Roberto con concejales de distintos Ayuntamientos, con dos alcaldes, con varios abogados, promotores. El tema es casi siempre el mismo: Roberto pide al político de turno modificaciones urbanísticas a cambio de un precio, al que llaman “contraprestación para el partido”. El uno corrompe, y los otros se dejan corromper. Desgraciadamente el germen de la idea de Montesquieu, que luego perfeccionaría Lord Acton: “el poder corrompe, y el poder absoluto corrompe absolutamente”, es plenamente vigente en casi todos los Ayuntamientos con mayoría absoluta.

—Alex, no te pongas filosófico que casi los tenemos. Vamos a buscar la forma de llevar a estos sinvergüenzas a la cárcel.

—Me imagino que tendrás claro que todas estas pruebas no serían válidas en un juicio.

—Pero si se las entregamos al fiscal, le ayudarán mucho para investigar, ¿no?

—Sí, eso sí, pero con un valor muy relativo, y nunca como prueba de cargo.

Durante el intercambio entre Alejandro y Nájla, Assallah había pinchado en descargas, y los interrumpió:

—Mirad, un vídeo.

—Pues, venga: ábrelo, y lo vemos todos.

23. Alejandro Torrejón

Madrid, sábado 19 de julio a las 13.30

Tras haber consultado el horario de trenes, Marc, de vuelta en su casa, a la que se dirigió rápidamente desde su despacho, pidió a su mujer:

—Isabel, prepárame una maleta para dos días; me voy a Málaga a resolver un problema.

—¡Ah!, pues, si quieres, me voy contigo.

—Gracias, cariño; nada me gustaría más, pero voy a unas reuniones de trabajo aburridísimas. Vamos a controlar la implementación de nuevas medidas de seguridad en los entornos de las embajadas. Hay una amenaza de atentado, y tenemos que blindarlas.

—Bueno, pero, mientras, yo puedo visitar a las primas.

—No, Isabel; creo que es preferible que no vengas.

—Vale, vale; si no quieres que vaya.

Mientras Marc se metía en su despacho para coger un móvil nuevo y el portátil, Isabel se fue para el dormitorio a preparar la maleta, haciendo gala de su malestar cuchicheando en voz baja.

Con el móvil nuevo, Marc llamó primero al Hotel Beatriz, de Fuengirola, que es donde se solía quedar cuando iba por la zona, y reservó una habitación doble para dos noches. Después, llamó a Roberto Chantemôn.

—Oye, Roberto: voy para la estación en quince minutos. Salgo en el AVE⁽¹⁾ hacia Málaga a las 14:00. Recogedme en la estación; llego a las cinco.

En voz alta, como solía hablar en muchas ocasiones cuando estaba solo en su despacho, se dijo a sí mismo:

—Espero que estos gilipollas no hayan hecho nada que se pueda filtrar.

—Peter, mi cuñado viene para Málaga. Tenemos que averiguar antes de que llegue quién ha entrado en el ordenador y para qué mierda quiere saber qué es lo que tenemos ahí. Marc quiere saberlo. ¿No se te ocurre nadie? ¿Alguna razón?

—No se me va de la cabeza el chico al que me encontré cuando subía. Me

pareció que se sorprendió al verme; de hecho, bajó al principio la cabeza, aunque luego me saludó. Estoy convencido de haberlo visto en algún sitio; no sé si en la asesoría. Espera un momento. Voy a llamar al comercial.

Móvil en mano, Peter se levantó y habló dando paseítos de un lado a otro de la habitación, hasta que Roberto, con una mano, lo detuvo.

—Alberto. Oye, soy Peter. Mira: ¿tú te acuerdas de algún chico joven que haya venido recientemente al despacho? 25 a 30 años, pelo castaño rizado y creo que llevaba un pendiente.

—Pues la verdad es que me lo pones fácil, Peter. Esta semana no ha venido casi nadie; y el único que coincide con esa descripción es un chico que quería comprar un traspaso....

—¿Que día vino, y a qué hora?

Tras unos segundos de reflexión del comercial:

—Creo que fue el jueves por la mañana, hacia las 12.

—Vale; gracias, Alberto.

Antes de colgar, Peter tiró del brazo a Roberto y salieron del apartamento para bajar a la Asesoría. Esperaron impacientes mientras se abría la persiana metálica y, después de desconectar la alarma, fueron directamente al despacho de Peter. Éste, frente al ordenador, arrancó la aplicación de seguridad mientras comentaba:

—La cámara está conectada a un disco duro de 1 Tb, con lo que se guardan las imágenes de varios meses sin problema. Nunca pensé que pudiera llegar a sernos de utilidad. Vamos a ver: día

15 de julio, eso es hace un par de días. Vamos a poner desde las 11:00 en adelante y, para no aburrirnos viéndolo pasar, activamos la reproducción rápida.

Tras visionar unos 3 minutos, Peter gritó, a la vez que presionaba el pause:

—¡Ese es!

En la pantalla se veía a Alejandro, hablando con Alberto Samboni, el comercial.

—Oye, esto no tiene sonido.

Mientras movía el ratón por la pantalla, Peter contestó:

—Sí, sí tiene; espérate que conecte los altavoces.

Justo en ese momento sonó el móvil de Peter. Cuando éste vio en la pantalla quién llamaba, exclamó:

—¡Hostias!, mi ex. Me había olvidado totalmente del niño. ¿Sí?

Dime.

Una voz poco amigable le espetó desde el otro lado de la línea:

—¿A qué hora llegas? El niño te está esperando.

—Pues verás, Elena, nos han entrado en el despacho esta noche, y estamos evaluando lo que se han llevado para ir a poner la denuncia.

—O sea: que no vienes a ver a tu hijo. No te inventes rollos. ¿Qué pasa?, que tenéis Robertito y tú algún plan para esta noche, ¿no?

—No, no. Es en serio: nos han entrado. Si quieres...

—¿Si quiero, qué? ¿Preguntarle a Roberto? No, gracias. Ahí te paso a tu hijo; a ver qué mentira le cuentas esta vez.

Pedro debía estar al lado de su madre, ya que se puso inmediatamente al aparato y, con una voz un tanto trémula, dijo:

—Papá, ¿no vas a venir?

A Peter, no le intimidaba enfrentarse a un inspector de Hacienda, o a un Juez, pero oír a su hijo a punto de llorar era algo que le partía el alma. Intentó justificarse como pudo con él, prometiendo ir a verle la semana siguiente un par de días, sin falta.

Nada más terminar la llamada, Peter presionó el INTRO y empezaron a oír la conversación entre Alejandro y el comercial. Cuando empezó a sonar el móvil de Alejandro, y Alberto, prudentemente, se fue para dejar hablar al cliente...

—¡Será cabrón! ¿Has visto lo que está haciendo?

—Está colocando algo en el ordenador del comercial.

Continuaron viendo las evoluciones de Alejandro, hasta que se marchó del despacho, tras dejar colocado el USB.

—Alberto, soy yo de nuevo. Oye: el cliente ese del otro día, ¿te dejó algún teléfono de contacto?

—Sí; está en la ficha que le abrí. Busca en Clientes arrendamientos, por la fecha.

Cinco silenciosos minutos después, Peter con la ficha en pantalla, llamaba a un tal Alejandro Torrejón; lógicamente, sin obtener respuesta.

24. Arnaitz

Sábado 19 de julio a las 15:10

Assallah y Nájla estaban cada una a un lado de Alejandro, concentradas en la pantalla del portátil. Desde el primer segundo de reproducción del vídeo, que se puso en marcha cuando Alejandro pulsó el play, empezó a verse la imagen de un hombre de edad indefinida: podría estar entre los 30 y los 40 años, pero de su aspecto era difícil deducir su edad con precisión. Tenía el pelo largo, oscuro pero con importantes parches grises; era de tez cetrina, cara delgada y angulosa, aunque de nariz pequeña, que por su tamaño parecía estar un poco fuera de lugar. Sus ojos oscuros parecían inquietos. Una barba de dos o tres meses le cubría gran parte del rostro, pero aun así, tenía rasgos jóvenes. Decididamente, no tendría más de 35 años.

—Es guapo — dijo Nájla.

El hombre estaba sentado a los pies de una cama verde, pequeña y metálica, con la espalda apoyada en la pared y las piernas extendidas sobre una manta marrón adornada con dos listas blancas.

Por encima de su cabeza se veía una estantería de una sola balda con libros; éstos no se discernían muy bien, ya que la imagen estaba grabada desde un lado, dando a entender que la persona que estaba grabando se encontraba en el cabecero de la cama. El único libro que, aunque no se veía completamente, dejaba parte del título a la vista, era bastante conocido: “Manual de ejecución penitenciaria: Defenderse de la cárcel”.

Todo era silencio. Solo se oía al hombre que estaba fumando y, después de dar una calada, depositó el cigarro en un cenicero tan renegrido, que casi se podía oler. Miró a la cámara y, justo cuando iba a empezar a hablar, se oyó una voz que decía:

—Primera grabación. Declaraciones de Arnaitz Astilidea. Penal de Villanubla, 17 de septiembre de 2004.

Nájla fue a decir algo, pero Alejandro le hizo un gesto con la mano. Tras expulsar el humo y carraspear ligeramente, el tal Arnaitz empezó a hablar:

—Mi nombre es Arnaitz y hace 34 años que soy vasco. La historia de mi vida no es muy distinta a la de otros muchos jóvenes vascos, a excepción quizás de mi nacimiento. Mi madre estaba estudiando en Madrid cuando quedó

encandilada por un hombre que luego sería mi padre. Él, a pesar de la pasión, por lo visto desapareció al poco tiempo de quedarse ella embarazada. Mi madre estuvo esperando a que mi padre volviera, hasta muy poco antes de dar a luz. Cuando sintió que yo pugnaba por salir, ordenó sus pocas pertenencias y volvió al caserío de sus padres, cerca de Mondragón, en la aldea de Meatzerreka, porque sobre todo quería que su hijo naciera en el País Vasco. Y así fue como nací en un caserío en el que apenas se hablaba castellano, que estaba como a unos 4 km del núcleo población más cercano, una aldea de 60 habitantes.

—Tuve una primera infancia muy agradable en plena naturaleza. Mientras mi madre trabajaba con sus padres en el caserío, yo empecé asistir a una de las primeras Ikastolas que se habían legalizado en el País Vasco a finales de los 70.

—El entorno de mi infancia y adolescencia fue el caldo de cultivo ideal para que, inevitablemente, me convirtiera en lo que me convertí. Por un lado, la educación desde entonces, cada vez más nacionalista y obsesiva en cuanto al aprendizaje del euskera por todos los jóvenes vascos como símbolo de identidad nacional; por otro lado, los sentimientos de hostilidad, generalizados en casi todos los que formaban mi entorno vital, hacia la península y los “castellanos”, en quienes se personalizaban todos los males que había sufrido *Euskalerría*.

—Antes de que hubiera terminado en la *ikastola*, ya estaba metido en movidas. A los 15 años quemé mi primer contenedor de basura. A los 16 era ya un cachorro consumado, y me había unido a un grupo de los más violentos de la *kale borroka* que había en Mondragón.

25. Recuerdos

Sábado 19 de julio a las 16.30

Los dos socios estaban sentados en una de las cafeterías que, en las esquinas de pasillos gigantescos, tiene la nueva estación de Renfe en Málaga. Esperaban a Marc.

—Peter, aparte de las contabilidades, ¿qué es lo que había en el disco? ¿Las grabaciones de los concejales y demás mierdas?

—Si, están todas, incluso las de los alcaldes.

—Y ¿no podría ser alguno de estos, que crea que lo tenemos pillado?

Después de permanecer en silencio unos segundos, Peter contestó:

—No tiene mucho sentido. Si hubiera sido uno de esos, habría destruido las pruebas en lugar de sacar una copia.

—Entonces, ¿quién? Me dijiste que había un vídeo. ¿Cuál era?

—Era la primera grabación que hicimos de Arnaitz en Villanubla.

—Joder. ¿Decía algo comprometedor?

—Que yo recuerde, no. Solamente hablaba de su vida, del colegio, de cómo se fue metiendo poco a poco en ETA

Mientras jugueteaba con la cucharilla, Roberto empezó a pensar cómo, durante su estancia en Villanubla, había llegado a trabar una verdadera amistad con Arnaitz; amistad que luego se convertiría en algo más grande.

La inmutabilidad del tiempo es relativa, ya que fuera de la cárcel, a partir de ciertas edades creemos que el tiempo pasa mucho más deprisa de lo que uno quisiera y sin embargo dentro de la prisión se convierte casi en eterno. Una condena de prisión, independientemente de lo grande o pequeña que sea, se hace interminable. Cada minuto supone un vacío que intentar llenar de alguna manera, y son 60 minutos por hora, 24 horas al día, 365 días al año, por los años que te hayan tocado. Lo peor son las noches, durante las que los cuerpos no están cansados, porque la actividad diaria en las cárceles realmente no fatiga a un hombre normal. El consciente se niega a dejar el estado de vigilia y se suelen pasar las noches en un duermevela constante, con la tensión, que para algunos se hace insoportable, de estar recluido entre cuatro paredes, donde solamente se oyen los ruidos más groseros de los presos que están alrededor en las demás celdas. A veces la angustia es tal, que

parece oprimir el corazón y faltar el aire.

Las mañanas son más llevaderas, porque siempre se puede uno apuntar, si hay suerte, a algún tipo de actividad, bien sea de trabajo o bien de educación para reinserción social: así, las horas pasan relativamente rápidas. Son las de la tarde, desde después de la siesta casi obligada, hasta la hora de cenar, las que se hacen extremadamente largas. Peter y Roberto, desde los primeros días de su ingreso en prisión, empezaron a jugar a las cartas por las tardes con otro par de presos comunes, y lo convirtieron en una rutina diaria, que sólo se rompía los días que les permitían acceder al pobre gimnasio que el penal tenía, y durante el rato de paseo por el patio.

La primera vez que invitaron a Arnaitz a jugar a las cartas con ellos, se quedó muy cortado porque no esperaba que nadie le hablara. Luego, Roberto y Peter se enterarían de que era habitual que los presos como Arnaitz no hablaran con nadie, ni trabajaran, ni hicieran cursos: no querían nada con nadie. Sin embargo, aceptó, y se sentó con los dos socios, y jugaron un chinchón completo. A partir de entonces, todas las tardes jugaban unas partidas, y Arnaitz, poco a poco, fue abriendo esa coraza que inicialmente llevaba siempre puesta.

Al principio, hablaba exclusivamente del ámbito personal de su vida. Sobre todo, de su compañera, como él la llamaba, con la que tenía una hija que era lo que más le preocupaba en el mundo. Nunca les habló de su pertenencia a la banda, aunque en la cárcel era vox populi. Por ser preventivo, era el único etarra que no se había beneficiado de la política de acercamiento al País Vasco promovida por el gobierno. No se sabe muy bien cómo, pero en la cárcel todo se llega a saber; y era conocido que el fiscal, en su escrito de calificación provisional, había acusado a Arnaitz de delitos que podían llegar a sumar más de diez años de privación de libertad. Estaba siempre solo desde hacía ya casi dos años en aquel penal de Villanubla, como preventivo en espera de la celebración de juicio.

26. Remote viewing

Sábado 19 de julio a las 15:10

Sonó una musiquilla étnica en el móvil de Alejandro y éste paró el reproductor de vídeo del ordenador para contestar, dejando congelada la imagen de Arnaitz, que en realidad tampoco se diferenciaba mucho de la del vídeo en ejecución. Quizás la única diferencia era que movía la boca y se le oía hablar.

—Es Bicho —dijo a las chicas, tapando ligeramente el auricular y conectando el altavoz—. ¿Qué me cuentas?

—Chaval, mira: vamos a tomar el control de tu ordenador. Si estás haciendo algo, páralo un momento. Abre la ventanita del Teamviewer y dime la numeración que aparece para tu equipo.

A los pocos segundos Alejandro empezó a ver cómo de repente el ratón parecía moverse mágicamente y entraba en el paquete de contabilidad.

—Alex, si queréis tomaros un café porque Sofía tardará unos diez ó veinte minutos en echar un vistazo inicial a las contabilidades.

Assallah, al oír aquello, dijo:

—Voy a preparar un té para los tres y algo de comer, ¿vale?

—Assallah, no tienes que hacerlo; ya lo hago yo —dijo Nájla levantándose. Assallah riéndose contestó:

—No, no, no. Déjame que lo haga yo. ¡Seguro que tú no sabes hacer el té tan bueno!

Cuando Assallah se marchó, Alejandro se acercó al monitor para ver las evoluciones del ratón, que Sofía estaba moviendo desde su casa. Estaba concentrado en la velocidad con la que iban apareciendo pantallas llenas de esa nomenclatura propia de la contabilidad, que es una especie de arameo para los profanos, cuando notó muy cerca la calidez del perfume de Nájla, que también se había acercado. Un ligero estremecimiento por la expectación le invadió, disfrutando de esa sensación tan difícil de describir, pero tan agradable. Mientras giraba el rostro, colocándolo a escasos centímetros del de Nájla, ésta mirándolo de frente, casi lo hipnotizó con sus ojos. Con una ligera taquicardia por la excitación, Alex no pudo remediarlo y empezó a tragar saliva mientras Nájla, con una ligera sonrisa, recorrió los escasos 15 cm que

separaban su rostro del suyo y, ladeando ligeramente la cabeza, le dio un beso dulce, que sólo duró un par de segundos, pero que fue suficiente para que los ojos de Alejandro se inundaran de brillo, como si antes hubieran estado apagados y empezara a sentir algo que hasta entonces nunca había sentido: una especie de corriente eléctrica de baja intensidad, que le recorría todo el cuerpo y le producía una maravillosa sensación de bienestar y excitación. Cuando Nájla se acercó, instintivamente le había colocado la mano en la cintura, y ahora, al intentar tomar la iniciativa y besarla de nuevo, Nájla, de forma suave y sonriendo, le colocó el dedo índice sobre los labios, diciéndole en un susurro:

—No, Alex. Por favor, no sigas. Ha sido un momento mágico, pero dejémoslo ahí... Ahora tenemos mucho que hacer. Voy a ayudar a Assallah.

27. Esto no es un juego

Sábado 19 de julio a las 16:50

Unos minutos después empezó el trasiego de maletas montadas en carritos que rodaban, a veces sin obedecer a quienes los guiaban, hacia las salidas de la estación. Marc llegó de los primeros.

Roberto dejó de mirar a una rubia despampanante que se contoneaba desfilando como a golpecitos con su maleta, y se levantó, ofreciendo los brazos abiertos a un sonriente Marc, que correspondió. Se dieron un abrazo, palmeándose la espalda. Peter le saludó con un apretón de manos, mientras le preguntaba:

—¿Te apetece un café?

—Sí, pero prefiero un té verde, ya sabes. Dicen que es bueno para todo.

Esperaron a que la camarera se marchara, momento en el que Marc miró fijamente a Roberto:

—¿Qué está pasando? Me imagino que sabéis lo que nos estamos jugando, y que conste que estoy hablando en plural.

Le explicaron de nuevo cómo alguien había entrado en el despacho y clonado su disco duro.

—¿Había alguna información en el disco que pueda causarnos problemas?

Roberto enseguida reaccionó:

—No, no; nada de la operación, pero sí cosas que nos pueden afectar a nosotros, y mucho.

Peter le explicó que tenían un sospechoso en una grabación del despacho, a lo que Marc contestó:

—Vámonos a Marbella; quiero ver la grabación.

Una hora después, sentados los tres en el despacho de Peter en la asesoría, visionaban el archivo con la imagen y el sonido de la conversación entre Alejandro y José Luis, el empleado de la asesoría. Roberto se quedó mirando la pantalla y casi pegó un salto cuando, al fin, cayó en la cuenta:

—¡Ya sé quién es! Ya sé dónde he visto a ese chaval. Iba acompañando a la chica que me tiró el móvil en el Corte inglés hace un par de días, por la mañana.

—¿Qué chica? —preguntó Marc.

—Una rubita con el pelo corto y un piercing en la nariz, que estaba muy buena. De hecho, le di un pase, pero no me hizo ni caso.

Peter se levantó dando un empujón hacia atrás a la silla en la que estaba sentado, como si estuviera furioso. Marc le preguntó, extrañado:

—¿Qué pasa, Peter?

—Joder, joder, joder. Espérate un momento, que voy a conectar la cinta de la otra cámara. Creo que sé quién puede ser la rubita esa.

En el despacho había dos cámaras situadas en ángulos diametralmente opuestos, para poder cubrir todo el espacio. Una de ellas apuntaba hacia la zona de trabajo de las chicas. El archivo de vídeo de esa en concreto fue el que Peter pinchó, buscando el día anterior, e inmediatamente apareció en pantalla la que para ellos era Katie, sentada en una mesa, revolviendo algunos papeles.

Roberto, señalando la imagen de Katie en la pantalla, dijo con un aire de desdén:

—Ésa es la chica que me tiró el móvil en el Corte Inglés. Iba con el chaval que estuvo en el despacho, pero, ¿qué coño hacía aquí?

—Entró a trabajar a la asesoría ayer —dijo Peter dando golpecitos con los dedos en la mesa.

28. ¿Qué es esto?

Sábado 19 de julio a las 15:30

Nada más salir Nájla, Alejandro llamó a Bicho.

—Oye, ¿dónde nos vemos dentro de un rato? Tengo que proponerte algo.

—Bueno, Sofía me dice que le van a hacer falta un par de horas para analizar por encima la documentación. Nos podemos ver por mi zona, y te invito a unas birras.

—Vale; nos vemos a las siete y media, en el café al lado del Ayuntamiento.

Unos minutos después, Assallah empezó a servir el té al estilo marroquí, alejando y acercando en vertical la tetera a la taza.

—Oye, ¿vamos a terminar de ver la cinta, no?

—Vale, vale —corearon las dos chicas.

El rostro de Arnáitz, que se había quedado en pausa en el minuto 2,18 recobró el movimiento, aunque no demasiada vitalidad. Lo primero que se oyó fue una voz de alguien que, o era el que estaba grabando o alguien que estaba a su lado, que dijo:

—Arnáitz, cuéntanos, ¿cuándo entraste de lleno en ETA?

Nájla se levantó de un salto de la silla, y Alejandro, al ver la cara que puso, paró el reproductor.

—¿Qué te pasa?

—¿Habéis oído? ¿No sabéis quien es el que habla?

Assallah asintió con la cabeza, mientras miraba alternativamente del reproductor a Nájla:

—Sí, es verdad: parece la voz de Peter.

—Pero ¿qué demonios hacía Peter en la cárcel con un etarra? —lanzó Alejandro al aire, lógicamente sin esperar respuesta.

—Anda, dale al play, a ver si nos enteramos.

Arnáitz pareció pensárselo durante unos segundos antes de contestar:

—Yo acababa de terminar un módulo de informática. Justo cuando cumplí los 19 años entré en el departamento de programación de una empresa de Donostia. Por las tardes frecuentaba la herriko taberna más famosa de la ciudad, Herría, en el barrio viejo. Nos sentíamos importantes allí; estábamos a gusto. El que entra allí, sabe perfectamente a lo que va: sobre la barra hay col-

gadas las fotos en blanco y negro de 15 o 20 presos de ETA, y unas cuantas fotos del antes y el después de un etarra torturado, que, para ser sinceros, están un tanto retocadas. Itziar, la que regenta la taberna, es una enorme vasca lesbiana, y siempre tiene pues- ta cómo música un rock *euskaldún*⁽¹⁾, que visto desde la lejanía me parece pesadísimo: mensajes de libertad para el pueblo vasco repetidos una y otra vez, con un monótono tratamiento rockero, que a veces intentaba ser duro y lo que conseguía era, sobre todo, meter ruido. Pero, claro: con la edad que teníamos, nos encantaba.

Paró durante unos segundos mientras le daba una calada a un cigarro hecho con papel de liar, que le daba aspecto de porro. Empezó a frotarse el ojo en el que le había entrado el primer humo del cigarrillo, el peor, el que sale del papel recién quemado.

—La tarde en que me reclutaron acaba de sentarme en la mesa fantasma.

Se oyó de nuevo la voz de Peter que le preguntó:

—¿Qué es eso de la mesa fantasma?

Arnaitz sonrió ligeramente mientras seguía con su explicación:

—En casi todas las herriko tabernas, si entráis, veréis que hay una mesa en la que hay dos o tres *txikitos*⁽²⁾ que están más o menos a la mitad. Solamente a alguien que no sea del entorno se le ocurriría sentarse en una de esas mesas, a las que llamamos las fantasmas, porque casi nunca tienen ocupante. Se dejan siempre preparadas para cuando llegan los chavales jóvenes, como yo era entonces, después de realizar una acción de *kale borroka*⁽³⁾. Aquella tarde, Antxon, Perro y yo habíamos prendido fuego a un autobús municipal.

—Salimos corriendo después de tirar los molotov, y vinimos bajando por la calle mayor a toda hostia; nos metimos en Herría, y casi nos tiramos de cabeza a la mesa fantasma que, como siempre, estaba preparada. Acabábamos de coger el *txiquito* y unos cigarrillos que nos pasó un *abertzale*⁽⁴⁾ de más de setenta años, y estábamos hablando entre nosotros para dar el pego, cuando, no más de un minuto después, entraron en tromba los *zipaios*⁽⁵⁾.

—¿La policía? —preguntó Peter.

—Sí, la *ertzaina*. Entraron cuatro, con las caras coloradas por el esfuerzo de habernos perseguido por dos o tres calles desde la estación de autobuses. Con las defensas en la mano, empezaron a andar entre los parroquianos de Herría. Itziar les preguntó que qué cojones querían, pero no le hicieron ni caso.

—Uno de ellos se acercó a nuestra mesa y se nos quedó mirando. Uno de los chavales que venía con nosotros, Antxon, tenía asma y todavía respiraba con cierta dificultad por el esfuerzo de la carrera. Cuando vio que el *ertzaina* se le quedaba mirando, hizo el amago de sonarse la nariz y seguir respirando por la boca, como si le faltara al aire. Yo entré al quite y le dije:

—Antxon, ay va la hostia, ¿para qué quieres el inhalador, pues? Pégate un viaje.

—El *ertzaina*, que no era tonto, fijó sus ojos en los de Antxon durante unos segundos; pero, con un atisbo de sonrisa, se dio la vuelta llamando a sus compañeros:

—Vamos, chicos; aquí no están.

—Nada más marcharse los *zipaios*, se acercó a nuestra mesa un hombre que podía pasar perfectamente por un profesor de instituto: cara de líneas rectas con gafas, pelo negro con las sienes grises, y barba de un par de días. Se sentó a la mesa con nosotros y empezó a hablarnos en euskera:

—Llevamos tiempo observándoos y nos gusta lo que vemos.

¿Fuisteis vosotros los que hicisteis el cortocircuito en la catenaria del tren de Basauri?

Perro contestó enseguida:

—Nosotros le acompañamos, pero en realidad fue Arnaitz el que lo hizo todo.

—El profesor se me quedó mirando y dijo:

—Pasaos mañana por la tarde por aquí, y os daré unos manuales de objetivos de lucha popular que os ayudarán en las acciones callejeras. Seguiremos hablando.

—Al día siguiente, me pidieron que dejara de actuar en la *kale borroka* y me dijeron que tenía que empezar a formarme: tuve que dejar el trabajo de la calderería y matricularme en un módulo superior, para estudiar informática en profundidad desde una perspectiva eminentemente práctica. El dinero no era un problema: seguiría teniendo un sueldo mensual.

— Al cabo de tres años era un informático bastante decente y podía meterme casi en cualquier sitio, pero donde destaqué con mucha diferencia sobre los demás fue en mi formación para la lucha: en el manejo de explosivos. Me mandaban a Francia 3 ó 4 veces al año, donde varios expertos me enseñaron casi todo lo que sabían, y la verdad es que tenía un don especial con los explosivos: los entendía y me gustaban.

—Con 23 años recién cumplidos era de los *gudaris*⁽⁶⁾ nuevos, uno de los mejores, y ya estaba en situación de adquirir un mayor compromiso en la lucha, entrando de lleno en la guerra contra el Estado español.

En ese momento, el cámara hizo un movimiento involuntario, que por una fracción de segundo enfocó a otro hombre.

—Pero ese, ¿no es Roberto Chantemôn?, aunque se le ve más delgado —observó Alejandro.

Fue aparecer la imagen de Roberto, y acabarse la grabación.

—¿Qué estarían tramando estos dos en la cárcel, entrevistando a un etarra? —lanzó al aire Nájla, esperando que alguien le diera alguna idea. Alejandro cogió el testigo:

—Está claro que estaban cumpliendo condena y, por alguna razón que todavía se me escapa, querían dejar constancia de la entrevista a ese Arnaitz.

(1)Vasco

(2)Vasos pequeños de vino

(3)Actos de violencia callejera en el País Vasco

(4)Nacionalista vasco

(5)Policía (despectivo)

(6)Soldado, guerrero

29. Deducciones

Sábado 19 de julio a las 17:50

A Peter no le quedó más remedio que empezar a dar explicaciones a los otros dos, que le estaban mirando, hasta que Marc le cortó:

—Vale. Ahora, vamos a dejarnos de chorradas, y explicadme quiénes son los que tienen vuestra información y para qué la quieren.

Roberto cambió de postura, irguiéndose en el sillón al tiempo que empezó a contestar:

—No sabemos quiénes son; puede que alguien que se haya sentido engañado, no sé...

—Macho, lo único que sabéis hacer es estafar a la gente y mal. Pero ¿es que no tenéis bastante con lo que recibisteis? Era suficiente dinero para, bien administrado, permitirnos vivir sin trabajar el resto de vuestras vidas. Cualquiera día os van a empitonar.

—No creo; para eso estás tú, y tus amigos políticos, para echar un cable si hiciera falta.

—Vivid en vuestro mundo y olvidaos de intentar jugar en las grandes ligas. Allí los problemas sólo se solucionan de una manera.

—Para, para Marc, a ver si te refresco la memoria. En su día ya te dije que, además del dinero que nos pagasteis, para el caso de que tuviéramos un problema con la ley nos aseguraste que lo podríais solucionar.

—Será mejor que evitéis meteros de lleno en un avispero porque a un par de picaduras se sobrevive, pero a más, quién sabe.

—Marc, querido —dijo Roberto—, sabes de sobra que tenemos un traje totalmente estanco a prueba de avispas, abejas o incluso escorpiones. Y en todo caso, al hablar deberías pluralizar para incluirte, o ¿es que te has olvidado de los dos millones limpios que nos exigiste para cerrar la operación? De los que seguramente no le has dicho nada a tu mujer y que tendrás escondidos en algún nidito esperándote.

—Bueno, vale, vale, no vamos a discutir ahora. Hablad con algún policía amigo vuestro, para intentar localizar a la morita. Si la encontráis a ella, encontraréis a los otros. No hay más que decir que os ha robado, y dar sus datos.

Peter se quedó mirando a Marc y dijo:

—También estaba en el disco duro el primer vídeo de Arnaitz.

30. El encargo

Sábado 19 de julio a las 19:30

—¡Danos dos Paulas bien frías!

Sentados en el pub de Puerto Marina, en Benalmádena, el camarero nos puso delante dos jarras de espumosa cerveza de trigo. Después de un generoso trago, Bicho, sonriendo, rompió el silencio:

—Bueno guaperas, tú me dirás a qué viene esta reunión secreta ¿Es que quieres que te cuente los cotilleos de estos últimos años?

—No tío, no estoy precisamente para cotilleos. Lo que quiero es proponerte algo importante; pero antes, explícame lo que ha dicho tu chica de la documentación de estos pájaros.

—Está claro que los dueños de la asesoría son dos mangantes de mucho cuidado: son especialistas en estafas inmobiliarias, limpian a todo el mundo a través de sociedades interpuestas y, según dice Sofía, se lo tienen muy bien montado: siempre controlan los dos extremos de la operación, lo que les permite hacer lo que quieren.

—Y lógicamente, usan testaferros insolventes al frente de las sociedades.

—Solamente hemos visto referencias a un par de abogados de Marbella y Fuengirola, a los que tienen en nómina las propias sociedades que colaboran en las estafas.

—O sea, que pillarles va a ser complicado. ¡Oye!, otra cosa que se me ocurre: me imagino que tendrás algún *key logger* de última generación, ¿no?

Con una risotada un tanto paternalista, Bicho me plantó la manaza en la espalda.

—Bueno, bueno con el hacker. ¿Qué quieres saber?

—A ver cuántos movimientos de teclado consigues del ordenador de Peter; y también quiero que averigües lo que puedas del clip de vídeo del etarra.

—OK tío, te llamo esta noche o mañana temprano.

—Ok. Gracias por las birras.

—¿Dónde estabas?

De vuelta en mi piso, Nájla, con los brazos en jarras, me miraba expectante con un mohín de enfado.

—He estado con Bicho; luego nos llamará. Por cierto, voy a preparar una maleta y me voy con vosotras al piso del paseo marítimo. No creo que tarden mucho en averiguar dónde vivo y en hacerme una visita.

A Nájla de repente le cambió la cara. Seria y un poco asustada, preguntó:

—Pero, ¿crees de verdad que podrían venir a tu casa? ¿Crees que nos harían algo?

—Nájla, no sé de qué te extrañas. Cuando empezamos, sabíamos lo que podía pasar. Con la información que va a encontrar Bicho, tenemos suficiente para empapelar a estos dos individuos, tanto penal como civilmente. Vamos a conseguir pruebas de delitos de estafa, fraude fiscal y algún otro; aparte de las responsabilidades civiles, que pueden ser millonarias en euros. ¿Tú crees que eso no sería más que suficiente para que estos tipos intenten localizarnos, y evitar por cualquier medio que suministremos la información a la fiscalía, o que la utilicemos para chantajearles? Es preferible que estemos juntos.

Nájla se quedó callada, pensativa.

31. Paco y su BMW

Sábado 19 de julio a las 19:00

—Me imagino que tendréis el resto de los vídeos bien protegidos.

—Los vídeos no los va a encontrar nadie, te lo aseguro —dijo Peter; Roberto, que había estado callado hasta entonces, intervino:

—Están a buen recaudo. Si nos pasa algo a Peter o a mí, que nos permita tener la más leve sospecha de que el gobierno o alguno de vuestros agentes *freelance* está detrás, unos días después se abrirá la caja de Pandora. Y no creo que te tenga que ilustrar sobre cuáles serían las reacciones.

—Pero, ¿dónde están? Sabéis que a mí me lo podéis decir. Somos socios, ¿no?

Roberto dio una gran risotada y le pegó un par de palmetazos en la espalda a Marc.

—Pero, cuñado, ¡qué cojones tienes! ¿Cómo me preguntas esas cosas? No te preocupes que están muy, muy bien guardados.

Media hora después, sentados en una mesa del rincón de la cafetería que está justo detrás de la comisaría central de la Policía Nacional en Marbella, Peter y un policía de uniforme hablaban mientras bebían sendas aguas minerales.

—Paco, tenemos un problema: creemos que una chica que trabajaba para nosotros, limpiando y cuidando el piso de encima de la oficina, ha ayudado a alguien a robarnos información. Nos hace falta encontrarla como sea, así que he pensado en ti. Esta es la fotocopia de su solicitud de residencia. Ah —mientras sacaba de otro bolsillo la fotocopia del pasaporte de Katie—, a ver si podéis encontrar algo de esta otra, que creemos que también está implicada.

Paco, el policía cuyos ojos, más acuosos de lo normal, ya han visto más de cincuenta años, miraba a Peter a través de los cristales de sus clásicas Ray ban, un tanto rayadas porque tenían casi un lustro. Estaba un tanto inquieto, lo que se manifestaba en sus constantes cambios de postura en la silla, pensando que le había venido ni que pintada la inesperada reunión con Peter. Aquel era sin duda un buen momento para pedirle el préstamo que le venía rondando desde hacía meses por la cabeza. Paco quería cambiar de coche y ya había visto el que le gustaba: uno de segunda mano, un BMW con cuatro años que

estaba prácticamente nuevo. Pero tenía que hacer la operación de forma que no le pudieran investigar, porque con su mierda de sueldo difícilmente hubiera podido comprarlo. Si pudiera pagar los 15.000€ que pide el dueño, un empresario que se ha quedado tieso, al contado, luego podría pedir un pequeño préstamo, que, junto con algún dinero que tiene disponible en el banco, justificarían completamente la operación ante cualquier inspección.

—No te preocupes, Peter; si quieres, me esperas aquí y yo mismo te preparo la denuncia. Vamos a decir simplemente que ha desaparecido la chica, y que habéis echado en falta dinero y un reloj, o algo parecido.

Paco cogió la fotocopia del pasaporte y, después de recolocar las gafas con el dedo índice, leyó el nombre con un acento británico que, la verdad, no le pegaba nada.

—Katherine Archrein, muy guapita la chica. Vale, subiré a Comisaría.

No habían pasado ni diez minutos cuando Paco volvió.

—He comprobado personalmente la base de datos de extranjeros, y creo que el pasaporte que me has dado es falso.

—¿Cómo? Pero, ¿quién demonios son esta gente?

—Me imagino que te interesa mucho averiguar quién esta chica ¿no?

—Sí, sí.

Peter no quiso dar demasiado énfasis a su afirmación antes de calcular cuánto le iba a costar la broma; estaba claro que el amigo Paco no iba hacer nada gratis. Mientras éste se levantaba de la silla, hizo una seña con la cabeza a Peter y le dijo:

—Pues entonces, vámonos para arriba y mientras tú terminas con la denuncia de la morita, yo me voy a acercar a la científica, que desde que el SAID instaló el nuevo programa sólo tarda unos cuantos segundos en cotejar las huellas dactilares con la base de datos de delincuentes.

—Pero ¿y si esta chica no es una delincuente?

—Como el pasaporte es falso, se pueden dar dos posibilidades: o bien es una delincuente, con lo que aparecerá en la base de datos general del SAID, o no lo es, en cuyo caso voy a dar por hecho que la chica es extranjera, y si está legalmente en el país, estará dada de alta en el registro de extranjeros: todos ellos tienen que poner sus huellas dactilares, que quedan archivadas en la base de datos correspondiente, a la que tenemos acceso, a través de una subrutina implementada siguiendo las directrices del Servicio Automático de Identificación dactilar.

—¡Joder con Paco! Macho, ¿sabes que me estás impresionando? Estupendo; vamos para arriba, entonces.

Paco pareció dudar, pero enseguida concluyó:

—Peter, al no ser una investigación oficial lo relativo a esta chica, voy a tener que pedirle un favor al informático de turno, tú ya me entiendes. Espero que no ponga pegas; si lo hiciera, tendríamos que oficializar la investigación.

—Si es posible, preferimos llevarlo discretamente. Si no quedara más remedio, cambiaríamos el planteamiento y, ya sabes: si hay que darle algo, se le da.

32. Mudanza de seguridad

Sábado 19 de julio a las 20:30

Después de meter en una cartera acolchada su disco duro, Alejandro preparó rápidamente una bolsa de viaje con lo justo: un par de camisas, otros vaqueros, ropa interior, un par zapatos de deporte de repuesto, y la bolsa de aseo. Mientras Nájla y Assallah fueron hacia el coche, Alejandro llamó a la puerta de su vecina, a la que se le iluminó el rostro cuando lo vio:

—¡Hombre!, el señor abogado de visita. Esta sí que es buena.

—Marta, mira: Me voy de viaje un par de días y te quería pedir un favor. Si viene alguien a verme mientras estoy fuera, ¿te importa llamarme y decírmelo? Me puedes mandar un whatsapp... Tienes mi móvil, ¿no?

—Por supuesto, y lo haré con mucho gusto o, mejor dicho, lo haré a cambio de que me prometas que, a la vuelta de tu viaje me vas a invitar de una vez a esa cena que tenemos pendiente.

Alejandro se puso la mano en el corazón para dar énfasis a su promesa; entonces, tuvo un impulso y, acercándose, dio un tímido beso en la mejilla a Marta. Aprovechando el desconcierto de ésta, salió a toda prisa.

Ya instalado en el piso de Nájla, sonó el móvil: era Bicho.

—Oye, Alex, tengo algo importante que decirte.

—¿Has descubierto algo nuevo?

—¿Que si he descubierto algo nuevo? Oye, chaval: yo no sé quiénes son estos tipos, pero creo que estamos detrás de algo muy, muy gordo.

—OK, dame tu dirección.

—Frente al Parque de la Paloma en Benalmádena, Edificio Playasol, portal II planta baja. Dame un toque cuando estés llegando.

El informático no recibió con demasiada amabilidad a Paco y, cuando éste empezó a andarse con rodeos, presintió que le iba a pedir algo, por lo que presionó la tecla de grabación del editor de audio que siempre solía tener a punto. El micrófono abierto haría el resto.

El software de búsqueda enseguida pudo establecer los puntos de

comparación de la huella del pasaporte, emparejando crestas y valles, que permitirían a la aplicación escanear la base de datos de los extranjeros residentes en España a gran velocidad.

A los cinco minutos la pantalla de búsqueda le devolvió el mensaje: Positive match.

—Ahí tienes lo que buscabas.

Paco vio en la foto digitalizada una chica con largo pelo castaño oscuro, muy guapa.

—¿Te importa imprimirlo?

—Por supuesto, Paco, sin problema.

A Paco no le hacía ninguna gracia lo solícito que estaba el informático. Estaba claro que algo tenía en mente el cabrón; seguro que le iba a pedir algo. Ese era el problema de estas cosas, que al final siempre acababas debiendo favores a la gente...

—Oye, Nacho: ya sabes que te debo una, tío.

Cinco minutos después, de nuevo con Peter, sentados ambos en la mesa de la cafetería, Paco le pasó la hoja doblada que le había dado Nacho.

—Ahí tienes a la del pasaporte; con otro aspecto, pero si te fijas, está claro que es la misma.

Peter desdobló lentamente el papel, con un gesto de preocupación, como si no se creyera del todo la situación. Al abrirlo completamente, Nájla le miró desde una foto que parecía de baja resolución, como si hubiera sido escaneada e impresa. Colocó las dos hojas de papel encima de la mesa, la obtenida por Paco y la fotocopia, que él mismo había hecho, del pasaporte de Katie; y una vez que hubo colocado el servilletero sujetando la parte superior de ambas, mientras con su propia mano sujetaba la parte de abajo, se quedó en silencio observando las dos fotos. Al fin Paco, habiendo respetado durante un minuto el silencio de Peter, le sacó de su reflexión.

—¿Sabes quién es?

—Nájla Sanspino. Estoy seguro de que si me cruzara con esta Nájla Sanspino no reconocería en ella a la Katie que trabajaba, bueno, que trabajó un solo día, con nosotros.

Y mientras daba unos golpecitos con el revés de la mano sobre la foto de Nájla, añadió:

—Y sé perfectamente quién es.

33. Safebox

—Bueno, ¿cómo vamos a dormir esta noche?—preguntó Najla, mientras miraba a Alejandro con una sonrisa en los ojos.

—Si queréis —dijo Assallah—, yo me quedo en el sofá y vosotros podéis dormir en la habitación.

—De eso nada, Assallah; nosotras dormimos juntas. Estoy segura que Alex ronca y no me dejaría dormir — dijo Nájla con dificultad, por el ataque de risa que le había dado—. Deberías verte la cara, es todo un poema.

Alex se recuperó de su alelamiento transitorio y salió del paso como pudo.

A la mañana siguiente, a las 9 ya habían salido del apartamento. Alejandro, después de dejar a las chicas en el centro de Fuengirola, cogió la autovía para recorrer los diez kilómetros escasos hasta la Avenida Federico García Lorca, en Benalmádena Costa, donde vivía Bicho. Le dio un toque al móvil y se quedó esperando en el portón de la urbanización, que tenía varios bloques. A los pocos segundos se oyó el vozarrón de Bicho, simultáneamente al clic de apertura del portón:

—Guaperas, venga, para dentro.

Con pantalón corto, camiseta de tirantes y chancletas, Bicho podía pasar perfectamente por un vikingo de los que vienen en verano. Después de darle un abrazo en la entrada, fueron andando por los jardines de las zonas comunes, muy cuidados, con dos piscinas en el centro y una pista de paddle en una de las esquinas, al lado de la cual había una pequeña valla, que daba a un jardincito.

—¿Qué te parece mi jardín? Está guay, ¿eh? Venga, pasa a mis dominios.

Entraron desde el jardín directamente a un salón que era bastante grande, pero muy acogedor. Señalando a una mesa que ocupaba casi toda la pared del fondo del salón, con tres pantallas panorámicas y un laberinto de cables claveteados por debajo, Bicho le dijo:

—Bueno, chaval, anda, siéntate, que tenemos que hablar. ¿Qué quieres: té o café?

—Bicho, tío, cuéntame de una vez, que me tienes cavilando.

—OK. Ponte cómodo. Esta historia arranca el mismo año en que tú dejaste la facultad de informática, por el problemilla aquel que tuviste. No sé si

llegaste a conocer a Rashid, el indio.

—Pues no llegué a conocerle personalmente, pero si oí de él que era un crack.

—Un crack, no: ese tipo se comunicaba con los ordenadores como si fuera uno de ellos. Cuando hablaba, parecía que lo hacía en líneas de código. Escribía mucho mejor en HTML que en español.

—Vale, vale, ya he cogido la onda: el tío era un *freaky*, pero tú tampoco eras manco.

—No, no, yo me manejaba bien, pero lo mío era aprendizaje con un cierto grado de intuición. El caso es que Rashid y yo empezamos a pasar cada vez más tiempo juntos: hacíamos proyectillos para la calle, e incluso creamos una base de datos para el profesor de álgebra, que luego nos enteramos que el muy cabrón comercializó, sacando una pasta sin decirnos absolutamente nada al respecto.

—¿Adónde vamos con todo esto, Bicho?

—Ten un poco de paciencia. Cuando terminamos en la facultad, nos metieron en el parque tecnológico, en la incubadora de empresas, y nos subvencionaron servidor y buenos equipos. Nada más empezar, nos encargaron un proyecto grande: una página de apuestas de ámbito mundial. Contratamos varios programadores, y en menos de cinco meses estaba el proyecto terminado. Nos pagaron bien, y vimos que teníamos futuro. Empezamos a pensar en otro proyecto más ambicioso. Nos hacía falta un inversor que estuviera dispuesto a poner algo de dinero para contratar programadores. Rashid consiguió el dinero, a cambio de algunas acciones de la empresa. Empezamos entonces a diseñar un proyecto de seguridad que teníamos clarísimo que sería la bomba, y el tiempo nos dio la razón. Piensa que estábamos en el año 2003.

—¿De qué iba el proyecto?

—*Safebox*. Se trataba de seguridad en el éter: una caja fuerte en la red, para que cualquier empresa que necesitara tener guardada cualquier cosa con total seguridad y discreción: documentos, archivos de imágenes, vídeo, etcétera, pudiera contratar con nosotros un espacio completamente seguro dentro de nuestro servidor. La base de nuestro proyecto era el almacenamiento, pero dotado de toda clase de medidas de seguridad. Desde la primera comunicación entre el usuario y nosotros como proveedores de seguridad en la nube, siempre utilizábamos canales totalmente encriptados, y

una vez construido el entorno seguro, solamente el cliente podía acceder al mismo; ni siquiera nosotros teníamos acceso.

—Vale, vale. ¡Macho, parece que me estás vendiendo el producto!

—Mi trabajo dentro del proyecto era precisamente dotar de seguridad tanto a las comunicaciones con el usuario, como a las transacciones o depósitos por parte de éste en su caja de seguridad virtual. Creé un algoritmo que permitía que, en cada conexión, los parámetros de encriptación cambiaran de forma completamente aleatoria y válida tan sólo para esa operación. Así, resultaba prácticamente imposible que alguien pudiera acceder a la caja de seguridad de un usuario que hubiera contratado con nosotros el sistema de protección absoluta.

—Bien; hasta aquí, te sigo en todo lo que me has explicado; pero no entiendo muy bien a qué viene toda esta explicación. ¿Qué tiene que ver todo esto con el asunto que te encargué?

—Déjame que termine con la historia del proyecto que tenía con Rashid. Todavía no sé cómo, aunque lo sospecho, pero alguien dentro del circuito de software europeo se enteró de nuestro proyecto y, por lo visto, debieron hacer a Rashid una oferta sustanciosa de compra de los derechos sobre el proyecto completo. Él no me dijo nada del tema.

—O sea, que tu amigo Rashid.

—Yo estaba muy puesto en informática pero no sabía cómo funcionan las sociedades. Rashid me dijo que necesitábamos hacer una ampliación de capital en la sociedad, y que había conseguido otro inversor que iba a meter en la sociedad un millón de euros. Nosotros no teníamos el mismo dinero, con lo cual no podíamos ir a la ampliación de capital en las mismas condiciones que el inversor, así que éste acabó quedándose con cerca del 75% de las acciones de la sociedad, repartiéndose el resto entre cuatro personas; a mí me quedó un 8%. Y en esta situación, Rashid me habló de una empresa interesada en comprar los derechos sobre nuestro proyecto, que ofrecía 3 millones de euros por el mismo. Acordamos vender nuestro proyecto a la empresa. Con lo que me quedé sin trabajo y sin proyecto, pero con algo de dinero para poder seguir, que me dio para pagar el alquiler de este piso durante un par de años y sobrevivir trabajando como *freelance*.

— Es decir que entre Rashid y el inversor, te la jugaron bien y se quedaron con la pasta.

—Después averigüé que el inversor era el propio Rashid: había pedido el

dinero prestado, a efectos de ampliación de capital, pero lo había sacado a las dos semanas.

—Bueno, ¿y no te has planteado iniciar un procedimiento contra él?

—No, porque me llevé algo que para mí es mucho más importante.

—Ya me dirás qué fue. Muy importante sería para que te olvidaras de un millón y medio de euros.

—Para mí lo fue y lo sigue siendo, Sofía y yo nos enamoramos, y ella decidió venirse conmigo.

—¿Sofía? ¿Y qué pintaba en toda esta historia?

—Sofía era la novia de Rashid.

34. Una chorrada

Sábado 19 de julio a las 21:30

—Sé quién es la chica —dijo Peter a Robert y a Marc, sentados todos a la mesa de juntas del despacho.

Se quedó en silencio unos segundos, hasta que Marc intervino:

—Bueno, ¿y nos lo vas a decir, o...?

—La chica se llama realmente Nájla Sanspino.

—¡Hostiá! —dijo Roberto con sorpresa que no pudo ocultar -, ¿la novia del chico que se mató en la obra? ¿La de la entrevista del otro día? Déjame ver la foto.

Peter se la pasó y Roberto se quedó observándola con una mirada que parecía expresar una mezcla de respeto y cabreo. Marc, que les miraba alternativamente, dijo, mientras movía la mano de un lado a otro:

—Hola, estoy aquí, ¿Alguien me va a contar algo?

Peter le explicó todo lo que había pasado con Nájla. Marc, negando con la cabeza contestó:

—Lo que me interesaba saber ya lo sabemos: os están intentando joder por vuestros chanchullos, que, para ser sincero, cuñado, y te lo digo con todo cariño, os lo tenéis bien ganado. Yo me voy mañana temprano para Madrid, a ver si consigo pasar el fin de semana con la familia. ¿Dónde está aquí el baño?

Peter le señaló la recepción:

—A la izquierda de la recepción; sigue el pasillo.

Marc siguió el pasillo hacia la recepción, como había previsto que le diría Peter. En realidad, él sabía perfectamente dónde estaba el baño. Enseguida encontró lo que buscaba: el cuadro eléctrico del despacho, donde, en un momento, localizó el interruptor que decía: «alarma». Abrió la pestaña y, sacando el fusible, se lo metió en el bolsillo. Cerró el cuadro y, tras comprobar que la alarma junto a la entrada no tenía batería, entró rápidamente en el baño, dejando la puerta abierta, y empujó el pulsador del WC para que se oyera la descarga desde fuera.

A la mañana siguiente, mientras se tomaba un café en el AVE con dirección a Madrid, Marc consultó la agenda de su iphone y llamó a Dominic, un *freelance* con el que trabajaba a menudo, discreto y eficiente. No podía

permitirse utilizar a ningún miembro de su división, donde tenía que seguir manteniendo el perfil más bajo posible: no deseaba llamar la atención, bajo ningún concepto, con asuntos que pudieran relacionarle con actividades fuera de sus funciones habituales en la división. Solo las 2 personas que habían provocado el incidente, Roberto y Peter, aparte de Marc y el que actuó en su día de enlace con el ministerio del Interior, sabían en lo que los políticos habían transigido ante el chantaje al que les sometieron.

—Amigo mío, hace tiempo que no hablamos.

Una voz bastante joven, pero algo triste, contestó:

—Pues sí. Ya tenía ganas de saber de ti.

—Me hace falta que me hagas un favor. Tengo un par de amigos que... A ver si nos vemos en el café de siempre. Por cierto, ¿has cambiado de correo?

—Sí. El nuevo va a ser: hvahva@gmail.com.

—Ok.

Nada más colgar, Marc se dirigió a la cafetería, donde estaba seguro que habría conexión inalámbrica a internet. Efectivamente, era zona wifi. Mientras le servían otro café, que no le apetecía pero que consideró necesario pedir para evitar llamar la atención, tecleó en su portátil la dirección de la página del correo gratuito de Google, y en cinco minutos creó una cuenta de correo, que iba a utilizarse para un solo envío y su confirmación. Una vez activada redactó el siguiente mensaje:

Para: hvahva@gmail.com

De: Mjose54678@gmail.com

Asunto: Encargo

Estimado amigo:

Solicito tu información, como siempre.

Servicio completo, semana, renovable, tarifa habitual. Espero confirmación

D&D + CPTOPH 1233 Planta más cercana.

Saludos

El único dato comprometedor, independientemente de que era imposible que nadie pudiera relacionarle con ese correo, era la mención con iniciales a los datos, dinero y criptófono que dejaría en Chamartín, en la taquilla de consigna 1233, como siempre hacía con Dominic. Tras releerlo, conforme con lo escueto del contenido, Marc hizo click en enviar. Eliminaría la cuenta de correo en cuanto recibiera la confirmación de su recepción.

Marc entró desde el navegador de su portátil, y a través de la utilidad de *Teamviewer*, en su ordenador personal de Madrid, por control remoto. Copió a un pen conectado al portátil los expedientes de Roberto y Peter, dejando en los mismos tan sólo aquellos datos que consideró necesarios para que Dominic hiciera su trabajo, sin perder el tiempo en averiguaciones.

Redactó en el procesador unas instrucciones precisas para Dominic sobre la mejor ruta de entrada: ventana más oriental. Le explicó que la alarma no tenía fusible ni batería, y guardó el archivo también en el pendrive.

Al llenarse la cafetería, prefirió volver a su asiento, ya que no había casi nadie en la clase preferente, donde siempre viajaba. Tras limpiar con cuidado el pendrive, más por deformación profesional que por necesidad, ya que lo acababa de sacar de su retractilado de plástico, lo metió en un sobre marrón, junto con doce billetes de quinientos euros que sacó del maletín del portátil. Siempre llevaba allí dinero suficiente para hacer frente a situaciones como esta.

Dos horas después, antes de salir de la estación para ir a su casa, Marc pasó por consigna y metió el sobre en el armario número 1233. Cerró la taquilla y buscó la planta más cercana, en la que escondió discretamente la llave, entre las hojas y las cortezas de pino usadas para evitar la evaporación y mantener la planta húmeda.

El fin de semana lo pasaría con la familia.

35. Smith

Sábado 19 de julio a las 22:30

El clip más conocido de la Norma de María Callas sonó en el móvil de Roberto, que lo dejó fluir por el altavoz del coche durante casi cuatro tonos, como si quisiera escuchar la música. Ya venían de vuelta, tras dejar en la estación de Renfe en Málaga a Marc, para su regreso a Madrid. Peter, que era bastante más nervioso que Roberto, le dijo:

—Macho, ¿no lo vas a coger, o qué?

Con cierta desgana, la misma que parecía haberles hecho estar en silencio desde que dejaran a Marc en el andén diez minutos antes, Roberto miró la identidad del que llamaba; pero no debía estar en su agenda, ya que no aparecía ningún nombre. Presionó la ruedecita en el volante del coche que conectaba el bluetooth para contestar:

—Dígame.

—Roberto, soy Smith.

Mientras hacía una seña a Peter con la mano, Roberto dijo:

—¡Hombre, Smith! Me había olvidado por completo de ti. Bueno, ¿qué tienes?

—Sí, tengo la facultad de entrar enseguida en el olvido de la gente que me contrata, al menos hasta que les hago falta otra vez. Tengo un dossier completo de Elena Paredes.

—Ah sí, la periodista; vale, pero la que me interesa ahora mismo es la otra chica. ¿Qué has conseguido de ella?

—Nájla Sanspino es el nombre que aparece en su pasaporte, pero desde que se casó también utilizaba el apellido de su marido: Nájla Romero, aunque no se cambió el apellido. No he podido conseguir mucha información sobre ella. Ha cambiado de móvil y a todos los que estaban relacionados con ella: amigas, gimnasio.... les ha dicho que se marchaba a Inglaterra una temporada, con su padre. Es como si hubiera querido asegurarse de que todo su entorno estuviera perfectamente informado de su partida. Ha vendido la casa que tenía con su marido, y tiene el dinero en su cuenta en el banco. El seguro de vida que tenía su marido pagó la hipoteca en su totalidad, con lo cual se ha colocado en una posición de cierta solvencia. Pero, desde su última visita al

banco, le he perdido completamente la pista. No tiene ninguna clase de antecedentes, ni multas de tráfico.

—¿Tienes alguna idea de dónde podría estar?

—Pues la verdad es que no. Es como si se la hubiera tragado la tierra. O es verdad que se ha marchado a Inglaterra con su padre, o está escondiéndose por alguna razón.

—Te puedo asegurar que no está en Inglaterra.

—¿Dónde quieres que te deje el informe de Elena Paredes?

—De momento, no me hace falta; ahora sólo me interesa localizar a la Nájla ésta. Si la encuentras, te pago el doble de tu tarifa semanal. Te envío la información por correo.

—No; déjamela en un sobre, con el dinero, en el bar La Plaza. Allí me conocen.

Los dos socios permanecieron en silencio casi un par de minutos. Cuando entraban a Marbella, Roberto dijo:

—Estoy más cansado que un perro; me voy a ir a dormir, Peter. Oye, ¿por qué no cogemos mañana el Delfín y nos vamos los dos solos, y hablamos un poco sobre la situación? No sé bien por qué, pero creo que esto se nos está yendo de las manos. A lo mejor, sería preferible quitarnos de en medio. ¿Nos vemos en el atraque a las 10?

—Ok. Yo voy a subir un momento a la asesoría. Creo que no he conectado la alarma.

36. Rashid

Domingo 20 de julio a las 09:30

—O sea, que le quitaste la novia a Rashid.

Bicho no pudo por menos de esbozar una mínima sonrisa.

—Pues sí, y te aseguro que no me arrepiento en absoluto de no haberle reclamado nada. Incluso Sofía me ha dicho, en muchas ocasiones, que demande a Rashid por el dinero que también era mío, pero ahora soy feliz y no tengo demasiado interés en eso; es más, me da miedo perder lo que tengo. Vivo con una chica a la que quiero; la casa donde vivimos está bien, pero es alquilada para poder movernos a donde queramos; y trabajo completamente *freelance*, haciendo lo que me gusta. ¿Qué más puedo pedir?

A pesar de que conocía a Bicho de hacía tantos años, nunca hasta aquel día se había sincerado conmigo tanto, en lo que a su vida personal se refería.

—Alex, vamos a seguir con lo nuestro. Resumiendo la historia: salí de la empresa, pero la estructura de generación aleatoria de claves fue mi creación y, lógicamente, no la iba a construir sin dejar una puerta trasera, por si me hacía falta alguna vez.

Por un momento Alejandro se le quedó mirando como perdido.

—Bicho, me gusta tu historia y me solidarizo plenamente contigo, pero todo esto...

—Ten paciencia. Estos individuos, los responsables de la muerte del marido de Nájla, esos Peter y Roberto, por pura casualidad, abrieron una cuenta en Safebox, justo antes de que yo me marchara y rompiera con Rashid, y, por lo que se ve, depositaron ahí un número considerable de documentos sonoros y archivos de vídeo. Lo sé porque yo mismo estuve controlando el canal de comunicación mientras se hacía la subida. Lógicamente, en aquel momento no sabía quién era el cliente. Pero la cuestión es que, cuando estuve programando la seguridad de nuestra aplicación, la preparé para que dejara un rastro: una línea de código que no podría ser interpretada por ningún antivirus como maliciosa, y que se quedaría para siempre en el PC o Mac, escondida y disfrazada en una maraña de archivos con extensión .dll, donde nadie, a no ser que lo supiera, entraría.

—¿Y entonces?

—Al analizar el ordenador de Peter encontré la línea de código, que precisamente contiene los parámetros del último acceso por parte del usuario.

Alejandro le interrumpió con una seña a dos manos:

—Entonces, ¿puedes acceder a la información que escondieron?

—Quizás sea la única persona en el mundo que pueda hacerlo.

—¿A qué esperas, coño? ¡Enséñamelo!

Estaba claro que Bicho ya había accedido a la caja de seguridad en la red de Peter y lo tenía todo preparado para la visita de Alejandro, ya que se volvió en el sillón giratorio y simplemente presionó ENTER en el equipo conectado a la pantalla grande.

—Ahí tienes el listado. Hay doce archivos de vídeo y unos cuarenta de audio. Anoche los copié lo más rápido que pude. Lo único es que creo que me han detectado. La verdad es que no he puesto todo el cuidado que debería; me confié demasiado.

—Si te han detectado, ¿crees que te habrán geolocalizado?

—Lo vamos a saber mañana, como muy tarde. Rashid no es tonto y sabe que el único que podía acceder a datos en *Safebox* soy yo, que diseñé el sistema. Así que puede que tenga que cambiar de aires urgentemente.

—Ya hablaremos de eso. ¿Has visto los vídeos?

—Sólo me ha dado tiempo a ver el primero. Dale al play para ver el segundo.

Exactamente en el mismo entorno que el vídeo anterior, empezó éste con la imagen de Arnaitz, Se oyó la voz de Peter de fondo, que dijo:

—Penal de Villanubla, 24 septiembre 2004, segunda grabación.

Unos segundos después, Arnaitz se decidió a hablar:

—Las cosas empezaron a cambiar con respecto a los planes originales que ETA tenía para mí. En principio, querían que heredase el cargo de Urribarri, que hasta entonces se encargaba de coordinar el aparato informático de la organización en España. Pero, como siempre suele pasar, los imponderables mandan, y como en el año 2000 detuvieron a Einstein.

—¿Quién era ese Einstein? —interrumpió la voz de Roberto.

—Era el apodo de Santillán, el que se encargaba de la electrónica de todas las bombas. Como la infraestructura de la banda se había quedado casi desprovista de expertos en explosivos, y yo ya tenía un cierto bagaje adquirido en mis primeros años, que la cúpula conocía, a finales del 2002 me dijeron que me iban a mandar a Francia, a vivir bajo la tutela de Luis Iruna, conocido

como Suni, que en aquel momento era al máximo exponente en fabricación de bombas de ETA.

—¿Y tu familia? — preguntó Peter.

—Con mi madre no había problema: siempre me había mostrado todo su apoyo, y siempre estuvo a favor de las tesis de ETA. Amaia, mi mujer, sin embargo, había cambiado mucho desde que nació la niña. Ya no era tan guerrillera como cuando nos conocimos; me imagino que el instinto maternal dejaba a la causa en segundo plano, y me insistía constantemente en que no me marchara, ya que según ella, y no le faltaba razón, podría serle de más utilidad a ETA en mi situación actual. Hay que tener en cuenta que entonces yo era un auténtico miembro legal de ETA: no tenía ningún antecedente, tenía un trabajo y una vida normal. Mi mujer tenía mucha razón en que el hecho de marchar a Francia automáticamente me ponía en el punto de mira de la policía, y aunque siguiera siendo miembro legal, si no tenía muchísimo cuidado acabaría convirtiéndome en un liberado más de ETA, lo cual iba a ser muy difícilmente conciliable con la vida familiar. Era dejar atrás mujer, familia, amigos.

—Bueno y ¿qué hiciste? —volvió a hablar Roberto.

—Desde que entré en la banda, yo tenía una idea un tanto idealizada de lo que sería la acción. Pensaba que todo iba a ser inmediato, rápido, dinámico; que me iba a emocionar en la lucha por la libertad del pueblo vasco; que la secreción de adrenalina iba a ser para mí casi diaria, y luego, la realidad fue bastante distinta. Los mandos me decían que no querían que me quemara, que como yo había otros 20 o 30, que ETA tenía todo el interés de que pasáramos totalmente desapercibidos para la *txakurrada*(1), ya había otros quemados que era preferible que siguieran dando la cara. Total, que, al final, me decidí a irme a Francia. Aunque Amaia no se quería quedar en casa de mi madre con la niña, después de mucho discutir la convencí para que lo hiciera, porque ella era una gran fotógrafa; cada vez le estaban dando más trabajos revistas de todo tipo, y sabiendo que la niña estaba con mi madre, siempre iba a tener más libertad para ampliar su campo sin separarse del todo de ella. Al menos en parte me iba tranquilo, sabiendo que no tendría que preocuparme por cuestiones económicas. Lo que ETA me iba a dar vendría prácticamente justo para ir tirando; Amaia ya ganaba más de lo que me darían.

—¿Cruzaste la frontera en coche?

—No, no, yo fui en avión. No entré por el sur, como hacen casi todos, sino que fui directamente a París. En principio iba a haber ido a Bretaña, por el

apoyo que los nacionalistas de aquella región ofrecían a los vascos, pero me dijeron desde la cúpula que no; que yo no era un huído, que bajara en varios trenes hasta la zona de Toulouse a un pequeño pueblo cercano a la capital de la región.

Allí me esperaba un matrimonio francés que tenía una granja de flores, a la que me fui a vivir. Allí estaban Suni y Tomás.

—Oye: tu hija, ¿es la de la foto? —preguntó Roberto, señalando a una foto que estaba sobre la única estantería que había encima de la cama. Al mismo tiempo, Peter, que estaba grabando, giró la cámara en dirección al estante. Era una foto de formato clásico 13x18, en la que se veía una niña de unos cinco o seis años, con el pelo castaño claro recogido en dos coletitas a los lados, con la cabeza echada para atrás, y la boca abierta en una gran carcajada; de sus bonitos ojos azules estaban a punto de brotar lágrimas, por el ataque de risa que tenía. Esas lágrimas que, casi con seguridad, habrían brotado en más de una ocasión de los ojos de su padre, en prisión, al verla.

—Sí. Está a punto de cumplir ocho años, pero entonces sólo tenía cinco.

—Entonces te fuiste para Francia; y ¿qué hiciste en la granja de flores?

—Entre Suni y Tomás Valor, que también era ingeniero electrónico como Einstein, me enseñaron todo lo que necesitaba saber, e incluso un poco más. Ellos fueron los pioneros en los sistemas de activación de bombas a distancia usando un teléfono móvil.

—¿Qué opinas de todo esto? —preguntó Alejandro.

—Me parece que estamos ante una movida mucho más grande de lo que os habríais podido imaginar cuando empezasteis a buscarle las cosquillas a esta gente.

37. Flybridge

Domingo 20 de julio a las 04:00

Vestida con ropa de deporte gris, una figura juvenil consiguió fácilmente escalar por encima de la marquesina y colocarse frente a la ventana más al este de una primera planta en la zona de oficinas de la Avenida Ricardo Soriano, en Marbella. La elección del atuendo obedecía, principalmente, a los escasos segundos que iba a estar expuesto bajo la considerable iluminación de la zona, a cargo de unas lámparas solares que durante el día captaban la energía del sol para convertirla en luz que les duraba prácticamente hasta el amanecer. Los rayos de luz blanca, al caer en los paramentos del edificio, casi todos más oscuros, se reflejaban como una luz con un tono gris claro, con la que el atuendo del joven se mimetizaba totalmente.

La ventana de aluminio, de cierre sencillo, enseguida cedió a la presión de la palanqueta de pico de pato, dejando el resquicio suficiente para meter la mano y abrir, permitiéndole el paso al interior, tras lo cual cerró de nuevo la ventana.

Una vez dentro del despacho ni siquiera le hizo falta encender la linterna, ya que la luz exterior lo iluminaba a través de los opacos estores que protegían las ventanas, y se veía claramente por encima del nivel de penumbra; así podía moverse con completa fluidez. Tal y como le había dicho su cliente, los despachos estaban paralelos a la fachada, pero al fondo. Entró en el primero y, tras desmontar la canaleta de embellecimiento del cableado que iba a la mesa, cortó de uno de los cables que iban al aparato telefónico unos 8 cms e inmediatamente colocó el transmisor, sin batería, ya que se alimentaba de la propia línea. Por el minúsculo aparato pasarían todas las conversaciones telefónicas, que podría escuchar con su receptor en un radio de 1500 metros. Una vez hecho lo mismo en el otro despacho, Dominic disimuló dos micrófonos de captación de audio, que eran casi planos, dentro de las cajas de clips de cada mesa, y en menos de diez minutos salió como había entrado, casi seguro de no haber sido visto.

Domingo 20 de julio a las 11:00

Acababan de desayunar, cuando Nájla cogió el teléfono móvil y marcó la tecla programada para llamada automática a Alejandro, que inmediatamente contestó

—Buenos días, Nájla. Estoy en casa de Bicho, en Benalmádena. Ha descubierto un montón de cosas interesantes; tenemos una buena historia que contaros. ¿Nos vemos en un par de horas?

—Ok; luego nos vemos.

Unos quince minutos después de haber zarpado de Banús, la estela de olas que iba levantando el Delfin empezó a hacerse cada vez más pequeña, hasta que ambos, mar y barco, parecieron quedarse quietos. Sólo se notaba el ligero vaivén del casco y el ruido de las olas, ya casi sin fuerza, al golpearlo, cuando Peter pulsó el botón de la XYZ, el ancla de tija corta y fuerte, capricho del primer dueño, que era igual a las usadas por la marina americana para sus lanchas costeras, y que aseguraba la inmovilización incluso en condiciones muy adversas de un barco que fuera incluso más del doble del Delfin. Tras comprobar que todo estaba en orden, Peter subió al *flybridge*, donde Roberto le esperaba zumo en mano, medio tumbado en el impecable sofá blanco, completamente estirado, con las piernas colocadas en la mesa central. Obitu, el senegalés que les mantenía el barco en perfectas condiciones por 300 euros al mes, se ganaba su dinero.

Roberto se incorporó y fue el primero en hablar:

—Creo que ya sé de qué me suena esa cara.

—¿De qué hablas?

—Pregúntale a Pascual cómo se llamaba el bufete de la abogada que nos puso la querrela, en el caso del chico que murió.

Pascual les dijo que el bufete era Iglesias & Asociados. Peter sacó la tablet, buscó la página del despacho y entró en la sección de colaboradores, que ofrecía los perfiles de cada uno de los integrantes del bufete. Allí, efectivamente, encontró lo que andaba buscando, y se lo enseñó a Roberto.

—Se llama Alejandro Novelty, y tiene 30 años. Es pasante; no lleva ni un año trabajando en el bufete. No aparece ningún dato personal más. Ni teléfono, ni dirección.

—Entra en Facebook, a ver qué encontramos —sugirió Roberto.

Inmediatamente les miró una sonriente foto de Alejandro. Peter entró en el

perfil personal.

—En su perfil da poca información. Dice que vive en Fuengirola, en la calle del Hambre; no sé si será una ocurrencia.

—Llama a Smith y dale la información. Que localice la dirección exacta del abogaducho, y a ver si puede localizar a la chica a través del banco; tiene que haber dejado una dirección.

38. Key logger

Domingo 20 de julio a las 12:00

—Oye, ¿conseguiste lo que te pedí? — preguntó Alejandro a Bicho.

—Sí; hemos tenido mucha suerte. El equipo tenía un *keylogger*, que le había entrado como troyano en una conexión reciente; por alguna razón, tenía el antivirus desconectado. Ya he encontrado el archivo de texto en el que se almacenan las pulsaciones, y la verdad es que hay bastante material para analizar. Todavía no me ha dado tiempo a hacer la transcripción para darles sentido. Mañana te diré si podemos hacer lo que estás planeando o no.

—Ya sabes las implicaciones. Si lo conseguimos, nos metemos de lleno en la movida. —Miró su reloj y añadió—: He quedado con las chicas a la una, para hablar de todo un poco. Podemos ir viendo otro vídeo de los de Arnaitz; ya me está enganando.

Bicho clicó en el archivo Arnaitz3.mpg4.

De nuevo el objetivo de la cámara mantuvo el plano medio de Arnaitz, que parecía sacado de una película de serie B, bajo una luz más mortecina que la última vez. Peter hizo la entrada habitual y Arnaitz siguió por donde lo había dejado.

—Para acelerar un poco la historia, os puedo decir que pasó algo que iba a cambiar completamente mi visión de ETA a los tres meses de estar en Francia. Dentro de la banda había dos facciones, y aunque realmente había una tercera, las dos más potentes eran las que estaban enfrentadas.

—Una de ellas, viendo cómo se estaban desarrollando los acontecimientos y que la *txakurrada* cada vez nos cazaba con mayor facilidad, quería apostar por buscar una solución política: ir consiguiendo parcelas de independencia poco a poco, hasta llegar al total autogobierno de Euskadi, y dejar las armas al menos temporalmente, para pactar una amnistía con el Estado español.

Urruti, que lideraba este movimiento dentro de la banda, quería que de los cientos de miembros que estábamos en Francia, la inmensa mayoría, sobre todo los no buscados, volviéramos al país vasco para ir introduciéndonos en los puntos sociales de impulso y crear, a medio plazo, una plataforma que nos permitiera tener un partido político fuerte, desde el que abordar la independencia. Decía que la juventud que había nacido en democracia no

entendía la lucha armada, que ésta sólo era secundada por las viejas guardias. Yo estaba cada vez más convencido de que podríamos movilizar más fácilmente al pueblo vasco de forma política. Estaba bastante más a favor de Urruti que de Pollorena, que parecía estar completamente obsesionado con matar españoles a toda costa.

—Ese era el argumentario de la otra facción: que sólo se podría conseguir una patria vasca independiente de España con sangre. La rama militarista de ETA veía el planteamiento de los que buscaban una amnistía como una simple rendición. Como decía Pollorena, los militantes se quedarían completamente decepcionados si no se consiguiera la independencia de Euskadi por las armas, para demostrar a los españoles que el pueblo vasco estaba dispuesto a morir por su libertad.

—Al final, por lo que llevamos visto, triunfó la tesis militarista — dijo Roberto.

—Sí; ese fue el problema. Urruti y Amaleza, la chica que siempre estaba con él, tuvieron un accidente de coche al día siguiente, y murieron los dos.

—Está claro que el Pollo ese no se andaba con chiquitas —dijo Roberto con media sonrisa.

—El mensaje era claro: o estábamos con ellos o contra ellos, y ya habíamos visto lo que le pasaba a los que estaban en contra. Al día siguiente, comuniqué a mi superior de escalafón que quería volver a España. A principios del 2003 puede estrechar entre mis brazos a Amaia, y a Aintzane, que acababa de cumplir ocho años.

—Pero, ¿dejaste de colaborar con la banda?

—No, eso no es tan fácil. En el momento que hubieran tenido sospechas de que quería abandonar la lucha armada, probablemente habría corrido la misma suerte que Urruti en Francia. Me limité a reinstaurar mi estatus de miembro legal de la banda y, hacia mediados del año 2003, me encargaron que preparase unos cuantos paquetes. Organizamos unas pequeñas vacaciones como tapadera, y con mis dos mujeres me fui a Asturias a pasar unos días. Nos quedamos en un hostel que estaba muy cerca del parque inglés en Gijón. Por las mañanas íbamos a la playa y pasábamos todo el día allí. Fueron unos días maravillosos. Al cuarto día, dejé mi mujer y a mi hija en la playa y me fui a Gijón. Cogí la mochila con mis cosas y me encontré en un bar de la parte vieja de Gijón con Josemi, un chaval que me llevó a una casita en el extrarradio, donde no había nadie. En el sótano tenía preparados 20 kilos de dinamita

goma 2 ECO.

39. El Sirio

Domingo 20 de julio a las 12:30

Nájla tuvo que esperar tres tonos de llamada hasta que Alejandro le contestó:

—Sigo en casa de Bicho; estamos viendo las grabaciones de Arnaitz. Vamos a seguir viendo la siguiente porque el contenido nos tiene completamente enganchados. Cuando termine voy para allá y os cuento. Esto tiene todo el aspecto de ser mucho más grande de lo que nos podíamos esperar.

—Pero, ¿qué es lo que pasa?

—Luego te cuento.

Nada más colgar, Alejandro dijo a Bicho:

—Pon el siguiente vídeo, a ver si nos enteramos de cómo termina esto.

Nada más presionar el play, Peter le preguntaba a Arnaitz:

—Entonces, ¿preparaste allí mismo las bombas?

—Con el material que me suministró Josemi preparé los paquetes en menos de dos horas. Nos volvimos a Gijón; los paquetes se quedaron en una casa del extrarradio. Josemi se iba a encargar de que llegaran a su destino.

—¿Y cuál fue su destino? —preguntó la voz de Roberto.

—A finales de julio se hizo explotar uno los paquetes en un juzgado de Estella, en Navarra, y a principios de agosto el otro paquete en un concesionario de coches de Lejona. En ninguna de las explosiones hubo víctimas mortales.

—En noviembre de ese mismo año tuve una discusión muy fuerte con Arropaisolo, que actuaba en España como enlace con Francia. Se marchó, dejando caer una amenaza clara si no me avenía a las órdenes. Estaba extremadamente nervioso, y desconfiaba de todo el mundo. Es verdad que cada vez que nos veíamos dos compañeros, siempre estábamos alerta, y si veíamos a una misma persona que nos pareciera sospechosa en dos sitios distintos, inmediatamente saltaban nuestras alarmas y desaparecíamos.

—Vale, vale, entendemos la soledad del terrorista — le interrumpió Roberto, a quien Peter echó una mirada recriminatoria. Arnaitz antes de seguir también miró a Roberto, que se encogió de hombros.

—Durante el resto del año, parecía que me hubieran dejado en vía muerta: nadie se puso en contacto conmigo; ni siquiera me llamaron para preparar ningún paquete, y sé que a finales del 2003 colocaron varios y, de hecho, mataron a un guardia civil.

—¿Qué pasó, habías perdido la confianza de ETA?

—Ahora, a posteriori, puedo decir que sí, pero me pusieron a prueba. A principios del año 2004 me hicieron llegar un mensaje: había un tipo que estaba buscando a alguien que le preparase unos petardos en condiciones. Tenía que ponerme en contacto con él, como si fuera cosa mía, y hablarle, a ver qué decía. Si me pedía algo, me organizaría con él y se lo haría, pero tenía que pedirle 100.000 €, que ya los cobrarían ellos. Le llamaban El Sirio. Josemi sabía cómo localizarle.

Al terminar el clip de vídeo, Bicho y yo nos quedamos mirándonos durante unos segundos. Enseguida Bicho empezó a asentir ligeramente con la cabeza, al tiempo que decía:

—¿Piensas lo mismo que yo?

—Sí, está claro que por algo así muchos periodistas matarían. Creo que las chicas deberían ver los vídeos, y luego seguimos viendo los que faltan. ¿Pedimos algo de comida, o tomamos algo en algún bareto de la zona?

—Sin problema: pedimos unas pizzas, y yo tengo litros de cerveza y cocaola.

Menos de una hora después, las chicas habían visto los primeros vídeos, y Assallah prefirió bajar a la playa. Decía que tenía mucho que pensar.

40. Luis Bedrib

Domingo 20 de julio a las 11:00

Peter puso las piernas encima de la mesa y cruzó las manos por detrás de la cabeza, cerrando los ojos para poder tomar el sol. Unos minutos después, justo cuando Roberto estaba subiendo otra vez a bordo tras darse un chapuzón, sonó el tono de mensaje del teléfono de Peter; éste, un tanto adormilado por los reflejos del sol en el agua, que le daban en la cara, colocó la mano como visera mientras intentaba ver la pantalla del móvil. El reflejo prácticamente se lo impedía, y tuvo que volverse de manera que la pantalla quedara en la sombra.

El mensaje era un tanto escueto.

«Por favor póngase en contacto con *Safebox*. Es importante»

—¿Qué pasa? —le preguntó Roberto.

—Nada: es un mensaje publicitario.

Después de ver los clips de vídeo de Arnaitz, comieron, los cuatro, unas pizzas. Hacia las tres, después de recoger, se colocaron todos delante de la pantalla grande de televisión, a la que Bicho había conectado el disco multimedia en el que había copiado todos los archivos de vídeo de Arnaitz.

Segundos después, la ya familiar imagen de Arnaitz apareció, aunque ahora, en la pantalla grande, estaba ligeramente pixelada. Se oyó la voz de Roberto:

—Entonces, ¿llegaste a reunirte con el Sirio ese?

Unos segundos después de encender un cigarrillo, Arnaitz contestó:

—Sí, nos vimos en Gijón en la zona de vinos, en uno de los bares más populares, que estaba a reventar de gente. Cuando llegué y miré a mi alrededor, todas las mesas estaban llenas, menos una medio escondida en el fondo: allí había sentado un hombre de unos cuarenta y tantos años, delgado, con camisa de cuadros y vaqueros, poco pelo, pero muy negro para su edad, lo que hacía pensar en que estaba teñido. Quizás fue mi forma poco discreta de buscar con la mirada lo que hizo que se diera cuenta que venía buscando a

alguien, o simplemente que había visto una foto mía, pero el caso es que me hizo una seña, levantando las cejas.

—Una vez sentados el uno frente al otro, me miró fijamente con unos ojos oscuros y penetrantes cómo si quisiera leer mis pensamientos y me dijo:

—Me han hablado bien de ti y me han dicho que podrías hacer un trabajo.

—Cuéntame de qué se trata y te contesto.

—Ta, ta, ta. No es nada que no hayas hecho ya; está dentro de tu línea de trabajo.

—Si no me dices para quién es el trabajo, no me interesa.

—Baste decirte por el momento que es un grupo con ideales similares a los tuyos. Te haré llegar la información.

Un poco mosqueado, mientras me levantaba le dije:

—Vale. Cuando quieras, me localizas, y me lo pensaré.

—No hay problema, tengo tu número. Cuando te llame, enseguida pondré a tu disposición los fondos iniciales que necesitarás para comprar material. Eso es cosa tuya.

—Sin más conversación me levanté y salí del bar, dejando al Sirio observándome mientras salía. ¿Quién demonios era aquel memo, que se creía que ya trabajaba para él? Seguí andando para no comprometer a mi mujer, que estaba en la acera de enfrente.

—Yo no tenía claras las intenciones de la cúpula: no sabía si tenían algo que ver con este tipo o no, si me la querían jugar. En mi situación, no podía confiar en nadie, porque si me daban dos tiros en un callejón, después ya no podría preguntar por qué. Por eso, para intentar cubrirme las espaldas, le había pedido a Amaia que se viniera conmigo para hacer alguna foto e intentar averiguar quién era el Sirio. Desde una terraza que estaba casi enfrente le tiró un par de fotos, según salía del local donde habíamos tenido la reunión, y empezó a seguirle a una distancia prudencial de unos cien metros. Casi le pierde cuando se metió por una perpendicular, pero al llegar a la entrada de la misma, Amaia se dio cuenta de que al fondo había un parking, y desde la esquina, armada de paciencia y cámara con teleobjetivo montado en mano, esperó. Efectivamente, unos minutos después apareció un BMW negro, al que consiguió hacer un par de fotos cuando empezó a circular por la calle. Consiguió la matrícula y unos minutos después se reunió conmigo.

—Antes de salir de Gijón, nos metimos en un cibercafé. Allí entré en la página de la DGT, conecté un pendrive en el que estaba la firma digital de una

gestoría y, con la matrícula del coche, que aparecía claramente en la foto, pude imprimir un informe completo y saber que estaba matriculado en Madrid, a nombre de un tal Mosser Al Jariff, que vivía en Bravo Murillo, 23. En vez de volver a Euskadi, decidimos ir a Madrid a ver que averiguábamos del Sirio.

Roberto se quedó tumbado en el *flybridge* entre sol y sombra, un tanto adormilado, intentando olvidarse por unos momentos de los niños que les querían complicar la vida. Sin saber muy bien por qué, empezó a acordarse de todo lo que habían tenido que hacer para poder sacar a Arnaitz de la cárcel.

Durante varias semanas, Arnaitz les estuvo haciendo a Peter y a él una relación completa de lo que había sido su vida como terrorista en la banda ETA durante los últimos años, y cuál había sido su intervención en una de las mayores operaciones de terrorismo de la historia de Europa. Consiguieron grabarlo todo en vídeo en el penal de Villanubla, pagando para ello una pequeña fortuna a un funcionario, que les dejaba cuando podía una cámara de vídeo durante un par de horas. Ante la magnitud casi inimaginable de lo que Arnaitz les explicó, Roberto, que enseguida veía la vis económica de cualquier asunto, convenció a Peter de que debían intentar sacar partido de aquella información. Sin embargo, los dos sabían perfectamente que, para poder negociar, no ya con alguna posibilidad de éxito, sino con la total y absoluta certeza de que conseguirían lo que pidieran, no bastaba con la información que aparecía en los vídeos; era necesario además que Arnaitz estuviera fuera de la cárcel, en un lugar totalmente seguro, con una nueva identidad, desde la que poder amenazar con su ratificación personal de todo lo dicho en las cintas. Así, los chantajeados sabrían perfectamente que estaban en manos de Peter y Roberto.

El problema que se les planteaba a los dos socios era cómo sacar a Arnaitz de la cárcel. Roberto pidió tener una cita con su abogado, que en aquel tiempo era un penalista de Valladolid con más de 65 años, de los cuales casi 30 eran de bagaje jurídico en el ámbito penal, del que ya había muy poco que se le escapara. Tenía a gala reírse de su propio nombre: Severiano.

Al cabo de unos días, el abogado ratificó a Roberto lo que les había contado Arnaitz sobre su situación: el auto de prisión preventiva bajo cuyo título estaba ingresado en el penal de Villanubla tenía una validez máxima de

dos años, para los que faltaban escasamente cuatro meses.

Durante los dos meses siguientes, que eran precisamente los que les faltaban a Peter y a Roberto para salir de prisión, planearon junto con Arnaitz todos los pasos que iban a dar desde que salieran del penal.

Antes de salir de la cárcel, los dos juraron a Arnaitz, su socio en el golpe que habían planeado, que le iban a sacar de allí y que le conseguirían el dinero suficiente para empezar una nueva vida al lado de su mujer y de su hija.

Severiano, el abogado de Roberto, consiguió averiguar, a través de la abogada de Arnaitz, que el oficial encargado del caso en el Juzgado Central que instruía el procedimiento contra Arnaitz se llamaba Luis Bedrib. La abogada, a la que Severiano convenció de que iban a intentar ayudar a su cliente, le consiguió foto del tal Bedrib, sacada subrepticamente en una de sus muchas visitas al juzgado.

A los dos días de salir de la cárcel, los dos socios, foto en mano, empezaron su labor de vigilancia sobre Luis Bedrib. En la foto se veía un individuo de unos 45 años, de complexión fuerte, con poco pelo y una sonrisa franca. Una vez localizado a la salida del juzgado, los dos socios le siguieron en metro hasta su casa, un feo bloque de apartamentos en una barriada de clase baja, en el que después comprobarían que tenía un apartamento de un dormitorio alquilado. Casi dos horas después de haber vuelto al apartamento, hacia las cinco y media Luis salió a la calle.

Los dos socios se habían repartido el trabajo: como habían comprobado que Luis no tenía coche, Roberto iba a seguirle a pie a donde fuera, mientras Peter se encargaría de intentar entrar al apartamento, y hacer una radiografía completa de la vida del funcionario de justicia.

Luis con su bolsa de deportes, seguido por Roberto a una distancia prudencial, anduvo unos quince minutos hasta que llegó a los bajos de un edificio en los que había un gimnasio bastante grande, que se anunciaba con el rimbombante lema «Esculpe tu cuerpo». Luis se metió dentro. Unos diez minutos después Roberto entró, y se dirigió a un recepcionista que exhibía bíceps en camiseta de tirantes

—Estoy viviendo por aquí y tengo que ponerme en forma —saludó, dándose una palmadita en el estómago.

—Echa un vistazo a las máquinas y luego te comento precios —le contestó, sin hacerle mucho caso, el cachitas.

Al final, Mr. Músculos se dignó acompañarle, enseñándole las dos plantas

del gimnasio. En la sala principal, Roberto pudo ver que Luis había empezado una serie de pectorales. En la barra había un par de pesas de 15 Kgs y estaba calentando con repeticiones muy rápidas, lo cual daba a entender que era asiduo del gimnasio y estaba ya en un nivel medio avanzado.

Una vez cumplidos los requisitos para inscribirse, Roberto se quedó casi media hora en la cafetería del gimnasio, estudiando el entrenamiento de Luis.

Mientras esperaba aparentemente interesado en el entreno de la gente, notó la vibración del móvil. Era un mensaje de Peter:

“No puedo abrir la puerta. Tiene cerradura de seguridad.”

Roberto esbozó una ligera sonrisa y le mandó otro mensaje inmediatamente:

“No te preocupes; en un par de días tendremos las llaves.”

Al salir del gimnasio y de camino de vuelta a su casa, Luis entró en un pequeño supermercado y fue directo a la charcutería. Allí compró algo de embutido que, junto con una barrita de pan y una botella de vino, pagó en la caja antes de salir de nuevo a la calle. Dos minutos después, entraba al portal de su casa.

Al día siguiente, los socios siguieron investigando la vida de Luis. No era demasiado interesante: por las mañanas era el primero que llegaba al Juzgado Central de Instrucción nº 4, y hacia las 15:15 solía ser el último que lo abandonaba, sin prisas. A la tarde siguiente le vieron cómo salía especialmente arreglado de su casa y tomaba un autobús hacia el centro; esta vez le tocó a Peter montar en el autobús para poder seguirle de cerca. Fue a un bloque de apartamentos de semilujo en el centro de Madrid, al que subió, bajando unos minutos después con dos niñas, llevándolas a cada una de una mano. Estuvieron dando primero un paseo por el Retiro, y después entraron al cine. Al cabo de unas dos horas volvió a llevar a las niñas al apartamento donde vivían con su madre, y unos minutos más tarde, con cierto aire de tristeza, volvió a coger el mismo autobús en sentido contrario hacia su casa.

Al día siguiente, cuando Luis salía de su apartamento con la bolsa de deportes, Peter dio el aviso a Roberto, que estaba al lado del gimnasio, para que se preparara. Cuando éste vio aparecer a Luis a unos cien metros, entró rápidamente en el vestuario del gimnasio y empezó a cambiarse lentamente. Luis entró y saludó secamente:

—¿Qué hay?

Como traía la ropa de deporte puesta, lo único que hizo Luis fue abrir una

taquilla y, tras meter en ella su bolsa, cerrar. Inmediatamente subió a la sala de pesas, seguido por Roberto, que, mientras calentaba en el sitio, observó cómo Luis comenzaba la rutina de ese día. Por lo visto, le tocaban dorsales.

Roberto volvió rápidamente al vestuario y, con un juego de llaves típicas de candado, abrió en menos de quince segundos el de la taquilla de Luis. Rebuscó entre su ropa, y enseguida encontró un juego de llaves; rápidamente cerró de nuevo la taquilla, sin que nadie le molestara. Se asomó a la calle desde la puerta del gimnasio, y Peter, que estaba esperando, se acercó y recogió las llaves:

—Puede que tengas más tiempo, pero, para estar seguros de que no nos pille, intenta hacerlo todo en menos de una hora.

Peter, sin contestar, salió disparado hacia el apartamento de Luis.

Roberto volvió a entrar en la sala de máquinas y empezó una rutina de ejercicios en el banco justo al lado del que Luis estaba utilizando, intentando aparentar un cierto desconocimiento de máquinas y rutinas. Dejó que fuera Luis el que le dirigiera la palabra:

—Ya te vi el otro día por aquí preguntando. Así que, al final, te has decidido, ¿no?

—Pues sí. Estamos entrando en una edad en la que la fuerza de la gravedad exige su tributo, y, o tonificamos los músculos, o acabarán pareciendo piltrafillas.

Luis soltó una carcajada ante el comentario de Roberto. Habían roto el hielo. Roberto sólo tuvo que empezar a manifestarse amigable mientras hacía dorsales, lumbares, y luego empezaron con piernas intentando seguir el ritmo de Luis, pero siempre con menos peso para que no sospechara demasiado, aunque su experiencia era evidente, y Luis se dio cuenta enseguida.

—Roberto, tú has hecho gimnasia antes. Se te ve suelto con las pesas.

—Sí, sí, la verdad es que en otros tiempos hice pesas y, como tú sabes, esto no se olvida. Estoy seguro de que en un par de meses me pongo en forma. Además siempre he jugado mucho al tenis, y suelo correr un par de días a la semana.

Exactamente una hora después, Roberto vio cómo el móvil se iluminó ligeramente mientras vibraba. Tenía un mensaje escueto de Peter: *“Estoy aquí.”*

Roberto, después de una serie de repeticiones casi hasta el fallo muscular, fue andando hacia la salida del gimnasio, mientras respiraba y aparentaba

hacer algunos ejercicios de recuperación. Se asomó a la puerta como para coger una bocanada de aire fresco, y Peter le puso el llavero en la mano. Entró de nuevo al vestuario, comprobando que la suerte le acompañaba y no había nadie. En menos de dos minutos, había dejado las llaves en la taquilla de Luis, y subió rápidamente para terminar con sus series.

Tras una sesión de una hora y media, Roberto, antes de meterse en las duchas

—Si quieres, ahora cuando terminemos, te invito a un batido de proteínas, para que recuperemos fuerzas. Aunque a ti no que te haga falta, yo estoy molido.

Cuando estuvieron los dos acodados en la barra de la pequeña cafetería del gimnasio, Roberto le comentó a Luis, como al descuido:

—Llevo solo cuatro o cinco días en este barrio, y la verdad es que las tardes se me estaban haciendo demasiado largas. Ahora, con el gimnasio, por lo menos...

—Y ¿cómo es que te has venido este barrio a vivir? —le preguntó Luis.

Roberto dudó un par de segundos antes de empezar a hablar, pero continuó:

—Pues yo vivía en Valladolid con mi mujer y mis dos hijos, pero las cosas se torcieron, y ahora mismo estamos en proceso de separación.

Una chispa asomó a los ojos de Luis cuando oyó a Roberto y le contestó:

—Claro. Y te has venido para Madrid porque no tenías muchas ganas de estar viendo a gente conocida y contestando preguntas, ¿no?

—Pues sí, chico: allí nos conocemos absolutamente todos, y no tenía ganas de estar todos los días dando explicaciones. Yo soy visitador médico y como ahora que ya hemos firmado el convenio regulador solamente voy a poder ver a los niños una vez cada 15 días, decidí venirme a vivir a Madrid. ¡Y aquí estoy! Pero, venga; no hablemos de cosas tristes; brindemos, aunque sea con proteínas, que ya tendremos tiempo de brindar con algo mejor.

Cuando Roberto llegó al coche, Peter le estaba esperando. En unos minutos le contó lo que había encontrado en el apartamento de Luis Bedrib, rebuscando entre su documentación: se había separado recientemente, hacía menos de un año, y tenía dos hijas. Tenía un buen sueldo entre base y trienios, cerca de 2500 € al mes, pero tenía que pasar una pensión de alimentos a sus hijas y otra compensatoria para su ex mujer; en total, 1300 €, con lo cual le quedaban 1200 euros escasos para vivir. Pagaba 425 € por el alquiler del

piso, así que llevaba una vida miserable, en la que el único placer que podía permitirse era ir al gimnasio.

Roberto necesitó unos días para ganarse la confianza de Luis Bedrib, quien ya en la segunda salida que hicieron juntos empezó a contarle sus problemas personales, pero todavía no comentó nada sobre su trabajo. Le explicó a Roberto todo lo que éste ya sabía acerca de su separación, y cómo, aunque tenía un buen sueldo, apenas le llegaba para vivir decentemente. Roberto vio la oportunidad y le preguntó:

—¿En qué es en lo que trabajas, Luis?

—Trabajo en la administración de justicia.

Aunque tenía muchas ganas de continuar la conversación, Roberto lo dejó ahí, para que no fuera tan evidente su interés en el trabajo de Luis.

Un par de días después, mientras tomaban unas tapas en una cafetería cercana al gimnasio, después de una sesión de entrenamiento, Roberto se quedó con el tenedor en la mano durante unos segundos y girando la cabeza hacia donde estaba Luis, le dijo:

—Me dijiste que estabas trabajando la administración de justicia. ¿Puedo hacerte una consulta?

—Claro, tío; dispara.

Roberto puso cara de circunstancias, que pretendían denotar una cierta aflicción, y empezó a sondear a Luis.

—Verás, mi hermana se fue a vivir al País Vasco hace unos años y se casó allí con un chico que se llama Arnaitz. Es ingeniero informático, y aunque en su juventud anduvo con la *kale borroka*, desde que se casó se dedica sólo su trabajo y su familia. Por lo visto, desde el entorno *abertzale* le pidieron que colaborara con ellos en algo, a lo que se negó. Un par de semanas después, cuando tomó su coche para ir al trabajo, se paró en un control rutinario de la guardia civil, le hicieron abrir el maletero del coche, y uno de los perros que utilizan para detectar explosivos se volvió como loco. Encontraron 10 kilos de dinamita eco en su coche.

Luis se quedó en silencio durante unos instantes, hasta que decidió decir algo:

—Pues sí que tiene una buena papeleta tu cuñado. Qué está: ¿en preventiva?

—Sí, está en el penal de Villanubla, a la espera de juicio. Precisamente mañana tengo una reunión con un abogado penalista, que me han dicho que es

especialista en derecho penitenciario, para ver si hay alguna posibilidad de hacer algo para sacarlo de prisión. Yo le conozco bien y te aseguro que es inocente. Simplemente le han hecho una jugada por haberse negado a colaborar.

Luis se le quedó mirando durante unos segundos, como sopesando la información que acaba de recibir, pero no dudó demasiado.

—Dame su nombre, y el lunes cuando nos veamos el gimnasio te cuento algo.

Al lunes siguiente, cuando salían del gimnasio, fueron a tomar unas cervezas, y Luis explicó a Roberto la situación exacta de Arnaitz.

—El número 4 tiene menos de dos meses para terminar la instrucción y que se dicte el auto de juicio oral.

—Y ¿cómo anda el nº 4 de acumulación de trabajo?

—Pues mira, yo tengo ahora mismo más de cincuenta casos abiertos.

Roberto decidió entrar a matar directamente:

—Mira, Luis: me cuesta decirte esto, pero le he prometido a mi madre que iba a ayudar a mi hermana, y tengo que hacerlo. A mi cuñado le van las cosas bastante bien en el plano económico, porque ha creado con otros dos socios un portal de venta de artesanía en Internet, y le funciona. La última vez que hablé con mi hermana, me dijo que estarían dispuestos a pagar una cantidad de dinero importante a quien les ayudara para conseguir que pusieran en libertad a Arnaitz.

—Si, como tú dices, no ha hecho nada, eso se va a ver en el juicio. No debería tener miedo de continuar en prisión.

—Con la gente de ETA no se juega. Ya le han hecho saber que, si dice algo en perjuicio de sus compañeros, van a ir a por él.

Luis con la mirada seria, preguntó:

—Roberto, ¿me estás proponiendo algo en concreto?

—Sí, te estoy proponiendo que me ayudes para que una persona inocente salga de la cárcel. Y te garantizo que esta persona va a ser muy generosa con quien le ayude. Mi cuñada me ha autorizado a ofrecer a quien le ayude 50.000 €.

Luis, se quedó pensando durante cerca de un minuto; pero enseguida, casi sin querer, le vino a la cabeza el apartamento que había visto, mucho más cerca del centro de Madrid y de sus hijas, que podría alquilar con opción a compra, y para el que era necesario pagar una prima de opción de 10.000 €.

Lo único que tendría que hacer sería diseñar algún sistema de financiación por el que se hiciera creíble que hubiera recibido ese dinero. Su situación económica era demasiado transparente como para que le aparecieran de repente 50.000 €, pero si no, pues simplemente podía comprar una caja fuerte, y guardar el dinero en efectivo, que le permitiría vivir un poco más holgadamente...

—Y ¿cómo podría yo ayudarte?, o mejor dicho ¿cómo podría ayudar yo a tu cuñado?

—Podría ser simplemente un error de clasificación del expediente, ... podía traspapelarse.

Con aire ligeramente ofendido, Luis replicó.

—¿Cómo dices?, en nuestro Juzgado no se pierde un expediente.

—Vale, vale, pero teniendo en cuenta el ritmo de trabajo que tenéis, si el expediente de mi cuñado bajase unos cuantos peldaños en la prioridad de su resolución, o si se extraviase durante un tiempo, lo más probable es que transcurrieran los dos meses que como máximo le quedan a la administración para mantenerlo en prisión preventiva, y casi seguro que lo podríamos sacar de allí.

Exactamente dos meses y medio después de esta conversación, el juez del Juzgado Central de instrucción nº 4, atendiendo una petición elevada por Arnaitz a través de su abogado, convocó a las partes a una vista para decidir sobre la continuación o el cese de la prisión preventiva. A pesar de la oposición del fiscal —poco motivada jurídicamente, en realidad-, el Juez decretó, en el mismo acto de la vista, la libertad provisional de Arnaitz en espera de juicio. Fue fundamental el vencimiento del plazo, invocado hasta la saciedad por el abogado de Arnaitz, que demostró lo inevitable de su puesta en libertad, atendido su arraigo especial en el país vasco y haciendo especial énfasis en la presunción de inocencia que le amparaba, ya que su único delito era ser el dueño del coche en el que se encontraron los explosivos, sin que se hubiera cometido ningún delito con los mismos. Independientemente de poder o no probar que él no había metido los explosivos en el coche (cosa que, como su abogado repetía con insistencia, podía convertirse en una probatio diabolica), si Arnaitz llegara a resultar condenado, ya habría cumplido dos años de privación de libertad de una pena máxima prevista de cuatro. Abundando en lo anterior, el fiscal no pudo rebatir que había caducado el derecho de la administración de justicia a prorrogar el plazo de prisión

preventiva, lo cual por sí solo ya impedía claramente su estancia en prisión.

Un mes después, es decir, justo después de la segunda firma quincenal en el juzgado, obligatoria según los términos del auto que había decretado su libertad —el tiempo que Roberto y Peter tardaron en prepararle documentación falsa a toda su familia—, Arnaitz tomó un vuelo a Brasil, desde donde tendría que ir por tierra hasta su destino final, un pequeño país de América Central.

Amaia y Aitzane consiguieron salir por Francia, e hicieron el viaje por etapas hasta Méjico, donde se tendrían que quedar un mes aproximadamente hasta comprobar que nadie las había seguido. Desde allí, las dos bajarían por tierra hasta el pequeño país donde las esperaba Arnaitz.

La desaparición de Arnaitz era esencial para los planes que los tres “socios” habían hecho en Villanubla: la única persona que podía ratificar lo que se había contado en los vídeos grabados tenía que desaparecer con la suficiente antelación para que ellos pudieran plantear la operación a Marc, el cuñado de Roberto. Él haría llegar la propuesta a la persona adecuada en el Gobierno. Al estar Arnaitz ilocalizable, ya no podría quitarlo de en medio, como probablemente sería su deseo.

A la semana siguiente se le declaró por la Justicia española en rebeldía, y fue puesto en busca y captura, librándose los oficios correspondientes para su localización fuera de España.

Arnaitz, haciendo gala de los conocimientos informáticos adquiridos en su época de formación en ETA, preparó un sistema de comunicación con Peter a través de internet de una forma totalmente segura, encriptada y con claves de acceso generadas aleatoriamente por un código, que tanto Arnaitz como Peter memorizaban para cada comunicación.

Roberto sintió que alguien le sacudió, agarrándole el brazo:

—Al final sólo duermo yo, ¡y ahora dirás que estabas despierto!

Roberto abrió los ojos, y tuvo que ponerse la mano de visera para protegerlos del sol de la tarde, mientras Peter, con una media sonrisa, le tendía un botellín de agua.

—Venga, hombre, que tenemos que volver a tierra.

Roberto tardó unos segundos en incorporarse y colocarse las gafas de sol, diciendo a Peter:

—No sé si lo he soñado o estaba despierto imaginándomelo, pero he revivido todos los detalles de cómo conseguimos liberar a Arnaitz y mandarlo

a Sudamérica.

—¿Sabes que a veces le envidio? Ha conseguido una nueva identidad, seguro que vive un sitio paradisiaco, con suficiente dinero en el banco, y además es prácticamente imposible que le descubran.

—Nosotros podemos irnos a un sitio parecido cuando quieras... y la verdad es que ya va siendo hora de que nos quitemos de tantos problemas, y vivamos tranquilos.

41. En libertad

Domingo 20 de julio a las 12:40

—Buenas tardes; documentación, por favor.

Assallah salió de su ensimismamiento con una aceleración repentina del ritmo cardíaco. Había andado sin darse cuenta unos cuatro kilómetros, casi hasta el centro del Paseo marítimo de Fuengirola, completamente concentrada en sus pensamientos, que no se alejaban de Abd el Krim, ajena a cuanto le rodeaba. Los dos policías nacionales eran jóvenes y parecían amables, pero ella no tenía ninguna documentación encima: se la había dejado en el piso de Nájla.

—Pues la verdad es que no la traigo encima, he salido a pasear y... como ven —dijo sonrojándose ligeramente mientras se colocaba el pareo-, voy en bikini...

—Pues, sintiéndolo mucho, va a tener que acompañarnos a la comisaría para identificarse.

—Esperen; llamo a una amiga para que busque mi documentación y me la traiga.

—Bien; puede traerla a comisaría.

Quince minutos después entraban en la Comisaría de Policía nacional Alejandro y Nájla, tras haber recogido ropa y documentación de Assallah.

El oficial de guardia les dijo:

—Su amiga está detenida para ser interrogada por un presunto delito.

—¿Delito? Pero ¿de qué está usted hablando? —se extrañó Alejandro.

—Lo siento, pero no puedo decirle nada más.

—Ya lo creo que me va a decir: soy abogado, y voy a asistir a Assallah en su declaración. Ah; y pásele, por favor, esta ropa. No pretenderán tenerla en bikini toda la tarde, ¿no?

El policía le miró con cierta indiferencia, pero se sonrojó ligeramente y se limitó a decir:

—Bien; esperen ahí hasta que se les llame para entrar.

Bicho, en su fuero interno, se preguntaba cómo le iba a decir a Sofía que se iban a tener que marchar, ya que estaba completamente seguro que habían detectado su intrusión en *Safebox*. Para dejar de pensar en ello, pinchó el siguiente vídeo de Arnaitz, que empezó inmediatamente a hablar:

—Cuando llegamos a Madrid, enseguida localizamos la dirección en la que estaba domiciliado el coche del Sirio. Era un bloque de tamaño medio, pero bastante elegante. Tuvimos la suerte de que casi enfrente de la entrada del bloque, al otro lado de la calle, había un pequeño hostel. Estaba a la distancia ideal para lo que queríamos hacer. Tomamos una habitación desde la que se veía perfectamente la entrada del edificio y empezamos nuestra labor de vigilancia. Como el Sirio no conocía a Amaia, ella salió a la calle y esperó a que alguien entrara o saliera del edificio para poderse colar dentro y averiguar el piso en el que vivía. Amaia tardó menos de una hora en averiguar que vivía en la 3ª planta, e incluso pudo sacar un par de cartas que tenía en el buzón. Eran sólo recibos bancarios, pero contenían información interesante: el individuo tenía dos cuentas bancarias, una de ellas española, con poco saldo, que se veía que era la que usaba para pagar los gastos, y otra un depósito en Gibraltar con 475.000 €.

—Yo ya estaba acostumbrado a hacer labores de vigilancia, y sabía perfectamente lo tediosas que pueden llegar a ser. Salíamos de la habitación en contadas ocasiones, por turnos, para ir a comer a cafeterías o bares cercanos. Durante la noche, yo hice la primera guardia, desde las doce hasta las cinco de la mañana, y después desperté a Amaia para que me sustituyera y yo pudiera dormir un poco. Cuando llevaba poco rato dormido, hacia las 7:30, Amaia me despertó diciéndome:

—Se han encendido las luces del apartamento.

—Pues lo mejor será que bajemos al coche y estemos listos por si sale. Tráete el maletín con la cámara y los objetivos.

—Estuvimos esperando menos de diez minutos en el coche, y entonces el Sirio salió al volante del suyo, por el garaje del edificio. Dejamos una distancia de unos cien metros, y empezamos a seguirle. A esa hora, el tráfico ya estaba empezando a congestionarse, pero en diez minutos salimos por la M30 y casi inmediatamente entramos al acceso al campo de golf de El Montico. El camino de acceso es descendente, por lo que a medida que nos acercábamos se veía bien la entrada al Club, y como solamente había dos o tres coches aparcados allí, no nos quedó más remedio que quedarnos atrás, en

un recodo, a unos 300 metros, para evitar ser detectados. Amaia bajó del coche con la cámara, y se preparó para seguir al Sirio. Pocos minutos después, éste salió por una puerta lateral del Club, con una bolsa de palos de golf, dirigiéndose al primer hoyo. Durante más de un cuarto de hora estuvo jugando él solo, e hizo el primero hoyo en cinco golpes, dos sobre el par. Pero cuando se dirigía al segundo, un cochecito eléctrico se acercó a él y se paró a su lado. Él colocó su bolsa con los palos de golf en la parte de atrás del buggy, se montó junto al conductor y enfilaron hasta el siguiente hoyo, que estaba más alejado. Amaia tuvo que correr mientras ellos iban en el cochecito, para conseguir acercarse sin que la vieran a unos 150 metros del tercer hoyo, y quedarse escondida entre un grupo de arbolitos y arbustos, que estaban detrás de un búnker de arena. Colocó el objetivo 70/300, con el que podía ver claramente al Sirio y a su acompañante a esa distancia, y desde que se bajaron del cochecito presionó el disparador de su Canon: el motor empezó a disparar ráfagas de tres fotos cada cinco segundos. El conductor del buggy eléctrico era un hombre alto y delgado, que en conjunto resultaba un tanto gris.

Llevaba una camisa blanca de manga corta y un pantalón gris marengo. Tenía el pelo muy corto, más grisáceo que blanco, dando una idea de su edad, que rondaría los 45 años. Tenía una barba de dos o tres días, que parecía estar muy de moda últimamente. Charlaron durante unos cinco o seis minutos.

Antes de marcharse, el hombre gris entregó al Sirio un sobre de tamaño carta, color marrón, bastante abultado. El Sirio abrió el sobre, miró el contenido y, aunque no cambió su expresión, pareció estar satisfecho con el mismo, y se lo guardó en el bolsillo interior de su cazadora. El hombre del cochecito volvió a subirse a él, y se marchó por el mismo camino que había venido.

Amaia tuvo que volver corriendo los casi 500 mts que le separaban de donde estaba yo con el coche aparcado, para que intentáramos seguir la estela del hombre gris. Di la vuelta al coche, para así estar preparado y poder salir del campo de golf, y unos minutos después pasó por delante de nosotros, que nos habíamos agachado, un Audi A8 de color negro, al que empezamos a seguir a una distancia más que prudente, aun a riesgo de despistarnos. En dos o tres ocasiones estuvimos a punto de perderlo entre el tráfico, ya que sus bruscos cambios de carril no siempre nos pillaban en una situación que nos permitiera cambiar también a nosotros. Cuando creíamos que ya no lo veríamos más, lo atisbamos a unos 300 metros y conseguimos acercarnos de

nuevo. Casi veinte minutos después, y ya en el centro de Madrid, el hombre gris se metió en un aparcamiento que había en una perpendicular del Paseo de la Castellana. Como era público, y el individuo que seguíamos no nos conocía a ninguno de los dos, entramos detrás de él, unos minutos después, y mientras yo me entretenía aparcando, Amaia salió y siguió al hombre gris. Éste desanduvo la calle por la que habíamos entrado y se metió directamente en el Paseo de la Castellana. No tuvo que andar muchos metros para llegar a un edificio de principios de siglo, de ladrillo y piedra, con cuatro cinco plantas, rodeado por una verja con un seto verde, y que parecía de carácter oficial: de hecho, tenía un guardia civil apostado en cada una de sus entradas. Amaia no quiso hacer ninguna foto, porque se dio cuenta que había una serie de cámaras de seguridad motorizadas, que barrían constantemente los alrededores del edificio.

Era el Ministerio del Interior.

—Sí, dígame.

—Peter, soy Paco.

Tras unos segundos, Peter contestó:

—Ah; dime, Paco, dime.

—Mira, me acaban de llamar de la comisaria de Fuengirola. Han detenido a la morita que trabajaba con vosotros hace poco menos de dos horas. Le tomarán declaración, y no sé si la dejarán en libertad o se quedará.

—¿Puedes hacer algo para que la retengan, al menos hasta que lleguemos?

—Me temo que no. El compañero que está de guardia es un borde de mucho cuidado, que siempre está con el reglamento en la mano, y si no ve claros los indicios de algún tipo de delito la dejará en libertad, citándola para que comparezca en el juzgado.

—Vale, Paco, gracias; vamos a ir para allá.

Nada más colgar, Peter se metió en la cabina del Delfín y pulsó los botones de encendido electrónico del motor y de recogida del ancla. Dos minutos, después iban a la máxima velocidad hacia el puerto.

Quince minutos más tarde, Alejandro pasó al interior del pequeño despacho, donde un sudoroso oficial de guardia, con el traje beige de verano totalmente empapado desde las axilas a la cintura, le indicó un asiento al lado de Assallah, que, pálida, le sonrió.

—Señorita, ¿acepta usted a este señor como su abogado?

—Sí, claro.

Durante casi una hora sufrieron el agónico tecleo del atestado policial por parte del oficial, que como la inmensa mayoría de los policías, o al menos los que toman declaración, parecen tener a gala escribir con dos dedos, como si tuvieran miedo a mancharse los demás. Pasados los prolegómenos iniciales, y después de las preguntas obligatorias del Art. 520 de la Ley de enjuiciamiento criminal, el policía dijo que se había detenido a Assallah por un posible delito de robo de 3.000 euros de un cajón cerrado en el apartamento de Peter y Roberto.

Alejandro, muy profesional, entró al quite una vez Assallah se declaró totalmente inocente; pero el policía le paró, pidiéndole que le dejara hacer su trabajo. Assallah declaró que había estado trabajando para los dos socios, y que tras haber intentado Peter en un par de ocasiones propasarse con ella, llegó a sentirse en una situación de acoso permanente, y por ello decidió marcharse del piso, dejando una nota con una excusa. De forma espontánea, el policía dio a entender que no tenía tan claro lo del robo y que, en todo caso, podría tratarse de un hurto, si es que Assallah se había llevado algo. Así que decidió dejarla en libertad, con la obligación de presentarse al día siguiente en el juzgado, aceptando así Alejandro la responsabilidad de acompañarla a presencia del juez.

Cuando salieron, Assallah se abrazó a Nájla e hizo lo que no había querido hacer antes: romper a llorar, mientras, entre sollozos, decía:

—Yo sabía que algo así iba a pasar. Esos dos son muy hijos de puta... y les hemos hecho enfadar mucho.

—Vamos, vamos... ya pasó. Ahora vámonos todos a casa.

—Tranquila, voy a llamar a Bicho para contarle como ha ido todo

Veinte minutos después, el bonito Audi rojo de Roberto aparcó en la parada del autobús que estaba justo enfrente de la policía, y los dos socios salieron del coche rápidamente, para subir las escaleras de la comisaría.

42. Entendimiento

Lunes 21 de julio a las 10:15

A la mañana siguiente, después de terminar la comparecencia en el juzgado ante Su Señoría, que fue bastante corta, se dictó auto de archivo del procedimiento y Assallah quedó en libertad sin cargos. Hacia las diez y cuarto, los dos salieron del juzgado y se dirigieron a una cafetería, donde habían quedado con Nájla. Ésta iba a ir al banco, al que había dado aviso de que iba a sacar una cantidad importante de dinero en efectivo; posiblemente lo necesitaran en los próximos días.

En una mesa de la terraza de una cafetería, en la acera de enfrente al banco, estaba sentado un hombre de mediana edad y mediana estatura, medio calvo, que daba pequeños sorbos a un café cargado, mientras sus ojos de un azul intenso miraban de vez en cuando a la puerta del banco, por la que acababa de entrar su encargo. Sacó el móvil y pulsó una tecla preprogramada.

—Roberto: tengo enfrente de mí, dentro del banco, a la chica que estáis buscando. No sé el tiempo que se quedará allí. ¿Qué quieres que haga?

Su interlocutor pareció quedarse pensando durante unos segundos hasta que le contestó:

—Cuando me lo has dicho, por un momento pensé en acercarme directamente allí, pero quizá sea preferible que le entres tú primero, e intentes concertar una entrevista. Dile que estamos dispuestos a solucionar este asunto de una vez por todas; que si quiere acercarse, estamos en el despacho, que ya sabe la dirección.

—Así lo haré.

Nájla había encargado que le prepararan 15.000 euros en efectivo. A su llegada, el cajero le dijo que estaban listos, pero tendría que esperar unos quince minutos hasta que la caja de seguridad, de apertura retardada, se abriera. Que era un mecanismo de seguridad del banco, y que no se podía evitar. Nájla decidió entonces tomar algo para entretener la espera, ya que había una cafetería justo enfrente del banco.

—Bien; entonces, vuelvo en quince minutos. Por favor, ten el dinero preparado en un sobre.

Smith vio, no sin cierta sorpresa, cómo Nájla salía del banco y, muy decidida, cruzaba la calle como si fuera directamente hacia él. Cuando estaba ya muy cerca, de hecho enfrente de su mesa, y él se disponía a ponerse de pie, creyendo por alguna absurda razón que ella iba a hablarle, lo que hizo Nájla fue sentarse en la mesa que estaba a escasos dos metros de la suya. Cuando llegó el camarero, pidió un té. Smith esperó unos minutos y, cuando Nájla ya había terminado de beber su té, se dirigió a ella.

—Señorita, perdone que la moleste.

Nájla, miró al hombre de mediana edad, cuya brillante calva lanzaba destellos, que le sonreía, y se preguntó qué es lo que querría. Prefirió trasladarle la pregunta con la mirada, sin decirle nada; pero él continuó:

—Mire, señorita: hay dos personas que me han encargado que le diga que tienen mucho interés en hablar con usted, para intentar encontrar entre todos una solución a un problema que creo que tienen.

Nájla, siempre en silencio, se puso ligeramente pálida mientras el hombrecillo seguía hablando con un cierto aire de satisfacción:

—Le aseguro que están en muy buena disposición; y aunque desconozco el problema, estoy seguro de que podrán llegar a un entendimiento económico que sea satisfactorio para las dos partes.

Lo que antes había sido palidez se convirtió en sonrojo, al sentir Nájla una furia interna que le iba subiendo desde el estómago. Mientras con el rabillo del ojo veía cómo se acercaban Alejandro y Assallah por la acera, se levantó, dejó una moneda de dos euros en la mesa y, antes de marcharse, controlando la voz, dijo al hombrecillo lentamente:

—Le puede decir a quienes le han enviado que no tendrían dinero suficiente para compensarme por el daño que me han hecho, ni aunque siguieran robando toda su vida. Y que voy a hacer todo lo posible y lo imposible también, para que vayan a la cárcel, que es donde deben estar; y además, voy a dejarles sin un céntimo, que parece ser lo que más les duele.

Dejando a Smith de pie junto a su mesa, aparentemente con cara de circunstancias, pero en realidad sonriendo por dentro de pura admiración hacia la joven, Nájla se puso en cuatro zancadas al lado de Alejandro y Assallah, y se abrazó a ésta durante unos segundos, más por serenarse que por la alegría, que también sentía, de verla libre. Con gesto decidido, se echó el

corto flequillo hacia atrás y, mientras echaba a andar, dijo a sus compañeros:

—Vamos al banco, que ya tendrán el dinero preparado.

—¿Quién era ese tipo? —preguntó Alejandro, señalando con la cabeza a Smith

Nájla, todavía un poco nerviosa, mientras intentaba abrir la puerta del banco, sin conseguirlo hasta que Alejandro pulsó el timbre de seguridad y les abrió la cajera, les dijo:

—Era un mensajero de Roberto Chantemôn, que ha venido a proponerme una especie de arreglo económico, para que le dejemos en paz. ¡El muy cabrón! Pero, ¿cómo habrá sabido dónde iba a estar?

Mientras se producía ese intercambio tras los cristales del banco, Smith llamó a Roberto.

—Dime, Smith. Espero que tengas algo bueno, porque ayer se nos escapó por minutos la morita y esta mañana la han dejado en libertad. Mierda de justicia.

Normalmente Smith era aséptico en sus comentarios, pero al oír a Roberto no pudo reprimirse:

—Pues sí, por eso la representan con una venda en los ojos: para que no vea la mierda que hay alrededor.

Roberto tardó unos instantes en contestar:

—No te pases, Smith. ¿Qué ha dicho la chica?

—Pues me temo que no tengo muy buenas noticias. He conseguido hablar con ella, pero no va a parar hasta que os meta en la cárcel. Quiere que se haga justicia, y la verdad es que he visto una determinación tal en sus ojos que ...

—Vale, psicólogo. ¿Quién cojones se creen que son estos niñatos? Smith: ya te llamo cuando nos hagas falta. A partir de ahora, nosotros nos hacemos cargo.

43. Buenas noticias

Lunes 21 de julio a las 10:45

—¡Alejandro, chato! ¿Qué es de tu vida?

Ana Belén, la compañera más que jefa de despacho de Alejandro, parecía, con su pregunta dejada caer en el aire, estar reprochándole su ausencia del despacho en un lunes.

—Ana Belén, tenía ganas de hablar contigo.

—Ya, ya. Anda, no seas pelota. Mira: tengo buenas noticias para ti; bueno, mejor dicho, para tu amiga Assallah.

—¿Noticias para Assallah?, ¿Qué noticias?

—El dueño de la tienda al que atacó su novio, Abd el Krim se llamaba, ¿no?, está fuera de peligro. Solo tiene una ligera conmoción, y ha declarado en el hospital a la policía, que le ha visitado, que Abd el Krim no le atacó, sino que vino a pedirle explicaciones de por qué no pagaba a Assallah. Que lo que le pasó fue que se resbaló con algo en el suelo y se dio un golpe en la cabeza, pero que fue accidental y no por el ataque de Abd el Krim. Que, de hecho, no quiere presentar ninguna denuncia.

—¡Estupendo!, eso quiere decir que....

—Efectivamente: cuando la policía informe a su Señoría, lo normal es que ésta dicte un auto de libertad, probablemente sin cargos para Abd el Krim. Vamos a hablar con la Fiscalía, para ver si estaría dispuesta a un sobreseimiento, a la luz de las nuevas declaraciones del señor Boghos.

—Ana, voy a intentar ir a verte a última hora de la mañana: tengo algunas cosas que contarte. Por favor, tenme informado de cualquier novedad.

—Estás la mar de misterioso. Espero que no te hayas metido en ningún lío.

—Algo de eso hay, pero tiene solución. Hablamos.

Sentadas al otro lado de la mesa en la cafetería Nájla y Assallah no habían dejado de mirarle expectantes desde que pronunciara el nombre de esta última. Mirándola a su vez con una gran sonrisa, Alejandro dijo:

—Era Ana Belén, y son muy buenas noticias.

Les explicó lo que Ana le había contado, y antes de terminar ya caían las primeras lágrimas tímidas por las mejillas de Assallah, que sin embargo no dejó de esbozar una sonrisa. Esta vez fue ella la que se abrazó a Nájla. Ya más

tranquila, se dirigió, con ojos todavía brillantes, a Alejandro.

—Entonces, ¿Es posible que dejen en libertad a Abd el Krim pronto?

—Hay muchas posibilidades. Vamos a ser pacientes hasta ver qué dice la jueza. Ana Belén estaba a punto de entrar a hablar con ella y con el fiscal.

Cuando Nájla se levantó para ir al lavabo, Alejandro le dijo a Assallah en voz baja:

—Assallah, las llaves que te dije que cogieras en el apartamento.

Inmediatamente Assallah empezó a buscar en su bolso y sacó un llavero con tres llaves, que le pasó a Alejandro.

—Assallah, luego os cuento con detalle lo que vamos a hacer.

—Vale, vale.

Cuando Nájla volvió, Alejandro se levantó y con el pretexto de ir también al cuarto de baño, se metió en la cafetería y llamó por teléfono:

—Bicho, soy Alex. Pasa a buscarme en 10 minutos, que tenemos trabajo para casi toda la mañana. Te espero en la esquina del Paseo marítimo, la que da al puerto.

—Ok jefe.

Ya de vuelta con las chicas, les dijo:

—Chicas, yo...

En ese momento sonó su teléfono. Durante unos segundos escuchó a su interlocutor y luego, con una sonrisa, dijo a las chicas:

—Se confirman las buenas noticias. La jueza ha aceptado nuestros argumentos, y va a poner en libertad a Abd el Krim esta tarde a las 16:00.

—Yo quiero ir a buscarle —dijo Assallah, mirando a Nájla con ojos suplicantes.

—Vale. No te preocupes, que Alex y Bicho se queden preparando lo que no nos quieren decir todavía, y nosotras nos vamos a Sevilla y volvemos esta noche.

—Buena idea. Cuando volváis esta noche, tendré preparado el apartamento para los cuatro, y mañana ya probablemente cambiaremos de aires por una temporada.

Al oírle Najla, mientras asentía con la cabeza, sacó el sobre del bolsillo y dijo:

—Oye, Alex: ¿por qué no guardas tú el dinero?

Él se quedó pensando unos segundos y dijo:

—Mejor divídelo y guardamos cada uno la mitad, por si a alguno de

nostros le pasa algo.

—¿Y qué nos iba a pasar? —preguntó Nájla con cierto gesto de preocupación.

Después de hacer el reparto, Nájla le dio un beso a Alejandro en la mejilla de pasada, mientras salía de la cafetería sonriéndole. Assallah se quedó ligeramente rezagada para decirle, mientras le cogía la mano y se la apretaba:

—No sé cómo te vamos a poder pagar lo que estáis haciendo por nosotros.

—No te preocupes; estoy seguro que vosotros habríais hecho lo mismo, en mi lugar.

Diez minutos después llegó Bicho, que le recogió en pequeño utilitario. Aunque a decir verdad, realmente no era tan pequeño, pero el metro noventa y ocho y los ciento veinte kilos de Bicho lo empequeñecían.

44. Novedades

Lunes 21 de julio a las 11:30

—Pues parece que no nos va a quedar más remedio que darles un sustillo a estos gilipollas, ¿tú que dices? Pero lo hacemos directamente nosotros; ya estoy harto de confiar en capullos.

Justo en el momento que Peter había abierto la boca para contestarle, su teléfono empezó a vibrar encima de la mesa, y tres segundos después empezó a sonar un marchoso estribillo. Después de tres o cuatro tonos de llamada, deslizó su índice derecho por la base del *Samsung* para descolgar:

—Sí, dígame.

—¿Es usted Peter Hockrote?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Buenos días. Mi nombre es Rashid Pattar, y soy el director de *Safebox corporation*.

—Sí, sí; creo que dejó usted un mensaje el otro día en mi móvil.

—Efectivamente; he intentado ponerme en contacto con usted en un par de ocasiones. Hay algo que tengo que comunicarle que tiene un cierto carácter confidencial, por lo que quizás sería preferible que nos viéramos en su despacho o en el mío. Aunque estamos en Madrid, trabajamos con un bufete que está en aquella zona, y puede visitarle mi abogado.

—Dígame de qué se trata, y ya vemos si es necesario que nos reunamos o no, porque ahora mismo estoy en medio de una pequeña crisis de trabajo y no puedo dedicarle tiempo a casi nada más.

—Bien; como quiera. Recordará usted que en el año 2004 contrató usted los servicios de nuestra empresa, *Safebox*, para guardar documentación digital en una caja fuerte en la nube, que entonces estaba empezando.

—Claro, claro. Ya decía yo, que me sonaba el nombre de algo. Efectivamente mi socio y yo contratamos y de hecho seguimos pagando una pequeña cuota anual... una caja de seguridad en el éter informático, que ustedes gestionan.

Nada más decirlo, Peter empezó a ponerse serio. Esquivando la mirada de Roberto, empezó a darse cuenta de las implicaciones que tenía la llamada, e inmediatamente preguntó:

—¿Cuál es el problema? Espero que a nuestros archivos no les haya pasado nada. Ya les dije en su día que eran extremadamente confidenciales: que nadie podía verlos, ni tener acceso. Me lo aseguraron así en el contrato, con cláusula de penalización millonaria.

—Señor Hockrote, perdone que le interrumpa. No tiene usted ni idea el sentimiento de impotencia que me embarga al decirle, eso sí, dando por entendido que asumimos toda la responsabilidad que se pueda derivar de la situación, que sus archivos han sido copiados por alguien hace unos días.

—¿Cóoomo dice?

—De hecho, creemos saber quién ha sido el hacker que ha entrado ilegalmente en nuestra plataforma. Estamos seguros de que es un antiguo empleado de la empresa, que conocía perfectamente todos los mecanismos de seguridad, ya que participó en su creación. Ya hemos presentado la denuncia ante la policía y esperamos que nos confirmen en las próximas horas si el juez autoriza la entrada en el domicilio del presunto hacker, para detenerle e intentar averiguar si es quien sospechamos, así como por qué ha copiado sus archivos.

Peter, que de los dos socios era al que más afectaban las dificultades y los imprevistos, empezó a sentir un cosquilleo en el estómago a medida que su interlocutor le iba informando.

—¿Y no hay posibilidad de que se trate de un error?

—Me temo que no, Señor Hockrote.

—Bien gracias. Por favor, infórmeme tan pronto sepa quién ha sido el que ha copiado nuestros archivos.

—Así lo haré. Espero poder confirmárselo en unas horas.

La mirada de Peter fue clara para Roberto, que, incorporándose en la silla, saltó:

—¿De qué archivos estaba hablando ese hombre, Peter? Espero que no se trate de nuestro seguro de vida. Me juraste en su momento que serían completamente ilocalizables y mucho menos copiables.

Peter, con el rostro desencajado y sin mirar directamente a los ojos a Roberto, le contestó:

—Había olvidado por completo que guardé una copia en esta empresa de seguridad. En aquel momento, además de los tres notarios y las cajas de seguridad, un amigo informático me habló sobre esta empresa, donde se almacenaban los documentos más confidenciales de muchas empresas e

incluso del gobierno.

—Y ahora estamos metidos hasta los ojos en la mierda. ¿Tú sabes lo que va pasar si Marc se entera de esto? La base de nuestro acuerdo era el absoluto secreto: que sólo lo sabíamos Arnaitz, tú y yo. Si los archivos han caído en manos de otra persona, probablemente alguien pudiera decidir que somos un riesgo.

Dominic, a menos de 100 metros de *Tax saving*, la asesoría de Peter y Roberto en la Avenida Ricardo Soriano de Marbella, esperaba dentro de un coche alquilado, perfectamente aparcado detrás de una furgoneta de reparto. Tras oír la conversación, dio un suspiro de alivio: por fin podría moverse de allí. Presionó la tecla de conversión a un formato más compatible para el archivo que acababa de grabarse en el receptor emplazado en el despacho de Peter.

Diez minutos después, alojó un archivo MP3 en una cuenta que tenía creada exclusivamente para este propósito en Wetransfer, y envió el vínculo que permitiría la descarga de la grabación por correo electrónico, desde una cuenta creada en Gmail al efecto. Después, sólo tenía que esperar instrucciones de Marc.

Antes de salir para Marbella, donde iban a preparar lo que las chicas sospechaban sin conocer los detalles, Alejandro llevó el coche hasta AKI, una macro tienda de bricolaje, donde compró dos botes de oxígeno sólido en barritas, de los que se utilizan para soldar, y una especie de mortero. Después pasó por el supermercado y compró dos kilos de azúcar y un bote de plástico con una capacidad de unos cinco kilos. Bicho, mirando al frente, como único comentario le dijo:

—Estos ingredientes me suenan, son para preparar un petardo, ¿no?

—Sí, te acuerdas del Manual del anarquista que era famoso en nuestros tiempos de estudiantes?

Menos de media hora después Alejandro y Bicho llegaron al muelle Benabola en Puerto Banús, donde se encontraba anclado el bonito yate de

Roberto Chantemôn, el Delfín. Se sentaron en una terraza cercana, desde donde lo veían perfectamente. Mientras esperaban, Alejandro le dio una palmada cariñosa en el hombro a Bicho y le preguntó:

—Bicho, ¿tú cómo lo llevas? Yo estoy totalmente acojonado, pero ya no hay marcha atrás. Nos hemos tirado la piscina con los ojos cerrados, creyendo que era pequeña, y está resultando ser mucho más grande de lo que nos esperábamos.

Bicho, que había agachado ligeramente la cabeza mientras Alejandro le hablaba, cogió aire, como cuando se toma la resolución de hacer algo especialmente difícil, y, resoplando, dijo:

—Álex: Sofía y yo tenemos que marcharnos de la zona; y si puede ser, de España.

—Entonces ya das por seguro que te han localizado, ¿no?

—Sí. Ya he hablado con Sofía, y está completamente de acuerdo conmigo. Ella sabe lo vesánico que puede llegar a ser Rashid, y está claro se va a vengar, y va a volcar la frustración y el odio que llevan corroyéndole todos estos años contra nosotros, aprovechando la oportunidad que le hemos dado. Tampoco tenemos aquí gran cosa que nos ate: cuatro muebles y dos ordenadores. Le he dicho a Sofía que prepare un par de mochilas pequeñas y deje un par de cámaras conectadas para controlar, porque esta noche ya no dormimos allí.

Aunque era un gigantón y no quería que se le notara, Alejandro se dio cuenta de que había cierta emoción tras sus palabras. Por eso volvió a poner la mano en el hombro de Bicho, dándole un pequeño apretón, mientras le decía:

—Siento haberte metido en esta movida. Por nuestra culpa, tardaremos tiempo en volver por aquí.

—Pero, ¿vosotros también?

—Tengo miedo por Nájla y Assallah. Sabemos que los socios están ya asustados, pero, cuando sepan que tenemos los vídeos de Arnaitz, sacarán toda la violencia que llevan dentro. Los creo capaces de cualquier barbaridad, así que no nos queda más remedio que desaparecer, a los ojos del mundo al menos, definitivamente.

Obitu, cuyo color destacaba sobre el fondo blanco de la cubierta, se encontraba a estribor y por tanto oculto a los ojos de quien estuviera al otro lado; y tenía la cualidad de ser muy observador. Vio cómo los dos hombres

jóvenes que estaban sentados en la cafetería, a unos 30 metros del Delfin, no hacían más que mirar al barco.

Durante unos minutos, mientras tomaban un refresco, y observaban, Alejandro surfegó con el Iphone para consultar los detalles técnicos del barco. Poco después vieron cómo salía un hombre de color bastante alto del Delfin, con un cubo, y empezaba a limpiar el faldón de proa.

Bicho venía preparado para la ocasión con un aspecto de guiri total: pantalones cortos, sandalias con calcetines, y bonita gorra marinera a juego con el atuendo. Se puso en pie, se acercó al barco y se paseó arriba y abajo por su lado, como si estuviera admirándolo. El moreno, al verle, le saludó con la cabeza.

—Es bonito el barco. ¿Es suyo?

Riéndose, mientras negaba con la cabeza y manos a la vez, el moreno le contestó:

—No, no. Barco de Sr Roberto, ja, ja, ja. Yo sólo limpia y cuida.

—Oye mira: yo tengo también un barco. ¿No conocerás a alguien que quiera encargarse de limpiarlo?

El moreno entró al trapo como un miura:

—Pues yo mismo, amigo, yo limpio este barco dos días a la semana. Tengo libres otros días. Si quieres puedo limpiar tu barco, dos o tres días a la semana.

—Vale. ¿A qué hora terminas aquí?

—En diez minutos estoy listo.

—Pues mira: tengo que hacer un par de cosas en Marbella, y después voy a Fuengirola en unos veinte o treinta minutos. Si te vas para allá nos podemos ver en el puerto de Fuengirola, dentro de unas dos horas aproximadamente.

—Es que yo no tiene coche.

—Bueno —dijo Bicho al tiempo que se metía la mano en el bolsillo y sacaba un billete que tendió al moreno—, toma estos 20 €. Coges el autobús y nos esperas tomando una cerveza en un bar que hay a la entrada del puerto, que se llama Marisa. Allí nos vemos y te enseño nuestro barco. Dame tu teléfono, por si acaso.

Salieron del puerto y esperaron en el coche hasta que vieron salir a Obitu. Dejaron pasar cinco minutos y subieron rápidamente al barco, abriendo la puerta con total seguridad con una de las llaves que Assallah había entregado a Alejandro. Bicho desconectó la alarma, usando el código que había sacado

de un archivo de Word que Peter tenía bien a la vista, entre otros documentos, en el disco duro de su ordenador. Era la típica lista que todos tenemos, en la que apuntamos esa multitud de contraseñas, códigos de activación, nombres de usuario que exige la presencia medianamente decorosa en internet hoy en día.

La verdad es que el barco era una virguería, y se veía muy cuidado: el amigo Obitu hacía bien su trabajo. Alejandro se sobresaltó ligeramente cuando sonó su móvil; era Nájla.

—¿Qué pasa por Sevilla, guapa?

—Abd el Krim va a salir un poco antes de lo que nos habían dicho. En cuanto lo recojamos, nos vamos directamente para Fuengirola, ¿vale?

—Sí, OK. Tenemos muchos planes de los que hablar, incluso para que Abd el Krim y Assallah salgan mañana por la mañana temprano.

—OK; nos vemos hacia las siete y media, guapo — dijo Nájla con una voz sonriente.

Mientras Alejandro empezaba a comprobar el estado del barco, Bicho se sentó en el bonito sillón de cuero azul, con el tablero de mandos por delante. Encontró el manual y empezó a investigar.

Alejandro verificó que el depósito de gasoil, que suministraba la energía necesaria a los dos motores de 800 caballos, estaba lleno: casi 2.500 litros de gasoil. Sacó de la mochila los paquetes que llevaba y, sentándose a horcajadas en el suelo, puso el mortero que traía entre sus piernas, y empezó a romper las barritas de oxígeno sólido en trozos pequeños, dejándolos caer dentro del mortero. Cuando tenía cuatro barritas ya desmenuzadas, las machacó hasta convertirlas en lo más parecido a un polvo que pretendía ser fino y homogéneo. Repitió la operación otras cinco o seis veces, hasta que terminó con todas las barritas, de color grisáceo como el plomo. Le llevó casi veinticinco minutos conseguir el granulado que quería, y finalmente, cuando estuvo satisfecho, metió el resultado en el bote de plástico que había traído: el polvo conseguido de machacar todas las barritas ocupó casi un tercio de su volumen.

El clorato potásico estaba preparado para mezclarse con el azúcar, que actuaría como energizante.

Hacer la mecha lenta había sido entretenido, y sobre todo cansado, ya que tuvo que hacerla mientras Nájla estaba dormida. Alguno de los materiales, como el alcohol y el cordón de algodón, los tenía, pero otros, como el nitrato de potasio, tuvo que comprarlo, así como una colección de petardos grandes

de los que poder extraer la pólvora. A la mañana siguiente, Nájla le preguntó por el olor. Inevitablemente, al hervir en agua el NO_3K con el cordón de algodón durante casi 20 minutos, hasta que éste último quedara perfectamente impregnado, quedaba un ligero olor que a la mañana siguiente persistía. Alejandro había escondido un trozo de la mecha que había dejado secándose en la terraza. Y para comprobar la seguridad de la misma, encendió el otro trozo en la terraza, y cronometró el tiempo que tardaba en quemarse.

Antes de salir de la sala de máquinas del Delfín, practicó un agujerito en el bote de plástico donde había metido el polvo de oxígeno sólido, y comprobó que la mecha entraba de forma ajustada. Después, escondió el bote de plástico y la mecha, junto con una bolsa de plástico que contenía los dos kilos de azúcar. Los colocó en la parte trasera de los motores, que era prácticamente inaccesible y a la vez no era una zona caliente. Allí no lo encontraría nadie.

Tras comprobar que el depósito de agua estaba lleno también, entró al salón de cubierta, donde había un bonito sofá semicircular de cuero blanco, enfrente de una televisión y al lado del mueble bar completamente surtido. Tanto el camarote principal como el de invitados estaban en perfectas condiciones. Cuando terminó su inspección, e iba a acercarse a la cabina de mando, notó cómo los motores del barco arrancaron: 1600 caballos de potencia. Entró, un poco alarmado, en la cabina; Bicho le dijo:

—No he podido resistir la tentación de arrancarlo. Este barco tiene que ir suave como la seda, y eso que puede hacer cómodamente 26 nudos a la hora.

—¿Cuánto es eso en kilómetros?

—Pues un poco más de 45 kilómetros.

—Entonces, este bicho tiene que volar.

—Sí, pero nosotros no vamos a ir a esa velocidad. Probablemente no pasaremos de los quince o veinte nudos.

—Vale, vale. Ya hemos visto todo lo que nos hacía falta en el barco. Vámonos al puerto de Fuengirola. Tengo que a enseñarle a Obitu el barco de mi jefe, que se llevará una sorpresa cuando se lo encuentre limpio. Y quiero ir también a capitania, a ver si conseguimos un mapa hipsométrico del mar de Alborán.

—¿Hipso... qué?

—Un mapa de líneas de profundidad.

45. Demasiado riesgo

Madrid - Lunes 21 de julio a las 13:45

Marc miraba con cierta impaciencia su Nexus 5, en el que se estaba descargando un archivo en formato mp3 de 22 megabytes, mientras esperaba, sentado en una pequeña mesa del restaurante de un centro comercial frente a su mujer, a que les pusieran el plato fuerte de la comida. Inevitablemente, sería un puñado de verdura sosa y poco atractiva. La manía que le había entrado a Isabel por la comida sana casaba poco con la visión que Marc tenía de un almuerzo en un restaurante agradable. Con sus casi 95 kgs de peso, el menú que tenía por delante era para llorar: tres hojas de endivia con unas gotitas de aceite y abundante limón, seguidas de unas alcachofas rehogadas con atisbos de jamón, pero, eso sí, mucha literatura: lo llamaban “alcachofas de la huerta navarra rehogadas en aceite de oliva virgen con virutas de jamón ibérico de la serranía de Huelva”. Sólo leerlo le ponía de mala leche, y sabía que terminaría con más hambre de la que traía, pero no tenía ganas de discutir: eso sería ponérselo fácil a su mujer. Se había quedado absorto mirando cómo se iba descargando el archivo, viendo la forma en la que iba creciendo la barrita del indicador de descarga del smartphone, y había estado en completo silencio casi dos minutos; silencio que, lógicamente, interrumpió Isabel:

—Hijo, ¿es que no tienes nada que decirme? Para una vez que salimos, si vas a estar ahí callado mirando al puñetero teléfono. Mira las demás mesas: la gente habla, se cuenta cosas.

—Perdona, cariño; es que estoy esperando mensaje importante de un colaborador —contestó Marc mientras, con su visión periférica, obligado por su posición, comprobó lo dicho por su mujer: un par de parejas de su misma edad sentadas comiendo, el marido de una de ellas sin perder ojo de la camarera mulata, que estaba como un tren; y en la otra mesa, dos mujeres de unos treinta años, una de ellas deslizando el dedo por la pantalla de su Ipad, mientras la otra, que la miraba con beatífica sonrisa de enamorada, le tenía colocada la mano en la pierna. Isabel volvió a la carga:

—Cualquier excusa es buena para no hablar conmigo. Ya sé que no te interesan para nada las cosas que te digo, que tú tienes una vida mucho más interesante, rodeada de secretitos y espías. La verdad es que fui tonta cuando

me enamoré de ti y nos casamos, al decidir dejar mi carrera para dedicarme a ti y a los niños; decididamente, una idiota, porque eso no se lo agradece nunca nadie a una mujer.

—Siempre hay tiempo, mujer. Ahora que los niños ya son mayores, si quieres tener alguna actividad, por distraerte.

—Déjate de memeces. ¿Cómo voy yo a competir, con casi 50 años, con las chicas de ahora que hablan todas tres idiomas, tienen dos carreras y un máster?... Están mucho mejor preparadas que yo, en todo —Isabel lanzó un suspiro, mientras seguía con su discurso—. Si yo hubiera nacido en el entorno que tienen las chicas de hoy, que dominan totalmente a los hombres, otro gallo cantaría. Que lo sepáis todos: el siglo XXI es el de las mujeres —apostilló torciendo ligeramente la boca en ese gesto universal de triunfo, un tanto infantil, que va acompañado de un asentimiento con la cabeza.

Marc vio un cierto brillo en los ojos de su mujer mientras decía esta última frase, que dejaba traslucir una superación de la frustración propia a través de los logros que en la actualidad habían conseguido sus compañeras de sufrimiento machista. Si con eso estaba contenta y le dejaba tranquilo un rato, genial.

En ese momento se oyó el aviso de que la descarga estaba completa. Marc, lo más discretamente que pudo, se colocó un auricular en la oreja izquierda y conectó el minijack. Por suerte, en ese momento llegó el segundo plato, con lo que su mujer estaría ocupada al menos unos diez o quince minutos, porque, eso sí, incluso una puta hoja de endivia había que masticarla 32 veces, según le tenía ordenado su médico naturópata, no fuera a ser que le produjera indigestión.

No le hizo falta escuchar más de diez minutos para darse cuenta de la envergadura del problema que se le presentaba. Hasta entonces había sido capaz de convencer a Antonio Oreja Perdhi sobre la conveniencia de no actuar en el tema de Roberto y Peter, para evitar males mayores. Desde que materializaron económicamente con ellos el acuerdo, hacía ya casi diez años, Marc se había encargado de averiguar en qué escondites tenían los socios guardadas copias de los vídeos. Al único que no habían conseguido encontrar fue a Arnaitz. El puto etarra debía haber cambiado de identidad y aspecto y seguro que estaba bien escondido.

Pero si llegaba a oídos de Antonio que un tercero había tenido acceso a los vídeos de Arnaitz, estaba claro que consideraría que ya había demasiado

riesgo. Su forma de pensar sería infantilmente automática: no quedaría más remedio que eliminar a los responsables de la fuga de información, que, además, habrían dejado de ser esenciales. Por eso, Marc decidió actuar por sí mismo, para no tener ni siquiera que reunirse con su superior oficioso y dar lugar a que éste pudiera cuestionar su profesionalidad. Además, había notado ya en varias ocasiones que no le hacía ninguna gracia verse con él; que se le había subido el cargo a la cabeza y, por muy demócrata que dijera ser, consideraba a Marc un inferior, un mal necesario para los trabajillos sucios que debían mantenerse ocultos, pero sin confraternizar con él. Era preferible, pues, tomar la iniciativa y solucionar el asunto directamente.

De todas formas, estaba claro que, hiciera lo que hiciera, estaría mal: si no actuaba enseguida, le dirían que precisamente esa ineptitud para tomar decisiones era la que estaba lastrando su carrera; y si lo hacía, le dirían que él no era nadie para tomar decisiones de ese calibre y que tendría que haberles consultado antes.

Como Marc, dado lo anónimo de su trabajo, tenía bastante claro que no había ninguna carrera que promover —cuestión que, por otro lado, no le preocupaba en exceso—, se ratificó mentalmente en su propia toma de decisión. Es más: cuando terminara con este asunto, les informaría que se retiraba definitivamente. Con el dinero que tenía en las islas Cayman, podría vivir el resto de su vida de puta madre en cualquier sitio agradable. Y su mujer sería una viuda con una buena pensión. Nada más fácil para Marc que organizar una muerte en acto de servicio que justificara su desaparición.

Sintiéndose tonificado, con la misma sensación que si estuviera liberando endorfinas después de haber hecho cinco kilómetros de footing, y después de comer en dos bocados las alcachofas —con el pretencioso título que les habían puesto— en un plato enorme y demasiado decorado con chorradas que no se comían, se levantó con la excusa de ir al servicio:

—Discúlpame un momento, cariño.

Su mujer le miró con el ceño fruncido y, mientras rumiaba el verde, hizo un ligero gesto de asentimiento, acompañado de un gruñidito.

Había pedido que le subieran una buena comida a la habitación. Esta vez había tomado una junior suite: era agradable sentarse en el salón y poder ver

una película mientras comía. Estaba viendo “2012”, un tanto apocalíptica, pero bastante entretenida. Justo cuando iba empezar a comer su postre favorito, *Apfelstrudel*, Dominic oyó un zumbido que le dejó extrañado. Su móvil no podía ser, porque lo había apagado. Se levantó y se acercó a la fuente del sonido: parecía provenir del armario.

Ya sabía lo que era. Dentro del armario estaba la caja fuerte, y en ésta había metido un sobre de plástico con un pendrive y el criptófono que le había dejado Marc en la consigna, junto al resto de la documentación. En menos de cinco segundos abrió la caja y despegó el plástico para sacar el móvil más seguro del mundo, con un nivel de encriptación que era prácticamente imposible de descifrar, ya que era aleatorio para cada llamada, generándose sin seguir ningún tipo de patrón. Era totalmente imposible su descifrado en cualquier llamada de menos de dos minutos.

—¿Sí?

—Gracias por la información. Tengo un trabajo para ti.

—¿De qué se trata?

—Digamos que es ligeramente distinto al anterior. Tras dos segundos de vacilación, Dominic contestó:

—La diferencia en precio será proporcional a lo distinto que sea el trabajo.

—No habrá problema; te dejaré dinero en efectivo en el mismo sitio de la última vez. Ahora escucha con atención durante el próximo minuto y medio; luego, colgaré.

En menos de ochenta segundos, Marc le explicó en qué consistía el trabajo.

—Necesitaré buscar material, y, con tan poco tiempo, me va salir muy caro. Este trabajo te va a costar entre 100 y 150.000.

—Si el resultado es 100% satisfactorio, no habrá problema.

—Bien.

Habían transcurrido 117 segundos desde que empezara la llamada.

46. Abd el Krim, libre

Lunes 21 de julio a las 18:30

Ya de vuelta en Fuengirola, Alejandro y Bicho recogieron a Obitu en el bar Marisa del puerto, donde estaba tomándose la segunda cerveza. Con él se acercaron a la lancha de recreo de Felipe, el socio principal del bufete en el que trabajaba Alejandro. No era un barco tan bonito como el Delfín; era mucho más pequeño, pero no estaba mal. Después de convencer a Obitu para que dedicara todo el día siguiente a limpiar en profundidad la lancha, prometiéndole cien euros por su trabajo, le dieron 30 € más para el material de limpieza y el autobús, quedando en que al día siguiente estaría allí a las nueve de la mañana y que, si ellos no llegaban, empezara a limpiar.

Con la tranquilidad de saber que así estaba garantizado que nadie estaría en el Delfín al día siguiente por la mañana, ya que los socios no lo utilizaban más que algún fin de semana que otro, Alejandro y Bicho se acercaron a Benalmádena Costa. En la puerta del apartamento de Bicho les esperaba Sofía, con dos mochilas grandes. Se abrazó a Bicho y le dio dos besos; se notaba que había estado llorando.

—No te preocupes, cariño; todo va a salir bien.

—No, me preocupo, es que le había cogido algo de cariño a nuestra casa. ¡La teníamos tan bonita!

Ahora le tocó a Bicho. Con un nudo en la garganta, de su corpachón salió como un murmullo:

—Tendremos otra mejor; te lo prometo.

De vuelta en el coche, en dirección a Fuengirola, Bicho comentó:

—Solamente nos llevamos los portátiles y tres discos duros. Bueno, y algo de ropa, y las cosas de aseo. Esperemos que podamos comprar cosas pronto, porque si no —dijo riéndose— vamos a tener un problema con los calzoncillos. ¿Colocaste las dos cámaras como te dije, cariño?

—Sí, sí, claro; ya están colocadas, y conectadas al portátil que he dejado encendido y enchufado a una toma en el salón de la vecina. Cuando me dejó las llaves, me dijo que no llegaba hasta pasado mañana. Desde nuestros portátiles podremos comprobar en cualquier momento si alguien entra en casa.

Sonó el móvil. Era Nájla otra vez:

—Álex, estamos Fuengirola en una hora. Mira: os vamos a esperar en un restaurante pequeñito que hay en una bocacalle del paseo marítimo, unos cien metros antes de llegar al apartamento. Se llama “El padrino”.

—Bien; Vete pidiéndonos unas cervezas bien frías.

Cuando aparcaron el coche, lo hicieron a menos de diez metros de la puerta de entrada del restaurante. Era un restaurante típico italiano, pequeñito, pero muy acogedor. Nájla, Assallah y el que debía ser Abd el Krim, estaban en una especie de reservado, en el que había una mesa circular cómo para unas ocho personas.

Nada más acercarse a la mesa, Assallah se levantó y abrazó a Alejandro. Le dio dos besos al tiempo que le decía:

—Gracias.

Abd el Krim era un chico delgado, moreno, alto, al que la barba de un par de semanas junto con las ojeras, le demacraban el rostro. Se acercó a Alejandro de forma un poco más tímida, con la mano por delante. Enseguida Alejandro abrió los brazos, y Abd el Krim aceptó su abrazo, diciendo:

—Shukran, Alejandro. Ten por seguro que tienes un amigo para toda la vida.

Hechas las presentaciones de Bicho y Sofía, se sentaron todos, en un ambiente de optimismo y sentimiento de amistad generalizado, que la dinámica de grupo aumentaba, abstrayéndolos momentáneamente de la situación real. Una vez que el camarero, un hombre gordito con bigote, de apariencia simpática, les trajo unas cervezas a todos, incluidos Assallah y Abd el Krim, Alejandro levantó el brazo y brindó:

—Vamos a conseguir algo de lo que la justicia no es capaz: hacer pagar a Roberto Chantemôn y Peter Hockrote, de la única forma que les hará sufrir de verdad. Para eso, vamos a tener que cambiar considerablemente nuestras vidas, estoy seguro que para mejor. Brindemos por el nuevo futuro que tenemos por delante. Lo conseguiremos.

Las palabras de Alejandro actuaron como catalizador del ánimo de todos, que, rayano en la euforia, a partir del brindis fue in crescendo. Durante la comida, Alejandro fue explicando a Abd el Krim y a Assallah su papel en el plan que habían elaborado. Era una parte fundamental, y tendrían que salir a las tres de esa misma madrugada, para que les diera tiempo a llevarla a cabo. Cuando terminaran de comer, irían hasta el piso para que Assallah recogiera sus cosas y se pudieran duchar y descansar unas horas; desde allí, Bicho les

llevaría directamente al aeropuerto, desde donde saldrían con los billetes que Sofia se había encargado de comprar por internet.

Unas horas después, Bicho y Sofia se llevaron a Assallah y Abd el Krim hacia el Aeropuerto, para que cogieran el vuelo que salía a las 03:10. Nájla y Alejandro se quedaron en el piso, preparando un par de mochilas con lo estrictamente necesario, para que no se notase demasiado su marcha y así ganar tiempo. Saldrían muy temprano por la mañana hacia Marbella.

47. El abogadillo

Lunes 21 de julio a las 20:30

Cinco minutos después que Smith le diera la dirección del abogaducho, Roberto le pidió a Peter que abriera la caja fuerte. De una caja de cuero negro sacó una Pardini 9 mm y, sin hablar, probó la corredera, sacando el cargador. Cogió la munición en silencio, pero con el gesto decidido; metió diez balas en el cargador, se quitó la chaqueta para colocarse rápidamente una pistolera anatómica, y volvió a ponerse la chaqueta; todo ello, ante el silencio de Peter.

—Vámonos.

Veinte minutos después, aprovecharon que una persona salía del portal donde se suponía que vivía el abogado para meterse dentro, y subieron a la primera planta. Tras llamar un par de veces al timbre del piso sin contestación, estaban a punto de reventar la puerta cuando se abrió la de al lado, y salió una mujer de unos treinta años que se les quedó mirando.

—¿Qué quieren?

Recuperada la compostura que traía un tanto alterada, Roberto adoptó su pose de seducción y le contestó con la mejor de sus sonrisas:

—Aquí vive Alejandro, el abogado, ¿no?

Marta no correspondió a los buenos modos, al menos aparentes, de Roberto y de forma bastante agresiva le contestó:

—¿Quiénes son ustedes?

Quizás fue el tono con el que lo dijo, o quizás fue el hecho de verla con los brazos en jarras en actitud desafiante, ante su pregunta; el caso es que Roberto explotó, pensando que, por culpa de estos chicos, la vida que tan bien organizada tenían Peter y él estaba no sólo a punto de desmoronarse, sino que corría el riesgo de desaparecer. Al mismo tiempo que se adelantó un paso, empujando a Peter a un lado, subió el brazo derecho llevando la mano por delante y, haciendo una garra entre el pulgar y la mano, la cerró sobre la garganta de la contestona, empujándola hacia el interior de su apartamento con tal violencia que Marta no pudo ni reaccionar. Seguro que había palidecido por el susto, pero no se le notaba porque tenía la cara congestionada por la presión en su garganta, y lo único que intentaba con las dos manos era quitarse la garra que la tenía sujeta y no le dejaba respirar. Peter había cerrado la

puerta, y Roberto, sacándose la pistola de la funda con la mano izquierda, se la colocó a Marta en la cabeza y le dijo en voz baja, sin relajar la tensión sobre su garganta:

—Mira, guapita: voy a dejarte respirar, y me vas a decir exactamente dónde está el abogado. Si intentas gritar te meto dos tiros, y no se va a enterar nadie. ¿Me has entendido?

Marta completamente aterrorizada; no había podido controlarse, y sentía cómo su entrepierna se iba humedeciendo. Ni siquiera había tenido capacidad de reacción para intentar gritar. Nada más relajarse la presión sobre su garganta, empezó a masajearse ligeramente mientras tragaba saliva. Vio que el otro hombre estaba en la puerta, con lo que no tenía escapatoria. Pensó en gritar, pero los ojos del hombre que la había tenido atenazada la garganta eran lo suficientemente fríos como para que decidiera no hacerlo. Éste no la dejó reflexionar:

—¿Y bien?

Con la voz ligeramente ronca y haciéndose daño al hablar, ella contestó:

—No lo sé, de veras que no lo sé. Alejandro es mi vecino, y hablamos de vez en cuando, pero no sé dónde se ha ido.

Roberto no se lo pensó dos veces: amartilló la pistola y le colocó el cañón en el estómago.

—Déjate de idioteces y dímelo ya. Una cotilla cómo tú se entera de todo.

—No lo sé, de verdad, se lo juro. Lo único que les oí decir es que iban a un piso en el paseo marítimo. Creí entender que estaba al final. O algo así. Le juro que no sé nada más

—Vale. Dame tu teléfono.

—¿Cómo? No, si yo...

Peter se había metido en el salón, y en unos segundos salió con un móvil en la mano. Mientras Roberto seguía sosteniendo a Marta, Peter empezó a buscar en la agenda del móvil donde, el primero en la lista, había un Alejandro. Se lo enseñó a la mujer y le preguntó:

—¿Es éste?

Un ligero gesto de asentimiento con la cabeza por parte de Marta se lo confirmó. Peter ya estaba llamando, al cuarto tono de llamada, alguien descolgó y dijo:

—¡Hombre! Marta, ¿cómo estás? ¿Ha ido alguien por allí preguntando por mí?

Roberto con una sonrisa contestó:

—Sí, mamón, sí. Hemos venido a verte, y cuando te coja se te van a quitar las ganas de meterte donde no te llaman.

Lo que menos se podía esperar Roberto es que el niño le contestara como lo hizo:

—Chantemôn, espero que disfrutes lo que os tenemos preparado. Si dejáis a Marta tranquila y os vais ya, cuelgo el otro teléfono con el que estoy llamando a la policía local para informar de un intento de asesinato por parte de dos matones. No tenéis más de dos o tres minutos.

Alejandro colgó el móvil, e inmediatamente lo desconectó.

A Roberto se le puso el rostro como la grana, y a la vez tuvo un movimiento reflejo clásico en él: morderse el labio inferior cuando algo le preocupaba. Peter lo había visto muchas veces. Enseguida reaccionó y gritó:

—Cuando pille al mierdecilla este, le voy a partir en dos con mis propias manos ¡Vámonos! — dijo a la vez que reventaba el móvil de Marta contra la pared—. Y tú —añadió, poniéndole el dedo en la frente—: no nos hemos visto nunca. Si dices algo, nos enteraremos y vendremos a por ti, ¿entendido?

Sin esperar respuesta, los dos socios salieron del piso rápidamente. Marta, que estaba apoyada en la pared, se dejó deslizar hasta el suelo, donde se cubrió la cara con las manos y empezó a llorar en silencio.

—Peter, llama a Smith.

—Smith, soy Roberto otra vez. El chico lleva varios días fuera de su apartamento. Tenemos que averiguar qué es lo que sabe exactamente. Entra allí y danos información, pero procura que no te vea la vecina. Le hemos hecho una visita.

—Intentaré entrar cuando la vecina salga.

—Peter, anda, vámonos al centro de Fuengirola y esperamos tomando un café, a ver si recibimos noticias de uno o de otro.

—¿No te parece que sería más lógico pensar que haya sido Marc el que haya copiado los archivos? Él tiene todos los recursos necesarios a su disposición; y además, los cabrones de los políticos que le mandan están interesadísimos en saber dónde tenemos escondidos los archivos de Arnaitz.

Roberto, aunque se quedó en silencio y asintió en dos o tres ocasiones ligeramente con la cabeza, no estaba totalmente convencido; por lo que apostilló:

—Puede que tengas razón. Pero mi instinto me dice que... ya veremos.

Dominic tuvo que pagar mucho más de lo que esperaba por el material que necesitaba para llevar a cabo la misión encomendada por Marc. Su contacto, el encargado de un hotel en Puerto Banús, que dirigía una red de extorsión disfrazada de empresa de seguridad para locales nocturnos, le hizo pagar 20.000 € por algo que normalmente, con un poco más de tiempo, habría costado sólo 10.000.

Neil, que así se llamaba el encargado, acudió a la cita en la recepción de su hotel acompañado por un par de enormes guardaespaldas, culturistas hasta arriba de anabolizantes, que lucían bíceps y antebrazos tatuados. Tenían toda la pinta de ser de las zonas conflictivas del *East End* londinense; seguramente, ex soldados, para quienes la violencia era su forma de vida.

Neil se lo dejó claro: con tan poco tiempo y tratándose de un producto tan especializado, tenía suerte de que se lo pudiera servir a cualquier precio. Realmente, le había hecho un precio de amigo; y además, sin cargo extra y para demostrarle lo bien que le caía, le regaló un localizador que podía colocar “donde quisiera” y rastrearlo con cualquier móvil que tuviera *global positioning system* adaptado.

Ya de vuelta en su hotel, Dominic comprobó la calidad del material que había comprado. Era perfectamente estanco, y tenía cuatro ventosas magnéticas resistentes al agua, que se clavarían a cualquier superficie metálica. Llevaba un receptor interno incorporado, que funcionaba con una batería la cual, según comprobó, estaba totalmente cargada. Bastaría mandar la señal con el emisor en el momento preciso. Tenía un alcance de casi cuatro kilómetros, distancia bastante conveniente para poder llevar a cabo la misión con éxito, y con garantías de no ser descubierto.

La verdad es que el localizador que le había regalado Neil le iba a venir bien; de todas formas, tenía pensado comprar uno. Era un localizador típico de antirrobo para barcos, con una alarma automatizada al teléfono móvil que se le programara, que permitía al propietario conocer la posición exacta de su embarcación en cualquier momento, con un margen de error de sólo diecisiete metros. El único problema era la colocación de la antena gps, que tendría que ser en altura, lo cual le haría visible mientras la colocaba. Cuando llegara el momento, tomaría la decisión que mejor se ajustara a las circunstancias.

Dominic salió del hotel a hacer las últimas compras de la tarde: un traje de neopreno y equipación de buceo. Con todo el material preparado metido en dos mochilas, se dirigió en su coche hasta el muelle Benabola de Puerto Banús. Aparcó cerca del muelle y, paseando por el área menos turística del puerto, encontró una zona de amarre de pequeñas barcas de pesca. No había casi nadie a esa hora. Vio una barca de unos tres o cuatro metros de eslora que se balanceaba cadenciosamente en las aguas: le vendría bien. En el suelo del pontón estaba sentado, con las piernas abiertas y un cigarro colgando del labio, un pescador que no tendría más de 50 años, pero que, por lo curtido de su piel y el trabajo en la mar, parecía que estaba más cerca de los 70.

—Amigo, estoy buscando un barquito para ir a pescar un rato.

Sin ni siquiera mirarle a los ojos, siguió dando grandes puntadas en la red que reparaba, mientras contestó a Dominic:

—Aquí no hay barcos para eso.

—¿Esa barca es suya?

—Sí.

—¿Me la alquila por dos o tres horas? Tengo el antojo de ir a pescar esta noche.

—No.

—Le podría pagar 150 €.

El viejo dejó de coser la red y se quitó el cigarro de la boca, pasándose después el dorso de la mano por los labios. Parecía que se lo estaba pensando.

—Y ¿quién me garantiza que no se larga usted con mi barca?

—Si quiere, le dejo un depósito de 100 €, y usted me lo devuelve cuando le entregue la barca.

El pescador cerró ligeramente los ojillos y le dijo:

—Bueno, pero yo me tengo que ir. Si me da ahora los 250 €, le dejo la barca. ¿Sabrá usted manejarla, no?

—Sí, si no se preocupe.

—La tiene que dejar aquí esta noche, antes de las cuatro la mañana, que saldré a pescar: ¿lo ha entendido? Y no vaya a perder un remo.

Dominic, que ya traía los 250 € preparados, se los entregó al hombre, que, ávidamente, contó los billetes dos veces. Se los metió en el bolso, se levantó, miró a Dominic como el que mira a un chalado, y se marchó.

48. Mimitos

Martes 22 de julio a las 03:20

—Alejandro, tenía ganas de que nos quedáramos solos. Tenemos que hablar.

Los otros cuatro se acababan de ir hacia el aeropuerto, y ellos estaban recogiendo lo imprescindible para, cuando volvieran Bicho y Sofía, salir hacia Marbella. Alejandro, con una media sonrisa, la miró a los ojos y preguntó:

—¿Hablar?

—Sí, la verdad es que no he tenido la oportunidad de decirte cuánto siento haberos metido a todos en este follón, y especialmente a ti. Las cosas empezaron de una forma un tanto alocada, pero la verdad es que me encontraba terriblemente frustrada y no me arrepiento de nada en cuanto a mí se refiere, pero lo que sí siento es el lío en el que os he metido. Y ahora estoy preocupada, porque no sabemos cómo terminará todo esto. ¿Tú estás completamente convencido de que nos tenemos que marchar de aquí, que corremos peligro? ¿Vas a dejar así tu trabajo, tu carrera como abogado? ¿No es una locura?

Alejandro no le había contado a Nájla la llamada que Roberto Chantemôn le había hecho desde la casa de Marta. Se sentaron y él le cogió las manos, mientras contestaba:

—Yo tenía medianamente claro que esto iba a pasar. Hace unos minutos me llamó Roberto amenazándonos, y estoy convencido que no bromeaba. He estado hablando con Marta, que estaba aterrorizada. Dice que le puso una pistola en la cara. Con esta gente no se juega, Nájla. Si queremos conseguir nuestro objetivo, nos tenemos que marchar. Quedándonos aquí, hay muchas posibilidades de que nos encuentren, y no quiero ni pensar en que te hagan daño. No te sientas responsable de nada. Si tengo que dejar la abogacía, eso no me preocupa demasiado. He estado muy poco tiempo ejerciendo, pero ha sido más que suficiente para estar convencido de una cosa: no tengo ningún interés en pasar el resto de mi vida viendo las maneras en las que sinvergüenzas, como Roberto y Peter, resultan estar más protegidos por la ley que la gente a la que engañan, estafan o roban. Por favor, no te sientas mal;

prefiero mil veces estar contigo allá donde lleguemos

—Pero...

Alejandro se le acercó y le colocó suavemente el dedo índice sobre los labios, mientras la atraía hacia sí y la rodeaba con los brazos. Nájla se sintió mucho mejor, y metió la cabeza entre su hombro y la cara. Separándose ligeramente, pero sus cuerpos todavía en contacto, enlazados por la cintura, Nájla levantó la cabeza hasta que sus bocas se encontraron y le besó suavemente, con un beso lento y tierno. Alejandro respondió abrazándola sin darse cuenta con fuerza, mientras el beso tierno se convertía en pura pasión; pasión que no les permitió separarse cuando se dieron cuenta lo mucho que se deseaban el uno al otro. Empezaron a desvestirse mutuamente, mientras se dirigieron a trompicones al dormitorio, con sendas taquicardias de pura excitación. Una vez que estuvieron completamente desnudos, Alejandro separó a Nájla con los brazos unos centímetros y se la quedó mirando fijamente a los ojos, mientras le decía dulcemente, acariciándole la cara:

—Te quiero, Nájla.

Nájla no contestó, pero se abrazó a él con apasionada ternura, y empezó a arrastrarle hacia la cama donde se tumbó, tirando de Alejandro para que se tumbara encima de ella. Empezaron a amarse muy lentamente, primero con cierta timidez, para luego, acompasadamente, ir acelerando el ritmo de sus movimientos hasta llegar, embebidos el uno en el sudor del otro, a un momento de placer en el que perdieron la noción de todo lo que les rodeaba.

Ninguno de los dos sabía cuánto tiempo habían estado así cuando les hizo volver a la realidad el sonido, que tan estridente puede ser a veces, de una llamada de teléfono. Alejandro dio un salto y cogió el móvil; era Bicho.

—Álex, la parejita feliz ya ha subido al avión. En menos de dos horas estarán en Marruecos. Mientras esperábamos, me he conectado en la zona wifi del aeropuerto y he comprobado que todo ya ha empezado a llegar donde queríamos.

—Vale, vale. No hablemos de eso ahora. Veniros para acá; vamos a dormir un poco y, a primera hora de la mañana, hacia las siete, nos vamos para Marbella. Oye, ¿le diste las fotos a Abd el Krim?

—Sí, tranquilo; se las metí en un sobre. No te preocupes.

—No sé, tío, tengo una sensación un tanto rara. Mira que yo no creo en estas gilipolleces, pero es una especie de sensación premonitoria: creo que es el momento —dijo Peter.

Roberto asintió con la cabeza, mientras terminaba de un trago un bourbon seco.

—Oye Peter, ¿seguimos teniendo la documentación falsa que conseguiste hace varios años? ¿La que nos convertía en ciudadanos inglés y español?

49. El pescador

Martes 22 de julio a las 05:30

El agua no estaba fría y realmente no le habría hecho falta el traje de neopreno, pero le daban asco las manchas de aceite que había alrededor de los barcos y, como siempre formaban una especie de capa superficial, prefería acercarse al Delfín buceando. Había dejado la barca del pescador a unos cincuenta metros y se había echado silenciosamente al agua. A las cinco y media de la mañana no había nadie alrededor de los barcos, pero, aun así, no encendió la linterna hasta que estuvo casi debajo del casco, ya que siempre había trasnochadores que deciden subir a sus yates a dormir unas horas. No se podía permitir ser visto.

Antes de salir del hotel, había comprobado varias veces que el receptor adosado a la caja de metal que contenía el explosivo recibía perfectamente la señal del emisor, que había dejado en el maletín que estaba en su habitación.

Las aguas estaban muy oscuras, por la cantidad de porquería que echaban los barcos. Le vino bien la linterna frontal para bucear hasta ponerse justamente por debajo del depósito de gasoil, buscando el orificio de vaciado del mismo, que se utilizaba para limpiarlo cuando el barco estaba en dique seco. La válvula era plana y no sobresalía de la chapa metálica que le servía de anclaje al casco: sirvió perfectamente para colocar las cuatro ventosas magnéticas del artefacto. No eran más que dos kilos de una variedad de CL 20, pero Neil le había asegurado que eran más que suficientes para provocar una primera explosión de gran potencia, suficientemente devastadora por sí sola, y que además haría explotar el depósito de gasoil que, suponía Dominic, estaría lo bastante lleno, aunque sólo lo estuviera a media capacidad, para crear una deflagración que convertiría al barco en una gran bola de fuego, de la que nadie podría salir con vida.

—Peter, Smith me ha mandado un whatsapp.

—¿Qué pasa?

—Que ha entrado en el piso y tiene información sobre el abogaducho.

Peter se levantó del sofá de su despacho, donde se había tumbado a descansar un momento, y, todavía adormilado, preguntó a Roberto:

—¿Cómo la ha conseguido?

—Pues entrando en el apartamento, hacia las dos de la madrugada. Ha encontrado encima de la mesa una carpeta de un cliente del abogaducho, dueño de un piso al final del paseo marítimo, con los datos de una tal Katie Archrein en el contrato de alquiler.

¿Te suena el nombrecito? Vamos a darles el mayor susto de su vida. Tenemos la dirección exacta.

Una vez colocado el artefacto, presionó el botón de encendido del receptor y, tras comprobar cuidadosamente por última vez la sujeción del soporte, Dominic salió cuidadosamente al exterior para comprobar si había alguien a la vista. Una vez que estuvo completamente seguro de que no había nadie en los alrededores que le pudiera ver, subió por la escala lateral del Delfín hasta la cubierta. Ya tenía pensado dónde iba a colocar la antena gps. El mejor sitio era justamente al lado del pequeño plato de antena que el barco tenía para la recepción de televisión vía satélite. Allí no destacaría tanto como en cualquier otro sitio que se colocara. No le quedó más remedio que encaramarse hasta el techo de la cabina, para poder fijar adecuadamente la antena. Tardó menos de un minuto y medio en hacerlo, e inmediatamente volvió a la cubierta y se deslizó en el agua, sumergiéndose de nuevo. Buceó lentamente hacia la barca. Remó unos diez minutos, alejándose del Delfín casi hasta la bocana del puerto, donde dejó caer una bolsa grande en la que estaba el equipo de buceo, lastrado por un bloque de hormigón de obra que había cogido del muelle.

Media hora después de haber dejado la barca del pescador en el mismo amarre donde la había recogido, y aunque le apetecía ducharse, porque olía a una mezcla de goma del traje de neopreno y salitre, Dominic decidió volver al puerto. Quería echar un vistazo a las embarcaciones atracadas, y elegir la que se iba a llevar prestada cuando tuviera que seguir al Delfín para terminar su encargo.

A las seis de la mañana había todavía poca actividad en el puerto deportivo de Marbella, pero ya se veían en algunos barcos a personas realizando diversas tareas de limpieza.

No muy lejos del Delfin, vio uno que le gustó. Se ajustaba a la perfección a lo que estaba buscando: era un Bugari italiano de unos 14 metros de eslora, casi nuevo, que, aunque no era tanto barco como el Delfin, sí sería incluso más rápido, pues se trataba de un prototipo de lancha, que debía hacer como mínimo 30-35 nudos.

Bajando del castillete de proa, un chico de unos 20 años, con el pelo rizado, en pantalón corto, se agachó en el punto central de la barandilla de estribor y bajó del barco. Dominic le vio. Enseguida fue hasta la lancha y, tras comprobar que no había nadie en los alrededores, de un salto subió a bordo. Empezó a buscar por el centro de la barandilla de estribor y... la encontró. El muchacho había dejado una llave metida en la base de un amarre que había en suelo.

Dominic, llave en mano, se acercó inmediatamente a la cabina y comprobó que la llave abría. Entró y empezó a buscar las llaves de arranque. Casi cinco minutos después, cuando ya se estaba poniendo nervioso y pensaba dejarlo, las encontró, en el cajoncito del botiquín. Comprobó el encendido del barco y el estado el depósito de gasoil. Estaba casi lleno.

50. ¡Vámonos ya!

Martes 22 de julio a las 06:20

—Despierta, cariño. ¡Venga, despierta!

Aunque Sofía llevaba casi un minuto intentando despertar a su chico, bamboleando en la medida de sus pequeñas fuerzas su enorme corpachón, no estaba teniendo demasiado éxito. Entonces se acercó y le besó en la oreja, metiéndole ligeramente la lengua en el oído. A esto reaccionó Bicho, o al menos eso daba a entender su sonrisa. Lentamente se desperezó y tiró del brazo de Sofía para que se acercara, pero ésta le puso el brazo en el pecho y le empujó ligeramente hacia atrás, al tiempo que le decía:

—¡Corre, ven! ¡Ya han entrado en el piso!

Al oír aquello, Bicho se espabiló completamente y dio un salto de la cama con una agilidad que nadie habría sospechado de sus más de ciento veinte kilos. Siguió a Sofía hasta la terraza donde tenía, encima de la mesa, el portátil, que ella había conectado por control remoto con el otro portátil que habían dejado en el apartamento del vecino, el cual a su vez recibía las imágenes captadas por dos cámaras que dejaron en el salón y en el dormitorio de su apartamento.

En la pantalla del portátil se podía ver con claridad lo captado por ambas cámaras, pasando de una pantalla a otra. En el salón había dos policías examinando los ordenadores de sobremesa que habían dejado —que, por cierto, no les iban a servir de mucho sin disco duro-, y en el dormitorio otro policía buscaba por los cajones del armario. Bicho no esperó más; entró corriendo al dormitorio, intentando no asustar a Alejandro y a Nájla.

—Chicos, levantaos. Lo que me temía ha pasado: ya ha entrado en nuestro piso la poli.

Alejandro se había levantado de un salto, mientras Nájla, que todavía se estaba desperezando, preguntó, mirando el reloj:

—Pero ¿qué prisa hay? ¡Si no son ni las seis de la mañana!

—Mejor vámonos, y os lo cuento con detalles por el camino —les apremió Bicho.

Unos quince minutos después circulaban por la autovía en dirección a Marbella. Después de que Bicho les hubiera contado lo que estaba pasando en

el apartamento, todos se habían quedado callados. Iban pensando en el paso que estaban a punto de dar, que iba a cambiar radicalmente sus vidas.

—¿Dónde demonios va la gente a estas horas? ¡Si ni siquiera ha amanecido!

Muy poco tiempo después, aparcaron al lado del muelle de Benabola y, cada uno con su mochila al hombro, se acercaron al único café que estaba abierto a esa hora. Alejandro tenía mucho interés en que les viera la gente, a la que después probablemente preguntaría la policía. El dueño del café —un hombre bajo, regordete, con gafas y poco pelo— les preguntó:

—¿Qué van ustedes, de viaje o de pesca?

Esto era precisamente la oportunidad que andaba buscando Alejandro, que contestó:

—Vamos a hacer una pequeña excursión de un par de días. Nos ha dejado el barco precisamente mi tío Roberto; es ése tan bonito que se ve allí: el Delfín.

Lo dijo señalando al Delfín, que se veía como a unos 150 metros. El hombre, mientras asentía con la cabeza, repasó con la mirada a todos y contestó:

—Lo conozco, lo conozco. Incluso conocí a su dueño anterior. La verdad es que sí, que es un bonito barco. Espero que tengan una buena travesía.

Diez minutos después, con Alejandro a la cabeza y todos con un pellizco en el estómago, subieron a bordo. Alejandro se volvió a mirar hacia la cafetería donde habían estado, y efectivamente, como él esperaba, el propietario los estaba mirando desde allí. Seguro que se lo contaría a los socios con todo lujo de detalles, y a la policía cuando le preguntaran. Enseguida siguió sirviendo mesas, pero no cogió el teléfono. Alejandro se alegró; así no se complicarían las cosas.

Mientras las chicas se acomodaban en el salón de cubierta, mirando a su alrededor un poco asombradas, Bicho se colocó al timón y Alejandro soltó los amarres. Unos minutos después, el Delfín salía por la bocana del puerto, en dirección a levante.

Eran todavía las seis y media cuando Peter y Roberto aparcaron su coche a unos 50 metros de la dirección que les había dado Smith, y empezaron a andar

hacia allí. Si hubieran entrado por la curva de Carvajal un minuto antes, habrían visto un pequeño todoterreno por el paseo marítimo que circulaba en sentido contrario, hacia al oeste, en dirección a Marbella, con cuatro pasajeros.

Al llegar al portal, aunque trastearon con la puerta, ésta no cedió. Valoraron las posibilidades, y Peter trajo del coche una palanqueta con la que, sin demasiado esfuerzo, consiguieron forzar la cerradura del portal de entrada del edificio.

Mientras subían en el ascensor hasta la última planta, donde se encontraba el apartamento que la chica había alquilado, según les había dicho Smith, Roberto sacó la Pardini de su funda. Una vez delante de la puerta, se la puso a la espalda y llamó al timbre; repitió la llamada unos segundos después, ya impaciente; y al final, visiblemente excitado, dijo:

—Aquí no hay nadie. Me da que estos hijos de puta se han quitado del medio.

Peter le contestó:

—Entremos.

Roberto retrocedió casi hasta la otra puerta del pasillo para coger impulso, y avanzando rápidamente dio un salto en el aire; apoyando las dos manos en Peter, que se había vuelto de espaldas, pegó una tremenda patada a dos piernas a la puerta y reventó la cerradura.

Inspeccionaron el apartamento en cuestión de segundos. Roberto, después de haber entrado en el dormitorio y examinado el sofá, se metió en el cuarto de baño y estaba tocando la bombilla apagada cuando dijo:

—Aquí ha habido cuatro personas durmiendo. No hace mucho que se han ido: la bombilla del cuarto de baño todavía está caliente. Echa un vistazo, a ver si encuentras algo interesante.

Examinaron todo lo que había por el apartamento y vieron ropa de mujer en el armario, una maleta grande. Eso les hizo dudar.

—No tiene mucho sentido. Si se han marchado, ¿por qué han dejado cosas?

—Bicho, programa las siguientes coordenadas en el GPS...

Alex se había colocado al lado de Bicho que estaba llevando el timón del

Delfín. Las chicas estaban detrás sentadas en el saloncito, sin apoyar la espalda en el sofá, bastante nerviosas.

—135° 56,4' N / L 003° 002' W

—Ya las he metido. ¿De dónde son exactamente?

—De la isla de Alborán, 29 millas del cabo Tres Forcas en Marruecos, y a 65 de Almería.

Bicho, un tanto extrañado, preguntó

—¿Allí es donde nos va a esperar Abd el Krim?

—No exactamente, pero bastante cerca. Ten en cuenta que en la isla hay un retén de doce soldados españoles; así que, en todo caso, no podemos acercarnos a menos de quince millas, para dejar un cierto margen a las aguas territoriales. Pero de todos modos, sí, esa es la dirección que llevamos. Desde el muelle de Benabola hasta la isla de Alborán hay aproximadamente 112 millas náuticas. Si, como me decías el otro día, para no llamar mucho la atención no deberíamos de ir a más de 15-20 nudos, tenemos unas 5-6 horas de navegación.

—Con las coordenadas que me has dado, no tengo más que colocar el piloto automático y el barco irá directamente hasta allí sin necesidad de prestarle mucha atención.

Las chicas, mientras tanto, habían preparado unos chocolates calientes para Bicho y Sofía, y té para Alejandro y Nájla. Se sentaron todos en el bonito sofá de cuero blanco, que hacía un semicírculo en torno a una mesa de madera de cerezo ocupando el conjunto el centro del saloncito. Sofía fue la primera en tomar la palabra:

—Bueno, Alex, aunque tenemos cierta idea, creo que tanto a Nájla como a mí hay datos que se nos escapan. Vamos a estar unas cuantas horas navegando; quizá sea un buen momento para que nos expliquéis un poco de todo, secretos, planes.

—Tienes mucha razón. Yo no sé lo que tú sabes, Sofía, pero Nájla ha tenido que hacer un acto de fe desde el momento en que le dije que nos marchábamos de España. Poneos cómodas.

Treinta minutos después de haber comprobado todos los detalles del barco, que se llamaba Matroska, Dominic se fue hacia el parking. Lo más

importante era que estaba listo para salir en cualquier momento. Era justamente lo que le haría falta cuando Peter y Roberto se fueran a navegar con el Delfín, como, según Marc, solían hacer los viernes. Si tenía la suerte de que el dueño del Matroska no fuera a utilizarlo ese día, todo perfecto. En caso contrario no le quedaría más remedio que alquilar uno de urgencia, cuestión a evitar siempre que fuera posible, más que por el dinero, por el rastro. Tenía hambre: desde la salida del puerto vio un bar inglés en el que ofrecían *Complete English breakfast*. Se sentó y estuvo durante casi 45 minutos consumiendo tranquilamente un hipercalórico desayuno inglés. Luego, se permitió otros 15 o 20 minutos leyendo el periódico, frente a una taza de té.

Cuando iba a sacar su coche del aparcamiento, Dominic se dio cuenta de lo cansado que estaba; empezó a bostezar, y decidió descansar un poco, echando el asiento para atrás. Se quedó dormido casi inmediatamente.

Casi una hora después, empezó a estirarse. Le había venido muy bien el descanso. Acababa de arrancar el coche y empezado a salir del parking, cuando su visión periférica le hizo llegar un pequeño resplandor que provenía de la parte delantera del asiento del acompañante. Mientras salía del parking, buscó con la mano derecha hasta que encontró el objeto que emitía la luz: era su teléfono móvil. Ni siquiera se había vuelto a acordar de él desde que terminó la inmersión. Vio que tenía un mensaje y, al abrirlo, tuvo que controlarse para no pegar un frenazo, que hubiera podido causar un accidente, ya que tenía un coche pegado a la parte trasera.

El gps que había colocado en el Delfín actuaba como emisor para una nueva app de última generación que tenía instalada en su smartphone, que le permitía ver en todo momento cómo y por dónde se iba desplazando el barco. Se quedó estupefacto al ver que había salido de puerto, e iba hacia el este. Por lo visto, a los gilipollas de socios les había apetecido darse una vuelta hoy con el barquito. Puta gracia.

Mientras se controlaba para no pisar el acelerador, Dominic dio la vuelta a la rotonda por la que estaba abandonando el parking y volvió a entrar, aparcando rápidamente en el primer hueco que vio. Se relajó unos segundos antes de salir, para estar seguro de no olvidar nada de lo que necesitaba llevarse, primero del interior del coche, y después del maletero. Con una mochila a la espalda, se dirigió a toda prisa al Matroska, soltó la estacha de amarre y saltó directamente a bordo. El procedimiento distaba mucho de ser el más ortodoxo, y era muy posible que alguien lo hubiera visto; pero la urgencia

del momento así lo requería.

Dentro de la cabina, y mientras se calentaba el aceite del motor de arranque, sacó de la mochila un mapa. Reproducía el sur de España y el norte de Marruecos, y en él se veía claramente toda la costa. Con el receptor gps comprobó que el Delfin se encontraba a unas 35 millas: más o menos, 64 km. Estaban pasando Málaga. Le sacaban cerca de dos horas de ventaja, pero no sabía que velocidad llevaban. Si iban rápido, no le iba a quedar más remedio que poner la lancha a alta velocidad, con el riesgo de ser interceptado por la patrullera de la Guardia Civil. Tendría que asumir el riesgo hasta que los tuviera a la vista.

51. Es el momento

Martes 22 de julio a las 06:45

Después de registrarlo todo durante diez o quince minutos, se sentaron en el salón.

—¿Quién cojones son los otros dos que están con ellos?

—El hacker que ha conseguido nuestros archivos de la nube, y... no sé... ¿su chica?

Roberto sacó una botella de agua y, de reojo, vio que, por la parte de atrás de la mesa, sobresalía la esquina de un papel que había quedado atrapado entre ésta y la pared. Dejó la botella y tiró, para poder sacar el papel completamente.

—¿Qué es esto Peter? Parece un mapa de alguna clase.

Peter, que se había levantado rápidamente, se acercó a la mesa y cogió el mapa que le tendía Roberto.

—Es un mapa hipsométrico de una zona del mediterráneo.

—¿Y eso para qué vale?

—Para determinar las distintas zonas de profundidad del mar.

Roberto, tras guardar silencio otra vez durante unos segundos, se quedó mirando a Peter y le dijo:

—Mira, socio. Aquí las cosas se están complicando. Tanto cabo suelto me da muy mala espina. ¿Qué te parece si esta misma mañana trincamos toda la pasta que podamos aquí, nos subimos al barco, nos vamos para Gibraltar, recogemos lo que hay allí, y hacemos lo que venimos rumiando desde hace ya unos meses: largarnos sin dar más explicaciones?

—Pues me parece que es lo mejor que podemos hacer. No lo pensemos más, y venga, vámonos. Llamo al Banco Santander y que en un par de horas nos tengan la pasta lista. Al otro no hace falta llamar; sólo pasar y recoger. Nos vamos a casa, hacemos las maletas y nos largamos. Luego pasamos por el despacho y le dejamos una nota a Mariló.

Roberto, entretanto, buscaba un teléfono en su agenda y marcaba.

—Obitu, ¿el barco está listo para salir?

Unos segundos de indecisión después:

—Sí, jefe, sí, está listo.

—¿Te pasa algo?

—No jefe, nada, nada. Me tengo que ir.

Mientras salían del bloque, Roberto comentó:

—El negrito este sonaba raro. Serán imaginaciones mías.

Cuando llegaron a Marbella, ya a toda prisa, Roberto dejó a Peter en su casa y se fue a la suya. Quedó en recogerle en 30 ó 40 minutos, tiempo suficiente para hacer un par de maletas con lo esencial para desaparecer una temporada, que probablemente sería larga, sino definitiva. A las ocho, Peter — desde un teléfono de tarjeta que había tenido que comprar, ya que el suyo lo había dejado en el despacho - consiguió convencer al director del banco para que le tuviera preparado el dinero en efectivo.

Nada más recogerle Roberto, fueron a la otra entidad bancaria donde tenían la caja de seguridad. Retiraron todo el dinero en efectivo que había, casi 250.000€ en billetes de 500, y dos pasaportes falsos que les había conseguido un cliente tiempo atrás y que reservaban para una emergencia, como era el caso. También sacó Peter lo último que quedaba en la caja: un pendrive de 32 Gb.

A las 9:10 AM, Mariló acababa de llegar al despacho de Tax saving. Quería preparar un contrato de arrendamiento antes de que vinieran los clientes, y además tenía que rellenar dos cheques que debía firmar Peter, para poder pagar a un proveedor de papelería y al del mantenimiento informático. Decidió empezar por los cheques, y para ello entró en el despacho de Peter. Vio que éste había olvidado su móvil encima de la mesa; al acercarse Mariló, se activó la pantalla y mostró el típico cuadro de diálogo que decía haber recibido un mensaje. La secretaria extendió el brazo, pero en ese mismo momento empezó a sonar el teléfono de su mesa; dudó un instante, pero al fin salió del despacho de Peter, para descolgar el suyo.

El teléfono no paró de sonar en toda la mañana, y empezaron a venir clientes a partir de las nueve, con lo que Mariló se olvidó completamente del móvil de Peter, que su dueño había dejado en silencio y que continuó recibiendo silenciosas llamadas durante la mañana, sin llamar la atención de nadie en el despacho.

Casi media hora después, los dos socios consiguieron salir de la otra entidad bancaria con el 90% del dinero que tenían en la cuenta. El director les dijo que había sido de todo punto imposible conseguir más efectivo, en tan corto plazo. Habían recogido otros 140.000 €. Peter, con las prisas, olvidó pasar por el despacho.

Ya sólo les quedaba ir al puerto para embarcar en el Delfín y poner rumbo a Gibraltar. Decidieron acercarse primero al barco y comprobar que tenían todo lo necesario, sin llevar las maletas; las dejarían en el coche, en el aparcamiento que siempre les tenían reservado en el parking del puerto.

A medida que empezaron a andar por el muelle Benabola, a Roberto se le iba cambiando la cara. Ya habían llegado a un punto, nada más pasar el bar, desde el cual debía verse el Delfín perfectamente. Roberto miró a un lado y a otro:

—¿Dónde cojones está el barco?

Parado a media zancada, miraba a Peter totalmente perplejo.

—No creo que se lo haya llevado el capullo del negro, ¿no?

Al tiempo que negaba con la cabeza, Peter le contestó:

—Obitu no sabe llevar el barco; y además, te tiene demasiado miedo.

—Entonces, ¿quién cojones se ha llevado el barco? — Miró alrededor, vio al dueño de la cafetería, que estaba sirviendo, y le gritó—: ¡José Luis! ¡José Luis, ven aquí!

Nada más salir de la bocana del puerto, Dominic cogió el criptófono e hizo una llamada. Cuando, después de seis tonos de llamada, Marc descolgó su teléfono, Dominic dejó un escueto mensaje, que automáticamente el procesador del criptófono de Marc encriptaría: sólo podría leerse si se tenía la llave de vida, que en el argot era la clave de uso.

“Parece que han salido a navegar antes de lo previsto.”

Y colgó.

Marc, que estaba un tanto aburrido en su despacho, cuando vio el mensaje de Dominic presionó la tecla de su móvil y dijo:

«Llamar a Roberto Chantemôn.»

José Luis estaba demasiado gordo; se lo había dicho su mujer muchas veces, y últimamente también el médico. Pero no podía remediarlo: él era feliz. Gordo, con gafas y medio calvo, y sin embargo feliz con su pequeño negocio en el puerto. Acababa de atender una mesa de extranjeros, cuando con el rabillo del ojo vio que se acercaban Roberto y Peter, a los que conocía desde hacía años. Aunque sabía que eran dos sinvergüenzas que podían llegar a ser peligrosos, nunca había tenido un problema con ellos, y dado que los sinvergüenzas abundaban en Marbella, tenía que tratarlos bien, como a todo el mundo. Cuando llegaron a la terraza se fueron directamente hacia él, y venían muy serios. José Luis empezó a imaginarse lo que podía pasar para que trajeran esas caras; pero, con una amplia sonrisa, les saludó:

—Buenos días, ¿qué se cuentan los dos socios? No esperaba veros por aquí.

Roberto frunció el ceño mientras le preguntaba:

—¿Por qué no esperabas vernos por aquí?

José Luis, esbozando una nueva sonrisa que empezó a desdibujarse automáticamente, y no sabiendo muy bien si estaba metiendo la pata o no, creyó que debía decir lo que sabía:

—Pues, como esta mañana tu sobrino se llevó el barco, con sus amigos.

Roberto empezó a congestionarse, y la vena de su sien pareció adquirir pulso propio.

—¿Qué cojones de sobrino? Yo no tengo sobrinos, y aunque los tuviera, no les dejaría nuestro puto barco.

José Luis empezó a sudar ligeramente, porque sabía lo que se le venía encima y por mucho que no tuviera absolutamente ninguna culpa, estaba seguro que se la iban a echar. Era una buena válvula de escape. Peter preguntó:

—¿Cómo eran el sobrino y sus amigos?

—Eran dos parejas: un chico con el pelo rizado y una chica muy guapa, y la otra pareja eran un chico enorme y una chica pequeñita.

Peter se sacó del bolso la foto de Nájla que le había dado Paco, el policía, y se le enseñó.

—¿Era ésta la chica?

—Sí, sí, esa es la chica, la que era muy mona.

Roberto le puso la mano en el hombro a José Luis y, mirándole fríamente,

le dijo:

—Y, ¿no se te ha ocurrido llamarme?

Enjugándose el sudor, ahora más copioso, José Luis tartamudeó inicialmente cuando le contestó:

—Pero, Roberto, ¿cómo iba a saber yo que no era tu sobrino? Como vi que se subían al barco con esa familiaridad y que parecían conocerlo perfectamente, di por hecho que...

Roberto, frustrado ante la inutilidad de seguir presionando a José Luis, simplemente le dio dos palmaditas en el hombro mientras se daba la vuelta y le decía a Peter:

—Vale, vale, no te preocupes. Bueno, ya sabemos para qué querían el mapita que encontramos en el piso.

—Pues yo no lo tengo tan claro. No era un mapa normal, era un mapa de profundidades.

—Bah, no tendrían otro.

No había dado tres pasos cuando Peter se volvió y preguntó al gordito:

—Oye, ¿llevaban equipaje? Ya sabes: maletas, bolsas, mochilas.

José Luis se quedó pensando unos instantes, y enseguida se le iluminó el rostro.

—Sí, sí llevaban. Creo que llevaban todos una mochila.

Roberto y Peter se fueron a la otra esquina de la terraza y se sentaron en una mesa.

—O sea: que estos hijos de puta, no contentos con el problema que nos han buscado con Marc, que nos va a obligar a desaparecer no se sabe por cuánto tiempo, además han tenido la puta desfachatez de llevarse nuestro barco.

En ese momento empezó a sonar el teléfono de Roberto, que miró a la pantalla y vio el nombre de su ex cuñado Marc. Haciéndole una seña a Peter para que guardara silencio, contestó.

—Amigo Marc, ¿cómo estás? Ya tenía ganas de hablar contigo.

—Yo también, ¿cómo va esa buena vida que os dais por Marbella? Oye, ¿dónde estáis? Había pensado bajar para allá esta tarde a veros.

Roberto, sin contestar, tomó un clip que alguien se había dejado en la mesa y se quedó mirándolo durante un par de segundos. Luego volvió la cara hacia Peter, con los ojos más abiertos que habitualmente, como si acabara de darse cuenta de algo.

—Roberto, oye, escucha, ¿Me oyes?

—Sí, sí, Marc, te oigo. Es que estamos en el Delfín, y al alejarnos de la costa se pierde la señal. Nos hemos tomado el día libre, Peter y yo solos, y vamos a dar una vuelta hasta Almería. Estábamos cansados y necesitábamos relajarnos: ya sabes, tantas tías y tanta juerga, a nuestra edad, pasan factura. Estamos todavía cerca de la costa, pero nos vamos a alejar, con lo que probablemente perderemos la cobertura.

Al otro lado del teléfono, Marc esbozó una sonrisa mientras contestaba a Roberto:

—¡Qué suerte tenéis cabrones!, así que estáis navegando. Entonces en vez de acercarme hoy, bajo la semana que viene y me dejáis el barco un par de días ¿vale?

—Marc, sabes que tienes nuestro barco a tu completa disposición cuando quieras. Amigo mío, un abrazo, y nos vemos la semana que viene.

—Que disfrutéis del descanso.

Peter, que no perdía palabra, hizo el gesto típico de las palmas de las manos hacia arriba, como interrogando a su socio, al tiempo que decía:

—Pero, ¿a qué viene todo eso? ¿Por qué le has dicho que estábamos en el Delfín?

Roberto esta vez hizo lo más parecido a sonreír, pero con los ojos, que habían adquirido un brillo especial mientras los cerraba ligeramente.

—Sabía que había algo que no me cuadraba, pero no me acordaba de qué era. Ha sido este clip el que me ha hecho verlo claro.

—El clip, ver claro, ¿el qué?

—Sabía que había visto algo que no era normal, que estaba fuera de lugar. Al ver el clip, me ha venido a la cabeza la imagen de la cajita portaclips que tienes en tu despacho. Tú sabes que tengo la manía de estar siempre jugando con algo, dándole vueltas entre las manos. El otro día, en el despacho, tenía la cajita de clips en la mano y estuve jugando con el único clip que quedaba, alejándolo y acercándolo al imán, intentando mantener la caja en el aire, sostenida por el clip. En una de esas, capté algo que había en la caja, y que en aquel momento no identifiqué, pero la imagen se me quedó grabada, de forma inconsciente. Ahora me acabo de acordar. Lo he identificado, porque vi uno exactamente igual en el despacho del concejal donde estuve el otro día. El me lo enseñó: era un micrófono que le habían colocado.

—Joder. ¿Y crees que el micrófono lo ha plantado Marc?

—No lo creo; estoy totalmente seguro. Ha tenido que ser él. Estos

chavales no tienen los medios para hacer algo así. Imagino que no hace falta que te diga cuáles son las implicaciones.

—Marc sabe todo acerca de la fuga de seguridad, y que hay unos chavales que tienen una copia de los archivos de Arnaitz, con lo cual el riesgo se multiplica. Probablemente ha decidido que es el momento de eliminar todos los riesgos y... por eso le has dicho que estábamos en el Delfín.

—Exactamente. Piensa: ¿cuál crees tú que sería el mejor método para deshacerse de nosotros de una forma limpia, y sin que hubiera víctimas colaterales?

Peter palideció ligeramente cuando se dio cuenta.

—Joder, joder, joder. ¡Que el Delfín se hunda en alta mar! Una buena explosión y restos que no se pueden recuperar y se acabó el problema.

—Pensamos igual: el hijo de puta de mi cuñado ha decidido romper los vínculos familiares.

Ahora era Peter el que pareció tener una revelación, y levantando las manos señaló a Roberto con las dos mientras le decía:

—Roberto, ¿te has parado a pensar que si le pasa algo al barco y se hunde, se acaban todos nuestros problemas? Por un lado, los chavales que nos han robado desaparecen; y por el otro, como a todos los efectos los desaparecidos seremos nosotros, será el momento oportuno para hacerlo en realidad. Esperemos que nuestras deducciones sean correctas, y tu cuñado haya preparado todo para que el barco explote. Llama a José Luis y que nos deje la lancha. Vámonos a Gibraltar y desde allí volamos a donde sea.

—Había pensado que fuéramos en taxi, pero con las colas que hay para entrar en Gibraltar, mejor la lancha; tienes razón.

52. Explicaciones

Martes 22 de julio a las 09:45

—Bueno, todos sabemos por qué estamos aquí: teníamos que quitarnos de en medio. Nájla y yo estamos amenazados por estos mafiosos; a Bicho le conviene desaparecer también, ya que, por ayudarnos, le hemos metido en un lío. Sabemos que Peter y Roberto conocieron al Arnaitz de los vídeos en la cárcel, y planificaron la operación que ellos, muy poéticos, llamaron Renacer. Este Arnaitz es un terrorista de ETA, que quiso desvincularse de la banda y se asoció con Peter y Roberto para chantajear a alguien relacionado con el gobierno. Me imagino que de los detalles nos enteraremos en los vídeos que nos faltan por ver. Lo que sí tenemos medio claro es que han tenido que pillar a los políticos en algo gravísimo, para que hayan pagado el dinero que le dieron a esta gente.

—¿Y cómo sabemos cuánto dinero consiguieron?

—Aquí se complica un poco la cuestión informática, y quizás Bicho lo explique mejor que yo.

Bicho se le quedó mirando con la ceja enarcada en un gesto un tanto cómico:

—Álex, no nos cuentes rollos, que tú lo puedes contar exactamente igual o mejor que yo; pero ya que quieres que sea yo quien lo haga, vale. Después de analizar entre Sofía y yo los cientos de documentos que había en el disco duro de Peter, conseguimos averiguar que los dos socios tenían una cuenta bancaria en Belice, a nombre de una sociedad constituida en Delaware. Por si no lo sabéis, Delaware es el paraíso fiscal más opaco del mundo. Esta sociedad está formada por tres socios que, a su vez son los directores de la misma: lo que en España llamamos administradores. Esos directores son tres abogados.

—Pero si la sociedad no les pertenece, ¿y además no son los directores?
—preguntó Nájla.

—Estas sociedades se constituyen de forma que no aparezca en ningún sitio el propietario real. En prueba de ser el dueño de la sociedad, se tienen las acciones de la misma y unos poderes irrevocables, legalizados para poder ser utilizados en cualquier lugar del mundo, otorgados por cada uno de los abogados directores a favor de Peter Hockrote y Roberto Chantemôn. Pues

bien, en esa cuenta fueron depositados quince millones de euros.

El silencio que siguió se vio interrumpido por un «joder» de Nájla.

—Sí, pero el dinero estuvo allí poco tiempo.

—¿Y dónde fue?

—Fue a otra cuenta, a nombre de otra sociedad parecida, en el Banco Nacional de Panamá. Pero ya no quedan los quince. Han hecho dos pagos: uno de 2 millones de euros, y otro de 3 millones.

—Eh, ¡mirad! —Nájla les dijo mientras señalaba a una lancha—, me parece que es una patrullera de la Guardia Civil.

Alejandro reaccionó enseguida:

—Salgamos todos fuera, menos Bicho, y cuando se acerquen saludamos. Estamos a menos de 10 millas de Málaga y es normal que haya patrulleras por la zona. Actúad con normalidad, como turistas de crucero.

Tres o cuatro minutos después, la patrullera, que se había acercado a unos 50 mts, después de haberles visto, y respondido al saludo, siguió hacia el oeste.

53. Mejor en taxi

Martes 22 de julio a las 10:30

En menos de una hora, Dominic había hecho cerca de 40 kms, teniendo para ello que llevar la lancha casi al 80%; pudo comprobar en el GPS que había reducido la distancia con respecto al Delfin considerablemente. Bajando un poco el ritmo, para no llamar la atención, podría alcanzarlo en un poco más de una hora. Marc le había confirmado por teléfono que los socios estaban en el barco, y que debía proceder según lo acordado. Le dijo también que iban hacia Almería, lo que cuadraba con su actual rumbo.

—Bueno, sigue contando, ¿no? —dijo Nájla con una sonrisa a Bicho.

—Ok, vale. Una vez que averiguamos que estos mafias tenían el dinero en aquella cuenta en Panamá, Alex y yo llegamos a la conclusión de que la única forma de poder hacer justicia a Nájla era hacerles daño donde más les doliera: precisamente, intentar quitarles el dinero que tenían escondido. Alex me pidió que buscara algún *key logger* en el disco duro de Peter.

—¿Y se puede saber qué es eso? —interrumpió Nájla

—Un *key logger* es un software que se introduce en el ordenador a través del correo, o al descargar algo. Lo que hace es registrar las pulsaciones que se hacen en el teclado, para guardarlas en un archivo, y enviarlo por internet a quien haya instalado el código. Del registro de los datos del teclado se pueden obtener datos tan importantes como las claves de las tarjetas de crédito y toda clase de claves de acceso a cuentas bancarias, etc.

—¿Y había un *key logger* en el ordenador de Peter?

—Uno de los de última generación: se lo metieron con un troyano en el correo. Pero lo bueno de este *key logger* es que no sólo registraba las últimas 100.000 pulsaciones, sino que era capaz de registrar un gigabyte de *screen shots*.

—O sea, capturas de pantalla; joder con el *key logger*.

Cuando estaban saliendo del puerto de Marbella, mientras Roberto llevaba el timón, Peter se encargó de hablar con el director del banco en Gibraltar, para que fuera preparando el dinero que iban a recoger en un par de horas. La conversación no fue demasiado amable. Peter, más cabreado de lo que Roberto le había visto en bastante tiempo, terminó diciéndole:

—No me importa cómo pero quiero el dinero en dos horas y media. Fin de la discusión

Menos de dos horas después, llegaban a Gibraltar y dejaban atracada la lancha de José Luis en la parte más protegida de la dársena de poniente. El director del banco les pidió treinta minutos más para poder localizar todo el efectivo, así que los socios se sentaron en una terraza a esperar un poco.

Media hora más tarde, tras haber recogido casi setecientos cincuenta mil euros en billetes de quinientos nuevos, salieron de vuelta en taxi en dirección al Aeropuerto de Málaga. Estarían allí en menos de hora y media.

—Me imagino que todos entendéis la importancia de los *screen shots* o capturas de pantalla. Teníamos un fichero con toda la información en bruto para poder averiguar las claves de las cuentas bancarias de Peter y Roberto, pero es que además probablemente tendríamos los pantallazos de cualquier operación que hubieran hecho. El único problema era que la información estaba en un archivo sin organizar, en el que había muchos datos.

—Pero lo conseguiste, ¿no? —preguntó Nájla a Bicho.

—Estuve cerca de veinte horas trabajando sin parar, organizando el archivo, quitando más del 99% de la información que era porquería, y conseguí separar las secuencias en que aparecían las claves, que después pude verificar y ratificar con las capturas de pantalla. En definitiva: después de un montón de ensayos, con los que no os voy a aburrir, conseguimos las claves del banco en Panamá de Peter y Roberto.

—¿Y? —dijo Nájla, ya nerviosa.

—Primero comprobamos cada cuánto tiempo se conectaba Peter con el servicio a distancia del banco en Panamá. Comprobé que lo hacía de forma regular cada quince días. Y de la última vez que se había conectado, hacía tres días. El problema, y la suerte al tiempo, es que, repasando la documentación, encontramos una copia de las condiciones con las que estaba abierta la cuenta

bancaria, que establecía una retirada máxima de cinco millones de euros, por transferencia siempre.

—Nos enfrentábamos a unos cuantos problemas. En primer lugar, cualquier transferencia tarda 24-36 horas en ser abonada en cuenta, y eso no nos interesaba, ya que dejaríamos una ventana temporal de recuperación demasiado larga. Lo bueno es que la cuenta estaba adherida al protocolo Ripple, que, por si no lo sabéis es un sistema con protocolo de código abierto, con una criptomoneda propia, que permite transacciones financieras instantáneas de forma 100% segura, compatible con cualquier moneda. Lógicamente, en segundo lugar había una serie de medidas de seguridad importantes: estaba la clave principal, que era una secuencia de dieciséis caracteres alfanuméricos. Ésta no planteaba problema, porque la encontramos en un archivo de Word inocentemente llamado *codies*; pero luego había una segunda clave, que consistía en una frase.

—¿Cómo, una frase? —preguntó Sofía.

—Sí; la aplicación informática del banco tiene una subaplicación de audio que se pone en funcionamiento cuando alguien quiere realizar una transferencia. El día que el cliente visita por primera vez el banco para abrir una cuenta, en el banco hacen una grabación de una frase acordada con el cliente, para que siempre, cuando vaya a hacer una transferencia, utilice como clave final la pronunciación al micrófono de su ordenador de la frase que grabó al abrir la cuenta.

Bicho sonrió al comprobar cómo había captado la atención de todos, y continuó con su explicación:

—Como sabéis, la onda sonora de cada individuo es totalmente personal. Una frase pronunciada por un sujeto que haya sido registrada por un editor de audio de los de última generación, tendrá una onda de audio con las frecuencias sonoras específicas de la persona. En este caso, conseguimos encontrar la frase que había pronunciado Roberto, cuando abrieron la cuenta. Tuvo la ocurrencia de usar la de Pigmalión; ya sabéis, esa que dice: “La lluvia en Sevilla es una pura maravilla.”

—OK, pero, ¿cómo demonios conseguisteis la pronunciación?

—preguntó Nájla.

—Teníamos multitud de archivos de audio con las voces de estos dos elementos, que ellos mismos habían grabado en sus conversaciones con los concejales, alcaldes, políticos de todas clases, cerca de 25 horas de audio, en

total. Entre Sofia y yo, utilizando un programa de edición, fuimos cortando de cada audio cada una de las palabras de la frase que iban apareciendo. Y, a través de unos plugins y del buen oído de Sofia, les dimos el timbre adecuado para conseguir la mayor naturalidad posible en esa frase creada con palabras sueltas de Roberto. El resultado fue perfectamente creíble.

—Mientras nosotros estábamos haciendo todo esto, Alex estaba,... Bueno; mejor que os lo cuente él.

54. Pardini 9 mm

Martes 22 de julio a las 12:45

La verdad es que, con los avances tecnológicos que tenían los barquitos y lanchas actuales, resultaba un tanto aburrido ir al timón: el piloto automático lo hacía prácticamente todo. Dominic estaba un tanto adormilado por la falta de sueño y por la monotonía de la navegación, pero consultó el GPS y se espabiló inmediatamente. Los tenía a menos de dos millas. Tendría que procurar no acercarse demasiado, por lo que se dirigió a la cocinita, se hizo un té, y después se sentó al timón, gemelos en mano, para ir controlando la distancia.

Se acababa de abrir la línea de facturación del vuelo Málaga-Lisboa, en el que Peter había conseguido comprar billetes, pues no iba completo. Directamente se colocaron en cola para hacer el *check in*. Todavía faltaban dos horas y cuarto para la salida. Había muy poca gente en la cola, y en menos de diez minutos les llegó su turno.

—Documentación y billetes, por favor —les pidió una azafata morenita, con un lunar en la mejilla.

Aunque Peter sabía que la chica no sería capaz de detectar la falsedad de los pasaportes que le acababa de entregar —el suyo, un pasaporte inglés a nombre de Marcus Jones; y el de Roberto, uno español a nombre de Pedro Armendáriz-, se quedó mirándola para observar su reacción. No hubo ninguna. Se limitó a abrirlos, comprobó los nombres y les devolvió los billetes con la factura- ción hecha.

—Gracias.

Alejandro carraspeó ligeramente, antes de tomar el testigo de Bicho.

—Estaba claro, que si conseguíamos quitarles el dinero a estos elementos, en algún sitio tendríamos que meterlo. Ellos nos dieron la idea con su sociedad panameña, así que eso fue exactamente lo que hice: en primer lugar

constituí una sociedad en Delaware, el paraíso fiscal más opaco del mundo, a través de un bufete americano, y la vinculé a una cuenta bancaria. A continuación, creé una sociedad en Panamá con tres testaferros como directores, los cuales otorgaron poderes irrevocables a mi nombre y al de Nájla. Les pedí que abrieran una cuenta bancaria en una entidad de Panamá, firmando ellos como apoderados provisionalmente. Con las dos sociedades y las cuentas bancarias, ya teníamos la infraestructura necesaria para limpiar a Peter y a Roberto.

—El último problema al que nos enfrentábamos, para poder sacar el dinero de la cuenta de los dos socios, no era ya un filtro de seguridad, sino simplemente un sistema de avisos de transferencia. Es un sistema muy habitual en casi todos los bancos: cada vez que se hace una transferencia, una vez que has introducido todas las claves de seguridad que correspondan, la aplicación informática del banco envía un mensaje de texto al móvil del titular, confirmando que se ha realizado la operación.

—Pero entonces, en el momento que hicierais la primera transferencia, sabrían perfectamente que alguien estaba limpiándoles la cuenta y reaccionarían—dijo Sofia.

—Pues sí; esa posibilidad existe. No sabemos lo que pasará mañana, pero... —dijo Alejandro sin poder evitar una sonrisa, a la que se unió Bicho—, la primera transferencia... ya está hecha.

—¿Cómooo? —preguntó Nájla, quedándose con la boca abierta.

—Sí; esta mañana, a las seis, Bicho y yo hemos hecho la transferencia antes de salir de Fuengirola. Bicho se ha conectado con el banco con su portátil, a través de varios proxies para que fuera imposible localizarlo. Al solicitar la transferencia, nos han pedido la clave; la hemos metido, y aceptado; hemos introducido los datos de la cuenta de nuestra sociedad en Delaware, como beneficiaria; y para terminar el proceso, el sistema nos ha pedido la frase de Roberto. Eso ha sido lo mejor, Bicho la tiene grabada en su portátil, la ha reproducido, ¡y la aplicación informática del banco la ha aceptado inmediatamente! Nos ha transferido cinco millones de euros a la cuenta de Delaware, y desde allí, ya los hemos transferido a Panamá.

—Cinco millones, ¡Guau! —dijo Sofia— pero, ¿así de fácil? Cuando se enteren estas mafias, nos van a querer matar.

—¿Y tú crees que vamos a poder coger el resto? —preguntó Nájla, con los ojos brillantes, no de avaricia sino de excitación.

—No lo sé. Todo depende de que Peter vea o no el mensaje en su móvil. Mañana, desde Marruecos, intentaremos hacer la segunda transferencia, y entonces veremos si el sistema nos la bloquea o no. Pero, de momento, ya tenemos cinco millones en nuestro banco.

—Y quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón —apostilló Nájla riéndose—; pero, ¿qué vamos a hacer con tanto dinero?

—Sobre eso tengo una idea, que os contaré cuando lleguemos a Panamá y recojamos los poderes. Por cierto: es curioso que el móvil de Peter no haya cambiado de sitio desde ayer.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Nájla.

—Bicho tiene una aplicación de geolocalización de móviles vía satélite. Le introdujimos los datos del teléfono de Peter ayer y nos dio la localización exacta -bueno, con un margen de error de 30 metros-. En la zona de Marbella en la que lo situó, no podía estar en otro sitio que en su despacho.

—Pero, entonces, si por casualidad se hubiera dejado el móvil en el despacho

—Pues hasta que no vuelva al despacho y lo recoja, no verá el mensaje que le haya mandado el banco. Así que mañana, de madrugada, intentaremos hacer la segunda transferencia antes del horario de apertura del despacho.

—Me encantaría ver la cara que se les queda a estos cabrones cuando vean el mensaje —dijo una Nájla sonriente, casi con cara de mala.

55. El precio a pagar

Martes 22 de julio a las 12:45

Peter miró el móvil durante unos segundos y llamó a su exmujer; quería despedirse.

—¿Elena?

—Hombre, el perdido. ¿Qué teléfono es este?, ¿uno nuevo? ¿Ya te has metido en algún lío? ¿No ibas a venir a ver tu hijo “todos los fines de semana, sin falta”? ¿Qué te ha pasado; que has tenido que entretener a alguna andaluza?

—Elena, vale ya. Quiero hablar con el niño.

Elena dejó el teléfono descolgado en la mesa de la cocina, y se la oyó llamando al niño:

—Pedro, ponte, que tu padre se ha dignado llamarte.

Se oyó una carrerilla de pisadas todavía torpes.

—Papá, me ha regalado el tío Sergio un coche teledirigido; es genial, es como el de Cars, ya sabes, Rayo McQueen y luego vamos a ir a la piscina.

—Bueno, y ¿cómo llevas la natación?

—Nadar, nadar, regular, pero buceo estupendamente y mamá me ha comprado unas gafas para poder ver debajo del agua.

A Peter se le empezó a hacer un nudo en la garganta. Esto es lo único que no sabía si iba a poder soportar. Él quería a su hijo. Sin duda, era lo mejor que le había pasado en la vida, y hasta ahora, por lo menos, había podido verle un par de veces al mes; pero... a partir de su huida, iba a pasar bastante tiempo sin verle. Además, también quería a la madre, aunque ahora estuviera siempre cabreada como una mona.

—Pedro, papá tiene que irse a un viaje muy largo, y va a estar un tiempo sin ir a verte.

—¿Dónde vas a ir? ¿Puedo ir contigo?

—No cariño; es un viaje de trabajo. Te voy a echar mucho de menos.

—Yo también te voy a echar de menos papá. Me voy, que empieza Phineas y Ferb. Un beso.

Segundos después, Elena retomó el teléfono.

—Elena, déjame hablar un minuto y escucha: voy a estar fuera una temporada larga.

—No habrás hecho alguna, y vas a entrar otra vez en la cárcel, ¿no?

—No, no. Es más bien que hemos decidido ir a hacer negocio a otro país.

—¿Qué pasa? Que aquí ya os tienen fichados, ¿no?

—Sí, mira: intentaré mandarte un teléfono seguro y todos los sábados me conectaré a las 15:00, hora española, para poder hablar con el niño. Ah, y no te preocupes por el dinero: el banco tiene orden de transferencia periódica, así que, aunque yo no esté por aquí, te lo seguirán mandando todos los meses.

Hubo un pequeño silencio al otro lado de la línea.

—Peter, ¿no te habrás metido en algún lío gordo?

—No, pero hablamos el sábado que viene. Dentro de un par de semanas te cuento. Créeme, por favor: sólo quiero lo mejor para ti y el niño. Un beso.

Peter colgó, sin esperar respuesta de Elena. Estaba sudando. Estaba claro que esto se le iba a hacer cada vez más difícil y la solución la tenía clara, pero tendría que instalarse primero.

—Roberto, ¿te has deshecho ya del móvil? Yo dejé el mío en el despacho.

—Sí. Mientras hablabas, he cambiado la sim, y he destruido y tirado la vieja.

En ese mismo momento, en la oficina de Tax saving, en Marbella, Mariló, la secretaria de Peter, volvió a entrar en su despacho, y una vez más vio el teléfono sobre la mesa. Esta vez se tomó el tiempo de acercarse y ver cuál era el mensaje que no vio la última vez:

—*National Bank of Panama informs you that your transfer order of 5000 K has been succesfully completed.*

—Jooder, eso son cinco millones de euros; tengo que hablar con ellos — dijo, hablando consigo misma en voz alta. No se lo pensó más y, saliendo del despacho, cogió su móvil y marcó el número de Roberto. Estaba apagado o fuera de cobertura.

—Atención, atención: informamos a los pasajeros del vuelo AD2004 con destino a Lisboa que, por motivos de redistribución de los *slots* de salida, nos vemos obligados a retrasar el vuelo hasta nuevo aviso. Gracias por su

paciencia.

—No me jodas —dijo Roberto, estirándose mientras se levantaba y se iba directamente al mostrador de información de la compañía.

Tres minutos después y más cabreado de lo que se había levantado se volvió a sentar junto a Peter, jurando en arameo.

—Al final tres o cuatro horas, amigo. Habríamos llegado antes en un coche alquilado.

—Ten un poco de paciencia. Voy a llamar al despacho para dar instrucciones.

Peter tecleó el teléfono del despacho. A los dos tonos, respondieron:

—Tax saving, buenos días; ¿en qué puedo ayudarle?

—¿Quién eres? Oye, ¿no está Mariló por ahí?

—Soy Reme. No, Mariló ha tenido que ir al médico; le iban a hacer una resonancia.

—Bueno, dile cuando vuelva que abra la caja fuerte y abra un sobre que tiene con su nombre. Dentro encontrará un poder notarial e instrucciones. Que me llame cuando vuelva.

—No te preocupes, Peter; cuando vuelva, le doy el recado.

56. Sidi Moumen

Martes 22 de julio a las 15:50

Tras unas horas de navegación, el Delfin había llegado al punto que más se acercaba al de encuentro con Abd el Krim aquella tarde, o al menos eso habían calculado Alex y Bicho. Todavía eran sólo las cuatro; tendrían que esperar unas tres horas y media. Bicho echó el ancla, y todo el mundo se tumbó a descansar un rato. Él no tenía sueño, por lo que abrió su portátil y decidió seguir viendo uno de los dos últimos vídeos de Arnaitz que no había visto todavía. Después de los prolegómenos habituales, Arnaitz siguió con su historia:

—Nos volvimos al hotel, para intentar averiguar cuáles eran los planes del Sirio. A la mañana siguiente, le vimos entrar en una agencia de viajes y salir unos 15 minutos después. Entré en la agencia y, haciéndome pasar por agente de la Udyco, le dije a la recepcionista que estábamos vigilando al individuo que acababa de salir. Conseguí que me dijera que había comprado un billete para Casablanca para primera hora de esa tarde, con vuelta al día siguiente por la tarde, a nombre de Rahman Idrissi. Sabía que corría el riesgo de que la chica llamara a la policía, pero por mi experiencia, ya que el numerito de la Udyco lo había hecho varias veces, generalmente la gente no quería complicarse la vida.

—Lo de ir a Casablanca nos resultaba imposible, ya que teníamos que recoger a la niña al día siguiente por la mañana de la casa de mis suegros en Meatzerreka, para llevarla al colegio bilingüe en Leioa. Bueno; lo que estaba diciendo. No podíamos ir a Marruecos, así que decidí llamar a un ex compañero del módulo superior de informática, un marroquí que se había ido a trabajar a su tierra y que estaba muy implicado en la lucha contra el régimen de Mohamed VI. Me llevaba muy bien con él, porque compartíamos ideas y conceptos de la sociedad ideal. Se llama Karim, y toda su obsesión era conseguir modernizar Marruecos, despertando en los jóvenes el afán por la cultura y educación; pero, como él decía, “antes de estudiar y aprender, hay que comer.”

—Le di los datos del vuelo del Sirio, y el nombre con el que estaba viajando, y le expliqué que necesitábamos saber con quién se reunía y hablaba

en Marruecos; y si pudiera ser, aunque sabía que era muy difícil, me interesaba mucho averiguar qué es lo que decían. Karim me debía un favor, que en su momento fue muy importante para él: cuando éramos estudiantes, le presté 600 € para que pudiera llevar a su novia a abortar a una clínica privada. No es que yo tuviera intención de recordárselo, pero él, directamente, me aseguró que haría todo lo que pudiera.

—A la noche siguiente, ya en casa, me llamó y me contó que no había perdido de vista al Sirio desde que aterrizó en Casablanca. Me acuerdo perfectamente de todo lo que me contó Karim:

—Nada más bajar del avión, el individuo no tuvo que esperar a coger la maleta, porque no traía equipaje. Sólo llevaba una pequeña bolsa de mano. Salió rápidamente del aeropuerto y tomó un taxi, al que pudimos seguir en mi moto. Conmigo venía Aarhin, uno de los chavales que trabaja conmigo en el proyecto de alfabetización. El Sirio se fue directamente al hotel “Luna de Marruecos”. Entré en el hotel, donde conocía a uno de los botones, que comprobó que el individuo se había registrado con el nombre de Rahman Idrissi. Poco tiempo después, tras haber comido algo en su habitación, hacia las 17:30 de la tarde salió del hotel, cogió un taxi, y empezamos a seguirle. Preferí que Aarhin, el joven ceutí que me acompañó al aeropuerto, viniera conmigo, porque podía resultar útil en multitud de entornos.

—Tu Sirio se dirigió a la zona oeste de Casablanca, casi a unos ocho kilómetros, entrando ya en una de las barriadas más conflictivas, que se llama Sidi Moumen. Me imagino que te sonará: se hizo famosa el año pasado, porque los integrantes del grupo combatiente marroquí Salafiya Al Islamiya, que realizaron los atentados de 16 de mayo en Casablanca, en una gran mayoría procedían de allí.

—Sidi Moumen es una barriada totalmente deprimida, carente de cualquier infraestructura o servicio mínimos, infestada de chabolas, pobreza y miseria. Desde el aire, solamente se ven techos de uralita. Como comprenderás, es el caldo de cultivo ideal para el descontento, que los fundamentalistas utilizan para reclutar nuevos muyaidines.

—Parecía que el individuo que seguíamos, al que tú llamas el Sirio, conocía bien la zona. Una persona normal no le habría pedido a un taxista que le dejara donde éste le pidió a su taxista que lo hiciera. Paró el taxi, más que nada, porque no se podía seguir en coche; la calle, ya no es que no estuviera asfaltada y sin ningún tipo de infraestructura, sino que tenía un socavón en el

centro como de 50 centímetros de profundidad, lleno de agua marrón, que hacía arriesgado el paso con un vehículo, porque no se podía saber la profundidad. Era una táctica habitual en Sidi Moumen para impedir el paso de los coches de la policía. En uno de los lados de la calle, todo un conglomerado de cuerdas conformaba una galería multicolor de ropa colgando, que hacía casi imposible el tránsito por aquel lado. Solo quedaba el otro, un pasillo un tanto estrecho, como de un metro, por el que entrar; y fue por allí por donde se metió el Sirio. Anduvo unos cien metros, pasando lo que se llama en el argot de la zona un puesto de frontera, donde siempre hay un individuo listo para informar de quién se acerca, y se metió en una tetería. Yo no podía acercarme hasta allí; hubiera dado lugar a sospechas por mi aspecto, que se había occidentalizado demasiado para pasar desapercibido en ese barrio. Pero mi acompañante sí que podía. Aarhin tiene 23 años, pero, delgaducho que está y bajito como es, parece que tiene 17 años como mucho. Yo le había pedido que viniera vestido como suelen ir tantos miles de jóvenes sin empleo que hay en Marruecos, y fue todo un acierto, ya que con ese aspecto no le fue nada difícil acercarse y, sin que nadie le hiciera caso, entrar en la tetería.

—Cualquier idea que pudieras tener sobre cómo es una tetería, no la tengas en cuenta para imaginarte ésta. Una simple habitación de unos 30 m², iluminada por una luz mortecina más amarilla que blanca, con un olor mezcla de orines viejos y menta fresca que todo invade. Cuando Aarhin entró, el Sirio ya estaba sentado a un lado de una mesita. Al otro lado estaba sentado un hombre entre fuerte y gordo, calvo pero con la típica barba de los musulmanes devotos, y unas manos enormes que en todo momento tuvo entrelazadas en lo alto de la mesa, jugando con las cuentas de un *tashbi*, ya sabes, parecido a vuestro rosario. Aarhin se sentó en el otro extremo de la habitación para no resultar sospechoso. Desde donde estaba, no podía escuchar absolutamente nada de lo que decían, ya ellos que hablaban en susurros, pero, desactivando el flash de la cámara de su móvil —los jóvenes de su edad pueden no tener un céntimo, pero todos tienen un móvil de última generación-, empezó a manipularlo aparentando que escribía mensajes, o algo parecido, y consiguió hacer un par de fotos, aunque de mala calidad.

—Estuvieron dentro del local unos quince minutos. Cuando Aarhin creyó que se estaban despidiendo, me envió un sms diciéndome que se quedaba en la tetería; que me marchara, que él iría más tarde. Acto seguido me mandó un

mms con las dos fotografías del Sirio y su acompañante. Aunque no eran demasiado buenas, se veían las caras. Después de aquello, seguí al Sirio de vuelta a Casablanca, y lo vi meterse en el hotel. Otro colaborador mío se quedó de guardia, lo que no sirvió para mucho, ya que no salió del hotel para nada hasta el día siguiente, en que cogió un taxi directamente hacia el aeropuerto.

—De vuelta en el despacho, aquella misma noche conseguí a través de un fotógrafo colaborador averiguar quién era el acompañante de El Sirio: me dijo que es un emir, que, por si no lo sabes, es como se llama a las cabezas de cada una de las células de Salafiya Al Islamiya. Este grupo islamista se organizó siguiendo la línea Al Qaeda, en células independientes completamente aisladas, de forma que los integrantes de una célula no conocen a los de ninguna otra. Así, en caso de ser capturados por la policía, no pueden dar información sobre el resto de las células, porque no la tienen.

Arnaitz hizo una pausa y continuó:

—El individuo en cuestión tenía el mote de Errabaa. Aarhin me contó que, nada más marcharse el Sirio, hizo 8 o 10 llamadas por el móvil, y a los quince minutos entraron en la tetería tres muchachos de unos 18 a 20 años, que se sentaron en su mesa. Estuvo hablando con ellos durante quince minutos, y luego los chicos se marcharon. A la media hora llegaron otros tres muchachos, y se repitió la operación. Conocía a uno de los jóvenes de haberlo visto por el centro de estudios islámicos, pero como estaban totalmente embebidos en lo que les estaba explicando el emir no prestaron atención a la salida de Aarhin de la tetería.

Se oyó la voz de Roberto, que interrumpió la grabación para decirle a Arnaitz

—Bueno, blanco y en botella...

Arnaitz asintió con la cabeza mientras le contestaba:

—Pues sí, estaba claro cuál era el encargo que tenía el Sirio: reclutar fundamentalistas; y, teniendo en cuenta su conversación conmigo, adonde iban a ir, no irían por turismo.

57. La mezcla

Martes 22 de julio a las 17:30

Dominic se había alejado casi cuatro millas. Para ver bien el Delfin, necesitaba de los prismáticos, pero en esa posición estaba más seguro. En uno de sus anteriores avistamientos, le había parecido distinguir alguna figura femenina. Igual los socios habían anclado el barco para poder disfrutar de sus acompañantes. De todas maneras tendría que estar pendiente hasta que empezara a oscurecer. El sol se ponía a las siete y media. Esa sería una buena hora.

Alejandro, después de los quince primeros minutos tumbado en uno de los sillones del salón, se levantó y, cuando comprobó que las chicas estaban durmiendo y que Bicho parecía entretenido viendo algo en el portátil, abrió la portezuela de acceso a la parte inferior del barco, y se acercó hasta la parte trasera de los motores, donde había dejado el bote de plástico con el clorato potásico desmenuzado.

Lo abrió y empezó a mezclar el azúcar, hasta que hubo prácticamente la misma cantidad de una sustancia que de la otra. Ahora el secreto estaba en moverlo muy suavemente, para que fuera ligando la mezcla, pero sin producir fricción que acabara generando calor. De todas maneras, la mezcla era bastante estable, en ausencia de llama o fuente de calor.

Una vez que la ligazón de las dos sustancias le pareció apropiada, cerró el bote herméticamente, e introdujo unos quince centímetros de mecha, dejando cerca de un metro y medio fuera. La mecha estaba completamente impregnada; no tenía por qué dar ningún problema en su combustión. Alejandro ya había comprobado que la mecha quemaba a razón de un centímetro cada dos segundos, por lo que tendrían cerca de cinco minutos para abandonar el barco. Lo dejó todo preparado, y volvió a subir al salón de cubierta.

—Alex —le dijo Bicho.

—¿Qué pasa?

Bicho le explicó lo que había visto en el archivo de vídeo. Alejandro

reaccionó casi violentamente:

—Bueno; esto es acojonante. O sea, que todo lo investigado y juzgado no es más que cuento para la plebe; y nosotros, por puro accidente, nos damos de bruces con el que fabricó las bombas que, por la fecha, casi con toda probabilidad se usaron en el atentado de Madrid. Y además, lo peor es que hay un hilo claro que conduce a algún político, y eso explicaría por qué se sometieron al chantaje de Roberto y Peter, y les pagaron todo lo que les pidieron en su momento.

—Señores pasajeros, nos agrada comunicarles que en 15 minutos se procederá al embarque para el vuelo AL1034 Málaga Lisboa por la puerta B67. Por favor diríjense a la puerta de embarque B67. Gracias.

—¡Venga Peter! Mueve el culo, a ver si salimos de Málaga ya de una puñetera vez.

—Deberías de ir acostumbrándote a usar los nuevos nombres que aparecen en los pasaportes, ya sabes. Ahora te llamas Pedro Armendáriz.

—Sí, y tú Marcus, ¿qué más?

—Facilito: Jones.

Unos cuarenta minutos después, y de forma muy cívica, cuando el cartelito del cinturón obligatorio dejó de estar iluminado, Roberto se lo desabrochó y sacó el portátil de Peter.

—Oye, pásame el pendrive con los vídeos de Arnaitz. Ya casi ni me acuerdo de su cara.

En menos de un minuto, tenía delante el reproductor de vídeo, en el que se veía la imagen congelada de Arnaitz en una de sus últimas declaraciones en Villanubla. Se arrellanó en la butaca como si fuera a ver una película: le gustaba recordar cómo había sido todo. Presionó el play y Arnaitz empezó a hablar:

—Después de haber podido comprobar las relaciones que el Sirio tenía, por un lado en Madrid, con el hombre de gris, como ya os he explicado, y por otro en Sidi Moumen, bastión fundamentalista de Marruecos, me limité a esperar a que se pusiera en contacto conmigo

—Bueno, ¿y quién cojones era el hombre de gris? —preguntó la voz de Roberto.

Arnaitz dudó unos instantes, pero contestó:

—Dio la casualidad de que por aquel entonces, yo conocía muy bien a uno de los programadores que trabajaba en la empresa que había diseñado el software de gestión del Ministerio de interior.

—¿Un etarra como tú?

—No. Antes que etarra, como tú dices, yo era un buen técnico informático; me movía bien en el mundo del *hacking*, y además el chaval no tenía ni idea de que yo hubiera pertenecido a la banda. Conseguí que me diera acceso a los historiales de cada uno de los altos cargos, con todos sus datos personales, móviles privados, direcciones particulares. El individuo en cuestión, el hombre de gris, se llamaba Antonio Oreja Perdhi y era un alto cargo dentro de la infraestructura de seguridad del Estado. Después sería el más cercano al Ministro de interior. Todo el dossier fotográfico, con la información de cada una de las personas implicadas, contraseñas, todo, está alojado en la nube: en *Cloudstore*, con mi nombre como usuario y una secuencia de 20 caracteres que le pasaré a Peter como clave de acceso. Podéis acceder a la información como soporte probatorio.

—Bueno; vale. ¿Cuánto tardó el Sirio en llamarte?

—Exactamente a los dos días de haber estado en Sidi Moumen, recibí un SMS: “*Mismo sitio, misma hora, mañana.*”

—Al día siguiente me fui solo, en mi coche, y por la tarde entré en el mismo bar de vinos en que nos habíamos visto por primera vez. El Sirio estaba en una mesa distinta a la de la última vez, en el lado opuesto. Nada más sentarme, me dijo:

—El trabajo es para dentro de unos días.

Pasándome un sobre grande, me explicó:

—Ahí tienes las instrucciones de lo que tienes que hacer. Léelo, memorízalo y me lo devuelves. Ahí van 25.000, te pagaré 75.000 € por hacer el trabajo. El resto al final.

—Antes de contestarle, leí el folio que contenía el sobre. Quería que le preparara unos 10 paquetes con 7 u 8 kgs de explosivos, dotados de mecanismos de detonación conectados a los tonos de llamada de respectivos teléfonos móviles, y que los entregara en la dirección que me diría en el último momento. Acercándome ligeramente le dije:

—Son muchos kilos de explosivo. No va a ser fácil conseguirlos. Tendré que acudir a distintas fuentes.

—El Sirio miró alrededor, pero no tenía por qué preocuparse. Había tanto ruido que teníamos que levantar la voz para oírnos el uno al otro. Nadie nos oiría.

—Tú lo puedes hacer, y estoy seguro que sabes dónde acudir.

—Si yo pongo el material, y con tan poco tiempo, no lo voy a hacer por menos de 250.000€. De esa manera yo te organizo toda la operación y asumo todos los riesgos.

—Fue la primera vez que vi al Sirio perder la compostura. Incluso se echó ligeramente hacia atrás en la silla mientras subía la mano derecha y se apuntaba con un dedo la sien, a la vez que lo giraba, y me decía:

—¡Estás loco, o qué! ¿Qué coño te crees que vas a organizar tú?, ¿la Tercera Guerra Mundial?

Jugué bien mis cartas y no me inmuté. Cuando terminó con sus gestos, le dije:

—Si te interesa, ese es el precio, y sé que lo puedes pagar. Si no te interesa, búscate a otro: cualquier chapucero de los que usáis habitualmente, a los que les acaban explotando los paquetes y se quedan en el sitio.

—¡Pero eso es, es imposible; yo no puedo!

—Ese es mi precio. Este trabajo lo hago y lo cobro yo personalmente; me imagino que me entiendes. Quiero 150.000 euros para empezar, y el resto, en el momento de hacer la entrega, totalmente preparada para ser usada.

—El Sirio se quedó en silencio, mirándome. Le devolví su sobre con las instrucciones.

—Si te interesa, me lo dices ahora, y me haces llegar el dinero donde yo te diga.

—El Sirio no estaba acostumbrado a estas exigencias, pero yo sabía que podía pedírselo, y no iba a perder la oportunidad. Esta vez, el dinero iba a ser para mí: tenía que garantizar que Amaia y la niña tuvieran algo, si iban a por mí. De todas formas, las relaciones con la banda ya estaban bastante deterioradas. Cada uno iba a lo suyo y los ideales habían desaparecido: sólo había una lucha de poder. Yo no iba a ayudar a que ninguno se consolidase como cabecilla. Ya era hora de que me preocupara de mi mujer y de mi hija.

Interrumpió el relato la voz de Roberto:

—Macho, tú tiras con bala; casi 34 kilos.

Arnaitz, que tenía la cabeza inclinada, levantó los ojos y echó una mirada que nunca le habían visto ni Roberto ni Peter. Hasta tal punto fue significativa,

que Roberto enseguida rectificó:

—Vale, vale.

—¿Tú sabes, so gilipollas, lo que yo arriesgo con un encargo así? Puede ser toda una vida de cárcel, por un dinero que tú ganas robando en dos promociones, así que te agradecería que no hicieras comentarios idiotas.

A Roberto, ahora, casi siete años después, viajando en el avión hacia Lisboa, pareció molestarle todavía el insulto de Arnaitz; pero no por el insulto en sí mismo, sino porque tenía razón en que había sido un comentario idiota. Cerró la tapa del portátil y, pegando la cabeza entre el respaldo y la ventana, intentó dormir.

58. Puntualidad

Martes 22 de julio a las 19:10

—Allí están — dijo Alejandro, señalando en dirección al sur, a un barco de pesca que debía ser de mediano tamaño—. Venga, chicos: preparad todas las cosas, y procurad dejar todo lo que hemos acordado.

Nájla y Sofía, bastante nerviosas, aseguraron sus mochilas y comprobaron que habían dejado unas cuantas cosas personales, que probablemente servirían para identificarles: una cartera de corcho con algunos papeles de Alex, una mochila de plástico roja con documentación de Nájla.

—No se os olvide dejarlas en cubierta, no dentro, ¿vale?

—Vale, vale —dijeron las dos a dúo. Después se turnaron para ir al cuarto de baño; los nervios les podían.

Dominic vio, desde muy lejos, la maniobra de acercamiento del barco de pesca, que iba aproximándose al Delfín y, sin embargo, cuando iba llegando, hizo un gran círculo para dar la vuelta, aunque, curiosamente, se paró al otro lado del Delfín. A lo mejor, les hacía falta algo, pero era imposible ver nada, a la distancia a la que se encontraba. Esperaba que se fueran rápido; se acercaba la hora, y ya estaba empezando irse el sol.

El barco de pesca del tío de Abd el Krim maniobró hasta que su amura de estribor se colocó a babor del Delfín. Una vez abarloado, un hombre mayor, con poco pelo y barba color pimienta, que debía ser el tío de Ab del Krim, le dio a Bicho un extremo de un calabrote, para que lo amarrara al Delfín y así estuvieran unidos, mientras Alejandro ayudaba a pasar a Sofía y Nájla al pesquero, y luego les daba las mochilas de los cuatro. Alejandro bajó corriendo a la zona de motores, y encendió la mecha que había dejado preparada. Comprobó durante unos segundos que ardía bien; subió, también corriendo, a cubierta, y dijo a Bicho:

—¡Pega un salto, que nos vamos!

Bicho soltó la barloa y saltó al pesquero, cuyos viejos motores de gasoil inmediatamente empezaron a ronronear, mientras se iban revolucionando, y empezaron a despegarse del Delfín y a navegar en dirección al sur.

En el pesquero solamente estaban Abd el Krim y su tío Mimoun, que llevaba ya muchos años faenando en aquellas aguas. Después de los abrazos por parte de Abd el Krim, al que le faltaba tiempo y aire para poder contar todo lo que quería decir a sus amigos, Alejandro le pidió que parara un momento.

—¿Qué velocidad alcanza este barco, Abd el Krim? Tras consultar con su tío, el joven contestó:

—Puede llegar hasta 22, pero estamos haciendo cerca de 16 nudos.

Era un barco que estaba entre el típico de pesca de bajura y un cerquero. Alejandro estaba preocupado pensando que quizá no les diera tiempo a alejarse lo suficiente del Delfín antes de la explosión; no ya porque ésta pudiera tener efecto en ellos, sino porque alguien pudiera verlos cerca, y relacionarlos.

—Abd el Krim, dile a tu tío que, por favor, ponga el motor a toda velocidad, aunque sea solamente los próximos cinco minutos. Tenemos que alejarnos todo lo posible de aquí.

Bicho hizo un cálculo rápido:

—Si vamos a 22 nudos durante cinco minutos, cuando el petardo explote estaremos a casi cuatro kilómetros de aquí. Prácticamente, ni lo veremos.

Abd el Krim, que había oído a Alejandro, en su español fuertemente acentuado les dijo:

—El problema principal en esta zona son las patrulleras de la guardia civil; pero no os preocupéis, yo ya me he encargado de eso.

Sin mucho interés, y desde la distancia, Dominic vio cómo se alejaba el barco de pesca que se había acercado al Delfín. Como había pensado, simplemente debía haber ido a saludarles, o algo parecido. Se levantó del sillón de mando, se estiró e hizo algunos ejercicios para desentumecer los músculos que habían estado inactivos tantas horas. Se acercó a la neverita y, después de beber un poco de agua, abrió su mochila y sacó el pequeño maletín que contenía el emisor. Se encontraba a unos cuatro kilómetros del Delfín;

pensó en acercarse un poco más, para asegurarse que no hubiera problema de interferencia con la emisión de la onda, pero finalmente decidió no hacerlo. Consideró que la distancia era la apropiada, y dejó el motor de su lancha al ralentí, mientras ponía el interruptor del emisor en la posición de encendido. Miró su reloj; eran las 19:24 en punto. Esperaría hasta las 19:30 exactamente.

59. Sabah al Heir

Martes 22 de julio a las 19:29

El Sabah al Heir, que así les dijo Abd el Krim que se llamaba el pesquero, se había alejado ya más de cuatro kilómetros del Delfín, y todos estaban en la borda expectantes, mirando hacia atrás, aunque no podían distinguir el barco a simple vista.

Dominic miró su reloj; eran las 7:29; faltaban solamente diez segundos. Empezó la cuenta atrás con el dedo puesto en el interruptor: nueve, ocho, siete, seis, cinco... Pero no pudo terminar, porque, de repente vio al Delfín completamente envuelto en llamas.

Aunque se quedó un par de segundos sin reaccionar, enseguida tomó los prismáticos con una mano y enfocó: una bola de fuego que procedía del centro del barco parecía estar creciendo por segundos, envolviéndolo por completo. Con el labio inferior involuntariamente caído por la sorpresa, la mirada de Dominic iba del Delfín en llamas al interruptor del emisor que no había presionado todavía. De forma totalmente involuntaria, quizás en un acto reflejo, presionó el botón mientras sostenía los prismáticos con la otra mano; y entonces sí, entonces sí oyó una fuerte explosión, que se añadió a los efectos del fuego en el que ya estaba envuelto el Delfín.

Cuando, unos segundos después, Dominic se recuperó completamente del shock inicial, al darse cuenta de que la primera explosión no había sido causada por su artefacto explosivo, el cual sí había explotado también, pero después, empezó a barajar mentalmente todas las posibles causas de aquella situación.

Mientras tanto, a bordo del Sabah al Heir, también habían visto el fuego y la explosión, aunque desde mucho más lejos. Todos se quedaron en silencio durante al menos un par de segundos, hasta que Bicho lanzó un grito al aire, en señal de victoria:

—Yuhuuuu ¡Sí, sí! ¡El primer paso hacia nuestra nueva vida está conseguido!

Y mientras se abrazaban todos entre sí, Abd el Krim, que había traído una botella de champagne para celebrar, empezó a llenar los vasos de plástico, luchando con el bamboleo del barco. No hubo vaso del que no se cayera la mitad a la cubierta del pesquero, pero aun así, todos brindaron a voz en grito:

—¡Por nuestra nueva vida!

Alejandro volvió la cabeza hacia el Delfín. Le parecía haber oído una explosión que no tenía mucho sentido después de la llamada inicial; debería haber tardado bastante más, pero no le dio mayor importancia: seguramente sería el depósito de gasoil.

Dominic seguía pensando en la explosión. Él estaba totalmente seguro de que no había provocado la deflagración; pero, si no había sido él, entonces, ¿quién?

¿Habría hecho Marc que se colocará otro artefacto, por si acaso el de Dominic fallaba? No tenía ningún sentido: nunca había fallado antes, por lo que Marc no tenía ninguna razón por la que pensar así. Decidió acercarse a los restos de la explosión. No sabía si quedaría algo, porque había sido cuestión de minutos el que el Delfín desapareciera bajo el agua. Toda la zona alrededor del mar de Alborán era muy profunda, por lo que si la policía o la guardia civil quisiera intentar bajar para examinar los restos del barco, les sería completamente imposible. Lo único que posiblemente aparecería en la superficie en un par de días, serían los cuerpos de los dos socios y de las chicas que iban con ellos...

Al llegar a este punto del razonamiento, Dominic tuvo como un flash, un fogonazo mental que le hizo ver claro de repente. El barco de pesca, el barco de pesca...Eso es lo que había pasado; eso lo explicaba todo. Los dos socios habían saltado al barco de pesca y habían dejado el Delfín anclado, con algún explosivo que ellos mismos habían colocado, sin saber que Dominic también había colocado una carga explosiva. Estaba claro que tenía que ser eso lo que había pasado. Los dos socios, de alguna manera, se habían enterado de que Marc iba detrás de ellos, y habían decidido aprovechar la ocasión para desaparecer de la faz de la tierra. No era mala idea: el barco había explotado,

y a todos les venía bien. Marc creería que estaban muertos, y ellos desaparecerían.

Ahora, Dominic tenía que decidir qué decirle a Marc. Si le decía que los dos socios habían escapado, sería el primer fracaso de su curriculum profesional. Podía ir detrás de ellos con su lancha, pero el problema es que se iba a liar una zapatiesta con las patrulleras de la guardia civil, que podían aparecer en cualquier momento. Pensándolo bien, lo más fácil era seguir adelante como si el plan hubiera funcionado perfectamente, ya que los dos socios, que habían preparado su propia muerte, habrían fabricado identidades falsas, y seguramente desaparecerían del país casi de forma inmediata, para ir a algún paraíso del sur... Sí, definitivamente, era preferible seguir con el plan original. Dar la vuelta, y a Marbella.

Comprobó que el criptófono tenía señal del satélite y llamó a Marc.

—Está hecho; el Delfin está en el fondo del mar.

—Puedes recoger tu dinero donde siempre —fue la lacónica respuesta desde el otro lado de la línea.

Tras cortar la llamada, Marc, con una sonrisa en los labios y una copa en la mano, se dijo:

—Esto hay que celebrarlo; un problema menos. A tu salud, querido cuñado; que tengas un buen viaje.

60. Acton Proris

Martes 22 de julio a las 19:35

Los dos infantes de Marina estaban apoyados en la barandilla del faro sin farero que domina la isla de Alborán, donde solían fumarse un par de pitillos antes de cenar, cuando vieron el resplandor a poniente. Bajaron corriendo para dar parte, e inmediatamente el oficial se dirigió a la lancha. Casualmente, aquel día se encontraba en Alborán una patrullera rápida de la guardia civil de Almería, que tenía por misión intentar cortar la retirada de los narcos, que solían llegar desde Marruecos hasta unas quince millas de la costa de Almería, para desembarcar allí sus fardos de droga.

En aquella lancha rápida, un oficial, con tres soldados y dos guardias civiles, llegaron en menos de diez minutos a la zona en donde habían visto el resplandor. Todavía había algunos trozos de una embarcación que parecía de recreo, y multitud de pequeños restos de objetos variopintos, algunos de ellos todavía ardiendo, flotando en el agua donde parecía que se acababa de hundir una embarcación. El potente foco de la lancha empezó a barrer todo el entorno, acercándose a los diversos objetos pequeños para verlos más de cerca y que uno de los marineros pudiera recogerlos con la cesta telescópica.

—Aquí, mi teniente; aquí hay algo -dijo uno de ellos.

El teniente se acercó al marinero, que todavía estaba echado sobre la cubierta, recogiendo el mango telescópico de cuatro metros con una especie de cesta cuadrada en la punta, que traía un objeto: una mochila de plástico, roja.

—Coloquen un par de boyas de localización.

Un par de horas después, a las 21:30, el Sabah il Heir dio la vuelta al cabo Tres Forcas, y cerca de una hora más tarde, ya de noche, atracó en la zona pesquero deportiva del puerto de Melilla. No se habían cruzado con ninguna patrullera. Dieron las gracias a Mimoun y, mochilas a las espaldas, siguieron los cuatro a Abd el Krim hasta la salida del puerto. Assallah vino corriendo a darles la bienvenida, y rápidamente les indicó una pequeña VW Transporter, un tanto antigua, de color blanco.

Estuvieron callejeando diez minutos, hasta que entraron en un patio empedrado, desde el que se accedía a un hotelito pequeño, de sólo tres plantas. Era bonito y, al menos por fuera, todo estaba limpio. Asallah les dijo:

—He reservado la planta de arriba, que tiene solamente tres habitaciones y un saloncito, donde podemos reunirnos y hablar con completa tranquilidad. Venga, vamos a subir a las habitaciones, para que os deis una ducha y luego podamos comer algo.

Acababan de subir del comedor, donde una mujer muy amable les había servido aceitunas, un poco de humus con pan de pita y unos tagine de cordero con ciruelas, que a todos les gustaron. Los seis estaban en el saloncito de la tercera planta del hotel, sentados en torno a una mesa típica de juego de cartas, la que tiene ese tablero taraceado de ajedrez o damas en el centro. Alex empezó a hablar:

—Vamos a concentrarnos en lo que pasa a partir de ahora: a las seis de la mañana, intentaremos hacer la segunda transferencia. Si lo conseguimos, habremos triunfado. Mantengamos los dedos cruzados, a ver si hay suerte, aunque de todas formas se me está ocurriendo algo, que os contaré más adelante. De cualquier forma, mañana, a las ocho, Sofia, Bicho, Nájla y yo tenemos que estar en el aeropuerto para volar a Lisboa, donde tendremos que esperar un par de horas para conectar con el vuelo a Sudamérica. Nos vamos a Panamá, donde nos quedaremos el tiempo justo para solucionar los asuntos bancarios. Después de mucho buscar y comparar, hemos llegado a la conclusión de que el sitio que mejores cualidades tiene, para permitirnos pasar inadvertidos y al mismo tiempo ser cómodo y agradable para vivir, es Mar del Plata, la segunda población en importancia de Argentina. Está en la costa atlántica, a unos 400 kilómetros de Buenos Aires, y tiene unos 700.000 de habitantes. Allí seguiremos con la segunda, y más ambiciosa, parte de nuestro plan.

Sofia y Nájla se quedaron un tanto calladas, hasta que la segunda intervino, poniendo las palmas de sus manos hacia arriba:

—Si no nos gusta, no tenemos más que buscar otro sitio que nos guste más, ¿no?

Todos asintieron con la cabeza.

—Y con respecto a vosotros, Abd el Krim y Assallah, tenemos una propuesta que haceros. Vosotros nos habéis ayudado y queremos que también podáis tener una vida nueva —dijo Alejandro, mirando a Bicho, que asintió—.

Toma, Abd el Krim: en este pendrive tenéis toda la información necesaria.

Inmediatamente contestó Assallah, que miraba de Alejandro a Nájla:

—Os agradecemos mucho lo que estáis haciendo, y a vosotros también, Bicho, Sofía. No nos conocéis prácticamente de nada, y nos habéis abierto vuestras vidas, y ahora nos dais la posibilidad de tener un futuro.

Los vuelos baratos, y en turista, es lo que tienen. Por mucho que se intente es casi imposible poder dormirse, porque en el momento en el que estás a punto de conseguirlo, parece que el avión se da cuenta y coge una de esas turbulencias que a los que les gusta poco volar, como era el caso de Roberto, tan mal cuerpo les ponen.

Se desperezó, abrió el portátil y presionó una tecla para que se reiniciara. La pantalla se había parado en una imagen de Arnaitz, que parecía envuelto por una nube de humo difuso. Roberto tecleó el play, y la imagen cobró vida.

—Efectivamente, en aquel momento, me convertí en un mercenario: este golpe me ayudaría a empezar una nueva vida.

Peter intervino:

—Entonces, al final, ¿el Sirio tragó o no?

—Sí, sí; claro que tragó. Yo no sé cuánto dinero iba a sacar de quienes le hubieran hecho el encargo, pero tenía que ser bastante. Durante casi un minuto, se retorció en la silla, pero al final, aunque con un cabreo considerable, me dijo que nos veríamos al día siguiente al mediodía, en un McDonald's del centro de Madrid. Allí me entregó un paquete con 150.000 €, y unas instrucciones definitivas que me hizo leer y memorizar, para, después, destruir el papel.

—¿Cuáles eran las instrucciones? —preguntó Peter.

—En primer lugar, y esto era lo más complicado, tenía que conseguir cerca de 80-90 kilos de explosivo. Luego me pidió que alquilara dos pisos grandes, que estuvieran a cuatro o cinco manzanas el uno del otro.

—También me pidió que tuviera un coche robado, listo para la fecha exacta que ya me diría, y me indicó que las bombas tenían que detonarse con teléfonos móviles de forma simultánea. Que ya me daría fecha y hora.

—Le devolví el papel, que se guardó en el bolsillo, y entré al cuarto de baño para echar un vistazo, más que para contar el dinero. Cuando salí, el

Sirio se había ido.

—A la mañana siguiente, el seis de marzo de 2004, alquilé dos pisos en Leganés. Utilicé dos carnets de identidad falsos para alquilarlos, y pagué un mes por adelantado de cada uno de ellos, más la fianza. El que estaba en la calle Carmen Martín Gaité (al que yo llamé desde entonces piso 1) era bastante grande: cuatro dormitorios y dos cuartos de baño. El Sirio me lo había pedido así para que pudiera albergar a ocho o diez personas, que ya os podéis imaginar quiénes iban a ser.

Roberto contestó inmediatamente:

—Los pobres idiotas de una de esas células fundamentalistas con las que se entrevistó tu amigo en Sidi Moumen, ¿no? Oye: y tú, me imagino que tenías claro que toda esta gente, tú incluido, estabais trabajando por encargo de alguien relacionado con el Gobierno, o, al menos, con el Ministerio del Interior.

—Ya sabéis con quien se reunió el Sirio, en el campo de golf, ¿no? El hombre de gris: Antonio Oreja Perdhi. El que, nada más celebrarse las elecciones, tres días después del atentado..., fue nombrado para el cargo político más importante de Interior, después del Ministro. Sacad vuestras propias conclusiones.

—Volviendo a la preparación del trabajo: conseguí contactar a Josemi, y ese mismo día quedamos para tomar unos vinos en Valladolid. Se comprometió a suministrarme toda la dinamita que me hacía falta, por cinco millones de pesetas: todavía no se había hecho al uso del euro. Cerramos el acuerdo en 25.000 €. Me la enviaría con tres correos distintos, en tres autobuses diferentes. Me llamarían a un teléfono móvil que le di, y yo recogería las bolsas de deporte.

—Ya al día siguiente, a las 11 de la mañana, llegó el primer correo. Era un quinqui con todas las de la ley; hasta me pidió dinero para tabaco. Recogí el bolsón, que venía con un pequeño candado y me lo llevé al piso: traía 30 kilos. Otro llegó a mediodía, y el último ya casi de noche, trayendo además un paquete de diez detonadores.

Quién interrumpió la narración esta vez fue Roberto, preguntando:

—Macho, pero, ¿tan fácil es conseguir dinamita en este país?

Arnaitz mientras asentía con la cabeza, le contestó:

—Pues sí, porque generalmente los encargados de la mina lo único que comprueban y asientan en sus libros es el cuadre de la entrada de explosivos

del proveedor con lo que realmente han traído los transportistas. Y luego se limitan a apuntar como utilizada la cantidad que le dicen los mineros que han usado para las explosiones controladas, pero no la comprueban en absoluto. Cosas así hacen que sea tan fácil. Tened en cuenta que el explosivo no se queda en el polvorín general, el principal, sino que va a los polvorines auxiliares a pie de cantera o de mina, para evitar tener que estar trayendo constantemente para barrenar. Generalmente, los mineros cogen cajas de 25 kilos, y si una de ellas no la han hecho detonar, no lo sabe nadie más que ellos. Y con los detonadores, exactamente igual. Aunque los mini polvorines al aire libre cerca de la mina, al terminar la jornada, se dejan cerrados y una llave se la suele llevar el encargado, siempre suele haber otra llave, que por si acaso se deja escondida en cualquier sitio previamente pactado. Una viga, una cuba. Resulta facilísimo robar dinamita, o conseguir que alguien te la venda.

—Como no tenía claro qué día llegarían los marroquíes, para ir adelantando la operación lo primero que hice fue irme al centro de Madrid y, ya a última hora de la tarde, me compré unas gafas en una óptica, Universal me parece que se llamaba; y luego, entré en una serie de tiendas de teléfonos móviles, en distintas zonas. Después de discutir con casi todos los comerciantes durante un rato, ya que me pedían identificación, conseguí hacerme con 10 Motorolas C450, pagando casi un 50% más de su precio, pero ya liberados.

—Después de cenar en un barecito de barrio, ya bastante tarde, hacia las once de la noche, me coloqué los guantes y busqué hasta que encontré una furgoneta pequeña; las más fáciles de abrir son las Renault, porque tienen una ligera holgura entre marco y puerta, por donde se puede pillar el gancho del seguro. La verdad es que soy bastante torpe robando coches. Menos mal que este tipo de furgonetas tienen el cableado debajo del volante muy accesible, y es fácil conectar rojo y verde y arrancarlas. Conduje hasta Leganés y la dejé cerca del piso nº 1, para cuando la tuviera que utilizar.

—El piso que alquile para trabajar, al que yo llamé desde entonces piso nº 2, también era bastante grande, pues yo necesitaba espacio. Ambos eran pisos en grandes bloques, casi todos alquilados, llenos de gente entrando y saliendo, subiendo y bajando, en los que no se presta atención prácticamente a nadie. Era ideal para alguien que quiere pasar inadvertido, como era mi caso. Yo, de todas formas, no pensaba dormir en ninguno de los pisos. Alquilé un pequeño estudio (piso nº 3) con todas las comodidades en una de las mejores zonas,

para estar tranquilo y relativamente alejado de los otros dos.

Roberto sintió cómo Peter le daba en el brazo, y dejó de mirar al portátil para volver la cabeza y encontrarse con una azafata monísima preguntándole:

—¿Té o café?

—Bueno, bueno. Parece que este aburrido vuelo va a empezar a mejorar...

—¿Le traigo alguna cosa más, señor? —dijo la azafata, sin hacer mucho caso del comentario.

—Roberto, para mis amigos. Y tú, ¿cómo te llamas?

Un tanto cortante, aunque bajando los ojos involuntariamente hacia su credencial, la azafata le replicó:

—Disculpe, señor, pero nos están prohibidas las familiaridades con los pasajeros.

—Bueno, pero cuando aterricemos, ya no regirán las normas del avión, ¿no? Podíamos tomar una copa, si quieres.

—Se lo agradezco, señor, pero estará esperándome mi pareja.

Cuando oyó la contestación, Roberto se calló, ante la sonrisa de Peter que, a medida que la azafata se iba, se acercó y le dijo:

—Macho, ya no las encandilas como antes estás perdiendo el gancho.

—Pero, ¿no te has dado cuenta? Está claro que es lesbiana. Todas estas que hablan de su pareja...

Roberto volvió a concentrarse en el portátil para olvidar la reacción tan poco acogedora de la azafata, que le había dañado el ego considerablemente. De reojo vio su perfil en la ventanilla, e involuntariamente se tocó el lado izquierdo de la frente por encima de la sien, donde se reflejaba un espacio limpio y casi despoblado. Además se notó un poco de papada, y levantó la cabeza, alejando la barbilla del cuello. No le gustó lo que vio, y eso, unido a que últimamente llevaba varios días sin hacer nada de ejercicio y se notaba un poco barrigón, cosa que le aterraba, le hizo concentrarse de nuevo de lleno, mientras llegaban a Lisboa, en revivir el vídeo de Arnaitz, a quien esta vez Peter preguntó, saliendo de su habitual apatía:

—Oye, Arnaitz, tengo curiosidad: ¿cómo se hace una bomba?

—Hombre, bombas hay de muchas clases, pero, si quieres, te explico cómo hice éstas. Cada paquete tenía aproximadamente unos diez kilos de dinamita plástica, goma dos eco a los que, para este tipo de encargo, se suele añadir a cada paquete entre medio y un kilo de metralla. Dentro de la dinamita está insertado el detonador. Casi todos los detonadores que se utilizan para

este tipo de bombas son de tipo eléctrico, y por tanto se activan, lógicamente, por un impulso eléctrico. Cuando se mete en el explosivo, se le sacan los dos cables, para que luego, de cada una de las carcasas que contienen los explosivos, se vean dos cables de cobre cubiertos de plástico rojo y azul, que están conectados al detonador. Los terminales de estos cables se conectan a un teléfono móvil, que se suele dejar activado en forma despertador. En el momento que llega la hora para la que ha sido programado, al mandar el mecanismo del móvil la señal eléctrica para que produzca el zumbido despertador, ésta circula por los cables del detonador y bum.

—La verdad es que, así explicado, no parece demasiado difícil.

—No. Cuando lo has hecho unas cuantas veces, ya sabes los problemas que se te pueden plantear. A unos cuantos de los que manejaban explosivos en ETA, les faltan un par de dedos, por la explosión de un detonador, y a algunos otros les explotó la bomba y ya no lo cuentan. O sea, que fácil, es; pero hay que saber cómo se hace.

—Sigue contando cómo llevaste a cabo el trabajo —dijo Roberto.

—Pues, para evitar imprevistos, al día siguiente por la mañana temprano empecé a preparar los paquetes. Por la tarde, estaban todos listos. Alguien me dio un toque al móvil; me imaginé que era el Sirio. Luego me mandó un mensaje escueto: “*Macdonald’s Puerta del Sol 20:30.*”

Muy temprano por la mañana de ese mismo día 7 de Marzo de 2004, que refería Arnaitz en la grabación, en un campo de golf a las afueras de Madrid, tuvo lugar una reunión de la que nadie tendría constancia, entre el Sirio y el hombre gris.

No fue demasiado larga. Lo suficiente para hacer un par de hoyos, o al menos esa era la apariencia que querían dar. La mayor parte del tiempo llevó la iniciativa el hombre gris.

—¿Tienes completamente claro cómo lo vas a hacer?

—Sí; vamos a colocar explosivos en varios trenes de cercanías, a primera hora de la mañana.

El hombre de gris se quedó en silencio durante unos segundos desviando la mirada, la perdió en el horizonte hasta que replicó sin mirar al Sirio:

—Va a morir mucha gente.

—Si lo que queréis es dar un golpe de efecto, es la única forma.

—Es más que importante, fundamental, que busques la forma de colocar evidencias que relacionen claramente las explosiones con un atentado islamista. En principio, todo el mundo va a pensar que es un atentado de ETA, y tenemos que impedir que esa idea cale en la gente: queremos que vayan a votar, unos días después, con la idea clara de que hemos sufrido el mayor atentado de la Historia en España, a manos de terroristas islamistas, como represalia por la participación de España en la guerra de Irak. Que relacionen las decisiones de Aznar con el atentado. Se puede filtrar perfectamente que Al Qaeda es la responsable: todo el mundo se lo creará.

—No hay problema. Pediré a alguno de los árabes que coloque material sonoro y gráfico de exaltación de la Yihad por todos los sitios que se vayan a investigar después. Estoy seguro de que les encantará dejar pruebas de su heroicidad: son así de memos.

—Bien, no hace falta que te diga que no deben quedar testigos de nada. Mejor evitar problemas futuros.

—Está solucionado. El artificiero ya lo ha preparado todo.

—¿Es bueno?

—El mejor que ETA ha tenido en los últimos años, aunque es muy, muy caro....

—Y ¿cómo es que te lo han dejado?

—Está trabajando por libre, parece que tiene diferencias con la banda.

—Y ¿quién se encargará de él?

—Intentaré que sea la propia banda; si no...lo haré yo.

—Bien; ahí tienes lo convenido. Se prudente y, sobre todo, mantén un perfil bajo —dijo el hombre de gris, mientras entregaba al Sirio un maletín de esos abombados, como los de los médicos, que sacó del buggy.

Cuando el Sirio desapareció de su vista, en dirección a la salida del campo, se acercó desde atrás al hombre de gris otro sujeto más bajo que él, casi calvo, y con una barba poco atractiva. Se quedó mirando al que se iba con unos penetrantes ojos azules, y le preguntó:

—¿Estará a la altura?

—Sí. Nunca nos ha fallado.

—Esto es distinto: la puesta en escena tiene que ser perfecta, y no va a haber ensayos. Si no conseguimos despertar a la opinión pública y hacer que empiecen a culpar al gobierno por ponernos en el punto de mira de los

islamistas, vamos a perder las putas elecciones.

—Pero los sondeos....

—Los sondeos están todos manipulados, y además la gente no es sincera. Dependiendo del momento histórico, está más de moda votar a la izquierda o la derecha, y esa es la imagen que se da en las encuestas... Pero, si no conseguimos quitarnos a éstos mierdas de encima, vamos a tener al facha de turno otros cuatro años, y lo malo es que el capital les apoya, así que podrán hacerlo mejor que nosotros. Y por mis muertos que no nos podemos permitir otro gobierno de fachas; así que echa toda la carne en el asador, y controla a tu hombre, para que no se le vaya la operación de las manos. El más leve fallo puede ser la ruina para todos nosotros.

El jefe le dio la espalda y se dirigió a la salida del campo de golf.

Quince minutos después, el hombre de gris estaba sentado en la cafetería del campo de golf, con un opíparo desayuno inglés por delante. El bacón que le habían puesto, bastante churruscado, le trajo a la memoria los desayunos que todas las mañanas le había preparado Acton, durante los tres días que estuvieron juntos en Estados Unidos. Le encantaba el bacón crujiente.

Todavía se excitaba cuando pensaba en la propuesta que le hizo a Acton, para que se la pasara a quien pudiera tomar decisiones¹. Al día siguiente, Acton le dijo que había hablado con un estratega militar de defensa, adjunto a la presidencia de Bush, sobre lo que habían estado discutiendo la noche anterior: la posibilidad de fabricar un atentado de corte islámico en Madrid, que pudiera atribuirse a Al Qaeda. Era la solución para todos: a Bush le permitiría recuperar totalmente la fuerza moral que ahora le fallaba ante sus electores; y en España, el PNOE subiría al poder.

El militar estaba de acuerdo, pero no quería dejar en manos de mercenarios la preparación del atentado. Por eso, le dijo a Acton que podrían organizar unas maniobras militares de la OTAN en distintas capitales de Europa, entre ellas Madrid, para controlar todos los aspectos de la operación e intervenir en caso de que fuera necesario. La idea era que, de alguna manera simbólica, se consiguiera relacionar el atentado que se preparara con el del 11 S. La solución la encontró Antonio Oreja Perdhi, y así se lo dijo a Acton:

—Lo prepararemos todo para el día 11 de marzo de 2004.

—Y ¿qué tiene ese día de especial, aparte de ser también día 11?

—Habrán transcurrido exactamente 911 días del atentado de las Torres

Gemelas.

—911 días, joder: 9-11

—Efectivamente: en el formato americano de calendario, 11 de septiembre.

—Perdone, señor: ¿quiere que le caliente el té? ¿O prefiere que le traiga otro?

Completamente concentrado en sus reflexiones, el hombre de gris se había olvidado por completo del té que tenía delante, y que se había quedado frío.

—No, gracias; ya me tengo que ir —contestó, mientras miraba al amable jovencito.

Mientras salía y se dirigía hacia el coche, no pudo por menos de esbozar una sonrisa al acordarse de cómo continuó la conversación, después de consensuar con Acton la fecha de la operación.

—Acton, para preparar todo esto, me va a hacer falta dinero, y ... bastante.

—Sin problema; ¿de cuánto estamos hablando?

—25 millones de dólares en una cuenta numerada en Grand Cayman, antes de empezar.

—Fiiiiuuu.... —silbó Acton—. ¿No es eso mucho dinero? Teniendo en cuenta que los militares lo quieren organizar.

—Ta, ta, ta. Los militares son muy poco finos. Es preferible que me dejen hacer a mí; ya he hecho otras operaciones similares. ¿De verdad crees que por la posibilidad de cambiar la tendencia de voto, que ahora mismo tenéis en contra, es mucho dinero? Estoy seguro que para Bush y su entorno inmediato, sabiendo que renovarán el cargo otros cuatro años, eso no son más que migajas. Además piensa que si quieres, lo podríamos disfrutar juntos. Podemos pasar unas vacaciones, o incluso pensar en algo más duradero.

Una semana después, Antonio Oreja Perdhi comprobó telemáticamente que se había hecho un ingreso en una cuenta numerada, en Grand Cayman, por la cantidad de 25 millones de dólares. Eso significaba el visto bueno para que organizara la operación, para la fecha propuesta.

(1) Ver primeras páginas

61. 140 MHz

Miércoles 23 de julio a las 06:15

Casi no había cerrado los ojos, cuando notó que alguien le agarraba por el hombro y le sacudía, mientras le decía en voz baja:

—Venga, hombre; ¡levanta, que ya es hora!

Alejandro se sentó en la cama hasta espabilarse, mientras Bicho, de pie delante de él sonriendo, ataviado con unos boxers de Piolín un tanto absurdos en ese corpachón, decía:

—Acabo de conseguir hacer la segunda transferencia.

Alejandro pegó un salto de la cama, mientras miraba del reloj a Bicho:

—Joder, ¿por qué no me has despertado? Entonces, ¿no has tenido ningún problema?

—En absoluto; y si son muy buenos rastreando, van a llegar hasta un locutorio que hay no muy lejos de aquí, cuyo wifi he hackeado para hacer la transferencia.

Los dos amigos chocaron palmas en el aire.

Harto de estar en el coche, Íñigo se pasaba la mano por la barba de dos días mientras empezaba la vigilancia de noche del famosillo de turno, para intentar hacerle alguna foto comprometida. Con el rabillo del ojo, vio que estaba parpadeando el sensor del escáner de su radio y, manualmente, buscó la frecuencia que parpadeaba. Era la que utilizaban habitualmente las patrullas costeras de la Guardia Civil de la zona, en la banda de los 140 MHz. Estaba hablando un tal teniente Castaño, que se había desplazado por la tarde a la isla de Alborán con cuatro números de la Guardia Civil:

—Lo extraño es que ni siquiera hayan tirado una radiobaliza de socorro, ni haya habido ninguna llamada de teléfono pidiendo ayuda.

—En esa zona es difícil que haya cobertura para teléfonos normales - contestó el otro interlocutor con una voz bronca, desde el cuartel de la Guardia Civil en Almería.

—Ha tenido que pillarlos completamente desprevenidos. No sabemos lo

que ha podido ser, pero se ha tenido que producir una fuerte explosión, ya que el cuerpo principal del barco se ha hundido, y en la superficie sólo quedan restos dispersos. Encárgate de dar parte a la comandancia y a los chicos del CIAIM, que querrán venir cuanto antes para empezar con la investigación.

—A simple vista, ¿hay algo en los restos que nos permita identificar el barco?

—No, el barco no, pero hemos encontrado flotando entre los restos una mochila de plástico con documentación. Entre ella hay un pasaporte de una mujer joven, llamada Nájla Sanspino.

Después, el teniente Castaño pasó a darle al operador las coordenadas exactas del siniestro, que ya habían sido debidamente balizadas por los militares de Alborán.

Con lo que había oído, tenía suficiente. Después de tomar nota de nombres y coordenadas, Íñigo arrancó el coche y dejó la vigilancia del famosillo para otro día. Se fue directamente a la redacción, para pedir a Fanny que investigara sobre el barco desaparecido; y después salió a buscar a su amigo Ramiro, el piloto de lanchas, para que le hiciera el favor —le debía más de uno- de llevarle al lugar donde se había hundido el barco, antes de que amaneciera.

Peter había estado dormitando casi todo el viaje, sumido en una especie de duermevela, hasta que de repente dijo:

—¡Roberto! Para el vídeo un momento y déjame el portátil. Tengo un mal presentimiento.

Roberto, pragmático, se rió de Peter mientras hacía lo que éste le había pedido:

—Peter, chato: despierta ya, y déjate de pamplinas esotéricas.

Mientras Roberto se reía de él, Peter, que inmediatamente comprobó que tenía acceso a internet, entró en la banca electrónica del Banco Nacional de Panamá. Allí estaba la cuenta -a nombre de una sociedad panameña- en la que habían depositado los fondos que les pagaron los políticos. Habían recibido quince millones de euros, de los cuales tuvieron que dar dos millones al cabrón de Marc, que entonces actuó como intermediario y ahora los quería quitar de en medio, y tres millones a Arnaitz, que fue en definitiva quien hizo

posible el negocio.

Peter tecleó la clave de acceso, la primera contraseña de seguridad y, después, una segunda contraseña. La conexión no era demasiado buena, y tardó unos segundos en entrar en la página que reflejaba los movimientos de su cuenta bancaria. Cuando vio en pantalla el extracto de los últimos diez movimientos, Peter se puso completamente pálido, y su frente empezó a perlarse de sudor. Roberto, que le había estado observando, le preguntó, mientras movía el portátil para ver la pantalla:

—Pero, ¿qué te pasa chaval? ¿Por qué pones esa...?

Cuando Roberto se asomó al portátil, vio que el saldo de la cuenta era de cuatro millones. Habían desaparecido diez millones de euros, en dos transferencias sucesivas de cinco millones cada una.

62. El móvil

Miércoles 23 de julio a las 06:45

Era todavía temprano, y el avión no salía de Melilla hasta las diez de la mañana. Antes de acostarse de nuevo, Alex se quedó mirando cómo dormía Najla: de lado, con la cabeza apoyada en la almohada y, debajo de ésta, el brazo. Hacía calor, y sólo llevaba una camiseta de tirantes y un tanga rosa a juego que se perdía entre sus morenas piernas. Alejandro se acurrucó junto a ella y besó suavemente la parte de atrás de su hombro izquierdo. Najla, de forma inmediata, reaccionó dándose la vuelta muy despacio y, mientras se estiraba, se agarró a Alejandro por la cintura y le besó en el pecho. Él inclinó la cabeza y empezó a besarla por el lado de la mejilla; los dos se abrazaron como en un movimiento sincronizado a cámara lenta, atrayéndose cada vez con más fuerza el uno hacia el otro, mientras sus sentidos iban encendiéndose. Najla abrió los ojos, levantó la cabeza y le ofreció los labios, que Alejandro rozó muy suavemente con los suyos.

Acababan de llegar del lugar del siniestro. Íñigo, el periodista, venía helado y medio tiritando, ya que no había previsto el frío que hacía en alta mar de madrugada y la chaquetilla que llevaba resultó ser demasiado fina. Pero estaba contento: había encontrado flotando entre los restos del barco una carterilla de corcho, en la que, además de un montón de papelitos que estaban medio deshechos por el agua, había un carnet profesional del Colegio de Abogados de Málaga, a nombre de un tal Alejandro Novely. Entraba en la redacción del periódico cuando Fanny le dijo:

—Íñigo, sé quiénes son los dueños del barco, que se llama el Delfín. Tengo sus direcciones privadas y la de la asesoría que tienen en Marbella.

—Vale. Averigua todo lo que puedas sobre el chico que aparece en este carnet, y pásame un SMS con nombres y direcciones, mientras me cambio de ropa.

Roberto, en contra de lo que se pudiera pensar, en los momentos difíciles era capaz de mantener una sangre fría que asustaba. Serio el rostro, pero completamente controlada la compostura, preguntó a Peter:

—¿Qué ha pasado? Los millones que quedan, ¿son los de la promoción?

Peter se le quedó mirando sin ninguna expresión en el semblante, mientras decía:

—No; esos todavía no han aterrizado en la cuenta. Eso era precisamente lo que se me apareció en el sueño. He visto en sueños como un fogonazo de dos chicos que entraban en nuestro banco en Panamá y, automáticamente, el consciente hizo que me despertara, para comprobar lo que el subconsciente intentaba comunicarme.

—Lo de tu capacidad premonitoria está muy bien, pero ahora tenemos que averiguar qué es lo que ha pasado con nuestro dinero.

—Y, ¿cómo cojones quieres que lo sepa? Cuando abonen la transferencia que envié hace unos días, tendremos unos ocho millones.

Roberto le puso la mano en el brazo, como indicación para que no levantara la voz; no les interesaba llamar la atención.

—No tengo ni puta idea de lo que ha pasado; simplemente no lo entiendo ¡Con las medidas de seguridad que tiene el banco! Las claves, la frasecita. Pero lo que sí creo saber, es quién nos ha levantado los diez millones de euros.

Mientras hablaba estaba marcando en su teléfono móvil, pero estaban fuera de la cobertura del satélite. Abrió el gestor de correo electrónico y envió un mensaje al director del Banco Nacional de Panamá: *«Han desaparecido de nuestra cuenta 10.000.000 de euros. Espero que tenga una buena explicación de dónde está nuestro dinero. Mañana por la mañana estaremos en Panamá y hablaremos. Roberto Chantemôn»*.

De repente, Peter se quedó muy quieto, mirando a un punto indefinido, en actitud de concentración, y dijo:

—El teléfono móvil.

Roberto inmediatamente atisbó la inteligencia de lo sucedido. Peter continuó:

—El móvil. Para romper con Peter Hockrote y cambiar totalmente de identidad, lo dejé en la Asesoría. Seguro que han mandado mensajes desde el banco. Cuando tomemos tierra, llamaremos.

63. In love

Miércoles 23 de julio a las 08:45

Mientras las chicas se vestían, Bicho le preparó en el portátil una conexión a través de proxies para evitar el rastreo, creó una cuenta nueva de Gmail, y Alejandro mandó desde ella un escueto correo electrónico a Ana Belén: “*No todo es lo que parece*”.

Nájla ya había informado a su padre que probablemente la policía se pondría en contacto con él, para contarle cómo se había hundido el barco en el que supuestamente iba ella; pero que no debía preocuparse, tan sólo hacer un poco de teatro y seguirles la corriente.

Bicho y Sofía sólo se tenían el uno al otro.

Nájla y Assallah se fundieron en un abrazo emocionado al despedirse las dos parejas, cuando entraron en la zona de embarque del aeropuerto. Unos 45 minutos después el avión despegó puntualmente en dirección a Lisboa, con los cuatro a bordo.

Eran las nueve y cinco de la mañana cuando Íñigo entraba por la puerta de Tax saving:

—Buenos días. Estoy buscando a los Señores Chântemon y Hockrote.

—Buenos días. Efectivamente, esos señores son los dos socios de esta asesoría, pero en este momento no se encuentran en la oficina.

—Tienen un barco que se llama el Delfín, ¿verdad?

—Pues sí; pero, ¿a qué viene eso?

Íñigo explicó a la chica que se sospechaba que el Delfín se había hundido en aguas cercanas a la isla de Alborán, la noche anterior. La muchacha de la recepción se puso un poco pálida, y salió corriendo detrás del mostrador. Volvió en menos de quince segundos con una chica con gafas, que debía ser la encargada. Venía marcando un número de teléfono y, cuando llegó, se paró junto al mostrador sin decir nada, mientras escuchaba los tonos de llamada del teléfono. Al no recibir contestación, empezó a llamar a otro número; entonces, se oyó débilmente el sonido de llamada de un móvil, que sonaba en el interior

del despacho. A pasitos cortos, provocados por la falda de tubo, la chica taconeó suavemente hacia el interior del despacho, volviendo en menos de diez segundos con otro móvil en la mano, que estaba dando el tono de llamada.

—No me acordaba que el teléfono de Peter está aquí, desde ayer por la mañana. Pero es que Roberto tampoco me contesta al suyo. De todas formas ¿quién es usted, por favor?

—Soy periodista del Herald, y he estado esta mañana en la zona donde se hundió el barco.

—Estoy segura de que será cualquier otro barco. Mire, si quiere, podemos hacer una cosa: vamos a acercarnos primero al puerto, para comprobar que el Delfín está allí; y luego podemos ir a la casa de Roberto, que está muy cerca. Aquí tenemos una llave.

Aunque quería dar la apariencia de tenerlo todo bajo control, su nerviosismo era evidente.

Media hora después, Íñigo estaba de vuelta en la redacción del periódico. Como Fanny ya había localizado el bufete en el que trabajaba Alejandro Novely, había decidido acercarse para completar la información.

Mientras tanto, la secretaria de Peter, de regreso a la oficina con un pellizco en el estómago, entró en el despacho y abrió la caja fuerte, donde, según le había dicho una de las chicas el día anterior, Peter le había dejado algo. Encontró un mensaje escueto, dentro de un sobre a su nombre:

“Vamos a estar fuera un tiempo. Quedas a cargo de la oficina. Aquí tienes un poder notarial para que me representes en todo lo que sea necesario, así como 10.000 € para gastos extraordinarios; los ordinarios los debe financiar la asesoría. Dentro de un par de semanas te daré instrucciones por correo electrónico. Confío en ti. A partir de hoy, tu sueldo queda aumentado en un 20%. Con respecto a nosotros y a todos los efectos sigue la corriente a lo que digan las noticias. Simplemente no tienes ni idea. Destruye esta nota. Peter.”

Llevaba cinco minutos sentado en la sala de espera de Iglesias y Asociados, cuando una mujer menuda, pero enérgica, se le acercó y, extendiéndole la mano, le dijo:

—Buenos días; mi nombre es Ana Belén Ugarte. Tengo entendido que

viene usted preguntando por Alejandro. ¿Puedo saber de parte de quién, y para qué?

En lo que se estaba convirtiendo ya en una rutina, Íñigo se lo explicó. Ana Belén había llegado al despacho hacía unos diez minutos y, como era su norma habitual, había abierto su gestor de correo. De una cuenta de gmail *inlove2011@gmail.com* que no había visto nunca, había recibido un correo en el que sólo venía una frase: “*No todo es lo que parece*”. Ahora tenía delante a un periodista que decía que Alejandro se había hundido en un yate de recreo, cerca de la isla de Alborán. No sabía muy bien por qué, pero de repente se le vino a la mente la imagen de la cuenta de correo. ¡Claro!, ¿cómo había sido tan obtusa? Preguntó al periodista:

—Y, ¿tienen alguna evidencia de que Alejandro estuviera en ese barco?

El periodista le enseñó la fotocopia del carnet de colegiado de Alejandro.

—Si le parece, antes de llegar a conclusiones basadas en un trozo de plástico que puede haber llegado allí de muchas maneras, vamos a esperar al informe, aunque sea provisional, de los investigadores de la policía. Le agradezco que haya venido a informarnos, y le mantendré informado de cualquier novedad.

Cuando se estaba dando la vuelta para marcharse, el periodista le preguntó:

—¿Le suena de algo el nombre de Nájla Sanspino?

Ana Belén sonrió ligeramente para sus adentros, y contestó negando con la cabeza.

Cuando el joven se hubo marchado, Ana Belén volvió a su despacho y miró de nuevo el correo electrónico. Sin duda era Alejandro quien se lo había mandado: no había más que invertir un par de letras de su apellido, Novelty, en la cuenta. El contenido quedaba claro: no te fíes de las apariencias, porque probablemente no representen la verdad. Por alguna razón, Alejandro había querido desaparecer de la circulación, y había dejado un rastro que indicaba que se había hundido en un barco. Y además, Nájla se había ido con él. Formaban una estupenda pareja. Con un poco de pena, Ana Belén, sabiendo que quizá nunca volviera a verle, pensó que, en definitiva, sus razones tendría. Esperaba que fueran felices, allá donde estuvieran.

Antes de embarcarse en el vuelo PA 1910 Lisboa - Panamá, Peter consiguió hablar con el director del BNP, que le informó que las dos transferencias de cinco millones de euros habían seguido todo el proceso de seguridad, incluyendo el reconocimiento de la voz de Roberto Chantemôn. Por eso, el ordenador del banco las había realizado.

—Pero, ¿cómo cojones ha podido reconocer la voz de Roberto?

—No le podría decir, señor; pero si hubiera habido el más ligero cambio de matiz, el ordenador lo habría detectado y no lo habría permitido.

—¿Llegó la transferencia de los cuatro millones?

—Un momento, señor; sí, efectivamente, llegó hace dos días, y se ha abonado en cuenta.

—¿Saldo actual?

—Su saldo la fecha de hoy es de 8.132.417 euros, señor.

Peter le ordenó bloquear inmediatamente cualquier salida de la cuenta, y avisar a su equipo informático para que empezaran a rastrear las conexiones y poder coger al ladrón. Quedaron citados al día siguiente, a las once de la mañana.

64. Una pareja joven

Con el paso de los años, Marc se había ido acostumbrando a una serie de rutinas que, en parte, le cabreaban enormemente. Eran la prueba de cómo se iba aburguesando y cayendo, como todo el mundo, en hábitos repetitivos, que además chocaban de frente con todo cuanto él mismo había enseñado a sus agentes de campo para desarrollar con éxito labores encubiertas.

Una de esas rutinas era ir a desayunar todos los días, hacia las diez de la mañana, a un barecito que estaba cerca de su despacho, regentado por un andaluz que, aunque se había madrileñizado, seguía ofreciendo el típico desayuno de pan con aceite. Precisamente por eso, y por otros pequeños detalles, mantenía una clientela importante de andaluces en Madrid, que lógicamente vivían o trabajaban cerca del bar. En su afán de no perder la conexión con sus raíces, el dueño siempre tenía a disposición de sus paisanos un ejemplar de El Herald, por ser, como él decía, «razonablemente conservador», pero, eso sí, en la edición de Andalucía.

Mientras esperaba su desayuno, Marc empezó a hojear el periódico, hasta que llegó a una pequeña noticia del apartado de sucesos que leyó con detenimiento:

“Yate de recreo se incendia por razones desconocidas y se hunde en aguas de la isla de Alborán, sin que las unidades de salvamento pudieran ni siquiera intervenir. Se cree que había una pareja de jóvenes en el mismo: una mujer que responde a las iniciales N.S. y un abogado que responde a las iniciales A.N. El nombre del yate era El Delfín. La CPIAM ha comenzado in situ su investigación, con los escasos restos que han quedado del barco”.

Marc se quedó mirando al periódico un par de segundos, hasta que, sin querer, dijo en voz alta:

—A ese hijo de puta se le han escapado los socios. Y esos jóvenes... tienen toda la pinta de ser los que estaban jodiendo a los socios. ¿Qué cojones hacían en el barco de Roberto?

Sacó el teléfono y le hizo un par de fotos al artículo, dejó el periódico sobre la barra y salió rápidamente del bar mientras le hacía un gesto al dueño, como indicándole que vendría más tarde. Cogió el primer taxi que vio, y le ordenó:

—A la estación de Atocha, lo más rápido que puedas.

Menos de quince minutos después, Marc estaba delante de la taquilla donde, esa misma mañana, había dejado un sobre con la segunda parte del dinero que tenía que cobrar Dominic por el trabajo que le había encargado... y que el muy cabrón no había hecho. Para alivio de Marc, allí seguía. Sacó el sobre de la taquilla y fue a una cafetería, donde se sentó y pidió un café. Mientras se lo traían, sacó un pequeño bloc y un bolígrafo, y escribió la siguiente nota:

“Llámame, y hablamos de tu próximo trabajo”.

Antes de marcharse, la dejó en la taquilla.

A Dominic le extrañó no encontrar el sobre con el resto del dinero, 80.000 €. Cuando vio la nota, supo que algo no iba bien. Marc no era idiota y tenía experiencia. Sacó su criptófono, y le llamó inmediatamente desde el hall central de Atocha.

Marc, que no estaba muy lejos de allí, le contestó:

—Hola, amigo mío; ¿cómo estás?

—Bien, pero no he encontrado mi dinero.

—Te lo pagaré cuando termines el trabajo.

Dominic estuvo unos segundos en silencio, barajando mentalmente opciones, hasta que, finalmente, claudicó:

—Tus amigos estarán a estas horas en algún rincón perdido de América del Sur; ellos mismos han organizado su desaparición. Se han dado cuenta que ibas tras ellos.

—Sí, parece que mis amigos han querido desaparecer. Pero yo sé por dónde tienen que pasar. Van a Panamá. Si te das prisa y te vas para allá ya, los pillas; pero no estarán más de uno o dos días allí.

—Déjame en la taquilla 80.000 €, y cojo el primer vuelo.

—Te voy a pagar una...

Dominic no le dejó seguir, diciéndole, sin levantar la voz:

—Marc, ¿Quién crees que llegará antes: tú a mí, o yo a ti?

—Ta, ta, ta. No hace falta que hablemos así; no pongamos en peligro nuestra amistad... Te dejaré 50.000 €, y el resto al terminar, esta vez, definitivamente.

—No. Vas a dejar los 80.000, y al terminar me pagarás otros 50.000.
Marc dudó unos instantes, pero al final se limitó a colgar.

Las chicas estaban todavía un poco adormiladas cuando el avión aterrizó en Miami. Después de comer algo rápido, oyeron la llamada del vuelo Miami-Panamá y, cuando llegaron a la zona de embarque, ya había una cola de más de 300 personas. En ese momento, Bicho cogió del brazo a Alejandro y tiro de él hacia atrás; como las chicas venían siguiéndoles, chocaron con ellos. Sofia dio un empujón a Bicho, cuyos 130 Kgs no se movieron ni un centímetro.

—¡Venga, hombre, que vamos a ser los últimos en la cola!

Bicho contestó, sin soltar el brazo de Alejandro:

—Tenemos que ir un momento al cuarto de baño; salid de la cola.

En el cuarto de baño, Alejandro, un tanto extrañado, le preguntó:

—¿Qué te pasa, tío?

—Están aquí.

—¿Quiénes están aquí?

—Roberto y Peter.

—¿Cómo? ¿Estás seguro?

—Sí; están de los primeros en la cola de embarque.

—Joder. No podemos dejar que las chicas se enteren; les daría un ataque.

—Y ¿cómo quieres explicarles que no vamos a subir al avión? Porque me imagino que no estarás pensando subir, ¿no?

—Vale, vale. Tienes razón. Vamos a ver a las chicas.

Lo primero que hizo Nájla fue acercarse al mostrador de la compañía aérea para cancelar los cuatro pasajes, y así evitar que les llamaran por los altavoces del aeropuerto si no embarcaban, aunque probablemente, para cuando empezaran, Roberto y Peter ya estarían en el avión.

Mientras Alejandro se quedaba en el mismo mostrador, y la azafata de tierra iba buscando posibles conexiones a Panamá para él sólo, Nájla y Sofia se habían ido al mostrador de otra compañía, para intentar encontrar la mejor conexión a Mar del Plata.

Veinticinco minutos después se encontraron en la cafetería.

El Airbus para Panamá ya había despegado, con Roberto y Peter a bordo. Alejandro había encontrado una conexión, un tanto incómoda, ya que suponía

hacer tres transbordos; pero podría estar al día siguiente por la tarde en Panamá. Como el equipaje de todos llegaría en el vuelo que acababa de despegar, ya había dejado instrucciones al respecto, con las copias de las etiquetas de embarque, para que lo guardaran en consigna, desde donde él lo recogería.

Nájla, Sofia y Bicho habían tenido más suerte: iban a salir para Buenos Aires, en Argentina, en menos de tres horas. Desde allí tendrían que buscar un vuelo hasta Mar del Plata.

Alejandro y Nájla, cogidos de la mano, pasaron casi la siguiente hora, esperando el embarque para Buenos Aires, paseando por el aeropuerto. Al principio hablaron poco y simplemente se miraban y abrazaban, permaneciendo unidos durante minutos. Se besaron y acariciaron...

—Alex, ten cuidado. ¿Y si te encuentras con esos dos sinvergüenzas?

—No te preocupes. Llego a Panamá a las 16:30. Iré directamente al bufete de nuestros abogados, y pillaré toda la documentación que nos hará falta. Desde allí, de vuelta al aeropuerto. Tengo una conexión para Buenos Aires que sale a las 21:30, así que podré estar con vosotros otra vez en un par de días.

Con los ojos brillantes y una sonrisa, intentando dominarse sin acabar de conseguirlo, Nájla dijo:

—Ni se te ocurra quedarte en Panamá, ¡que voy a buscarte!

Alex la atrajo hacia sí, y se mantuvieron abrazados hasta que oyeron a Bicho:

—Venga, tortolitos: ya tendréis tiempo de arrumacos, que ya han hecho la segunda llamada para el embarque. Nos vamos.

65. Mafiosos

Jueves 24 de julio a las 09:45

Tras diecisiete horas de vuelo, más cuatro o cinco horas de espera en distintos aeropuertos, unos muy cansados Peter y Roberto llegaron al aeropuerto internacional de Tocumen, en Panamá.

Como su aspecto era muy desaliñado, con ojeras y barba de un día y medio, cuando finalmente se sentaron en el taxi mientras el conductor guardaba sus maletas, decidieron que era preferible ir primero al hotel, situado en el corazón del distrito financiero de Panamá, y allí darse una ducha antes de ir al banco.

Recién afeitados, ducha y desayuno inglés después, bajaron por la avenida Manuel Espinosa, giraron por la calle Simón Bolívar y en menos de seis minutos entraban por la escalinata neoclásica del Banco nacional de Panamá.

Una guapa secretaria muy rubia, muy de bote, les condujo a una salita donde les pidió que se sentaran durante unos minutos. Enseguida les trajo una bandejita con dos cafés y sendas galletitas de chocolate y menta.

Diez minutos después, entró un hombre de estatura media, ligeramente obeso, con poco pelo perfectamente aplastado y engominado, gafas de carey y sonrisa que parecía formar parte de su aspecto habitual, enmarcado en un caro traje azul hecho a la medida de sus redondeces.

A pesar de la apariencia claramente hostil de los dos socios, el Sr. González extendió la mano para saludarles. Ninguno de los dos se la estrechó.

Roberto se adelantó un par de pasos, le agarró fuertemente las solapas de su chaqueta y empezó a sacudirlo como si fuera un niño, al tiempo que su rostro se iba volviendo color grana iracunda; y, con una furia que no podía contener, le escupió, más que le dijo:

—¿Dónde cojones está nuestro dinero? Y no se te ocurra decirme que lo habéis perdido o que os lo han robado, porque no me interesa. ¿Dónde está nuestro dinero?

Veinte minutos después, bajo la atenta mirada de dos guardias de seguridad, los dos socios salían del banco completamente frustrados. Peter llevaba en el bolsillo interior de su chaqueta un cheque bancario, pagadero al portador, por valor de 8.132.417 euros, de la cuenta principal, y 1.500.000 de

otra cuenta que abrieron a principios de año, con el dinero de una venta que hicieron en nombre de un cliente que había fallecido, y cuyos herederos no se habían presentado a reclamarlo. Ese era todo el dinero que les había quedado en el banco, después del levantamiento de los diez millones.

Roberto le espetó a Peter:

—Entonces, ¿cuánto nos queda en total? A ver si nos han jodido el retiro los putos niños.

—Con el dinero que hemos traído en metálico, tenemos cerca de 10.600.000. Todavía podemos permitirnos el empezar una nueva vida cómodamente en algún sitio.

—Sí, pero ¿dónde? Y no te creerás que vamos a renunciar a pillar a esos mierdecillas que nos han levantado la pasta, ¿no? Si agarro a la zorrilla esa...

Delante del portátil, en la cama de su habitación del hotel, Dominic acababa de conectar el disco duro externo en el que había ido grabando, por encargo de Marc, todas las conversaciones que habían tenido lugar en el despacho de Peter, en su asesoría de Marbella.

Tuvo que escuchar durante casi dos horas y media conversaciones sin interés alguno, hasta que, en una del martes a primera hora, pudo oír cómo Peter había hecho una reserva en el Hotel El Panamá, para dos noches.

Enseguida, Dominic cogió el criptófono y llamó a Marc:

—¿Has dejado todo el dinero en el sitio de siempre?

—Sí.

—Salgo para Panamá.

Tras colgar, Dominic llamó a recepción y pidió la cuenta. Una hora después estaba en el aeropuerto de Málaga, en lista de espera, para la primera plaza que quedara libre en algún vuelo a Panamá.

66. Puerto Madero

Jueves 24 de julio a las 22:15

Mientras Nájla, Bicho y Sofía eran los últimos clientes que cenaban en El Poncho, el restaurante de su hotel en Mar del Plata, Alejandro acababa de llegar a Panamá, tras un agotador vuelo de casi 22 horas, con tres escalas. Sin embargo, estaba relativamente descansado, ya que en los dos últimos vuelos había conseguido dormir dos o tres horas en cada uno de ellos. Tuvo que quedarse en el aeropuerto de Tocumen durante cerca de dos horas, hasta recuperar las maletas de los cuatro. Después de asearse y cambiarse de ropa, dejó todas las maletas en consigna, ya que se iba a limitar a hacer una visita a los abogados e inmediatamente volvería al aeropuerto. Antes de salir, dejó pagado su billete para un vuelo a Buenos Aires con conexión a Mar del Plata, que salía a última hora, aquella misma tarde.

Menos de media hora después, Alejandro estaba sentado en la sala de espera del bufete panameño Henríquez y Asociados. Sólo tardó veinte minutos en recoger toda la documentación perteneciente a las sociedades, poderes, títulos de las acciones y firmar toda la documentación necesaria para la creación de una nueva entidad jurídica: una fundación, que daría sentido a lo que pensaban hacer. El abogado accedió a aceptar el cargo de auditor/protector de la fundación y, atendidos los fines que Alejandro le había explicado con detalle, cobrar solamente el 25% de sus honorarios habituales.

Agotado, de regreso en el aeropuerto, Alejandro se sentó a esperar el momento de embarcar en el vuelo a Buenos Aires.

Dominic consiguió dormirse casi enseguida, tras despegar de Barajas. Le quedaba por delante un vuelo de más de once horas. Marc había dejado en la taquilla de consigna los ochenta mil euros. Debía de tener un interés muy especial en este trabajo.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban hojeando el periódico local, Nájla encontró en los clasificados un apartamento que le gustó.

—Escuchad, chicos:

“Espectacular departamento de 3 ambientes con lindo balcón e increíble vista del río y al Puente de la Mujer, en un edificio de categoría, con fantásticos amenities. Ubicado en el exclusivo barrio de Puerto Madero, rodeado de los mejores restaurantes, bares, casinos y clubes nocturnos, y estratégicamente localizado para acceder fácilmente a cualquier punto de la ciudad.”

Con una sonrisa en los labios, Bicho contestó:

—Venga, terminad de desayunar, y vamos a verlo.

Una hora después estaban los tres sentados en la Agencia inmobiliaria Reinaldo Sierra, haciendo entrega del primer mes de alquiler más la fianza. Salieron de allí llaves en mano, y decidieron que Nájla se quedara en el departamento, viendo que hacía falta, mientras Bicho y Sofia volvían al hotel, recogían todo y liquidaban la cuenta.

Los dos socios brindaban con Moët Chandon por un futuro que en un principio se les antojaba un tanto incierto, abandonada en contra de sus deseos la comodidad de su colchón de más de veinte millones, por otro de poco más de diez millones. Pero, analizando la situación objetivamente, tenían suficiente para empezar en cualquier ciudad de Sudamérica. Roberto levantó su copa, obligando a Peter a hacer lo mismo.

—Amigo Peter, quizás haya llegado el momento de plantearnos una vida más tranquila: dentro de nada nos metemos en los 50. Podemos disfrutar de nuestras nuevas identidades y del dinero que nos queda, que, más o menos...

—Tal y como está depositado, nos va a dar unos intereses anuales de casi medio millón de euros. Tendremos dinero de sobra para vivir los dos como reyes en cualquier sitio; para ir tirando el primer año, tenemos en la cuenta casi medio millón...

—Sí, pero deberíamos montar un pequeño negocio, más que nada para no aburrirnos. Por lo demás, vida sana, mucho deporte y mulatitas a gogó.

Peter no quiso decirle a Roberto cuáles eran sus planes realmente. Se lo iba a haber dicho, pero, después de que les robaran, en el último momento no se decidió. Sabía que Roberto necesitaba tener cerca a alguien que organizara todos sus asuntos financieros, administrativos y, además, no le gustaba estar solo. Habían pasado casi nueve años juntos, pero Peter tenía otros planes para el futuro, que no incluían a Roberto. Esperaría a que estuvieran instalados en

algún sitio decente.

Por fin, su último trasbordo antes de llegar a Mar del Plata. Alejandro abrió su portátil y, al ver en una de las esquinas de la pantalla la carpeta con los vídeos de Arnaitz, decidió ver el último de ellos, el único que le quedaba pendiente, mientras esperaba el despegue. Nada más abrirlo, la familiar escena de Arnaitz enfocado por la cámara apareció entre sus ojos, y aquél empezó casi inmediatamente a hablar:

—Estaba a punto de entrar en el MacDonalld's a la hora que me habían pedido en el mensaje, cuando noté una mano que me agarraba del brazo. Giré ligeramente la cara y vi que era el Sirio, que me decía:

—Vamos a dar un paseo; hace demasiado calor ahí dentro, y hay muy poca gente. Podríamos llamar la atención. ¿Tienes todo listo?

—Sí.

—He dado tu teléfono a una persona que te llamará mañana. Tienes que organizarte con ella para veros en distintos sitios, e ir entregándole las mochilas con los explosivos. No creo que tenga que explicarte cómo tienes que hacer.

—Pues, no; no hace falta. Tengo más experiencia que tú en estas acciones.

—Vale, vale. Tendréis que hacer ocho intercambios, por lo que es aconsejable que utilicéis sitios distintos cada vez, y en los que siempre haya bastante gente.

—¿Cómo ocho? Yo tengo hechos diez paquetes.

—Sí, pero los dos restantes tienen otro destino. ¿Alquilaste el piso grande que te dije, de cuatro dormitorios? ¿Dónde está?

—Sí, en la calle Carmen Martín Gaité, 40. Para ocho o diez personas, como me pediste.

—¿Tienes dos llaves?

—Sí —dijo Arnaitz, mientras se sacaba dos juegos de llaves del bolsillo y las dejaba colgando en el aire. El sirio cogió uno de los llaveritos.

—Bien; dame un juego para los que van ocupar el piso, y tú te quedas con el otro.

—Y yo, ¿para qué quiero las llaves de ese piso?

—Para entrar mañana por la mañana y colocar, de forma que no puedan ser detectados, los dos paquetes que te sobran. Asegúrate que las explosiones, que

serán simultáneas, destruyan completamente todo lo que haya en el piso. En vez de conectar los explosivos a uno de tus móviles, haz que estén conectados a este teléfono; que, cuando yo llame, se active una señal en el móvil que envíe el impulso eléctrico al detonador.

—Me quedé un poco cortado al principio, cuando el Sirio me entregó un teléfono envuelto en su funda original, y me di cuenta de lo que iba a pasar con los pobres desgraciados que iban a cometer el atentado. Pero, en definitiva, quizá fuese justicia poética, y ¿quién era yo para cuestionarme aspectos morales, después de todos los inocentes que ETA había matado en los últimos años con las bombas que yo había fabricado?

—Siempre existe la posibilidad, por muy remota que sea, de que alguien llame a ese número de teléfono; y aunque no soy un experto en móviles, algo entiendo. Por seguridad, lo voy a programar para que tengas que llamar al número de teléfono y, después añadir, dos ceros más.

—Debe estar listo para funcionar el día 11.

—No hay problema, pero quiero el resto del dinero en el momento que haga la entrega de la quinta mochila.

—Prefiero...

—No me cuentes lo que prefieres. O se hace así, o no se hace. Nos veremos en el momento que haga la entrega de la quinta mochila, y me traes el resto del dinero en efectivo; ya te diré dónde. ¿Estamos de acuerdo? Ah, y por si se te había ocurrido hacerme el avión, he introducido una clave en todos los móviles que solo te diré una vez que haya cobrado. Sin la clave no funcionarán.

—Moser al Sharif me miró con desprecio, y se marchó sin siquiera contestarme.

—Al día siguiente, por la mañana, me llamó el contacto. Le dije que fuera a una cafetería, bastante conocida y que estaría llena a las 11 de la mañana, y llevara un libro en la mano izquierda. A la hora señalada, entré con mi mochila y fui directamente hacia un joven de unos 24-25 años, perfectamente afeitado, con el pelo negro corto, que sostenía un libro pequeño en la mano izquierda mientras daba sorbitos a una taza de café. Me senté a su mesa, dejando la mochila debajo de la misma, y le dije:

—La siguiente en la cafetería Los Tilos, en la perpendicular a esta calle, en 15 minutos.

—Ni siquiera me contestó, limitándose a asentir.

—De aquella forma tan simple le entregué a lo largo de la mañana otras cuatro mochilas, y le di el nombre de un conocido café para vernos allí a las 16:00.

—Cuando entré en el café por la tarde, intenté entresacar entre los parroquianos el ya familiar rostro de Harun, que así había dicho llamarse el mochilero; pero no lo vi. Di una vuelta por el establecimiento, y estaba casi al final de la barra, a punto de salir, cuando alguien me tocó tímidamente en el brazo. Me volví y la primera impresión fue de sorpresa, ya que esa cara me resultaba enormemente familiar. Era un joven de unos 20 a 22 años, con el pelo castaño oscuro muy ensortijado y brillante. Sudaba ligeramente, y parecía bastante nervioso.

—Harun no ha podido venir; se ha puesto enfermo —me dijo, con fuerte acento marroquí.

—Ah, bueno. ¿Te llevas tú el paquete, entonces?

—Sí, yo lo coge...

—Pues vamos a una mesa ahí atrás.

—En ese momento, mientras echábamos a andar, giré la cara y vi en el espejo que había detrás de la barra el reflejo de los dos. Me quedé parado con la boca abierta, hasta que reaccioné: ahora entendía porque me parecía tan familiar la cara del muchacho. Era mi misma imagen hacía unos diez años; era exactamente igual a mí cuando tenía su edad; el parecido era asombroso. Yo creo que él, que ya parecía más tranquilo, también estaba sorprendido, porque me miraba fijamente, y también observó durante unos segundos la imagen reflejada en el espejo, frunciendo el ceño.

—Nos sentamos en una de las mesas del fondo, que eran para dos y tenían toda la pinta de ser para parejas: hasta estaban decoradas con una velita. Después de observarnos el uno al otro —un tanto sospechosamente para cualquiera que nos estuviera mirando—, le pregunté:

—¿Cómo te llamas?

—Después de un titubeo y bajando ligeramente los ojos, síntoma casi evidente de que me iba a mentir, dijo:

—Puedes llamarme Abakh.

—Mientras hablábamos, me había conectado con el móvil, a través del Team Viewer, a mi ordenador, y había abierto una carpeta de fotos antiguas. Mientras el joven magrebí me miraba con curiosidad expectante, localicé la foto que buscaba y, dejándola fija en la pantalla, se la mostré.

—¿Sabes quién es el chico de la foto?

Él tomó el móvil, un tanto extrañado, y se lo acercó cómo si no viera bien. Observó detenidamente la foto, levantando en un par de ocasiones la vista hacia mí, para volver a ella; hasta que, frunciendo el ceño de nuevo a la vez que se echaba hacia atrás en la silla, me preguntó:

—¿Por qué tienes tú mi foto?

Esperé un poco antes de contestarle:

—El de la foto soy yo, cuando tenía más o menos tu edad.

—Sin apartar los ojos de aquel chico, me acordé de la primera vez que mi madre me habló de mi padre. Me dijo que era un marroquí que había conocido en Madrid mientras estudiaba, y que, aunque estaba muy enamorado de ella, por alguna razón desapareció de Madrid, al poco tiempo de saber que iba a ser padre. Su nombre era Bassim.

—¿Cómo se llama tu padre?

— ¿Por qué quieres saber tú eso? ¿A ti qué importa cómo se llama mi padre?

—Creo que tu padre, también es mi padre.

Él no pudo evitar un gesto de sorpresa, y se acercó a la mesa mientras decía en voz baja:

—Allah’u akbar, entonces, ¿tú mi hermano? Mi padre se llamaba Bassam.

—El mío, Bassim.

Me contestó con una gran sonrisa:

—Bassim y Bassam es lo mismo, y significa el sonriente.

Recordé entonces como mi madre me había contado, en muchas ocasiones, que había sido la sonrisa de mi padre la que a primera vista la enamoró. Probablemente, era la misma sonrisa que tenía el muchacho sentado frente a mí.

Mientras Alex pensaba en el tinte tan fotonovelesco que estaba tomando la trama de Arnaitz, oyó una voz que le decía:

—Perdone, caballero: el cinturón. Vamos a comenzar la maniobra de despegue.

Unos quince minutos después, en el momento que se apagó el piloto del cinturón obligatorio, se puso todo lo cómodo que el asiento de clase turista permitía y, ya con curiosidad, pulsó la tecla espaciadora del portátil y continuó viendo los últimos minutos del último vídeo:

Explicó a Abakh la historia de mi infancia, y de cómo mi padre nos había

abandonado a mi madre y a mí. Él frunció el ceño, a la vez que contestaba:

—Tú no sabes la historia como fue. Mi padre nos lo ha contado todo: que tuvo que salir corriendo de España, porque le iban a acusar del homicidio de un amigo suyo. Realmente lo había matado otra persona, pero el asesino había desaparecido, y varios testigos vieron a mi padre con el muerto justo antes de que lo mataran. Y, además, le debía dinero. Vosotros os burláis de la Sharia, pero, ¿qué clase de justicia tenéis vosotros? Bah, no puedo explicar a un kafir⁽¹⁾ lo que nunca entendería.

—Mi padre no podía someterse a la justicia española. Su única posibilidad era huir del país, aunque no pudiera volver nunca, o al menos en muchos años. Volvió a Marruecos; allí no tenía absolutamente nada que ofrecer a su mujer de España, y por eso no se puso en contacto con ella. Pasó el tiempo, y un comerciante del zoco de la Medina le ofreció su hija en matrimonio: mi padre vio el cielo abierto, porque así podría trabajar en alguna de las tiendas de su suegro. Tenía claro que no iba a volver a España, por lo que decidió casarse con una buena musulmana, la que es mi madre, y romper todos los lazos con España. Prefirió no llamar ni una sola vez a la que había sido su mujer aquí, para no crear falsas expectativas.

—Bueno, vale ya de historia familiar. Sabiendo que somos hermanos, aunque la vida no nos haya permitido conocernos en otras circunstancias, quiero ayudarte en lo que pueda. ¿Tú tienes claro en lo que estás metido?

—Desde que empecé a aprender el Santo Corán en la Madrassa, supe que las enseñanzas de mis maestros eran ciertas: nos hemos desviado de las enseñanzas del Corán, hemos occidentalizado nuestros comportamientos. Sólo con la vuelta de la interpretación literal del Santo Corán y la aplicación estricta de la Sharia, podrá la Umma⁽²⁾ volver a ser la mayor fuerza sobre la tierra.

Mientras hablaba, sus ojos habían adquirido un brillo un tanto anormal; se le veía completamente excitado. Una verdadera lástima. Un chico joven al que la falta de cultura, y el lavado de cerebro al que le habían sometido desde pequeño, había convertido en un soldado del Islam del siglo séptimo.

—Me estuve planteando muy seriamente si ayudar a Abakh, a quien lógicamente me costaba ver como mi hermano, o dejarle a la suerte a la que estaba destinado cuando él y sus compañeros volvieran al piso de la calle Carmen Martín Gaité 40, después de realizar la acción terrorista. No fue el

amor fraternal —era imposible que éste se hubiera generado tan de repente—, sino una cierta ternura provocada por la idiotez de un chico tan joven, dispuesto a dar su vida por una causa absurda, lo que me decidió a ayudarlo.

—Cuando le di la segunda mochila, le miré de frente y le agarré de los hombros al tiempo que le dije que, el jueves día once, después de haber realizado la acción, no volviera al piso de la calle Carmen Martín Gaité 40. Que, hiciera lo que hiciera, no volviera allí. Después estrechar mi mano, se puso la suya derecha sobre el corazón, me sonrió y se marchó.

—No le volví a ver, pero sé que no estaba entre los muertos que según la prensa se autoinmolaron, y sé que no se identificó, ni por nombre ni foto, a ningún joven de sus características. Poco después de la hora a la que presumiblemente habían colocado las bombas, alguien vio a un joven cambiándose de ropa entre dos casetas de una obra en la Gran Vía, no muy lejos de la estación de cercanías de Vicálvaro. Espero que el que conocí como hermano durante unos minutos haya adquirido un poco de cordura, y, si no ha podido superar el absurdo fanatismo con el que le habían lavado el cerebro, que al menos su muerte no quede sobre mi conciencia.

—No hace falta que os relate cómo ocurrió el atentado y cuáles fueron sus consecuencias, porque todos lo sabemos. Cuando me despedí de Abakh, estaba esperándome el Sirio, que me pagó el resto del dinero. Inmediatamente, recogí mis cosas del apartamento y me marché al País Vasco a buscar a mi mujer y a mi hija. Unas dos semanas después del atentado, cuando ya íbamos a marcharnos a Sudamérica, me detuvieron en un control rutinario.

Alguien había informado a la policía que yo llevaba explosivos en el coche. Y con lo sensibilizada que estaba la opinión pública, el juez me mandó directamente a prisión, como sabéis, y aquí sigo con vosotros. Si todo funciona y consigo salir de aquí, me marcharé de España con mi mujer y mi hija,

(1)Infiel o no creyente

(2)La comunidad universal de todos los que profesan la religión islámica

67. No hay nada como un margarita

Viernes 24 de julio a las 11:15

Los dos socios estaban repantigados en cómodos sillones, detrás de la cristalera de la lujosa cafetería. Peter estaba surfeando con su portátil:

—Mira esto.

Roberto se incorporó, y vio un pequeño reportaje del Diario Sur de Málaga:

—*”Yate de recreo se incendia por razones desconocidas y se hunde en aguas territoriales de la isla de Alborán, sin que las unidades de salvamento pudieran ni siquiera intervenir. Se cree que había una pareja de jóvenes en el mismo: una joven que responde a las iniciales N.S., y un abogado que responde a las iniciales A.N. La C.P.I.A.M. ha comenzado in situ su investigación, con los escasos restos que han quedado del barco.”*

Eufórico, le dio un puñetazo cariñoso a Peter.

—Te lo dije. ¿Ves cómo tenía yo razón, y el cabrón de Marc nos quería quitar del medio? ¡Que se jodan!, que al final nos ha hecho un favor.

—Sí, ya, claro. Y ahora, ¿a quién le reclamamos nuestra pasta, listo?

Roberto perdió su euforia y se quedó callado durante unos segundos. Algo no le cuadraba. Mientras lo pensaba, empezó a sentir cómo el calor le subía hasta la cabeza. Si se suponía que el Delfín se había hundido hacía casi 36 horas. ¿Cómo era posible que hubieran hecho la segunda transferencia? O bien el abogadillo y la chica seguían vivos, o bien otra persona había hecho la transferencia: y quién mejor que Peter para organizar una cosa así. Tenía que pensarlo mejor: no creía que su socio y amigo le fuera a engañar, pero con el dinero... nunca se sabe.

—No pasa nada, tío —dijo Roberto—; tenemos más que suficiente para vivir bien.

Peter dio un sorbo con la pajita, que vació casi la mitad de su margarita, y le contestó:

—¿Qué te parece si alquilamos un barquito como el Delfín, o algo parecido, y nos vamos bordeando la costa por el Pacífico hasta Costa Rica? Allí vive alguien que nos puede ayudar.

Roberto, que, mientras Peter hablaba, había cogido una revista de la mesa

que tenían delante, riendo le dijo mientras se la tendía:

—Pues, macho, esto sí que es casualidad: mira el anuncio que trae esta revista.

—*GANGA: Bote Italiano Cranchi Mediterraneo 60 pies, 2 Motores Volvo Penta Diesel de 750 HP, tres recámaras, dos baños, cocina, internet y teléfono satelital. Mar del Plata.*

Peter también sonrió tras leer el anuncio.

Un par de horas después habían cerrado el acuerdo con el dueño del barco, que resultó ser un empresario venido a menos que necesitaba vender, alquilar o lo que fuera. Le ofrecieron alquilárselo por un mes por 10.000 euros, y el dueño aceptó. Se llevó un cheque de la nueva cuenta de los socios, y pocas garantías por parte de estos. Incluso aceptó pagarles el viaje hasta Mar del Plata, donde habían dejado el barco anclado los anteriores inquilinos.

Tras casi un día y medio de vuelo, Dominic aterrizó en el aeropuerto de Tocumen, y menos de media hora después entraba en el hall del hotel donde se alojaban Peter y Roberto. En la recepción consiguió el número de habitación de los dos socios. Una vez en el pasillo de la 9ª planta, mientras buscaba el número de la habitación, vio un trolley de los que usan las camareras de piso. Se acercó, miró a ambos lados para comprobar que nadie le observaba, y cogió un albornoz de baño de los del hotel, que se colocó por encima. Cuando llegó a la habitación 917, empezó a hacer como que buscaba en los bolsillos la tarjeta para poder abrir la puerta. Una rolliza y tetuda chica morena de unos 25 años, muy solícita se le acercó y le preguntó:

—¿Perdió la llave el señor? No se preocupe; ahorita le abro.

Dicho y hecho: le abrió, con una sonrisa en la que a él le pareció ver una invitación.

Ya dentro de la habitación, Dominic examinó las pertenencias de Roberto y Peter, con mucho cuidado de no cambiar nada de sitio. De la mini mochila que siempre llevaba consigo sacó un pequeño micrófono UHF, y lo colocó en la zona inferior de la parte trasera de la mesilla de noche, que se encontraba entre las dos camas. Su propia habitación se encontraba a unos 20 metros, por lo que la recepción sería perfecta.

Roberto entró por delante de Peter en la habitación del hotel, cuando volvieron de su excursión de compras. Tiró encima de la cama la documentación del “Boludo”, que traía en la mano.

—Aquí no pintamos nada; ¿por qué no volamos mañana hasta Argentina y nos vamos directos al barco, sin hotel ni hostias? Desde allí podemos acercarnos a Punta del Este, a ver a mi amigo Oswaldo.

—OK, busco vuelo —dijo Peter, a quien le encantaba tener una tarea que hacer.

—Además, va a hacer una buena semana para navegar. Seguro que lo pasamos bien en el Boludo.

Peter se puso un poco nervioso de repente, y abrió de nuevo el portátil, entrando en la última página registrada por el navegador. Después de leer de nuevo el reportaje sobre el hundimiento del Delfin, levantó la cabeza y miró a Roberto. Éste le preguntó:

—¿Qué pasa, chaval?, que tienes cara de profesor en día de examen.

—Según esto, el hundimiento del Delfin tuvo lugar a última hora de la tarde de antes de ayer.

—¿Y qué? —contestó Roberto, incorporándose ligeramente para prestar mayor atención.

—¿Sabes a qué hora se hizo la segunda transferencia desde nuestra cuenta?

—No. ¿A dónde quieres llegar?

—La primera transferencia de 5 millones se hizo el día anterior las seis de la mañana. Según el acuerdo que teníamos con el banco, no se podía hacer más que una transferencia grande cada 24 horas; por eso, la segunda no se podía hacer antes de las seis de la mañana del siguiente día.

A Roberto empezó cambiarle la cara, no por la sorpresa, sino por una sonrisa.

—¿Entonces?

—Entonces lo que quiere decir es que los chavales no pudieron ser los que hicieron la transferencia, o una de dos...

Roberto no le dejó continuar:

—O no se hundieron realmente en el barco, o, si se hundieron, la transferencia la tuvo que hacer otra persona; pero, ¿quién?

Peter no necesito ni un segundo para contestar:

—El que tenía todos los medios a su disposición para saber exactamente dónde teníamos la cuenta, y además nos ha estado investigando los últimos años, es tu cuñadito Marc, con lo que creo que es el mejor candidato.

—No lo tengo claro. ¿Los chavales, o Marc?

—Lo averiguaremos. Acabo de reservar billete en un vuelo directo a Mar del Plata. Nos vamos.

Tras oír la conversación de los socios, Dominic decidió irse al aeropuerto, sin deshacer siquiera la maleta. Su idea era llegar antes que los dos socios, localizar el barco que habían alquilado en el puerto, esperarles allí, y terminar ya de una vez por todas con este trabajo que le estaba empezando a cansar. Después de un par de llamadas, recogió sus cosas y salió del hotel a toda velocidad.

Había un vuelo con una escala que salía en un par de horas, sin plazas. Se colocaría en lista de espera, y, con un poco de suerte, podría llegar antes que los socios a Mar del Plata.

68. Mar del Plata

—¡Allí está, allí está! —gritaron al unísono Nájla y Sofía. Señalaban hacia un carro de maletas completamente cargado, empujado por un Alex al que, incluso desde lejos, se veía agotado.

Tras los abrazos de rigor, Bicho se hizo cargo del carro con las cuatro maletas, mientras Nájla, que se había agarrado del brazo de Alejandro con su mochila a la espalda, caminaba a su lado. Cuando llegaron al apartamento, después de contarles todo lo que había hecho desde que ellos salieron de Panamá, Alejandro se metió directamente en la ducha; al salir, tuvo un bajón con la sensación de que le abandonaban las fuerzas, así que decidió descansar unas horas. Después de besarle con ternura, Nájla, acompañada de Sofía, se fue a hacer unas compras.

Bicho no quiso salir: tenía trabajo que hacer. El apartamento que habían alquilado tenía una conexión que daba cerca de seis megas: era más que suficiente para sus propósitos. Inició el portátil y, una vez abierto el navegador, anonimizó su conexión, pasando por varios servidores hasta que consiguió estar en situación de poder enviar un correo de forma totalmente anónima.

En uno de los vídeos había quedado registrado cómo Arnaitz daba a Peter y Roberto las claves de una página en la nube, donde estaba alojado el reportaje fotográfico completo que habían hecho del Sirio y demás. Bicho lo había rescatado y copiado íntegramente. Tenía a su disposición todos los documentos gráficos: reuniones del Sirio con Arnaitz; encuentros en el campo de golf con el hombre de gris, entregas de maletín incluidas; visitas al ministerio del interior; las fotografías tomadas en Sidi Moumen con el emir fundamentalista, y, por supuesto, todas las grabaciones.

Lo primero que hizo Bicho fue almacenar toda la información en varios alojamientos seguros en la red. Se estremeció pensando en que allí había más que suficiente para desencadenar el mayor escándalo político de la historia de España y, probablemente, de Europa.

Alex y él lo habían discutido en varias ocasiones por las noches, mientras las chicas dormían. Ciertamente los implicados en la conspiración merecían ser castigados de forma ejemplar por el sistema penal, que para casos como este

debería contemplar la pena de muerte. Pero no tenía ningún sentido promover una desestabilización del sistema político del país tan terrible como la que, sin duda, se produciría. Algo así podría tener, incluso, implicaciones de carácter macroeconómico, que podrían afectar a la vida de todos los españoles, además de suponer una atroz pérdida de credibilidad internacional para España, tan perjudicada ya por la recesión económica.

Los dos sabían perfectamente que, si saliera a la luz lo que tenían guardado, España se sumiría en un caos que posiblemente cambiaría su panorama político, tradicionalmente de alternancia entre los dos grandes partidos. De tal envergadura sería el impacto de la información, que el Partido socialdemócrata perdería un porcentaje muy elevado de sus afiliados, y, por supuesto, de sus simpatizantes. Se correría, pues, el riesgo de que la política española se convirtiera en el reinado de un solo partido. Y eso tampoco sería bueno para el país.

Tras sopesar cuidadosamente los pros y los contras de lo que iban a hacer, llegaron a la conclusión de que era lo mejor, dadas las circunstancias. La condena a miles de años de cárcel de una serie de cargos políticos muy importantes produciría cierta satisfacción personal a los perjudicados, pero supondría una carga claramente injusta para el gobierno actualmente en el poder, que no tuvo nada que ver con lo que sucedió.

Alex ya había avanzado algo a las chicas durante la noche que pasaron en Melilla, antes de tomar el avión para América del Sur. Les dijo que estaban en el mejor momento, y en la posición más ventajosa, para realizar el mayor chantaje de la historia a unos políticos corruptos y asesinos. Era imposible que se negaran a darles todo lo que les pidieran. Sólo tenían que convencerles de que los medios habituales para intentar localizarles y eliminarles, eran absolutamente inútiles. Aquellos sistemas pelicularos, que sin duda habían dado resultado en otras ocasiones, ya no tenían ningún sentido ni virtualidad en un mundo interconectado instantáneamente por 140 caracteres.

Alex y Bicho habían decidido alojar en distintos servidores varios juegos de dossieres, que contenían todos los datos, y equiparlos con bombas de relojería virtual, que necesitaban de una comunicación periódica por parte de sus autores para no explotar e inundar la red con toda la información acerca de la conspiración, perfectamente relatada e ilustrada. Así resultaba inevitable que, si algo le pasaba a alguno de ellos, la totalidad de la historia y de los testimonios gráficos se difundiera por el mundo virtual en cuestión de minutos.

Alejandro se encargaría también de esconderlo todo físicamente: para ello, ya había enviado por mensajero a Ana Belén, la que durante tan poco tiempo había sido su jefa, cinco copias del dossier completo, cerrado y lacrado, de las cuales tres debían ser depositadas en distintas Notarías de su absoluta confianza, y las otras dos, en cajas de seguridad de bancos. También habían dejado otra copia en una caja de seguridad de un banco panameño.

El dilema moral que, con su silencio, plantearon las chicas, quedó superado después de que los cuatro llegaron a un acuerdo: el dinero que les pagaran sería dedicado, de forma exclusiva, a ayudar económicamente en lo posible a aquellos sectores más desfavorecidos de la sociedad española y, sobre todo, a intentar solventar aquellas injusticias de carácter flagrante que la limitación de la ley, a pesar de su bondad, le impedía solucionar. No tenían ninguna pretensión de enriquecimiento: sólo la de hacer una cierta justicia poética. Por eso, al final las chicas vieron la bondad de la idea, y prestaron su aquiescencia, completamente convencidas de que el fin, en este caso, sí justificaba los medios.

En cuanto a las víctimas del 11 M, aunque ya habían sido indemnizadas -a decir verdad, mejor que las víctimas de otros muchos atentados-, ellos crearían una comisión de estudio para ver cuáles de aquellas personas necesitaban aún de ayuda, y poder ofrecérsela.

Mientras Alex seguía durmiendo, Bicho empezó a preparar los archivos adjuntos que acompañarían el correo electrónico que estaban a punto de enviar. Hizo una copia de media docena de las fotos más comprometidas, y las metió en una carpeta que nombró “Conspiración 11M”. Acto seguido, abrió un editor de vídeo y empezó a cargar alguno de los vídeos de Arnaitz, cortando los trozos que consideró más jugosos, hasta que tuvo unos seis clips de un minuto aproximado cada uno. Los unió en un solo archivo de vídeo, y los metió en la misma carpeta de las fotos.

Notó que alguien le ponía la mano encima. Alejandro se había despertado y, con los ojos ligeramente hinchados, mientras se estiraba le saludó:

—Tío, estoy como si me hubieran dado una paliza...

—Venga, hombre, que no será para tanto —bromeó Bicho—. Ya tengo preparada la conexión para mandar el correo, con las fotos y los vídeos.

Levantándose, le señaló primero la silla y luego el portátil. Alejandro, mientras se sentaba, le pidió:

—Oye, machote: ¿te importa hacerme un té, a ver si me espabilo?

69. El Boludo

Mientras sorbía lentamente un mate, el encargado de las pistas de paddle del club náutico de Mar del Plata volteó su mirada hacia la tienda de artículos náuticos. Estaba a unos 80 metros de la terraza de la cafetería donde él se había sentado, disfrutando del buen tiempo mientras los clientes mañaneros jugaban en las únicas dos pistas que estaban ocupadas. Incluso a aquella distancia se podía ver a las personas, aunque de forma un tanto difuminada. Después de dar otro sorbo a la bebida a la que se había acostumbrado en los últimos años, por ser típica en toda Argentina —y, además, porque había acabado gustándole—, alzó de nuevo la mirada, de forma un tanto automática, para comprobar que todo iba bien en la tienda. Su mujer trabajaba mucho más que si hubiera sido una empleada, cuando en realidad era la propietaria. Sintió como un cosquilleo en el pantalón y al principio no supo a qué se debía, lo que le produjo cierta confusión durante unos segundos, hasta que se acordó que había puesto el móvil en silencio, en modo vibrador, el día anterior y no lo había restaurado a su estado normal. Se lo sacó del bolsillo de los tejanos, y vio que tenía un toque de su mujer. Mientras lo tenía en la mano y sonreía pensando en el toque, el teléfono vibró otra vez. Era un SMS que sólo contenía una palabra: Mira.

El hombre se incorporó en su asiento, y sintió cómo el vello a los lados de la nuca se le erizaba ligeramente. Miró hacia la tienda y, aunque aguzó la mirada cerrando ligeramente los ojos, lo único que vio fue a varios turistas deambulando por los pasillos; lógicamente, a aquella distancia no podía distinguir sus rostros.

Se volvió, y empezó a buscar, encontrando enseguida sus prismáticos, que alineó con la tienda. Un leve temblor de manos hacía que los prismáticos se movieran ligeramente, impidiéndole centrar la visión donde quería, así que tuvo que apoyarlos con una mano en la barandilla de la terraza para poder concentrar la mirada. Cuando lo consiguió, casi se le cae la calabacita, como el la llamaba, en donde bebía su mate: el turista con la camisa floreada, que llevaba una cesta en la que iba echando artículos de las estanterías, era Peter Hockrote.

Hacía ya cerca de ocho años que, con Amaia y la niña, Arnaitz había

conseguido salir de España. Cuando, tras su estancia en la cárcel de Villanubla, fue puesto en libertad tras revocar el Juzgado central de instrucción la orden de prisión preventiva, contó con la ayuda de Peter y Roberto, con quienes se sabía en deuda para toda la vida. Él les había ayudado a conseguir una fortuna; ellos, a cambio, le ayudaron a empezar una nueva vida. Tres millones de euros dan bastante de sí, y, habiéndose asesorado debidamente, Arnaitz invirtió el dinero a través de una sociedad instrumental, de la que eran socios Amaia y él con sus nuevas identidades. La inversión les produciría una rentabilidad cercana al 6%, que les permitiría vivir perfectamente de forma cómoda, donde quisieran.

Durante un año estuvieron viajando, de forma muy discreta, por los distintos países de América Central y del Sur, buscando el que más les gustara para quedarse a vivir; hasta que, por casualidad, llegaron a Mar del Plata, y a los tres les encantó. Aunque tenían dinero suficiente para no tener que trabajar, decidieron montar algún pequeño negocio que diera a sus vidas la apariencia de normalidad que necesitaban, para así adaptarse plenamente a la sociedad marplatense.

Su hija ya había cumplido nueve años, y estaba totalmente integrada en el colegio. Lo único que no le gustaba demasiado a Arnaitz — ahora, Armando-, por absurdos prejuicios de su educación nacionalista que intentaba olvidar, era el acento argentino que la niña tenía; eso sí, como decían los de la zona, marplatense. Pero su amplitud de miras hizo que finalmente lo asumiera como parte de su nueva identidad; y, de hecho, Amaia y él intentaban exagerar un poco su forma de hablar para ir asimilándola cada vez más al acento argentino, aunque cualquier nativo se hubiera dado cuenta, después de hablar con ellos unos minutos, de que no eran de allí. Arnaitz siempre decía a su mujer que había que plegarse, no ya al futuro, sino al presente, que era multicultural y multiétnico, y que el idiota que no lo quisiera ver así, se lo perdería.

Su negocio era la gestión de la zona deportiva del club náutico de mar del Plata. Mientras Arnaitz se encargaba de las instalaciones deportivas, pistas de tenis, de paddle, etcétera, Amaia se puso al frente de la tienda de artículos deportivos y náuticos. Los dos habían cambiado su apariencia física considerablemente, de forma que casi nadie reconocería en ellos a Arnaitz y Amaia tal y como eran en España. Ligeros retoques estéticos habían latinizado la belleza de Amaia; en cuanto a él, un implante de pelo y una blefaroplastia

habían rejuvenecido su aspecto considerablemente. Aquí eran felices, y lo que Arnaitz tenía claro es que no quería que absolutamente nadie pudiera relacionarle con su vida anterior, que para ellos era un capítulo cerrado.

Cuando vio a Peter, le dio un vuelco el corazón. Decidió no hablar con él hasta comprobar qué estaba haciendo en Mar del Plata. Así que, cuando Peter salió de la tienda, Arnaitz no tuvo que seguirle demasiado tiempo para ver cómo, por la escollera, llegó casi hasta la bocana del puerto y subió con sus compras a un yate que - Arnaitz lo sabía perfectamente - era de un panameño arruinado y estaba a la venta.

Se quedó a unos cincuenta metros del barco. Estuvo esperando y observando unos 15 minutos, pero Peter no volvió a salir. Entonces Arnaitz llamó por teléfono a uno de sus trabajadores: Raúl, un chaval bien dispuesto.

—Hola, ¿dónde andás?

—Acá en la cancha, limpiando.

— Apúrate y vente a la escollera; te espero.

Menos de dos minutos después, ya estaba Raúl a su lado:

—Llegué volando.

—Ok, Ok; escucháme bien. Vos te quedás aquí sentadito, eh y me vigilás ese barco que ves allí, el que se llama el Boludo; y me contás por el celular todo lo que veas: quién entra, quién sale... Quedáte con el celular y me informás, ¿Ok?

—Ok, patrón, sin problema.

Cuando Peter subió al barco, Dominic continuó caminando como lo haría un turista de paseo. Pasó por delante del Boludo, y siguió hasta casi el final de la escollera. A la vuelta se quedó cómo a unos 60 m del barco, sentándose en uno de los puntos de amarre que se dibujaban todo a lo largo del borde de la zona deportiva. Allí esperaría a que Peter saliera del yate, para poder entrar y esperar a los dos socios, que probablemente zarparían hoy mismo.

Le hubiera gustado poder terminar su trabajo de la misma forma que hizo con el Delfin: haciendo explotar el yate; pero, en tierra extraña donde no conocía a nadie, difícilmente habría podido conseguir los medios necesarios. Sólo había podido hacerse con una 9 mm sin silenciador: tendría que amortiguar el ruido de alguna manera. Hacerlo rápido, y desaparecer. Era

preferible cumplir el encargo de Marc a enemistarse con él.

70. La fundación

Alejandro sorbió lentamente del té que Bicho le había traído, mientras pensaba en el mensaje que iban a enviar.

—Bicho, ¿hiciste la presentación que te comenté?

Alex le había pedido a Bicho que preparara un montaje en photoshop sobre cómo podría ser la portada del diario El mundo, si se le entregara toda la información que tenían acerca de la autoría intelectual de los atentados del 11 M. El montaje tenía que emular lo que podría ser la portada más importante de la historia del periodismo español.

—Sí, está hecha. Te aseguro que, cuando la vean no van a saber dónde esconderse.

—Vale; se la pondremos al final del correo, como un adjunto más.

Tecleó en el bloc de notas, para después copiar y pegar en el correo:

“Acabamos de crear la Fundación Iustitia pro omnibus, denominación que puede dar una idea de lo ideal e inocente que es nuestro objetivo; pero aun así, lo intentaremos. Ya que, lamentablemente, la ley no alcanza a impartir justicia a sociópatas enfermos como vosotros, consideramos nuestra obligación el hacerlo.

Bien sabéis que hay 193 personas inocentes a las que de nada serviría ninguna indemnización que se les pudiera conseguir, ya que no tienen vida para poder disfrutarla. Queríais el poder político al precio que fuera, y lo conseguisteis. Tenemos las pruebas claras de vuestra autoría, no ya intelectual, sino directa.

En el vínculo <http://www.pruebas11M.com> podréis comprobar que el material de audio, de vídeo y fotográfico que obra en nuestro poder, junto a la ratificación de los testigos clave y otros testimonios y pruebas que nos reservamos para el foro público oportuno, es más que suficiente para comenzar lo que probablemente se convertiría en el mayor proceso judicial de la historia de España, y cuyo nivel de popularidad mundial sólo sería comparable con los juicios de Nuremberg. Os haríais muy famosos.

Ya sabemos que tenéis medios para llegar a localizar el origen de este correo, aunque no sea inmediatamente. Pensáoslo muy bien antes de tomar ninguna iniciativa de ese tipo: ya os adelanto que copias del material ut supra

mencionado están debidamente custodiadas en cajas de seguridad, en distintos puntos del mundo, con entidades que han recibido las instrucciones precisas para que, el caso de que no reciban cada cierto tiempo determinado un mensaje nuestro, abran las cajas y sigan nuestras instrucciones, entregando a determinados medios de comunicación el contenido íntegro de las mismas, para que sea hecho público.

Pero vuestra peor pesadilla está en la red: en varios servidores prácticamente imposibles de localizar. En todos ellos hay un programa con un temporizador que debe ser interrumpido cada cierto tiempo, para evitar que vuelque toda la información a los servidores de noticias más importantes del mundo. Os aseguramos que los métodos tradicionales de control no os van a servir, porque no podríais controlar la difusión. Es una de las ventajas de internet.

Aunque lo ideal sería llevaros ante la justicia, para ser juzgados y condenados a lo que merecéis —la muerte—, desgraciadamente esa posibilidad no se contempla en nuestro país.

Además, tenemos claro que ni el gobierno actual ni vuestro partido político han tenido nada que ver con vuestros actos; y, teniendo en cuenta las incalculables turbulencias políticas y sociales que se podrían producir en España si se hiciera público vuestro crimen, con consecuencias nacionales e internacionales cuyo alcance es difícil imaginar, y que por tanto han de ser evitadas, hemos decidido mantener silencio al respecto.

A cambio, y como forma de potenciar la compensación futura de toda clase de actos y situaciones de injusticia real que se producen en nuestra sociedad, vais a colaborar con nuestra fundación. Os exigimos el cumplimiento de estas dos condiciones:

1ª. Adjuntas a este correo van las numeraciones de 10 cuentas bancarias, repartidas entre Delaware y Luxemburgo. A cada una de estas cuentas enviaréis 20 millones de euros. Todas las transferencias tienen que haber sido hechas en 30 días a contar desde hoy. Podéis ajustar la periodicidad como os convenga.

2ª. Los dos (y si tenéis alguna duda de a quiénes nos referimos, no tenéis más que ver el reportaje fotográfico) presentaréis vuestra dimisión, por razones de salud o cualquier otra que se os ocurra, de todos vuestros cargos públicos, y nunca más formaréis parte de ningún tipo de ente administrativo ni político. Os retiraréis de la vida pública, y dedicaréis el resto de vuestras

vidas a meditar sobre vuestros crímenes.

Si dentro de 30 días todos los pagos han sido realizados puntualmente y se han materializado vuestras dimisiones, no volveréis a oír más de nosotros.

En caso contrario, os dejamos un ejemplo de lo que podría ser la portada de un periódico nacional: www.pruebas/portadael-mundo.com

La Fundación Iustitia pro omnibus⁽¹⁾.”

Alejandro levantó la vista del portátil y preguntó a Bicho:

—¿Qué te parece?

—Déjame que lo lea.

Raúl estaba sentado en una de las motos náuticas que se encontraban frente al Boludo en un pequeño hangar de reparación, mientras tecleaba furiosamente en su celular de ultimísima generación un mensaje a su chavita. De forma casual, levantó por un momento la mirada de la pantalla justo en el momento que una persona —parecía un hombre - se colaba rápidamente en el barco. No llegó a ver más que una espalda, que se metía por la escotilla del castillete de proa. ¡El jefe le había pedido que le diera bola y que vigilara a todo chinche que entrara en el Boludo, y a poco la jodió! Armando iba a pensar que no se podía fiar de él si no le decía, al menos, algo sobre cómo era el tipo que se metió en el barco; así que Raúl se acercó lentamente y, subiendo como un gato grande por la popa, se puso por el lado del mar del castillete, hasta que llegó a la zona de las ventanas. Con mucho cuidado, se asomó por una esquina y ahí estaba el tipo. Estaba de espaldas a Raúl, haciendo algo con las manos.

Cuando menos lo esperaba el tipo se giró ligeramente mirando hacia la portezuela de entrada. ¡Tenía en la mano una pistola, y estaba colocándole algo que no alcanzó a ver! A Raúl le recordó a los sérpicos que los fines de semana andaban por las discotecas marplatenses, vestidos de paisano, intentando cazar camellos. Muy despacio, para no hacer ningún movimiento que el tipo pudiera notar, salió del barco y se alejó unos 50 metros para llamar al jefe. Cuando le contó lo que había pasado, Armando, otrora Arnaitz, le dijo:

—No te muevas de allí. Voy a mandar a la policía. Si se acerca a algún extranjero con camisa floreada hawaiana, deténle cómo sea. Inventáte cualquier cosa, pero que no entre al barco.

—Sin problema, patrón.

Raúl se quedó casi delante del barco, esperando que llegara la policía. Pensaba grabar con su móvil la movida, y subirla a la red. Seguro que a su chavita le gustaría.

Nada más colgar, Arnaitz llamó a su amigo Oswaldo, que era al oficial al mando del servicio de policía del puerto; y le comentó que uno de sus trabajadores decía que acababa de ver a un individuo subiendo al Boludo, pistola en mano.

Dominic se sentó en un pequeño taburete, con la espalda pegada a la pared del castillete, de forma que, cuando entraran los socios, estuvieran totalmente a su merced. Desde donde estaba, no tendría más que disparar a dos bultos grandes, con toda comodidad, y luego desaparecer de allí. No tendrían tiempo para reaccionar, ya que no le verían al entrar.

Menos de diez minutos después, le pareció oír ruido de pasos que se acercaban rápidamente, camuflados por otro sonido habitual: el bamboleo de los laterales del barco, que chocaban con las cubiertas de ruedas que se utilizan para amortiguar los golpes. Se preparó junto a la puerta. Quitó el seguro, y alzó la pistola por delante de él, sosteniéndola con las dos manos. Tenía que esperar a que entraran los dos socios; no podía disparar antes. Estaba completamente en tensión, con todos los músculos tirantes, cuando de repente se oyeron pasos de varias personas corriendo por cubierta, y una voz, junto a la puerta de entrada del castillete, dijo:

—Policía.

No le dio tiempo a reaccionar, y además tampoco tenía espacio para hacerlo. En menos de dos segundos, entraron en tromba cuatro policías que se abalanzaron sobre él. Estaba jodido.

Al entrar al apartamento, de vuelta tras hacer unas compras, a Nájla la sorprendió el silencio, y se imaginó que Alex estaría todavía durmiendo. Dejó las bolsas en la cocina y, al volverse, vio una figura inmóvil junto a la cristalera del salón que daba a la terraza. Se le aceleró un poco el corazón, hasta que se dio cuenta de que era Alex, que estaba como a medio metro de la

ventana. Parecía estar absorto mirando por ella, pero Nájla, aunque miró en la dirección en que él lo hacía, no vio nada más que las copas de algunos árboles, detrás de las cuales, de vez en cuando, un destello de luz se reflejaba en el agua del mar. Se puso lentamente a su lado y, al mirarle con una sonrisa, advirtió que en las mejillas de Alex se veían unas marcas húmedas. No podían ser otra cosa que lágrimas, que no hacía mucho que habían caído y que, de hecho, seguían cayendo. Ella le abrazó tiernamente y le susurró al oído:

—Pero ¿qué te pasa, cariño?

Después de mirarla largamente con ojos tristes, Alejandro esbozó una sonrisa y le acarició una mejilla mientras, con la otra mano, tomaba la suya; y le dijo:

—Ven; vamos a sentarnos.

Se sentaron en dos de las sillas de la mesa de comedor, en una de las esquinas, pero mirándose de frente. Así estuvieron durante unos momentos, hasta que Alejandro habló de nuevo:

—Hay algo que no sabes de mi pasado.

Nájla, ya nerviosa, le apretó ligeramente la mano mientras le decía:

—Alex, no tienes por qué contarme nada de tu pasado; nos hemos conocido hace un par de semanas, y para mí es más que suficiente. Creo que todo lo bueno está por venir.

Él volvió a acariciarla, como agradeciéndole el gesto, y siguió hablando:

—Recordarás que te dije que pasé una mala racha cuando me dejó la novia que tuve. Eso, sin duda, tuvo importancia para mí en aquel momento, pero la causa principal de la infelicidad que viví en aquella época fue otro acontecimiento que marcó mi vida.

Yo tenía una hermana, Amanda. Una chica guapísima, alegre, inteligente, lo tenía absolutamente todo. Tenía 21 años; salía con un chico llamado Gonzalo, y estaban muy enamorados; de hecho, resultaban hasta pesados por lo acaramelados que estaban siempre. No se cansaban nunca de estar juntos. Era una relación de amor fuera de lo normal.

La verdad es que, aunque él era tres años menor que yo, hicimos una gran amistad: puedo decir que era mi mejor amigo. Compartíamos aficiones, jugábamos al tenis y en definitiva, era como un hermano para mí.

Lo tenían tan claro, que decidieron casarse. Mi madre, al principio, se oponía porque su niña era demasiado joven, pero como se les veía tan enamorados, y además Gonzalo tenía un buen trabajo, finalmente transigió.

Fijaron la fecha de la boda para el día 15 de marzo de 2004.

A Nájla se le descompuso la cara. Se llevó la mano a la boca, reflejando en sus ojos la intelección de lo que, por la fecha, temía que hubiera pasado.

—No me digas que ...

Alejandro la miró con los ojos nublados y una triste sonrisa; y contestó con trabajo, arrastrando las palabras:

—Sí, Amanda iba en uno de los trenes de Atocha.

—¿Y murieron los dos?

—No; sólo iba Amanda. Pero habría sido mejor que hubieran muerto los dos.

Nájla cogió una de las manos de Alejandro entre las suyas, como para darle calor, y la mantuvo así mientras le preguntaba:

—¿Qué pasó?

—Gonzalo corrió al lugar de las explosiones y anduvo de un sitio para otro, buscando... buscando... Estaba loco de dolor, y era terrible verlo deambular, totalmente perdido. Aun sabiendo que Amanda estaba muerta, parecía no aceptarlo y seguía buscando. Es la imagen más triste que he visto jamás.

—Y no pudo superarlo: a los dos días, se quitó la vida. Era huérfano, así que sabía que su partida no iba a hacer daño a nadie o, en todo caso, sólo a sus amigos, cuyo dolor siempre sería menor. Su carta de despedida me la dirigió a mí. Sólo me dijo dos cosas: que no tenía ningún deseo de seguir viviendo sin Amanda; y que, si alguna vez podía, diera vida yo al sueño que habían tenido los dos.

Nájla no había podido evitar empezar a llorar en silencio. Que la historia de un gran amor, tan real, acabara así, encogía el corazón a cualquiera. Intentando controlar sus sollozos, preguntó:

—¿Y qué sueño era?

—Tanto Amanda como Gonzalo eran muy solidarios con el sufrimiento ajeno; colaboraban en todas las asociaciones locales de ayuda a los necesitados, pero, sobre todo, estaban muy comprometidos con la causa saharauí. Todas sus vacaciones se iban al Sahara, y habían creado lazos de amistad con mucha gente local. Querían crear una red de centros de acogida para niños saharauis en vacaciones, como primer paso para conseguir que tuvieran acceso a la cultura y a la sanidad. Como ellos decían, era su pequeña aportación a la humanización, para estimular conciencias.

(1)Justicia para todos

71. El vigía

—Ese mierda sólo nos lo puede haber mandado Marc.

Peter y Roberto estaban sentados en una de las terrazas, a la entrada de la zona comercial del puerto. Roberto había empujado a Peter hacia allí cuando vieron a cuatro agentes de policía que, pistola en mano, iban corriendo en dirección al muelle donde se encontraba el Boludo. Completamente perplejos ante la escena, habían visto cómo la policía sacaba del barco a un tipo vestido de negro y se lo llevaban esposado. Cuando el grupo llegó a su altura, la visión periférica de Dominic pareció hacerle percatarse de la presencia de los dos socios y, girando ligeramente la cabeza, esbozó a la carrera una mínima sonrisa.

En el momento en que perdieron de vista a los policías y al detenido, Roberto dijo a Peter, agarrándole del brazo:

—¡Nos vamos echando hostias de aquí, antes de que vengan a investigar en el barco!

En menos de diez minutos habían recogido sus cosas, y estaban fuera del barco, subidos a un taxi en el que, nada más entrar, Peter ordenó al conductor:

—Por favor, a toda velocidad, al Ástor Piazzola.

—¿Qué cojones es eso? —preguntó Roberto.

—Es el nombre del aeropuerto internacional de Mar del Plata.

Armando, desde lo que él llamaba el puesto de vigía —encima de las canchas de paddle— controlaba todo lo que pasaba en los alrededores del puerto deportivo. Dirigió los prismáticos hacia la zona donde se encontraba el Boludo, y sonrió cuando vio que los dos socios salían del barco, con un par de bultos cada uno en las manos. Llamó a Amaia:

—¡Se están marchando!

—¿Crees que han podido sospechar algo?

—Probablemente, todavía no. Cuando estén más tranquilos y empiecen a atar cabos, puede que empiecen a sospechar de lo extraño del incidente. ¡Aunque, para entonces, estarán bastante lejos de Mar del Plata!

Tumbado en la cama de lado y medio dormido, le pareció oír el típico aviso de llegada de correo en el ordenador portátil que, encima de la mesa junto a la ventana, acostumbraba a dejar siempre encendido. Miró la hora, y no le dio más importancia. Siguió en la cama, donde estaba agradablemente caliente; disfrutó estirándose, y se acercó al cuerpo que tenía al lado, pasándole la mano por encima de la cadera.

No hubiera sabido decir cuánto tiempo había pasado cuando oyó el pitido de otro mensaje en el portátil. Un poco atontado, abrió los ojos, se rascó el poco cabello gris que le iba quedando a los lados de la cabeza, y vio que sólo habían pasado veinte minutos desde el primer pitido. No tenía mucho sentido recibir dos mensajes de correo a aquellas horas de la mañana, a no ser que se hubiera producido alguna emergencia.

Con pocas ganas, se sentó en el borde de la cama, ayudándose con el codo derecho para incorporarse. Sintió la molestia en la cintura que llevaba acompañándole años, que sobre todo le fastidiaba al levantarse de una silla, o de cualquier lugar en que estuviera tumbado. Antes de sentarse delante del portátil, se puso un pantaloncito gris Calvin Klein, y pasó por la cocina a beber un vaso de agua, y por el baño a echar la primera meada del día. Era su ritual para ir desperezándose.

La mayor parte de las veces, los mensajes solían contener simplemente comentarios por parte del jefe, que, siendo un conocido insomne en los círculos políticos, podía tener una brillante idea que quería explicar a las tres o cuatro de la madrugada. Por eso, hacía ya tiempo que no les daba demasiada importancia, y solía empezar a leerlos, como muy pronto, hacia las siete y cuarto de la mañana.

Sin embargo, ante la insistencia de hoy, Antonio abrió su cuenta de correo personal: era una cuenta que muy poca gente conocía, ya que sólo la usaba para comunicaciones muy confidenciales. Todo lo que entraba y salía lo hacía encriptado con los mismos algoritmos que usaba el CNI. No obstante, como el jefe ya no se fiaba demasiado de los servicios secretos, había decidido hacía unos meses pasar de la seguridad que le ofrecía el Centro Nacional de Inteligencia a contratar a un informático indio de gran prestigio, al que metió en nómina a su servicio personal, y que le garantizó la total y absoluta confidencialidad del servicio de correo.

Abrió el primero de los dos mensajes que tenía en la bandeja de entrada, y empezó a leer:

“Acabamos de crear la fundación Iustitia pro Omnibus”.

A medida que iba leyendo el texto, notó como si oleadas de calor empezaran a circundarle concéntricamente la cabeza, a modo de coronas energéticas que fueran moviéndose en espiral; y notó que empezó a brotarle un sudor fino, que enseguida empezó a perlarse, en la parte superior de su frente, las sienes, la nuca y hasta las manos. Inconscientemente se las secó en las perneras de su pantaloncito de pijama, que enseguida reflejó las manchas de sudor aceitoso.

Cuando terminó de leer, aunque dudó un segundo en hacerlo, finalmente clicó en el vínculo final que el correo traía: www.pruebas/portadaelmundo.com

Cuando vio el montaje de la portada que Bicho había preparado, a Antonio Oreja se le retrajeron los testículos hasta casi desaparecer, y el sudor empezó a caerle libremente. El montaje les mostraba a él y al jefe, Floreal Blanco Graner, sobreimpresionados con fotos de la masacre del 11M. El titular principal decía:

“Estos dos altos cargos políticos organizaron la masacre del 11M”.

De forma casi automática, abrió el siguiente que tenía en la bandeja y observó que el remitente era XXA, clave que solamente utilizaba el jefe cuando se dirigía a él. El mensaje era escueto:

“Hace una buena mañana para jugar al golf. Nos vemos a las ocho”.

Estaba claro que él también había leído el correo. De repente, se oyó una voz juvenil:

—¡Tony! Entonces, ¿me llevo el BMW, o qué?

Por un momento el hombre gris se había olvidado completamente de Said, el morenito marroquí que, desnudo sobre la cama, le sonreía dejando ver una hilera perfectamente alienada de blancos dientes. Tardó unos segundos en reaccionar, hasta que pudo contestarle:

—Sí, sí, puedes llevarte el deportivo. Si te quieres duchar, date prisa, porque me tengo que ir en menos de treinta minutos; yo me llevaré el Audi.

—Entonces ¿qué hago, Tony? ¿Reservo los billetes para Budapest en la última semana de agosto, como dijimos?

—Sí. Pilla la tarjeta de crédito azul, y resérvalos por Internet. Pero, venga, date prisa. Que ha surgido algo.

—Oye, Alex: ¿No crees que deberíamos... no sé, buscar un lugar más seguro?

Alejandro dio un sorbo a su coca cola mientras Bicho y él, sentados en el salón del apartamento en Puerto Madero, esperaban a las chicas, que habían salido.

—No, eso no tiene mucho sentido: nosotros, realmente, no tenemos ninguna posibilidad de luchar contra esta gente. Si a unos profesionales vinculados al Ministerio del Interior español les diera por ir a por nosotros, de poco serviría que estuviéramos en una casa en el campo escondida en las montañas; hasta puede que fuera peor, porque podrían cazarnos aislados. Nuestro planteamiento tiene que ser el que estamos llevando: decirles claramente que no nos estamos ocultando. Saben que tenemos un seguro de vida en la inmensidad de la nube. Es lo mejor que tiene internet, en una situación así. Las bombas de relojería virtual están programadas para explotar si no las vamos desactivando cada cierto tiempo. Cuando paguen, ralentizaremos el sistema. Ellos saben que no nos pueden hacer nada: es demasiado riesgo. Saben que, con pulsar una tecla, los hundimos para siempre.

—Les interesa mucho más pagar, y evitar así la posibilidad de que se llegue a saber lo que han hecho. Una vez que reflexionen sobre el poco sentido que tendría intentar detenernos, sobre el riesgo brutal que corren, pagarán. Y además no será precisamente su dinero el que utilicen. Me imagino que tirarán de los fondos opacos de los sindicatos.

—¿Y si cogen a una de las chicas?

—Se juegan demasiado, y saben que sólo tenemos que: o conectarnos con el móvil para accionar el mecanismo de difusión, o no conectarnos en los tiempos que tenemos programados, con lo que se accionará también el mecanismo de difusión. La fuerza no les sirve de nada.

72. Golf temprano

El hombre casi calvo empezó la conversación mientras escrutaba el recorrido hasta el primer hoyo, como calculando la distancia, antes de golpear la pelotita de golf.

—He hablado con Marc esta mañana. Le he estado explicando por encima la aparición de este nuevo problema, tan similar al que tuvimos hace unos años, y me ha confirmado que, por lo menos, el problema anterior ya es un capítulo cerrado. Hablo de aquellos dos chantajistas a los que dimos cuatro duros. Según Marc, esos dos ya han dejado de ser un problema.

—¿Pero quién cojones son estos otros?

Mientras andaban hasta el segundo hoyo, el hombre calvo, que se adivinaba delgado bajo su cazadora, ante la pregunta de su segundo, se paró; sin embargo, no empezó a hablar hasta transcurridos unos segundos. Eran conocidos entre sus subordinados sus ojos de un azul claro, pálido, que parecían estar completamente vacíos, y que, sin embargo, eran capaces casi de desnudar la mente de una persona.

—Eso mismo le he preguntado a Marc. Por lo visto, unos jóvenes han decidido vengarse de aquellos dos socios que nos chantajearon hace años, por alguna de sus estafas, o algo parecido. Y, en el transcurso de su venganza, se han dado de bruces con la documentación que los muy gilipollas tenían escondida y parecen haber decidido darnos una lección, sin duda, histórica.

—Desde luego, a la hora de pedir no se cortan un pelo.

Antonio, el hombre de gris, sostuvo con fuerza una pelota de golf en la mano y, armando el brazo, lo echó hacia atrás y lanzó con todas sus fuerzas la pelota, al tiempo que contestaba:

—Estoy hasta los huevos de todos estos capullos con sueños de justicia, idealizados por la ignorancia. ¡Se creerán que es muy fácil gobernar un país de cerca de cincuenta millones de habitantes! A lo mejor les venía bien un poco de derecha, para que nos echasen de menos. Tenemos que buscar la forma de terminar con esto de una vez por todas.

Se hizo un nuevo silencio entre los dos, mientras subían por una pequeña pendiente. Floreal estaba bastante más en forma que el hombre de gris, y en vez de ralentizar su paso, lo aceleró, aunque acortándolo, con lo que llegó a la

cima sólo con un ligero jadeo. Contestó entonces:

—Sí, sí. Eso sería lo ideal, pero me dice Marc que cree que uno de los implicados es un abogado con apoyo de un hacker, y de alguien más. Eso, por un lado, y el correo que nos han enviado, por otro, indica que tendríamos serios problemas si intentáramos solucionar la situación por los cauces habituales. Nos han demostrado que tienen la documentación; y los dos sabemos que no hay que ser excesivamente brillante para localizar cinco o diez servidores seguros donde esconder algo sin que nadie lo encuentre, mientras que, en cambio, resulta prácticamente imposible saber en cuál de todos los servidores y lugares físicos que existen en el mundo han podido esconderlo.

—¿Y si les presionamos un poco? Ya sabes.

—Me temo que no. Han diseñado un sistema por el que, si a cualquiera de ellos le pasa algo, automáticamente el mecanismo de difusión de la información se pone en marcha. Este es el gravamen de la puta era de internet: cualquiera puede, a golpe de click, destapar la puta caja de Pandora más grande que exista. Hay que reconocerlo: nos tienen totalmente cogidos por las pelotas, y no nos podemos soltar.

—Entonces, ¿qué propones? ¡No pensarás pagarles! Están pidiendo una puta pasta.

—Están pidiendo 200 millones de euros, para empezar una estúpida cruzada con su fundación Iustitia pro omnibus. Los muy gilipollas se creerán que van a poder arreglar algo.

73. La separación

Menos de tres horas después de haber salido huyendo del puerto de Mar del Plata, los dos socios aterrizaron en el moderno aeropuerto de Carrasco. Mientras Roberto se quedó en una cafetería del Aeropuerto para localizar a un viejo amigo de correrías de juventud que vivía en Montevideo, Peter dio un largo paseo hasta una de las salidas del aeropuerto, donde se sentó y pidió una cerveza. Después de jugar durante unos minutos con el móvil entre las manos, se decidió: marcó el prefijo de España y el teléfono de Elena, la madre de su hijo.

—¡Anda!, otra vez el perdido. Dos veces en una semana. ¿Qué pasa?, ¿que tenemos algún cargo de conciencia, o qué?

—Elena, deja tu discurso para otro día y, por favor, escúchame atentamente.

Al oír la gravedad del tono de Peter, Elena se quedó un poco cortada y a la escucha.

—Elena, estoy con Roberto en Sudamérica, y probablemente no vuelva en algún tiempo

—Lo sabía. Ya te ha metido en otro lío ese maricón.

—No, Elena: Roberto no me ha metido en ningún lío en el que yo no haya querido meterme. Todavía no he hablado con él, pero creo que es el momento de separarnos. Tenemos una buena cantidad de dinero que nos repartiremos, para que cada uno pueda seguir adelante con su vida, sin ningún tipo de agobios económicos para los próximos veinte años. Me gustaría mucho que tú y el niño os vinierais para acá, y creáramos una familia.

—Pero, ¿qué dices? ¿Estás loco, o qué? Primero nos abandonas, y ahora...

—No, no estoy loco; déjame terminar, por favor. Tú sabes perfectamente, y eso es lo que más te ha dolido, que yo siempre te he querido, y que, sólo por cobardía y porque me sentía en deuda con Roberto, sacrifiqué nuestra relación para pagarle los favores que le debía o que creía deberle: él me había sacado del pozo donde yo estaba metido, tanto económica como moralmente. Pero creo que ya he pagado mi deuda con creces; y ahora, vamos a ir hasta la ciudad que él elija, y me aseguraré de dejarle perfectamente instalado en cualquier país centro o sudamericano. En el plazo de un mes, me habré

instalado yo por mi cuenta en algún sitio bonito y agradable, donde me gustaría renacer como una persona normal, con mi familia, que sois vosotros.

El tono de la voz de Elena al contestar ya no era el mismo con el que empezó la conversación.

—Peter, todo lo que me estás contando está muy bien; y sí, yo sé que me quieres, y por eso me dolió tanto que nos dejaras. Pero, ahora, ¿quién me asegura a mí? ¿Quién me garantiza que, si nos vamos a algún sitio del sur o del centro de América, no te va a coger la policía y te va a llevar detenido de vuelta a España? ¿O que no va a venir tu amiguito Roberto, y te vas a volver a ir con él? Comprende que yo no puedo dejar mi casa, mi trabajo, mover al niño del colegio y de su círculo de amigos sin una seguridad mayor. No tengo nada claro si esto es un impulso tuyo momentáneo, o algo con más vocación de futuro. Tendrás que demostrárnoslo con el tiempo.

—Entiendo tu actitud y, aunque me entristece, me parece coherente. En cuanto a la policía, no me preocupa, porque de todo lo que hicimos últimamente en Marbella la responsabilidad última la tienen los abogados, que cobraban por ello: eran los administradores de todas las sociedades; nosotros no aparecemos en ningún sitio. Te aseguro que, esta vez, las cosas las hemos hecho bien, y están bajo control en un ciento uno por cien.

—Vamos hacer una cosa, Peter. Cuando estés totalmente instalado, llámame, y explícame un poco tu forma de vida allí, y seguiremos hablando. Igual hasta vamos a verte de vacaciones. Mientras tanto, espero que sigas llamando a tu hijo, que como sabes te tiene totalmente endiosado. Por cierto, ahí llega. Toma, hijo; ponte al teléfono, que es papá.

Mientras iban de vuelta al club en el buggy, el hombre más alto insistió una vez más:

—Flore, ¿estás seguro que no quieres que intentemos, al menos, apretarles un poco las clavijas? Ya tengo al informático indio localizando el origen del correo.

—Tony, chato: mientras exista la más mínima posibilidad de que cualquier chaval de estos, por el simple hecho de presionar una tecla, hacer una llamada, mandar un mensaje pueda hacernos vivir un infierno el resto de nuestra vida y desencadenar una tormenta política de magnitudes inimaginables, no nos

vamos a arriesgar. Como la mayoría de los ciudadanos, estos chicos no entienden que la política tiene sus propias reglas, que nada tienen que ver con el sentido personal de la moral. En esta jugada, perdemos; pero la partida está por ganar. Además, tengo ya sesenta y cinco años y estoy hasta los cojones: me vendrá bien un descanso. Y a ti, lo mismo, que tienes mala cara, macho, que pareces un zombi con esas ojeras. Hazme caso: si conseguimos salir de esta pagando lo que nos piden, aunque sea a costa de entrar en un perfil bajo para siempre, vamos de puta madre. Los dos tenemos más dinero del que nos podemos gastar en lo que nos queda de vida. En definitiva, si algo se llega a saber, los dos sabemos que la única solución sería llamar urgentemente a la Parca para que nos visitara cuanto antes.

—Dinero, tú bastante más que yo.

—No; hazme caso. Lo que están pidiendo son 200 millones de euros. Vale: eso es mucho dinero; pero no es tanto. Piensa una cosa: del próximo pago que el Estado de bienestar que se supone que somos va a hacer a los chorizos de los sindicatos, que —corrígeme si me equivoco— son cerca de 720 millones en cuatro o cinco partidas, ¿cuánto crees tú que estos elementos van a manipular contablemente, para que nuestro partido pueda financiar una buena campaña y garantizar lealtades? ¿Cuánto? ¿150, 200 millones?

—Sí, pero si pagamos, nos vamos a quedar cortos de fondos, y ellos se quedan sin un duro.

—Nosotros, no; quienes se van a quedar cortos de fondos van a ser los sindicatos, pero no para su actividad sindical, que todos sabemos que es prácticamente inexistente: sólo van a dejar de engordar sus bolsillos un par de años. No pasa nada. Además, ¿tú crees que, por mucho que le echemos a la campaña, con el payaso de presidente que tenemos vamos a poder conseguir mayoría absoluta en algún sitio? Esta la tenemos perdida, amigo mío. Ponte en contacto con el que ha mandado el correo, y empieza a organizarlo todo. Reúnete con los tesoreros de UGT y CCOO, y explícales que tenemos una situación de emergencia nacional, y que necesitamos hacer una serie de transferencias a los números de cuenta que les diremos; y que ese dinero tiene que salir de la próxima remesa que van a recibir, y de los cientos de millones que han robado con los cursos. Lo mejor será que te hagas cargo tú, en persona, de que hagan los ingresos en la cuenta desde la que se vayan a hacer las transferencias, y de comprobar que se hacen. Que se aprieten el cinturón, que hacer un poco de régimen no les vendrá mal. Y, por supuesto, controla que

no haya filtraciones de ninguna clase.

—¿Tú crees que los sindicatos tragarán, sin preguntar?

—Simplemente, diles que no pregunten, porque esta situación puede tener un efecto dominó. Si quieren seguir comiendo en restaurantes de lujo y follándose a putas caras mientras están encocados, no les queda más remedio.

En uno de los cafetines de moda de Puerto Madero, las dos parejas estaban tomando té. Alejandro empezó a hablar:

—Chicas, esta mañana le hemos hecho una transferencia al bufete donde yo trabajaba en Fuengirola, a través de nuestro abogado en Panamá; lógicamente, en nombre de la fundación, para empezar a organizar el trabajo que vamos a desarrollar. Ah, y por otro lado: acaban de colgar en la red, en el portal que se les dijo, un mensaje.

Nájla sonrió y mientras asentía con la cabeza dijo:

—¿Qué mensaje es ese?

—Los conspiradores del 11M son bastante escuetos:

“Su pedido ha entrado en producción”.

—¿En producción? —preguntó otra vez Nájla.

—Sí, es su forma de decir que van a pagarnos lo que les hemos pedido, y van a empezar a hacer las transferencias —aclaró Bicho.

—O sea, que los hijos de puta estos van a pagar lo que se les pida, con tal de que no hagamos público lo que hicieron —continuó Nájla abriendo mucho los ojos, como si no terminara de creérselo.

Alejandro tomó el testigo mirándola fijamente a los ojos:

—Sí. Por supuesto que lo ideal sería sacar a la luz todo lo que pasó, y que estos dos cabrones, y los demás que hayan participado, se pudrieran en la cárcel; y que la clase política que es capaz de hacer cosas así por mantenerse en el poder sufriera las consecuencias. Pero, ¿no creéis que esto podría, incluso, hacer que se tambaleara la democracia en nuestro país? A la vista de algo así. Pensad que todavía hay unos cuantos militares que podrían decidir que España no está preparada para poner su futuro en manos de políticos elegidos por el pueblo.

—Además, pensad en todo lo que vamos a poder hacer por un montón de gente necesitada, que no tiene a nadie que le ayude. Lo que va a resultar más

difícil no es optar por sacar a la luz el asunto o no, visto el caos que podría crearse si lo hiciéramos. Lo verdaderamente difícil será elegir cómo materializar los fines de nuestra fundación.

74. AB

Ana Belén, esa mañana, se había cogido las tres primeras horas de la mañana libres. Tenía que llevar la niña al médico, y se temía que el pequeño hospital de medicina ambulatoria estuviera lleno. Sin embargo, para su sorpresa, todo fue muy rápidamente, y a las nueve y media volvía a dejar a su hija en la guardería. Después, se acercó a la Delegación del Colegio de Abogados, donde le habían asignado un par de nuevos casos del turno de oficio. Con sus 25 años de ejercicio, seguía estando en el turno, a pesar de la escasa proporcionalidad guardada entre el tiempo que ocupaban los asuntos y los mínimos ingresos que generaban. Quizás fuera la idea del compromiso social de su profesión, que muchos no entendían. Probablemente, era un conjunto de motivos lo que la impulsaba a seguir prestando sus servicios casi de forma gratuita. Por un lado, la idea, criticada por tantos “abogadillos de la costa”, de que con ello podía ayudar a gente que lo necesitaba - a pesar de que eran muchos los casos en los que se abusaba del turno de oficio-; y, por otro, la variedad de los casos que le venían asignando, habían hecho que a lo largo de su carrera profesional hubiera visto prácticamente de todo.

Llegó al despacho hacia las 11:35.

Nada más verla entrar, Begoña, la secretaria, un tanto nerviosa, le dijo:

—Ana Belén, los socios llevan esperándote toda la mañana. No han parado de llamarte al móvil. ¿Por qué no has contestado? No veas el mosqueo que tienen.

Ana Belén se ruborizó ligeramente cuando se acordó del puñetero móvil. Por despiste, lo tenía en silencio: una costumbre que intentaba evitar, porque una vez que lo silenciaba, la mayoría de las veces no se acordaba hasta el día siguiente, cuando alguien le recriminaba haber estado llamándola todo el día. Mientras se lo sacaba del bolso, todavía con algo de color en las mejillas, dijo:

— ¡Qué cabeza tengo! Otra vez me lo dejado en silencio.

Mientras movía la pestañita para activar otra vez el sonido normal del teléfono, y veía de refilón las seis o siete llamadas perdidas que tenía, preguntó a la secretaria:

— ¿Y qué es lo que quieren los socios? Hoy no teníamos reunión

programada, que yo sepa. ¿O sí la teníamos? —preguntó, ya con cierta aprensión, que sin querer exteriorizó. ¿Se le estarían olvidando las cosas?

—No lo sé, pero me han dicho que, en el momento que llegaras, les llamara a los tres, y que te fueras directamente para la sala de juntas.

Un tanto intrigada, Ana Belén se dirigió su despacho. Dejó el bolso en el perchero y el maletín en uno de los confidentes de su mesa, miró su reflejo en el cuadro de la casa oscura que le solía hacer de espejo, se arregló un poco el pelo con las manos y se estiró el chaleco que llevaba encima de la blusa. Empezó a andar por el pasillo hacia la sala de juntas, cuando, mientras andaba a paso corto y cepillaba con las manos la falda oyó:

—¡Vaya, hombre: apareció! Ya era hora. Anita, ¿se puede saber dónde estabas? Te llevamos llamando toda la mañana.

Felipe, el socio principal del bufete, venía hablándole desde el punto opuesto del pasillo, carpeta en mano hacia la sala de juntas, a cuya puerta llegó primero. Se quedó esperando a que llegara Ana Belén, para cederle el paso. Cuando entraron, ya estaban sentados otros dos de los socios: Juan Carlos y Vanessa.

Todos guardaron silencio, mientras cada uno ocupaba su sitio. Cuando estuvieron todos sentados, se produjo más silencio, como si todos esperaran que alguien tomara la palabra. Fue Ana Belén la que dijo:

—Bueno ¿qué pasa? Disculpad lo del móvil: estaba en silencio. ¿Cuál es la urgencia?

Felipe abrió la carpeta que había dejado sobre la mesa. Sacó un folio y se lo pasó a Vanessa, que su vez se lo pasó a Ana Belén, mientras Felipe preguntaba:

—¿Qué es esto, Ana Belén?

Un tanto extrañada, Ana Belén cogió el folio. Era un extracto bancario. Vio en la esquina superior derecha los dígitos de cuenta: era la cuenta de clientes del despacho.

Los ojos se le fueron al último movimiento, es decir, el más reciente, que era de ese mismo día: había una anotación en la cuenta de clientes del despacho de 500.000 euros. El apunte incluía un concepto: “AB pro fdos. Fundación IPO.”

Ana Belén se quedó sin palabras durante unos segundos, hasta que empezó a reaccionar:

—Claro; por eso queríais hablar conmigo con esa urgencia AB puede

perfectamente ser mi nombre, pero, ¿qué diablos es esto? Eso es una barbaridad de dinero.

—Exactamente —dijo Vanessa—; y nos gustaría saber de qué es, porque ninguno tenemos un cliente que vaya a comprar nada, y muchísimo menos con esa clase de depósito.

—Yo estoy tan sorprendida como vosotros. No tengo ni idea de dónde viene, ni de quién es.

Felipe la interrumpió para decir:

—Me voy al banco, y si no tengo claro el origen, lo devolvemos.

Justo cuando se estaba levantando Felipe, se asomó a la pue ta Begoña, diciendo:

—Perdonad que os moleste, pero hay un llamada facetime urgente para Ana Belén. Dice que tiene que ver con la cuenta de clientes.

Todos se quedaron en silencio, mirando de Begoña a Ana Belén, hasta que ésta dijo:

—Bego, tráeme el teléfono.

Ana carraspeó ligeramente, teléfono en mano, al ver en la pantalla a un señor muy trajeado, con pinta de abogado.

—Sí, dígame. Soy Ana Belén, ¿con quién hablo?

—Doctora, le habla el licenciado Arquímedes Celín. Llamo desde Ciudad de Panamá.

—Bien, mucho gusto. Le informo que el altavoz del teléfono está puesto, y están oyendo esta conversación todos los socios del despacho.

—Tanto mejor, doctora. Lo que les tengo que decir creo les interesará a todos.

Felipe, que hasta entonces había estado de pie, se sentó.

—En nuestro bufete se acaba de crear una fundación, de la que tengo el honor de ser Presidente. El nombre de la fundación es Iustitia pro omnibus, frase latina cuya traducción creo será suficientemente clara para ustedes. La fundación ha nacido con la pretensión de ayudar a hacer justicia allá donde la ley no haya sido suficiente, o donde simplemente sea necesario. Antes de que me lo pregunten: no se trata de ninguna figura de carácter justiciero, sino puramente filantrópica. Lo que la fundación pretende es que, en aquellos casos en que la ley, por sus limitaciones, no haya sido capaz de compensar a quien haya sufrido una injusticia, sea la propia fundación la que intente ayudarle, ya sea económicamente, o en cualquier otra forma posible.

—¿Y se puede saber quién es el filántropo que financia todo eso? — preguntó Juan Carlos.

—Por el momento, los patronos de la fundación prefieren permanecer en el anonimato.

Tras cruzarse una mirada Felipe y Ana Belén, ésta preguntó:

—Y, ¿cuál se supone que es nuestra misión en todo esto? ¿Por qué nosotros?

—Doctora, según mi reloj son ahora las 06:00 horas en Panamá, por lo que en España deben ser las 12:00.

En ese momento entró de nuevo Begoña con un sobre grande, mientras se disculpaba:

—Siento interrumpir de nuevo, pero esto acaba de llegar, y me han insistido mucho en que tenía que entregárselo a Ana Belén a las 12 en punto.

En la pantalla del teléfono se vio sonreír al abogado panameño mientras decía:

—He podido oír que ya ha recibido el sobre, doctora, ¿es así?

Ana Belén, tan extrañada como los socios, contestó:

—Sí, sí. ¿Qué contiene?

—La respuesta a todas sus preguntas.

Después de hablar con Elena, Peter volvió para buscar a Roberto, que le dijo sonriendo:

—Macho, ¿dónde carajo estabas? ¿A que ya voy pillando acento de la zona? He localizado a Oswaldo: el tío está forrado, tiene un par de inmobiliarias y ha conseguido comprar un montón de apartamentos, que alquila a los turistas. De hecho, nos está preparando un apartamento de puta madre en Punta del Este.

No le dio muchas posibilidades a Peter de replicarle, ya que lo empujó hacia una de las maletas, para que la cogiera, y empezó a andar hacia la salida de la terminal, donde se paró en la línea de taxis y se puso a hablar con uno de los conductores. Menos de hora y media después, habían dejado su equipaje en un precioso ático en la zona más chic de la Punta. Tras una ducha rápida y un cambio de ropa, bajaron al portal, donde un gordísimo Oswaldo les estaba esperando con un Hummer amarillo, un tanto aparatoso, para llevarles a su

restaurante preferido.

Después de comerse unos chuletones de carne uruguaya, que según algunos es la mejor del mundo, y beberse dos botellas de vino, los tres estaban aletargados, medio tumbados en una terraza de moda del paseo marítimo. Los socios, entre el cansancio del viaje y la comida, entraron en un estado de bienestar soporífero, del que su anfitrión Oswaldo les sacó levantando su margarita para brindar:

—Amigos míos, viviendo aquí no tendréis ni que molestaros en salir a ligar. Las chiquitas vendrán a cazaros. ¡Ay, Roberto!, cómo echo de menos las juergas que nos corríamos en Madrid.

—Ya tenía ganas de verte, mamón —Roberto, sonriendo, levantó su copa y respondió al brindis—. Ha llegado el momento de disfrutar del dinero que tanto trabajo nos ha costado ganar.

Oswaldo soltó una risotada y dijo:

—Como lo digas muchas veces, te lo acabarás creyendo hasta tú.

Un par de horas después, en el apartamento, Peter se dirigió a un Roberto desparramado en un butacón de piel, en bóxers de palmeras amarillas rodeadas de jungla verde esmeralda.

—Rober, tenemos que hablar.

—¿Qué pasa, pichón?

—He hablado con Elena, y está dispuesta a venirse para acá con el niño.

Roberto se incorporó en el asiento. Se puso serio y, con un gesto despectivo, dijo:

—¿No me digas que te ha vuelto a encandilar la zorrита?

—No Roberto; sabes que siempre la he querido. Creo que ahora estás completamente instalado, y estoy convencido de que para mí ha llegado el momento de empezar una nueva vida, con mi mujer y mi hijo. Siempre vamos a estar en contacto.

—No, no, no te preocupes —dijo Roberto, haciendo un gesto despectivo con las manos-; a mí no me hace falta nadie. ¿Y de verdad se va a venir, la zorrита con el niño? ¿Cuándo te vas?

El orgullo impediría a Roberto no ya suplicar, sino simplemente pedir a Peter que se lo pensara dos veces. Peter adoptó un aire un tanto más serio cuando dijo:

—Rober, a partir de ahora se acabó lo de la zorrита, ¿vale? Quiero empezar a buscar un sitio donde vivir esta misma semana. No sé si me quedaré

por aquí o subiré hasta Costa Rica, pero siempre estaremos en contacto. Con respecto al dinero, cuando abrimos la cuenta nueva, no abrí una, sino dos, y dejé exactamente la misma cantidad de dinero en cada una.

—O sea, que lo tenías todo estudiado, ¿no, cabrón? Vale, vale.

75. El agente

Por una de esas casualidades de la vida en las que tuvo mucho que ver YouTube, Dominic no se iba a acabar pudriendo en una celda en Mar del Plata hasta que le llevaran a juicio. Marc, cuando no tenía nada que hacer en el despacho —situación que ya era demasiado habitual—, navegaba por la red y se entretenía viendo casos policiales. Tenía por costumbre colocar en la barra de búsqueda de la página de vídeos la palabra “detención”, para ver cuáles habían sido las detenciones más sonadas de los últimos días. Como, desde que todo el mundo tenía smartphone, cualquier cosa se grababa en vídeo, y además la gente tenía la desfachatez de subir lo que fuera a Internet, sin preocuparse por si perjudicaba a alguien o no, Marc daba rienda suelta a su morbo.

Una de esas mañanas que estaba surfеando, vio un vídeo cuyo título le llamó la atención. Pensándolo después, realmente no supo muy bien por qué, pero el caso es que cuando leyó “Detenido individuo armado en puerto de Mar del Plata”, le dio por clicar en el icono del vídeo. Pudo entonces contemplar una escena de unos 30 segundos, en la que varios policías sacaban al que, sin duda, era Dominic, de un barco. Era inconfundible. Según salía, echó una mirada de las que matan a quien quiera que fuera el que estaba grabando el vídeo. Marc comprobó que el autor era un muchacho de la zona al que simplemente le gustó la movida, y la subió a Internet.

No le quedaba más remedio que intentar sacar a Dominic de la cárcel marplatense. Aunque no temía que dijera nada de él, interesaba que saliera cuanto antes, porque, probablemente, no habría podido terminar su trabajo; y eso sí que era necesario antes de que Marc se retirara definitivamente. El trabajo debía quedar terminado.

Motivado por la situación, se puso en movimiento y empezó a contactar gente. Había muchos compañeros que le debían muchos favores. Llamó por teléfono a Gervasio, uno de los comisarios de la UDYCO de Málaga, y quedó con él para comer.

Marc había estado en un par de ocasiones en Argentina, donde conoció al jefe de seguridad de la embajada española en Buenos Aires. Éste había estado trabajando en el Ministerio de Interior en España durante unos cuantos años, hasta que le destinaron al departamento de seguridad del cuerpo diplomático.

Tenían una buena relación, y ahora era el momento de pedirle un favor. Él sabría cómo solucionar la situación de Dominic en Mar del Plata.

Ana Belén sostuvo durante unos segundos el sobre en sus manos, mientras sus ojos iban, inquisitivamente desde él hacia los ojos de sus socios que, alrededor de la mesa, expectantes, le devolvían la mirada.

—Venga: ábrelo, y salimos de dudas —dijo Felipe.

Ana Belén rompió el precinto del sobre y, al abrirlo, observó que era una carpeta en la que había una especie de leyenda en la parte superior derecha: «No todo es lo que parece», y en la parte inferior tres letras: FEE.

Aunque tuvo una ligera aceleración de su ritmo cardíaco, Ana Belén supo mantener el tipo, de la misma manera que lo hacía cuando se encontraba en sala y la pillaban en un renuncio. Sabía perfectamente de quién era la nota: Alejandro y ella siempre habían utilizado la abreviatura del anglicismo For Everybody's Eyes frente al clásico Only For Your Eyes; y si, además, venía precedido de la frase que había recibido por correo electrónico ayer, estaba completamente claro quién estaba detrás de todo esto.

A Ana Belén lo que le apetecía era levantarse, dar un par de saltos de alegría y llevarse el sobre para poder leerlo en la tranquilidad de su despacho, sin que nadie estuviera pendiente de lo que hacía; pero haciendo eso sólo conseguiría dar alas a la imaginación de sus socios, y además, Alejandro le había indicado expresamente que lo podían ver u oír todos.

Con respecto al accidente que había sufrido Alejandro con el barco, Felipe, que era perro viejo, recibió con ciertas reservas lo que le contó Ana, si bien exteriormente manifestó su honda preocupación por la suerte de Alejandro. Ana, por su parte, estaba segura de que no se lo había tragado del todo, y que sospechaba que había algo raro en aquel supuesto naufragio.

No podía ahora alimentar lo que todavía, probablemente, sólo fuera una sospecha de Felipe. La carpeta que sacó del sobre contenía varias hojas de papel. En el encabezamiento aparecían los datos de la fundación Iustitia pro omnibus, que en realidad se limitaba a la dirección del abogado panameño y la fecha de constitución.

Echó un vistazo al texto, carraspeó ligeramente y empezó a leer:

La fundación Iustitia pro omnibus ha sido creada por un grupo de personas

interesadas en luchar contra lo que consideran injusto, ya sea en el ámbito puramente social, o en el judicial. Por las limitaciones de fondo y forma de la propia ley, o las de los juzgadores, en el ámbito judicial se dan casos que, analizados objetivamente, resultan ser sangrantes, por la injusticia real que producen en los afectados. Lo mismo es trasladable al ámbito social: en ocasiones, la propia dinámica de la sociedad, que ha devenido en agresivamente capitalista, deja a un lado a ciertos sectores que, por diversos motivos, no han sido capaces de adaptarse. Desgraciadamente, tenemos límites en cuanto a nuestras posibilidades, por lo que solamente aquellos casos que sean de una cierta entidad y en cuyo seno se haya producido una palmaria injusticia, serán los casos en los que actuemos.

Les hemos escogido a ustedes para asistirnos en nuestro trabajo, porque creemos que son un bufete comprometido socialmente: no son un macro despacho en el que la única visión de los casos es la puramente mercantilista, dejando en un segundo plano cualquier tinte de moralidad o humanidad. Hemos comprobado que todos sus abogados siguen en el turno de oficio, a pesar de no serles necesario por la trayectoria su despacho. Eso nos ha convencido para que ustedes sean nuestros representantes.

Se les ha enviado una provisión de fondos de ½ millón de euros para que empiecen su trabajo. A medida que vayan avanzando en el mismo, irán recibiendo más cantidades de dinero, a aplicar a los proyectos que les iremos informando. Las cuestiones de justificación fiscal las pueden discutir con nuestro abogado en Panamá.

A continuación de esta primera página de presentación, encontrarán ustedes dos páginas de objetivos, sobre los que deberán trabajar en los próximos tres meses, recopilando los datos necesarios para poder ofrecernos un informe lo más imparcial posible, en el que se contesten las distintas preguntas y aspectos que a la fundación interesan.

Antes de seguir adelante, nos gustaría que nos comunicasen si están interesados en ser nuestros abogados. En caso afirmativo, pueden enviar al abogado de la Fundación la hoja de encargo profesional que gustosamente firmará, denominando el tipo del servicio que nos prestarán como “Asesoría legal permanente” u otro término de indefinición similar.

En el caso de que no estén interesados, simplemente limítense a no enviar la hoja de encargo profesional, y consideraremos como nunca empezada nuestra relación.

Esperando poder colaborar el futuro, La fundación Iustitia pro omnibus.

Al terminar de leer la hoja de presentación, Ana Belén la pasó al socio que tenía más cercano. Mientras los demás socios echaban una ojeada, ella empezó a leer por encima las páginas de objetivos a las que se refería la presentación. En la primera hoja aparecía el nombre de unas diez ONG's bastante conocidas, seguidas de un texto: "Como profesionales que son, comprenderán que lo que la fundación quiere saber de todas estas organizaciones va más allá de un simple informe, de los que en Internet abundan. Queremos un informe hecho en profundidad de cada una de ellas. Tienen ustedes absoluta libertad para contratar a los profesionales que consideren necesarios para poder llevar a cabo este trabajo. De los informes que ustedes elaboren va a depender la medida en la que la fundación decida apoyar, o no, los proyectos de alguna de estas organizaciones. Por tanto, es de vital importancia que reflejen la situación real de estas ONG's y de sus directivos, y la medida para el beneficio social que representan.

En la segunda hoja, la fundación les pedía que empezaran a preparar:

a. Plan de viabilidad de ocupación de pueblos semiabandonados por desempleados.

Ante la desesperación laboral de un 55% de la población juvenil en España y la pasividad o incapacidad del gobierno, hay que buscar una solución para esa juventud que representa el futuro del país. Busquen acuerdos con alcaldes, para obtener viviendas y ayuda para gente joven que esté dispuesta a instalarse en los pueblos, cada vez más abandonados. FIPO financiará la ayuda necesaria para el primer año de instalación. Una vez encontrados los primeros pueblos, deberán convocar y valorar objetivamente el interés de los solicitantes.

b. Plan de ayuda a los nuevos pobres. La crisis de los últimos años ha sido la responsable de que mucha gente haya perdido su propiedad, y todavía siga debiendo dinero al banco. Han pasado de tener una vida normal: su piso, su coche, familia, trabajo, a no tener absolutamente nada. Los que tengan alguna familia, todavía pueden recurrir a ella por un tiempo, pero otros muchos están solos... Se ha incrementado la demanda de comedores sociales en un 230%. Haremos la inversión de instalación y mantenimiento anual de un centro social (comedor, higiene, dormitorio para los sin techo...) en las principales capitales de provincia. Su misión es organizarlo, negociar con Ayuntamientos para conseguir los locales, y buscar patrocinadores en las empresas de cada

zona, negociando incentivos fiscales para los mismos por donaciones.

c. Creación de ONG española para dar acceso a la cultura, educación, sanidad y mejora en su calidad de vida a los niños saharauis. La ONG dotará de instalaciones a uno o dos centros, en sitios de especial atractivo en Andalucía, para que sirvan de zonas de acogida temporal para los niños y, cuando sea posible, con vocación de permanencia. Funcionales durante los 12 meses del año. También actuarían como nexo de unión con los servicios de adopción estatales, a efectos de facilitar la adopción por familias españolas de niños saharauis que sólo tuvieran familia lejana.

76. 20.000 dólares

Al final, la detención de Dominic le iba a salir cara. Marc tuvo que prometer a Gervasio un crucero de lujo a cambio de que mandara un correo electrónico, con la firma digital del Ministerio del Interior, al departamento de policía de Mar del Plata, informando que Dominic era un agente español en misión de seguimiento y captura de dos delincuentes internacionales.

Antonio Castro, jefe de seguridad de la embajada española en Buenos Aires, le pidió \$20,000 para, a su vez, hacer algunos pagos que agilizaran la liberación de Dominic. No había problema; luego, Marc se lo descontaría de lo que le quedara pendiente de cobro, una vez que terminase el trabajo.

Cuando el jefe de la comisaría de policía del puerto de Mar del Plata, mientras tomaban café, informó a Arnaitz de que no le había quedado más remedio que dejar en libertad al individuo que cogieron con la pistola en el barco, Arnaitz casi se atraganta.

—¿Pero no le pillaste pistola en mano?

—Sí, pero en el barco no había nadie. No hemos encontrado nada que nos pueda indicar que hubiera otra persona en el barco, aparte del hombre que detuvimos; y éste dice que alquiló el barco al dueño en Panamá, y que la única razón por la que esperaba a nuestros policías con la pistola en mano era porque creía que alguien había estado siguiéndole desde que entró al puerto. Tiene permiso de armas clase B, en vigor... al menos, en España; y además, he recibido confirmación de la policía española de que es un agente de servicio...

—Entonces...

—Acabamos de ponerle en libertad. He recibido llamada de la embajada española en Buenos Aires, confirmándome que era un agente desempeñando trabajos de vigilancia, e insistiéndome que estábamos retrasándole en su trabajo. Así que no me ha quedado más remedio que dejarle libre.

Arnaitz, sin acabarse el café, salió a toda prisa y, mientras avisaba a Amaia que le preparara una maleta para un par de días, se acercó hasta su casa

por algo de dinero, se cambió de ropa, y diez minutos después conducía rumbo al aeropuerto.

Después de consultar los vuelos que habían salido aquella mañana, llegó a la conclusión que el destino más lógico que los socios habían debido elegir era Uruguay. Una de las chicas que trabajaba en la línea que daba servicio a Uruguay, Olvido, era la mujer de uno de los chavales que tenía trabajando con él. Le explicó el problema, y cómo eran los hombres que estaba buscando; y ella, cinco minutos después, le confirmó que, efectivamente, dos extranjeros con el aspecto que había descrito habían embarcado hacia Montevideo.

Una hora y media después, Arnaitz estaba en la cola para subir a un avión.

Menos de 20 minutos después de salir de la banca online, tras hacer la transferencia de los \$20.000 a la cuenta que le habían indicado, recibió una llamada de Dominic.

—Gracias. Me voy a Uruguay; ya sé que los socios están en Punta del Este.

—Procura terminar tu trabajo. Me estás costando una fortuna. Que sepas que los 40.000 € que he tenido que pagar para que te soltaran, te los descuento de lo que te queda por cobrar.

Dominic colgó sin contestar. Se marchó directamente al hotel, recogió sus cosas, y menos de media hora después estaba en el aeropuerto, esperando encontrar vuelo para Montevideo.

Marc se quedó durante unos segundos mirando el teléfono que tenía la mano, hasta que se dio cuenta que, efectivamente, Dominic había cortado la comunicación. Iba a levantarse para salir del despacho, cuando vio un aviso de mensaje en su correo electrónico. Aquella cuenta la conocía muy poca gente; tenía que ser importante. Nada más abrirlo, pudo leer un breve mensaje:

«Tenemos que vernos. Mi apartamento 21 horas».

Hablando en voz alta, Marc se dijo:

—¡La hostia!, ¿qué querrá ésta ahora? Hace casi un año que no me llama.

Media hora después, el interfono envió la señal para abrirle el ostentoso portal del edificio de lujo. Allí tenía que encontrarse con uno de los cargos, por no decir el cargo de mayor peso dentro del Partido socialdemócrata: Engracia de Cuéllar, quien, según todos los analistas serios, llevaba años siendo la cabeza pensante del partido, tanto en el gobierno como en la

oposición. Era fría, calculadora y muy inteligente, aunque también muy poco agraciada físicamente. Esto último no parecía afectarle demasiado a la hora de mover los hilos del partido, pues ni siquiera el presidente abría la boca sin pedirle permiso.

Unos tres minutos después, justo cuando iba a llamar al timbre de uno de los áticos más exclusivos de Madrid, le abrió la puerta para que pasara una mujer de unos 35 años, bastante atractiva, que, minúsculo bolso en mano, le sonrió mientras iba saliendo. Oyó una voz ronca desde dentro que le llamaba:

—Pasa, Marc, pasa.

Entró en el enorme salón, climatizado a la perfección a una temperatura constante de 25 grados: tan sólo dos o tres grados menos que en el exterior, pero suficiente para que se tuviera la sensación de frescor. Se oía una música muy suave, y la luminosidad estaba graduada para que resultara cálida.

«Graci», como la llamaban sus amigos íntimos —no le gustaba que la llamaran Engracia— estaba retrepada en un elegante sillón de cuero color mango, sosteniendo una copa aflautada casi vacía. De una edad indefinida, aparentaba mucha más de la que Marc se enteró que realmente tenía; probablemente era producto de los muchos años de tensiones en puestos de poder.

—Anda, sé un buen chico: échame un poco más de champagne y sírvete tú una copita. Tenemos que celebrar que nos volvemos a ver, después de tanto tiempo.

Marc avanzó mientras dejaba sobre el sofá una chaquetilla, que traía más por llevar algo en las manos que por frío. Con una mano sacó de la cubitera llena de agua y hielo una botella de G.H. Mumm, y con la otra cogió la servilleta grande de tela blanca, con la que rodeó la botella para evitar que ésta goteara mientras servía el champagne. Le pasó la copa a Graci, y se sentó, con otra en la mano, enfrente de ella.

—Gracias; ponte cómodo. Me imagino que estarás aburriéndote, ahora que ya no haces trabajo de campo, ¿no?

—Pues sí, algo de eso hay. Aunque quizás ya esté viejo para competir con los jóvenes.

—Estoy segura que la experiencia suple con creces la vitalidad impulsiva de la juventud.

—Te veo muy bien.

—Gracias por mentir; a una siempre le gusta que contradigan al espejo.

—Bueno, ¿Y qué puedo hacer por ti?

—Creo que sabes que uno de nuestros amigos ha recibido esta mañana un correo electrónico un tanto exigente.

Marc mantuvo su media sonrisa mientras pensaba: «La muy zorra tiene intervenidos los teléfonos y los correos de sus propios compañeros».

—Sí, me llamaron esta mañana.

—Creo que les han pillado en algo gordo y, totalmente acojonados, han decidido pagar a alguien una cantidad de dinero considerable. Esta decisión por sí sola ya es preocupante; pero lo que me han dicho, además, es que Floreal y su segundo Antonio piensan dimitir en breve por razones de salud.

A Marc no se le ocurrió ningún comentario que hacer. Ella continuó:

—¿Qué impresión crees que produciría en el partido, y por ende entre nuestros votantes, y, lógicamente, en los demás grupos, que dos de nuestros cargos más importantes dimitieran? Y ten en cuenta que los movimientos de dinero, en tan grandes cantidades, no son fáciles de mantener ocultos durante mucho tiempo. Se puede despistar a las auditorías, o si no, comprarlas, pero...

—Pues así, a primera vista, y dados los múltiples casos de corrupción que estamos viviendo últimamente, la visión más lógica sería que, simplemente, otros políticos corruptos se han apropiado indebidamente de dinero público... y para evitar que esto afecte al partido, dimiten.

—Efectivamente, los tiros van por ahí. El problema surgiría si alguien se enterara de que no han sido simples apropiaciones indebidas. Eso podría complicarnos la vida. Pero parece claro, a no ser que tú me digas lo contrario, que ellos son los únicos responsables de aquello en lo que les hayan pillado, ¿no?

Marc pensó: «Como si ella no supiera en lo que les habían pillado» Pero era preferible limitarse a escuchar: era mucho más importante la información que iba a recibir, que la que él pudiera dar. Aun así, hizo un intento de contestar:

—Sí, claro, lo que hicieron en el año...

Graci levantó las dos manos al tiempo que decía:

—!Quieto!, no me interesa. Solamente me interesa el hecho de que si ellos desaparecen, el chantaje termina con ellos, ya que parece ser que son los únicos responsables; ¿no, Marc?

Marc reflexionó antes de hablar. Tenía razón la zorra aquella: si el ex ministro y su segundo desaparecían, ya no existiría el temor —siempre

presente en todo chantaje- de que te vuelvan a pedir dinero, porque los culpables habrían muerto. No le quedó más remedio que reconocer la finura de estrategia de Graci. Gracias a ella había sobrevivido a incontables crisis de partido.

—Si alguien les ha hecho chantaje, y ellos desaparecen, ya no habrá nadie a quien chantajear.

—Bien. Entonces, dejaremos que hagan los pagos a los que se hayan comprometido, para no inmiscuirnos en su trama y que no sospechen. Ahora, busquemos soluciones definitivas. Imagino que conoces la afición de Antonio Oreja Perdhi, a correr con los coches; y desde que tiene el A8 de no se cuántísimos caballos, está deseando coger una autopista para darle caña. Ya le intentaron una vez quitar el carnet.

Marc conocía bastante bien la afición a correr de Antonio.

—Pues sí; de hecho, he tenido que solucionarle un par de problemas con la Guardia Civil.

—Bien. Teniendo en cuenta esa afición suya, si recibiera una invitación de una ONG, y fuera al torneo benéfico de golf que se celebra en Valladolid dentro de un par de semanas, lo lógico sería que cogiera por la R4, que como sabes es una de las autopistas menos utilizadas, lo que permite alcanzar grandes velocidades.

—Sí; yo mismo, en un par de ocasiones, he puesto el coche a 200 Km/h.

—Pues probablemente Antonio con su coche se ponga a 260 o 280, ¿no?

—Sí, muy posiblemente.

—Si las dos ruedas del mismo lado del coche tuvieran un reventón, ¿qué pasaría?

—Pues, a esa velocidad, no quedaría prácticamente nada del coche: acabaría, casi, desintegrándose.

—¿Puede arreglarse para que se desintegre del todo? ¿Para que no quede absolutamente ningún rastro?

—Sí.

—Bien. Empieza con los preparativos para hacerlo de forma que no quede rastro alguno. Yo me encargo de decirles a los dos que no informen de su intención de dimitir hasta que termine el torneo. Mejor un accidente que una dimisión.

77. Punta del Este

Arnaitz, ahora Armando, estaba casi seguro de dónde iba a poder localizar a los socios. Cuando aterrizó en Montevideo, se fue directamente a la línea de taxis y cogió el primero que vio, diciéndole al taxista:

—Lléveme a Punta del Este.

Durante sus interminables partidas de cartas de todas las tardes, en Villanubla, Roberto y Peter hablaban continuamente de la gran vida que se solían pegar antes de entrar en la cárcel. En especial, a Roberto le encantaba la vida nocturna. En ese entorno, contó cómo había conocido a Oswaldo Martínez, un gordito uruguayo que falsificaba cualquier cosa que le pusieran por delante, y que tenía apartamentos en Punta del Este. Siempre contaba cómo vivían habitualmente y la gran vida que se solían pegar antes de entrar en la cárcel.

Arnaitz cogió una habitación para una noche y, antes de salir a la calle a intentar localizar a Roberto y Peter, buscó a uno de los conserjes del hotel, el de mayor edad, al que preguntó por Oswaldo. Por lo visto, era bastante conocido en La Punta.

—Pues claro, señor; cómo no conocer al doctor Oswaldo. Es uno de los promotores más importantes de la zona. Ha construido las torres de Punta Brava. Si quiere localizarle, allí tiene sus oficinas.

50 dólares después, el portero despedía el taxi que se llevaba a Arnaitz en dirección a Punta Brava.

Anduvo durante un par de horas por el boulevard marítimo, recorriendo todos los restaurantes, todos los locales de ocio nocturno. Cuando, ya cansado, a punto de llamar a otro taxi para volver a su hotel, pasaba por delante de un bar de copas llamado “Tahití”, allí los vio. Estaban repantigados en grandes butacones, junto con dos tipos más: uno bastante alto y delgado, y el otro, mucho más gordo.

Arnaitz cruzó la calle, para poder observarlos desde la acera de enfrente. No tardaron mucho en levantarse y despedirse del que no podía ser más que Oswaldo, una inmensa mole de humanidad. Los socios empezaron a andar hacia el este del paseo. El tipo alto salió detrás de Oswaldo. Toda la inquietud de Arnaitz era que los socios cogieran un taxi y no pudiera seguirles; pero

no... Anduvieron sólo unos minutos, y enseguida entraron en un edificio de lujo.

Unos veinte minutos después, Arnaitz entró en el edificio y, con otros 50\$ en la mano, pidió a uno de los recepcionistas que entregara a Roberto un sobre con una nota muy escueta que había escrito:

“Roberto y Peter: Un amigo en la policía me acaba de informar que el tipo que os estaba esperando a bordo del Boludo con no muy buenas intenciones, acaba de ser puesto en libertad. Es posible que venga a por vosotros a la Punta. Adjunto vínculo al vídeo de la detención. Cuidaos. Un amigo de otros tiempos”.

Arnaitz se marchó de allí rápidamente. A primera hora del día siguiente estaría de vuelta en Mar del Plata. Podía dar por pagada la deuda que tenía con los socios.

A la mañana siguiente, Peter se despidió de Roberto, diciéndole que volaba a Costa Rica. Allí buscaría un sitio agradable para vivir, y procuraría convencer a Elena para que se viniera con el niño, en unos meses. Roberto se quedó solo, y Peter, lógicamente, voló en la dirección contraria a aquella que le había dicho.

Al principio Roberto intentó auto convencerse de que le daba exactamente igual, y que no le hacía falta Peter para nada; pero, a medida que iba pasando la mañana, se fue dando cuenta de lo mucho que dependía de Peter. Siempre había estado allí para todo, y siempre había sabido solucionar los problemas. Para no pensar en ello, se enfundó un traje de baño y una camisa hawaiana, y bajó a la playa que tenía justo enfrente del edificio. Según salía del ascensor, al pasar por la recepción, alguien le llamó:

—Señor, perdone la molestia. Alguien dejó una carta para usted.

Un tanto receloso, pero con curiosidad, Roberto se acercó al mostrador.

—¿Una carta para mí? ¿De quién?

—No le sabría decir, señor; la dejó el recepcionista de la noche en su casillero.

El joven mulato, con su uniforme lleno de bordes dorados, le tendió un sobre de lo más normal. Roberto lo abrió, y leyó la nota de Arnaitz.

Tecleó en el móvil la dirección de You Tube que aparecía en el mensaje, y

volvió a ver la detención del individuo, que ya vieran Peter y él desde otro ángulo cuando estaban sentados en la terraza del puerto de Mar del Plata, antes de salir de allí a toda prisa.

No tardó ni cinco minutos en estar enseñándole el vídeo a Oswaldo, que lo descargó a su Smartphone.

—Estoy convencido que este matón nos lo ha colocado mi cuñado Marc.

—De más tu cuñadito, ¿eh? Casi mejor no tener familia —dijo Oswaldo riéndose—. No te preocupes: eso es una pavada. Alguno de mis muchachos se encargará de que ni siquiera se acerque a la Punta.

Volvió la cabeza y, dirigiéndose a uno de los dos guardaespaldas, le hizo una seña con la mano para que se acercara, mientras le entregaba extendiendo el brazo su propio móvil.

—Escucháme y da bola a lo que te diga, Jonás: hay chance que el tipo del vídeo esté llegando a Carrasco. Le mandás el vídeo a mi primo, y le pedís que estén al loro y en cuanto que la policía del aeropuerto vea al tipo, que lo banquen hasta que llegués. Vos te pillás a Marcos, y estás allá en hora y media. ¿Me entendés?

—Ta, patrón.

Mientras escuchaba, Jonás se había reenviado el vídeo y devuelto el teléfono a Oswaldo. Tras su lacónica despedida, salió en busca de Marcos para cumplir con las órdenes de su jefe.

Un día después, extremadamente cansado por no haber dormido apenas en los últimos dos días, Arnaitz llegó de vuelta a Mar del Plata. El taxi le dejó a la puerta de su centro deportivo. Había llegado, casi puntualmente, a la hora que había dicho a Amaia. Subió a su despacho y, desde el pasillo, vio que Amaia estaba sentada en su mesa. Al verle se levantó, y le esperó cómo a unos 2 m de la puerta de su oficina. Cuando llegó a su lado, detuvo con una mano el beso que iba a darle Arnaitz, mientras le decía:

—Tenemos visita.

Nada más decírselo, relajó los brazos y se acercó a él, besándolo en los labios. Arnaitz tardó unos segundos en procesar la información:

—Visita. ¿Y se puede saber quién viene a vernos?

En ese momento oyeron cómo alguien que estaba sentado dentro del

despacho —delante de su mesa, por lo que no se le veía desde el pasillo- se levantaba y daba un par de pasos, quedándose en el dintel de la puerta. Era Peter Hockrote.

Nunca en su carrera profesional se había sentido Dominic tan frustrado. Había tardado en llegar a Montevideo casi un día más de lo que había planeado; y, cuando aterrizó, al pasar por el control de pasaportes se le acercaron dos policías uruguayos y le pidieron que los acompañara. Llevaba una hora sentado en una salita de las dependencias policiales del aeropuerto. Tenían su pasaporte y su equipaje de mano, con lo que no había podido llamar a nadie. Había pedido un par de ocasiones hablar con el comisario del aeropuerto, y sólo le dijeron que esperara. Llevaba ya cerca de una hora y media metido en aquella habitación sin aire acondicionado. Ya le estaba preocupando la situación.

De repente, se abrió la puerta y un policía dejó paso a dos individuos trajeados, altos y corpulentos, que se sentaron al otro lado de la mesa. El de piel más oscura, que era casi negro, empezó a hablar:

—No hables; límitate a escuchar. Esta es la única oportunidad que te vamos a dar. Aquí tienes un billete a Buenos Aires. Estarás allí en menos de una hora. No queremos que vuelvas por aquí, y mucho menos que te acerques a Punta del Este. Si lo haces, no saldrás vivo. ¿Lo has entendido?

—Pero, chicos, yo creo que me estáis confundiendo con alguien.

—Mira maricón: déjate de jodas. Sabemos que tienes un contrato para eliminar a dos amigos nuestros. No te lo vamos a repetir: ahí tienes el billete. Lárgate y no vuelvas.

Mientras esperaba en la zona de embarque para coger el avión a Buenos Aires, sacó el criptófono y llamó a Marc, que contestó al primer tono de llamada.

—¿Qué pasa? Todo ha ido bien, me imagino, ¿no?

—No. Cuando he llegado a Montevideo, me estaban esperando dos matones, que saben quién soy y a qué he venido. Me han dado un billete a Buenos Aires y me han dicho que no vuelva por aquí. Ya estoy marcado.

—Vuélvete a España. Cuando llegues, me llamas.

Tras colgar el teléfono, Marc lo mantuvo durante unos segundos en la

mano, reflexionando. Estaba claro que Roberto y Peter se habían dado cuenta que iba a por ellos. Eliminado el elemento sorpresa, ya no iba a ser tan fácil quitarlos del medio, sobre todo si se habían puesto bajo la protección de algún mafioso de la zona. Sería preferible dejar pasar un tiempo antes de retomar acciones. Si se acababan retomando, acerca de lo cual Marc no las tenía todas consigo. Los responsables políticos ya no iban a ser un problema; y estaba convencido que Roberto y Peter estarían lo suficientemente acojonados para tampoco serlo.

78. Dos semanas después

Alejandro se quedó mirando la pantalla del smartphone, que sostenía con la mano izquierda, mientras con la derecha mantenía en un peligroso equilibrio una taza de café demasiado llena para que no se cayera ni una gota. Al oír una voz que venía de atrás, desvió la mirada del teléfono, e inevitablemente empezó a extenderse una generosa mancha de café en su pantalón. Dirigiéndose a Nájla, Bicho y Sofía, les dijo:

—Chicos, ya tenemos en la cuenta de la fundación casi todo el dinero. Me lo acaba de confirmar el abogado de Panamá: ha entrado la novena partida de 20 millones de euros.

Nájla fue la primera que habló:

—Esto es increíble. Estamos hablando de millones de euros como si fueran churros. Esto es una verdadera locura, ¿no os parece?

Alex juzgó que era un buen momento para que todos expresaran sus ideas.

—Chicos, creo que deberíamos dejar claro lo que pensamos cada uno. En primer lugar, del tema de los dos socios. Estamos de acuerdo en que, moralmente, el habernos apropiado de los fondos que tenían en su cuenta puede ser reprobable, e incluso podría ser reprochable penalmente. Pero hemos comprobado que la ley, a veces, es injusta; y que la única forma posible de hacer pagar a estos dos individuos, la más dolorosa para ellos, era haciendo lo que hemos hecho. Yo estoy convencido de que hemos actuado bien; y además, es imposible que nos pillen, porque los socios no nos van a denunciar. Habida cuenta que hemos cambiado radicalmente nuestras vidas, qué menos que lo podamos hacer con cierta tranquilidad económica, gracias a los causantes. ¿Opináis como yo?

Bicho tomó la palabra:

—Alex, sabes que estoy contigo en cuerpo y alma. Las convenciones sociales son necesarias para poder convivir; pero cuando la sociedad se ha convertido en lo que es hoy en día, una selva donde impera la ley del más fuerte, no queda más remedio que saltarse esas convenciones. Por mi parte, y creo que también por la de Sofía, —la miró, y ella asintió—, estamos completamente de acuerdo con el planteamiento que hicimos, y con la forma en que se ha llevado a cabo; y, por supuesto, no tenemos absolutamente nada que

reprochar, ni a nosotros mismos ni a vosotros.

Nájla apoyó los codos en la mesa y unió las manos por delante a la vez que empezaba a hablar:

—Sí, creo que todos más o menos estamos de acuerdo en la primera parte de la operación; pero el problema moral que quizá todos nos planteamos es el de la segunda operación... o macro operación, por llamarla de alguna manera. Estamos hablando de algo inmensamente grande; algo que probablemente nunca se ha hecho en la Historia reciente. ¿Cómo os sentís vosotros, sabiendo que el dinero de la fundación viene de donde viene y que, en definitiva, no es un dinero limpio?

Sofía, que estaba justamente enfrente de Nájla, cruzó las piernas y tomó el testigo de la conversación:

—En principio, Nájla, no existe el dinero limpio. Detrás de cada billete puede haber una historia de mayor o menor inmoralidad; y, en definitiva, este baremo depende de las convenciones que nos hemos querido dar en la sociedad, cuya bondad o maldad son relativas. No dudo que lo que hemos conseguido sacar a los políticos asesinos —y, para seros sincera, en ningún momento creí que de verdad lo pudiéramos hacer— es un dinero que iba destinado a los sindicatos, a pagar favores de partido y demás corruptelas. Sin embargo, a nosotros nos va a permitir hacer lo que ellos no hacen: ayudar a los que realmente lo necesitan. Creo que, en este caso, el fin sí justifica los medios.

Alejandro continuó con el argumento de Sofía:

—Nájla, ahora todos tenemos un cierto resquemor con respecto al dinero que está entrando en la cuenta de la fundación. Pero ya verás cómo, a medida que vayamos logrando objetivos y ese dinero sirva para ayudar a la gente, nos daremos cuenta de que ha merecido la pena, y esa intranquilidad que ahora sentimos ya no tendrá justificación.

—Y todo ese dinero, me imagino que no lo iremos a dejar en el banco, sin más, ¿no? —preguntó Bicho.

—No, no, hay que ponerlo a producir. He estado hablando con un asesor financiero muy discreto, que está dispuesto a ir asesorándonos sobre inversiones, tanto a muy corto plazo como a medio y largo, que nos permitan obtener beneficios sin poner en peligro el principal. En realidad, la primera la hicimos hace tres días.

—¿Cómo? No nos habías dicho nada —dijo Nájla, frunciendo el ceño.

—Ya; perdonadme, pero quería daros una sorpresa. Invertimos 25 millones de euros en la compra de acciones de bancos españoles, que estaban por los suelos: imaginaos que el IBEX estaba cerca de 6500, la cifra más baja de su historia.

—Bueno y ¿cuánto se ha ganado con esa inversión? Si es que se ha ganado algo.

Alejandro se calló durante unos segundos y les miró antes de contestar.

—En dos días, hemos ganado 2 millones trescientos mil euros. Es absolutamente increíble cómo, en situaciones de crisis como la que se está viviendo ahora en España, la gente con dinero puede hacerse todavía mucho más rica. Nuestro broker, Alexis —que, por si os interesa saberlo, es un economista retirado de 72 años—, ya me ha dicho que esto no se va a repetir todos los días, pero sí, con bastante facilidad, se puede hacer una o dos veces al mes. Si seguimos trabajando de esa manera, la fundación nunca tendrá problemas de fondos, y podrá cumplir con sus fines.

—Alex, nos habías dicho que acababas de recibir el primer informe de Ana Belén, a través del abogado de Panamá. ¿Lo tienes ahí? —preguntó Sofia.

Alejandro sacó del maletín del portátil una carpeta de plástico, de la que extrajo un informe que parecía tener unas 30 o 40 páginas.

—Sí, este es el primer informe que ha mandado el despacho de Ana Belén a César, el abogado de la fundación en Panamá. Creo que os va a gustar.

Felipe y los otros dos socios de Iglesias y Asociados estaban sentados a la mesa de juntas del despacho, expectantes ante lo que Ana Belén tenía que comunicarles.

Ésta carraspeó un par de veces, y empezó a hablar:

—Como sabéis, llevo dedicada al mundo jurídico desde que me licencié, hace ya casi 25 años. A lo largo de mi carrera como abogada, tanto en el despacho como atendiendo el turno de oficio, he visto de todo. Creo que en el futuro no voy a encontrar retos profesionales a los que no me haya enfrentado ya, y por eso he tomado la decisión que quiero comunicaros hoy. Voy a continuar en el despacho, pero fuera del plano jurídico. Me dedicaré en exclusiva al que se ha convertido en nuestro mejor cliente: la fundación Iustitia pro omnibus.

—Ya os habréis dado cuenta de que, en las dos últimas semanas, apenas he trabajado. He estado pensando sobre qué es lo que me gustaría hacer, y qué me haría más feliz: seguir como hasta ahora, o dedicarme de lleno a algo que, estoy segura, me va a llenar por completo. Contar con la financiación de una fundación como IPO para ayudar a toda esa gente a quien la vida no sólo no sonrío, sino que parece haber olvidado. La decisión no ha sido difícil de tomar.

Felipe, viendo que no era el momento para insistir, cambió de táctica:

—Respetamos tu decisión. ¿Cuáles han sido los avances?

—El centro social de Málaga se abre dentro de dos semanas, para atender con comidas, y duchas a más de 300 personas diariamente. Habrá dormitorios para 120, y ya estamos en conversaciones con el Ayuntamiento de Sevilla para conseguir un buen local allí donde montar otro. Cuando comprobemos el funcionamiento, seguiremos.

—Por otro lado, el Ayuntamiento de Marbella está dispuesto a cedernos de forma totalmente gratuita, por un plazo de 50 años, un terreno municipal en una urbanización cercana a la ciudad. Allí hay construida una nave que se puede adaptar con poco como centro de acogida, educación y vacaciones para los niños saharauis. Antes de fin de año estará lista. Si todo va bien, haremos algo parecido el año que viene en Almería.

—Ya hay nueve pueblos, que estaban casi despoblados, muy interesados en ayudar a las parejas jóvenes para que se vayan a vivir allí. Entre su ayuda y la de la fundación, esas parejas podrán recuperar la ilusión y tendrán una nueva oportunidad de vida.

Cuando, después de felicitar a Ana Belén los otros dos socios se hubieron marchado de la sala de juntas, Felipe se la quedó mirando y dijo:

—Oye, Ana: hablando de otra cosa, me ha comunicado la Guardia civil que dan por cerrado el caso del hundimiento del Delfín. Mucho me temo que, según su informe, todos los que viajaban dentro han desaparecido con el barco. Nuestro pasante, Alejandro, desgraciadamente parece haberse ahogado en aguas del mar de Alborán, junto con una mujer que respondía a las iniciales N.S.

Felipe miró a Ana Belén con ojos inquisitivos durante otros dos o tres segundos, antes de que ésta bajara los suyos y contestara, con voz un tanto entrecortada:

—Sí. Es muy triste, y de hecho esa ha sido otra de las razones por las que

me he decidido a dar el paso que os he comunicado hoy. En honor a la memoria de Alejandro, de su inocencia y de su visión ideal de la justicia, de la que desgraciadamente la realidad le despertó antes de que tuviera la oportunidad de prepararse, dedicaré mi tiempo y mi esfuerzo a la fundación IPO.

79. Noticias

«Un ex ministro de Interior del Gobierno de España y uno de sus más próximos colaboradores, muertos en accidente automovilístico.»

«Según los primeros informes de la Guardia Civil, todo apunta a un gran exceso de velocidad como causa del terrible accidente que ha terminado con la vida de Floreal Blanco Graner, reciente Ministro del Interior del Gobierno socialdemócrata, y Antonio Oreja Perdhi, su más estrecho colaborador. Parece ser que se dirigían a Valladolid para participar en un torneo benéfico de golf, cuando, por razones todavía desconocidas —aunque el exceso de velocidad se apunta como la más probable-, al llegar al punto kilométrico 42.1 de la radial R4, chocaron contra la mediana. El vehículo en el que viajaban, un Audi A8 de gran cilindrada, se incendió inmediatamente y provocó lo que tuvo que ser una gran explosión, que prácticamente desintegró el vehículo; los pocos restos que se están recuperando son de un tamaño minúsculo. La capilla ardiente en memoria de ambas víctimas se ha instalado en la calle Montaraz de Madrid, en la sede del partido socialdemócrata. A petición de las familias, los funerales se celebrarán, en fecha no concretada, en la más estricta intimidad.»

Enfundada en un traje de chaqueta y pantalón color hueso de factura impecable, la arrugada lectora del editorial, tras dar una calada a un cigarrillo, puso un gesto de asco al sorber el zumo de zanahoria que su médico le había recomendado beber abundantemente. Luego se puso el teléfono delante de la cara y dijo en voz alta:

—Llamar Marc.

Unos tres tonos de llamada después una voz un tanto abotargada todavía - eran las 7.30 de la mañana- contestó, entre toses y carraspeos:

—¿Sí? Buenos días.

—Llamaba para invitarte a comer. Vente a las dos.

—De acuerdo; allí estaré.

Marc, se terminó de levantar del sofá donde había dormido: no había querido despertar a su mujer a las tres de la mañana, cuando llegó a su casa después de pasar dos o tres horas bebiendo. La zorra de Graci ya estaba contenta. Él había llevado a cabo el encargo. Ni del coche ni de sus ocupantes había quedado el más mínimo rastro que pudiera utilizarse en una

investigación. Ya no podría haber más chantajes.

Sentado en la veranda de su nueva casa, contemplando las maravillosas vistas al Atlántico, Peter, arrellanado en su tumbona, repasó mentalmente las últimas semanas desde su llegada a Mar del Plata. Le había gustado la reacción de Arnaitz, cuando volvió de viaje, después de avisar a Roberto, y se lo encontró sentado en su despacho. Inmediatamente le abrazó. Ya delante de una botella de champagne que para la ocasión abrió Amaia, Peter les explicó cuáles eran sus intenciones.

—Roberto y yo nos hemos separado. Ya ha llegado el momento de que cada uno haga su vida de forma independiente. Él se ha quedado en Punta del Este, y probablemente esté allí una buena temporada.

—Mi intención es alquilar una casa bonita y, dentro de unos meses, cuando vaya a empezar el curso escolar, traerme a Elena y a mi hijo. Le he dado mi palabra de honor: el tipo de vida que llevaba con Roberto se ha terminado, y a partir de ahora sólo me dedicaré a ella, al niño y a hacer alguna clase de trabajo, más que nada para cubrir las apariencias.

Arnaitz, ahora Armando, le buscó una magnífica casa, en la que estaba convencido que su familia podría ser feliz. Estudiaron juntos la posibilidad de montar un pequeño negocio; más que nada, para que Peter pudiera justificar públicamente un nivel de vida medio.

Cuando, mientras navegaba en su tablet, entró en el periódico El País y leyó la noticia del accidente, inmediatamente presionó el botón de compartir, para que Arnaitz leyera también la noticia.

Un par de meses después.

Alejandro levantó los ojos de la pantalla de su portátil y observó, durante unos segundos, la vista que por el gran ventanal del salón tenían sobre el Caribe. Habían decidido venirse a la península de Yucatán hacía un par de semanas. La verdad es que el cambio era notable. Las cristalinas aguas del mar Caribe, y los casi 800.000 habitantes de Cancún, eran el entorno perfecto para poder vivir anónimamente en un sitio paradisíaco. El bikini floreado de

Nájla interrumpió su visión, pasando por delante de él y yendo hacia la cocina. Hoy venían Bicho y Sofía, que vivían a un par de kilómetros. Nájla había prometido hacerles una comida espectacular, con lo que llevaba corriendo de un lado para otro desde las ocho de la mañana.

Alejandro acababa de copiar un artículo que había aparecido en la edición de Andalucía del diario El Mundo. Abrió la carpeta en la que estaba pegando todos estos artículos y presionó Ctrl+V.

—Nájla, mira, ven y mira lo que dice el periódico.

Nájla, secándose las manos, se acercó rápidamente hasta el portátil y, apoyándose en el hombro de Alejandro, acercó la cara a la pantalla para poder leer con mayor comodidad.

“Fuentes cercanas a este periódico nos confirman que existe una fundación, de carácter anónimo, que está realizando toda clase de actos filantrópicos en nuestro país: abren por toda Andalucía centros sociales, financian traslados al mundo rural para parejas jóvenes en busca de una oportunidad, crean centros de acogida extraordinariamente dotados para niños de zonas en conflicto. Hemos intentado contactar con los promotores de esta fundación, pero nos ha resultado imposible. Están representados en España por un bufete de abogados, Iglesias y asociados, que nos ha comunicado el deseo de los patronos de la fundación de permanecer en el más estricto anonimato. Respetando su voluntad, nos gustaría hacer público el agradecimiento que, creemos, es de toda la sociedad a iniciativas como la de la Fundación Iustitia pro omnibus, que realmente está consiguiendo que renazca la ilusión en esos sectores sociales maltratados y totalmente abandonados por la clase política”.

Si te ha gustado esta novela, por favor díselo a tus amigos o
comparte

www.facebook.com www.twitter.com

Si te gustaría dejar un comentario, puedes hacerlo en la
web

www.alejandrokhan.com